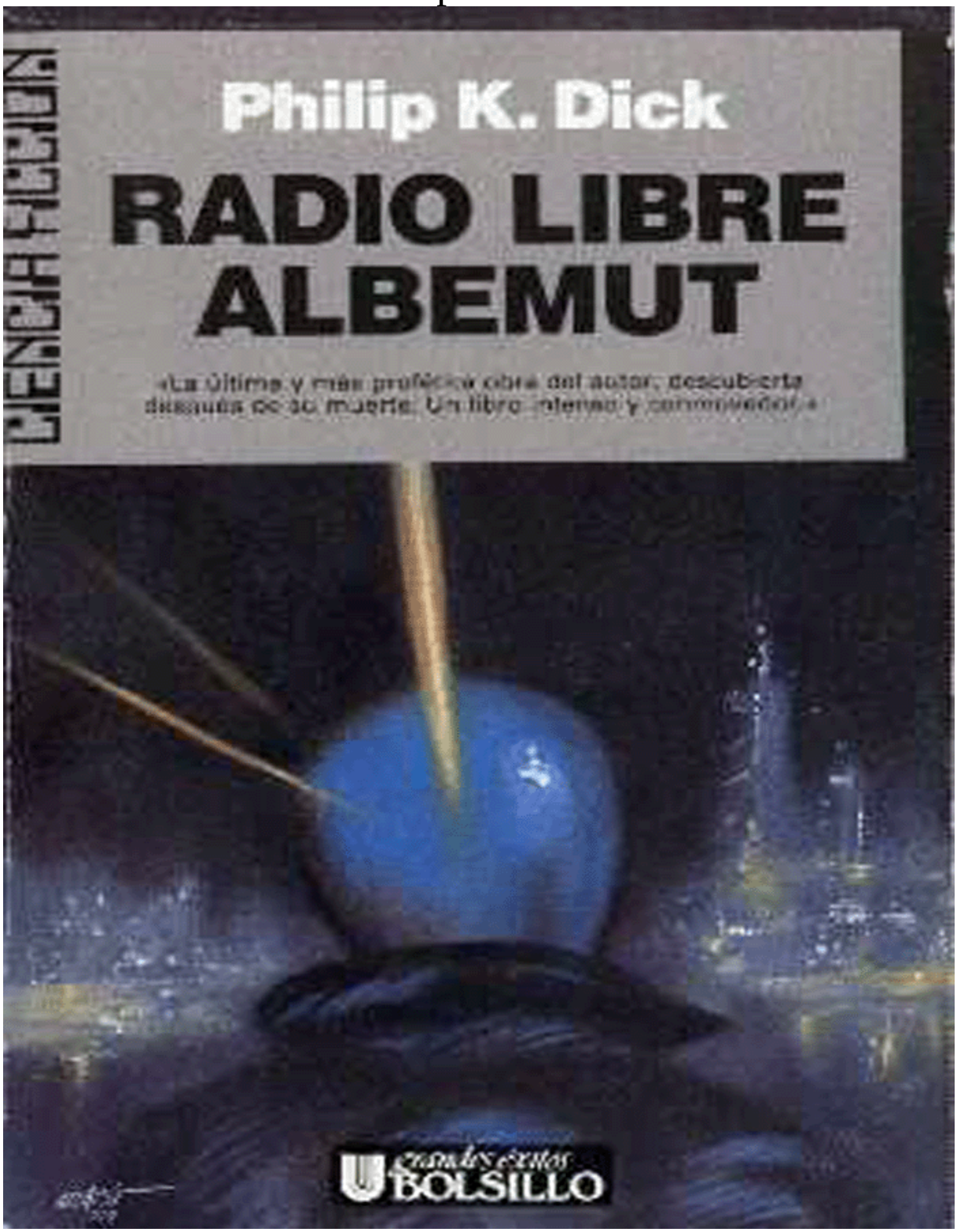
RADIO LIBRE ALBEMUT

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El editor quisiera dar las gracias a Tim Powers por haberle proporcionado el original definitivo de esta novela, revisado por Philip K. Dick y que éste cediera a Powers para su colección privada.

PRIMERA PARTE - PHIL

Prólogo

En abril de 1932, un niño y sus padres esperaban en un embarcadero de Oakland, California, el transbordador de San Francisco. El niño, que andaba en los cuatro años, reparó en un mendigo ciego: un viejo enorme, canoso y barbudo, que estaba de pie con una lata en la mano. El chiquillo pidió cinco centavos a su padre, se acercó al mendigo y le entregó la moneda. El mendigo, en voz extraordinariamente efusiva, le dio las gracias y le puso en la mano una hoja de papel, que el niño llevó a su padre para enterarse de lo que era.

-Habla de Dios -dijo su padre.

El niño ignoraba que el mendigo no era en realidad un mendigo, sino un ente sobrenatural que estaba de visita en la Tierra para examinar a las personas. Con el paso de los años, el niño se hizo hombre. En el año 1974 ese hombre se vio en terribles apuros, habiendo de afrontar la deshonra, la prisión y posiblemente la muerte. De ningún modo podía librarse de ello. En aquel momento, el ente sobrenatural retornó a la Tierra, cedió al hombre una parte de su espíritu y le sacó de apuros. El hombre nunca adivinó por qué razón el ente sobrenatural acudió a rescatarle. Hacía mucho que se había olvidado del corpulento mendigo barbudo y ciego y de los cinco centavos que le diera.

Acto seguido me referiré a tales cuestiones.

1

Mi amigo Nicholas Brady, quien, a su entender, contribuyó a salvar el mundo, nació en Chicago en 1928, pero después se trasladó a California. Pasó la mayor parte de su vida en El Area de la Bahía, sobre todo en Berkeley. Se acordaba de los amarraderos de metal en forma de cabezas de caballos situados frente a las casas antiguas de la parte montuosa de la ciudad, y de los Trenes Rojos eléctricos que enlazaban con los transbordadores, y en particular de la niebla. Posteriormente, hacia los años cuarenta, la niebla había dejado de cubrir Berkeley por la noche.

Al principio Berkeley, en la época de los Trenes Rojos y tranvías, era tranquila y poco poblada, si no contamos la Universidad, con sus ilustres residencias de estudiantes y su excelente equipo de football americano. De niño Nicholas Brady asistió a unos cuantos partidos de football americano con su padre, pero nunca llegó a entenderlos. Ni siquiera comprendía del todo el himno del equipo. Pero le gustaban los parques que rodeaban la Universidad, con los árboles, los calmosos bosquecillos y el Arroyo de Strawberry; le gustaba, especialmente, el albañal por el que corría el arroyo. El albañal era lo mejor de los parques universitarios. En verano, cuando el arroyo llevaba poco caudal, lo subía y lo bajaba gateando. En cierta ocasión unas personas le llamaron y le preguntaron si era alumno del colegio universitario. Por entonces tenía once años.

Una vez le pregunté por qué motivo había decidido pasar el resto de sus días en Berkeley, que hacia los años cuarenta se había vuelto populosísima, ruidosa y víctima de airados estudiantes que se enzarzaban en el mercado cooperativo como si las pilas de conservas fueran barricadas.

-Joder, Phil -dijo Nicholas Brady-. Berkeley es mi hogar.

La gente que se dejaba atraer por Berkeley sustentaba tal creencia, aun cuando sólo llevara una semana allí. Sostenían que no existía ningún otro lugar. Esto ante todo se confirmó al abrirse los cafés en la Avenida Telegraph y al iniciarse el movimiento de libertad de expresión. En cierta ocasión Nicholas hacía cola en el Cooperativo de Grove y vio a Mario Savio delante de él en la fila. Savio sonreía y saludaba con la mano a los admiradores. Nicholas se hallaba en el recinto universitario el día que colocaron el letrero con la palabra

PHUQUE en la cafetería, y los polis detuvieron a los tipos que lo habían colgado. Desgraciadamente él estaba en la librería, hojeando libros, y se perdió toda la bronca.

Aun cuando residió en Berkeley por los siglos de los siglos, Nicholas solamente asistió dos meses a la Universidad, lo cual le hizo distinto a todos los demás. Los otros asistían a la Universidad para siempre. Berkeley contaba con toda una población de estudiantes profesionales que nunca se graduaban y que no tenían otro fin en la vida. El justo castigo que infligió la Universidad a Nicholas fue el ROTC[1], que en su época funcionaba todavía con pleno vigor. De niño, Nicholas había ido a un centro preescolar progresista o del frente comunista. Su padre, que en los años treinta tenía numerosos amigos en el Partido Comunista de Berkeley, le mandó allí. Posteriormente se hizo cuáquero, y él y su madre se sentaban sin hacer nada en la Reunión de Amigos, tal como es propio de los cuáqueros, esperando que el Espíritu Santo les moviera a hablar. Nicholas, más adelante, se olvidó de todo ello, al menos hasta que se matriculó en la Universidad de California y se vio provisto de un uniforme de oficial y un fusil *M-1*. En consecuencia, su inconsciente se rebeló, abrumado con viejos recuerdos; estropeó el fusil y no pudo llevar a cabo los ejercicios de manejo de armas, se presentó a la instrucción sin uniforme; fue suspendido, le informaron de que un suspenso en ROTC suponía la automática expulsión de la Universidad, a lo cual Nicholas dijo: «Lo que es justo, es justo».

No obstante, en vez de dejar que le expulsaran, abandonó por su cuenta. Tenía diecinueve años y su carrera universitaria estaba arruinada. Se había propuesto llegar a ser paleontólogo. La otra Universidad importante del Area de la Bahía, que se encontraba en Stanford, era excesivamente costosa para sus posibilidades. Su madre ocupaba el exiguo puesto de secretaria en el Departamento de Ciencias Forestales de los EEUU, en un edificio del recinto universitario; carecía de dinero. Nicholas se planteó ir a trabajar. Detestaba de veras la Universidad y se le ocurrió no devolver el uniforme. Pensó presentarse a la instrucción con una escoba y empeñarse en que era su fusil *M-1*. Con todo, nunca se le antojó disparar el *M-1* a sus oficiales; el percutor había desaparecido. Nicholas, en aquellos tiempos, aún estaba en contacto con la realidad.

La cuestión de devolver su uniforme de oficial quedó resuelta cuando las autoridades de la Universidad abrieron su cabina del gimnasio y retiraron de allí el uniforme, incluyendo las dos camisas. Nicholas había sido oficialmente separado del mundo militar; las objeciones morales, las nuevas ideas para valientes manifestaciones se esfumaron de su imaginación y, al estilo de los estudiantes que asistían a la Universidad de California, se puso a vagar por las calles de Berkeley, hundidas las manos en los bolsillos traseros de sus *Levi's*, melancólico el semblante, incierto el ánimo, vacía la cartera e imprecisa su visión del porvenir. Seguía viviendo con su madre, que estaba harta de la situación. Nicholas no tenía aptitudes ni proyectos, tan sólo un rencor embrionario. Al andar iba cantando una canción de marcha izquierdista de la Brigada Internacional del Ejército Republicano Español, una brigada comunista integrada en su mayor parte por alemanes. La canción decía:

Vor Madrid im Schützengraben,
Mit den eisernen Brigaden,
Sein Herz voll Hass geladen,
Stand Hans, der Kommissar.

El verso que más le gustaba era «Sein Herz voll Hass geladen», que quería decir «Su corazón lleno de odio». Nicholas la cantaba una y otra vez mientras andaba a grandes zancadas calle Berkeley abajo hasta Shattuck, y luego calle Dwight arriba de vuelta a Telegraph. Nadie se fijaba en él, pues a la sazón lo que hacía no resultaba insólito en

[1] *[Reserve Officers Training Corps;* Cuerpo de Instrucción para Oficiales en Reserva. Cursillo de instrucción militar que las Universidades imparten a sus alumnos, quienes, tras concluir éste, pueden ser llamados posteriormente para servir en el ejército (N. del T.)]

Berkeley. A menudo se veían hasta diez estudiantes en tejanos que andaban a grandes zancadas cantando canciones izquierdistas y abriéndose paso a empujones a través de la gente.

En la esquina de Telegraph y Channing, la mujer que estaba detrás del mostrador de *University Music* le hizo una señal con la mano, ya que Nicholas solía frecuentar la tienda y entretenerse inspeccionando los discos. Así que entró.

-No traes puesto el uniforme -dijo la mujer.

-He dejado de asistir a la Universidad fascista -dijo Nicholas, lo cual, sin lugar a dudas, era cierto.

Pat le rogó que la dispensara y fue a atender a un verdadero cliente, por lo que él cogió un álbum de la Suite del *«Pájaro de Fuego»*, lo llevó a una de las cabinas de escucha y lo puso en la cara donde el huevo gigante se abre. Ello se ajustaba a su disposición de ánimo, si bien no estaba seguro de lo que salía del huevo. En la portada del álbum se mostraba tan sólo una fotografía del huevo, y un hombre con una lanza que, evidentemente, se disponía a romperlo.

Al cabo de un rato, Pat abrió la puerta de la cabina de escucha y hablaron de la situación de Nicholas.

-A lo mejor Herb querría emplearte aquí -dijo Pat-. Estás siempre en la tienda, conoces el surtido y entiendes mucho de música clásica.

-Sé dónde están todos los discos de la tienda -dijo Nicholas, entusiasmado por la idea.

-Tendrías que llevar traje y corbata.

-Tengo traje y corbata.

El ir a trabajar a *University Music* a los diecinueve años fue probablemente el paso más importante de su vida, por cuanto le recluyó en un molde que no llegó a romperse, en un huevo que nunca se abrió..., o al menos no se abrió durante veinticinco años más; un período terriblemente largo para alguien que, en realidad, nunca había hecho otra cosa que jugar en los parques de Berkeley, ir a las escuelas públicas de Berkeley, y pasar los sábados en las sesiones de tarde del *Oaks Theater* de la Avenida Solano, donde ponían un noticiario, un cortometraje escogido y dos tiras de dibujos animados antes de la película normal, todo por once centavos.

El trabajar para *University Music* de la Avenida Telegraph le hizo parte integrante del ambiente de Berkeley a lo largo de las décadas venideras y excluyó toda posibilidad de maduración o conocimiento de alguna otra vida, de algún mundo de mayor alcance. Nicholas se había criado en Berkeley y en Berkeley se quedó, aprendiendo a vender discos y después a comprarlos, a interesar a los clientes en los nuevos artistas, a negarse a aceptar discos devueltos, a cambiar el rollo de papel higiénico del lavabo situado tras la cabina de escucha número tres; esto se convirtió en su único mundo: Bing Crosby, Frank Sinatra y Ella Mae Morse, *«Oklahoma»*, y después *«South Pacific»*, y *«Open the Door, Richard»* y *«If I'd Known You Were Coming I'd Have Baked a Cake».* Estaba detrás del mostrador cuando *Columbia* lanzó los discos de larga duración. Estaba abriendo cajas de cartón de las distribuidoras cuando Mario Lanza se dio a conocer, y estaba revisando inventarios y pedidos atrasados cuando Mario Lanza falleció. Vendió personalmente cinco mil ejemplares de *«Bluebird of Happiness»*, de Jan Peerce, aborreciendo cada uno de los mismos. Allí estaba cuando *Capitol Records* se especializó en música clásica y cuando su especialización en música clásica se fue al agua. Siempre se alegró de haberse dedicado a la venta de discos al por menor, ya que le encantaba la música clásica y el estar de continuo rodeado de discos, vendiéndolos a los clientes que conocía personalmente y comprándolos con descuento para su colección particular; pero a la vez detestaba el haberse dedicado a la venta de discos porque, el primer día que le mandaron barrer, se dio cuenta que sería medio portero, medio dependiente, durante el resto de su vida; mostraba para con ello la misma actitud encontrada que manifestara respecto de la Universidad y de su padre. Además, mostraba la misma actitud encontrada para con Herb Jackson, su jefe, que estaba casado con Pat, una muchacha irlandesa. Pat era muy

guapa y mucho más joven que Herb; Nicholas estuvo coladísimo por ella años y años, hasta que todos hubieron envejecido y un día se dieron a beber juntos en *Hambone Kelley's*, un *cabaret* de El Cerrito que ofrecía la actuación de *«Lu Watters y su Dixieland Jazz Band».*

Conocí a Nicholas en 1951, después de que la banda de Lu Watters se hubiera convertido en la banda de Turk Murphy y firmado un contrato con *Discos Columbia*. Nicholas solía pasar por la librería en que yo trabajaba durante su hora de comer para echar un vistazo a los ejemplares usados de Proust, Joyce y Kafka, a los libros de texto que los estudiantes de la universidad nos vendían en cuanto sus cursos -y su interés por la literatura- finalizaban. Aislado de la Universidad, Nicholas Brady adquirió los libros de texto usados de las clases de ciencias politécnicas y literatura a las que nunca podría asistir; conocía perfectamente la literatura inglesa, y no tardamos mucho en empezar a charlar; nos hicimos amigos y terminamos por compartir un piso en la planta alta de una casa enripada de color marrón, en la calle Bancroft, cerca de su tienda y la mía.

Yo acababa de vender mi primer relato de ciencia-ficción a Tony Boucher, para una revista llamada *«Fantasy and Science Fiction»*, por setenta y cinco dólares, y estaba pensando en dejar mi trabajo de dependiente de librería y hacerme escritor profesional, lo cual llevé a cabo con posterioridad. El escribir ciencia-ficción se convirtió en mi oficio.

2

La primera de las experiencias paranormales de Nicholas Brady ocurrió en la casa de la calle San Francisco, en donde residió durante años; él y su mujer, Rachel, compraron la vivienda por tres mil setecientos cincuenta dólares cuando se casaron en 1953. Era una casa muy antigua -uno de los primeros cortijos de Berkeley- edificada en un solar que medía únicamente nueve metros y pico de ancho, desprovista de garaje, cuya calefacción se reducía al horno de la cocina. Las mensualidades ascendían a veintisiete con cincuenta dólares, razón por la que vivió en ella tanto tiempo.

Solía preguntarle a Nicholas por qué motivo nunca pintó o reparó la casa; el tejado tenía goteras, y en invierno, durante las lluvias abundantes, él y Rachel repartían latas de café vacías para recoger el agua que goteaba por todas partes. La casa era de un feo amarillo desconchado.

-Eso daría al traste con la intención de tener una casa tan barata -explicó Nicholas. Seguía gastándose casi todo el dinero en discos. Rachel estudiaba en la Universidad, en el Departamento de Ciencias Políticas. Yo casi nunca la encontraba en casa cuando me dejaba caer por allí. Nicholas me dijo una vez que su mujer estaba colada por un compañero estudiante, el que dirigía el grupo de juventud del Partido Socialista Obrero cuya sede estaba situada delante misma del recinto universitario. Ella se parecía a las demás muchachas de Berkeley que estaba acostumbrado a ver: tejanos, gafas, caballera oscura, voz alta y enérgica, hablando sin cesar de política. Esto, claro está, fue durante la época de McCarthy. Berkeley se estaba politizando sobremanera.

Los miércoles y domingos Nicholas no trabajaba. El miércoles estaba solo en casa. El domingo le acompañaba Rachel.

Un miércoles -esto no es la experiencia paranormal- cuando Nicholas estaba en casa escuchando la *«Octava Sinfonía»* de Beethoven en su tocadiscos *Magnavox*, dos agentes del FBI le hicieron una inesperada visita.

-¿Está la señora Brady en casa? -preguntaron. Llevaban trajes de calle y abultados maletines. Nicholas les tomó por vendedores de seguros.

-¿Qué quieren de ella? -replicó con hostilidad. Se figuraba que trataban de vender algo a su mujer.

Los dos agentes cruzaron una mirada y entonces obsequiaron a Nicholas con sus documentos de identidad. Nicholas se vio asaltado por la ira y el miedo. Se puso a contar a los

dos agentes del FBI, balbuciente, un chiste que había leído en «La comidilla de la ciudad», del *«New Yorker»,* que trataba de dos agentes del FBI que estaban investigando los antecedentes de un hombre, y un vecino, al interrogarlo, había dicho que el hombre escuchaba sinfonías, y los agentes preguntaron con recelo en qué idioma estaban las sinfonías.

Los dos agentes, al oír su confusa versión del chiste no le vieron la gracia.

-Eso no nos incumbió a nosotros -dijo uno de ellos.

-¿Por qué no hablan *conmigo*? -exigió Nicholas, protegiendo a su mujer.

Los dos agentes del FBI volvieron a cruzar miradas, asintieron con la cabeza y entraron en la casa. Nicholas, aterrado, se sentó de cara a ellos, procurando reprimir los temblores.

-Como usted sabe -explicó el agente de la doble papada de mayor tamaño-, nuestro deber es proteger las libertades de los ciudadanos americanos contra la invasión totalitaria. Nunca investigamos a los partidos políticos legítimos, tales como los demócratas o republicanos, que son genuinos partidos políticos amparados por la ley americana. -Entonces comenzó a hablar del Partido Socialista Obrero, el cual, explicó a Nicholas, no era un partido político legítimo sino una organización comunista que se dedicaba a la revolución violenta a costa de las libertades americanas.

Nicholas ya sabía todo eso. Sin embargo, guardó silencio.

-Y su esposa -dijo el otro agente-, podría sernos de utilidad, ya que es miembro del cuerpo estudiantil del PSO, al informar acerca de quiénes asisten a sus reuniones y de qué se habla en ellas. -Ambos agentes miraron con expectación a Nicholas.

-Tendré que comentarlo con Rachel -dijo Nicholas-. En cuanto vuelva.

-¿Participa usted en actividades políticas, señor Brady? -le preguntó el agente de la doble papada de mayor tamaño. Tenía ante sí una libreta y una estilográfica. Los dos agentes habían colocado uno de sus maletines entre Nicholas y ellos; y vio que de su interior sobresalía un objeto cuadrado y supo que le estaban grabando.

-No -dijo Nicholas, sin mentir. Lo único que hacía era escuchar exóticos e insólitos discos vocales extranjeros, sobre todo los de Tiana Lemnitz, Erna Berger y Gerhard Husch.

-¿Le gustaría participar? -preguntó el agente de la doble papada menor.

-Hum -dijo Nicholas.

-Usted está familiarizado con el Partido Internacional del Pueblo -dijo el agente de la papada mayor-. ¿Ha pensado alguna vez en asistir a sus reuniones? Las celebran a una manzana de aquí, más o menos, al otro lado de la Avenida San Pablo.

-Podríamos servirnos de alguien allí, en la reunión del grupo local -dijo el agente de la papada menor-. ¿Le interesa?

-Podemos pagarle -añadió su colega.

Nicholas parpadeó, tragó saliva, y entonces pronunció el primer discurso de su vida. Los agentes no se mostraron satisfechos pero escucharon.

Ese mismo día, más tarde, luego de que los agentes se hubieran ido, llegó Rachel, cargada de libros de texto y con aspecto malhumorado.

-Adivina quiénes han estado hoy aquí buscándote -dijo Nicholas. Le contó de quiénes se trataba.

-¡Malnacidos! -exclamó Rachel-. ¡Malnacidos!

Fue dos noches después cuando Nicholas tuvo su experiencia mística.

Él y Rachel estaban en la cama, durmiendo. Nicholas ocupaba el lado izquierdo, más cerca de la puerta del dormitorio. Perturbado aún por la reciente visita de los agentes del FBI dormía ligeramente, revolviéndose mucho, acosado por sueños indefinidos de desagradable naturaleza. Hacia el amanecer, apenas la engañosa luz blanca empezaba a llenar la habitación, se apoyó en un nervio, le despertó el dolor, y abrió los ojos.

Una figura estaba de pie, silenciosa, junto a la cama, contemplándole. La figura y Nicholas se miraron; Nicholas gruñó asombrado y se incorporó. Rachel despertó de golpe y rompió a gritar.

-Ich bin's -le dijo Nicholas de modo tranquilizador (había estudiado alemán en el Instituto).

Lo que quiso decirle fue que la figura era él mismo, lo cual se decía «Ich bin's» en alemán. Sin embargo, a causa de su agitación no se dio cuenta de que hablaba en una lengua extranjera; si bien era una lengua que la señora Altecca le había enseñado en el doceavo curso, Rachel no le comprendía. Nicholas empezó a darle palmaditas pero siguió repitiendo que era él en alemán. Rachel estaba perpleja y asustada, seguía gritando. Entretanto, la figura desapareció.

Más tarde, cuando hubo despertado del todo, Rachel no estaba segura de si había visto la figura o solamente reaccionado al sobresalto de Nicholas. Había sido todo tan repentino.

-Era yo -dijo Nicholas-; estaba de pie junto a la cama contemplándome. Me he reconocido.

-¿Qué hacías allí? -preguntó Rachel.

-Protegerme -dijo Nicholas. Lo sabía. Podía asegurarlo tras haber visto la expresión del rostro de la figura. Por tanto, no había nada que temer. Tenía la impresión de que la figura de él mismo había retornado del futuro, acaso de un punto muy avanzado en el tiempo, a fin de cerciorarse de que él, su yo anterior, se desenvolvía satisfactoriamente en una época crítica de su vida. Era una impresión clara y acusada y no podía librarse de ella.

Pasando al cuarto de estar, cogió su diccionario de alemán y comprobó la frase que había empleado. En efecto era correcta. Significaba, literalmente «Lo soy».

Él y Rachel se sentaron en el cuarto de estar, bebiendo café instantáneo en pijama.

-Ojalá estuviera segura de haberlo visto -Rachel no dejaba de repetir-. Seguro que *algo* me asustó. ¿No me has oído gritar? No sabía que pudiera gritar de esa manera. No creo que nunca en mi vida haya gritado de esa manera. Me pregunto si los vecinos lo habrán oído. Espero que no llamen a la Policía. Apuesto que los he despertado. ¿Qué hora es? Está clareando; debe ser el amanecer.

-En mi vida me había ocurrido nada igual -dijo Nicholas-. Vaya sorpresa que me he llevado; abro los ojos y lo veo -me veo- allí de pie. Menudo susto. Me pregunto si le habrá ocurrido nunca a algún otro. Vaya.

-Estamos tan cerca de los vecinos -dijo Rachel-. Espero no haberles despertado.

Al día siguiente Nicholas vino a mi casa para contarme su experiencia mística y pedir mi opinión. Sin embargo, no habló de ello con mucha franqueza que digamos; al principio no me lo contó como experiencia personal, sino como una idea de ciencia-ficción para un relato. De este modo, si sonaba a locura, la responsabilidad no sería suya.

-He pensado -dijo- que como escritor de ciencia-ficción podrías explicarlo. ¿Era un viaje en el tiempo? ¿Existe una cosa tal como el viaje en el tiempo? O quizá un Universo alternativo.

Le dije que aquello era él mismo procedente de un Universo alternativo. Lo probaba el hecho de que se hubiera reconocido. De haber sido un yo futuro no lo habría reconocido, puesto que sus facciones se habrían diferenciado de las que veía en el espejo. Nadie podría reconocer su propio yo futuro. En cierta ocasión había tratado ese tema en un relato. En éste, el yo futuro del personaje regresaba para advertirle precisamente cuando él, el protagonista, se disponía a cometer una estupidez. El protagonista, sin reconocer a su yo futuro, le había matado. Aún tenía que vender el relato, pero abrigaba esperanzas. Mi agente, Scott Meredith, había vendido todo cuanto yo había escrito.

-¿Puedes utilizar la idea? -preguntó Nicholas.

-No -le dije-. Es demasiado vulgar.

-¡Vulgar! -Semejaba molesto-. A mí no me ha parecido vulgar esta noche. Creo que me traía un mensaje y me lo estaba emitiendo telepáticamente, pero me desperté y allí terminó la transmisión.

Le expliqué que si uno se encontraba con su yo de un Universo alternativo -o del futuro, si vamos a eso- difícilmente habría de emplear la telepatía. No era lógico, ya que no existiría barrera lingüística alguna. La telepatía se utilizaba cuando tenía lugar el contacto entre miembros de diferentes razas, tales como los de otros Sistemas Estelares.

-Oh -dijo Nicholas, asintiendo con la cabeza.

-¿Era benigno? -pregunté.

-Claro que lo era; era yo. Yo soy benigno. ¿Sabes, Phil? Según como se mire, toda mi vida es una pérdida de tiempo. ¿Qué hago yo a mi edad, trabajando como dependiente en una tienda de discos? Fíjate en ti..., tú eres un escritor profesional. ¿Por qué coño yo no puedo hacer algo así? Algo útil. ¡Soy un dependiente! ¡Lo más humilde de lo más humilde! Y Rachel va a ser profesora titular algún día, cuando haya terminado la carrera. Nunca tendría que haber abandonado los estudios; tendría que haberme licenciado en filosofía y letras.

Dije:

-Sacrificaste tu carrera por una noble causa, tu oposición a la guerra.

-Estropeé el fusil. No hubo ninguna causa; fui un manazas el día que tuvimos que desmontar el fusil y volver a montarlo, nada más. Perdí el gatillo dentro, en medio de los mecanismos. Eso es todo.

Le expliqué que su subconsciente era más sabio que su mente consciente, y que debiera atribuirse el mérito de su clarividencia, su sentido superior de los valores morales. Al fin y al cabo, era parte integrante de él.

-No sé si creerlo -dijo Nicholas-. Ya no sé qué creer. No lo sé desde que pasaron esos dos agentes del FBI y me sonsacaron. ¡Querían que espiara a mi mujer! Creo que era eso lo que pretendían en realidad. Hacen que las personas se espíen unas a otras, como en *«1984»*, y destruyen toda la sociedad. ¿Qué valor tiene mi vida, Phil, en comparación con la tuya, eh? En comparación con la de cualquiera. Me voy a ir a Alaska. El otro día precisamente estuve hablando con el hombre de la *Southern Pacific*; tienen conexión con Alaska a través de una balandra que viaja allí tres veces al año. Podría ir en ella. Creo que es eso lo que mi yo del futuro o de un Universo alternativo quiso decirme anoche: que mi vida carece de importancia y que vale más que haga algo radical. Probablemente estaba a punto de averiguar lo que debía hacer, sólo que lo estropeé al despertar y abrir los ojos. En realidad fue Rachel la que lo ahuyentó al ponerse a gritar; fue entonces cuando desapareció. De no ser por ella, sabría organizar mi futuro, mientras que, tal como están las cosas, no sé nada, no hago nada, no tengo esperanzas ni perspectivas, aparte de revisar el puñetero envío de *Victor* que me está esperando en la tienda, cuarenta cajas de cartón enormes..., nos ofrecieron todo el género de otoño, y hasta Herb se empeñó en conseguirlo. A causa del diez por ciento de descuento. -Guardó un amargado silencio.

-¿Qué aspecto tenían los agentes del FBI? -pregunté, pues nunca había visto ninguno. En Berkeley todo el mundo tenía miedo de una visita tal como la que había recibido Nicholas, incluido yo. Era cosa de los tiempos que corrían.

-Tienen gruesos cuellos colorados y papadas. Y ojillos como dos carbones hincados en pasta. Y no te pierden de vista. Nunca te quitan los ojos. Tenían un leve pero perceptible acento del sur. Dijeron que volverían para hablar con los dos. Es probable que también vayan a hablar contigo. Acerca de tus obras. ¿Escribes libros izquierdistas?

Pregunté:

-¿No los has leído?

-No leo ciencia-ficción -dijo Nicholas-. Solamente leo a escritores serios, como Proust, Joyce y Kafka. Cuando la ciencia-ficción tenga algo serio que decir, la leeré. -Se puso entonces a hablar de las virtudes de *«Finnegans Wake»*, en especial de la última parte, que comparó con la última parte del *«Ulises»*. Estaba convencido de que nadie salvo él la había leído o comprendido.

-La ciencia-ficción es la literatura del futuro -le dije, cuando se interrumpió-. Dentro de unas décadas se viajará a la Luna.

-Oh, no -dijo Nicholas enérgicamente-. Nunca se viajará a la Luna. Vives en un mundo de fantasía.

-¿Es eso lo que tu yo futuro te dijo? -comenté-. ¿O tu yo de otro Universo, sea lo que fuere?

A mí me parecía que era Nicholas quien habitaba en un mundo de fantasía, al trabajar como dependiente en la tienda de discos y, a un tiempo, enfrascarse sin cesar en la literatura importante que muy poco tenía que ver con su propia realidad. Había leído tanto a James Joyce, que para él Dublín era más real que Berkeley. Y aun para mí, Berkeley no era del todo real sino que estaba, como Nicholas, reconcentrada en la fantasía; todo Berkeley soñaba un sueño político separado del resto de América, un sueño que pronto se vería truncado, ya que la reacción ahondaba por momentos y se extendía cada vez más. Una persona como Nicholas Brady nunca podría ir a Alaska; era un producto de Berkeley y no podría sobrevivir más que en el ambiente de estudiantes radicales de Berkeley. ¿Qué sabía él del resto de los Estados Unidos? Yo había recorrido el país; había estado en Kansas, Utah y Kentucky, y sabía del aislamiento de los radicales de Berkeley. Podían influir un poco en América con sus opiniones, pero tarde o temprano sería la sólida América conservadora, el Medio Oeste, la que ganaría. Y en cuanto Berkeley cayera, Nicholas Brady caería con ella.

Naturalmente, esto fue hace mucho tiempo, antes de que el Presidente Kennedy fuera asesinado, antes del Presidente Ferris Fremont y el *Nuevo Estilo* americano. Antes de que las tinieblas nos envolvieran por completo.

3

Al estar al tanto de la política, Nicholas ya había observado la incipiente carrera del joven senador de California, Ferris F. Fremont, quien había salido en 1952 del Condado de Orange, en el extremo sur de nosotros; una región tan reaccionaria que a los de Berkeley nos parecía una tierra fantasma, hecha de brumas de una espeluznante pesadilla, en donde se engendraban espectros tan horribles como los reales; más reales que si hubieran estado compuestos de sólida realidad. El Condado de Orange, que nunca nadie de Berkeley había visto en verdad, era la fantasía en las antípodas del mundo, el reverso de Berkeley: si Berkeley se hallaba reducida a la esclavitud de la quimera y la desconexión de la realidad, era El Condado de Orange lo que la había impelido hasta allí. Dentro de un solo Universo los dos nunca podrían coexistir.

Era como si Ferris Fremont se encontrara en medio de los desiertos del Condado de Orange e imaginara, en el extremo norte del Estado, la ilusoria esclavitud de Berkeley, y se estremeciera, y se dijese algo de la suerte de *eso debe terminar*. Si los dos hombres, Nicholas Brady en el norte y Ferris Fremont en el sur, pudiesen haber cruzado con la vista la distancia de seiscientas millas que mediaba entre ellos y haberse puesto cara a cara, ambos se habrían quedado consternados, en igual medida Ferris Fremont que Nicholas Brady, a quien ya consternaba leer en el *«Berkeley Daily Gazette»* acerca de la escalada al poder político del editor de Oceanside, quien había llegado al senado tildando calumniosamente a su rival demócrata, Margaret Burger Greyson, de homosexual.

Constaba que Margaret Burger Greyson era senadora habitualmente, pero la victoria de Fremont había estribado en las acusaciones difamatorias, no en el historial de votos de aquélla. Fremont se había servido de su periódico de Oceanside para criticar duramente a la señora Greyson, y financiado por fuentes desconocidas había llenado la parte meridional del Estado de vallas publicitarias, que aludían misteriosamente a la vida sexual de la señora Greyson.

¡CALIFORNIA NO NECESITA A UNA CANDIDATA DEL BANDO CONTRARIO! ¿NO CREEN QUE LA GREYSON ARMARA UN BOLLO?

Y cosas por el estilo. Ello se basaba en un incidente presuntamente verídico en la vida de la señora Greyson, pero nadie lo sabía con certeza. La señora Greyson se defendió pero no llegó a presentar demanda. Tras su derrota desapareció en la oscuridad. O tal vez, como bromeaban

los republicanos, en los bares para gays de San Diego. Huelga decir que la señora Greyson había sido liberal. En la época de McCarthy, la opinión pública no veía tanta diferencia entre comunismo y homosexualidad, así que a Fremont, no bien comenzó su campaña de desprestigio, le costó muy poco ganar.

En aquel entonces Fremont era un patán imberbe y taciturno, de gruesas mejillas, con pobladas cejas y engominado pelo negro que parecía pegado a fuerza de grasa; llevaba trajes a rayas, chillona corbata, zapatos bicolores, y se decía que tenía vello en los nudillos. A menudo le fotografiaban en el campo de tiro, pues era aficionado a las armas de fuego. Le gustaba llevar un sombrero de *cowboy*. La única réplica que le hizo la señora Greyson y que gozó de cierta aceptación fue un rencoroso comentario, hecho tras la publicación del resultado del escrutinio: que, fuera o no del bando contrario, Fremont estaba ciertamente en el bando armado. De todas formas, la carrera política de la Greyson había terminado y la de Ferris F. Fremont comenzaba. Sin pérdida de tiempo partió para Washington, en busca de una casa para él, su esposa Candy, y sus atocinados hijos, Amos y Don.

Había que ver los efectos que produjo en Berkeley toda esta basura. No les sentó nada bien. El sector de estudiantes radicales se tomó a mal que una campaña se ganara de manera semejante, y se tomó aún peor que Fremont acudiera a Washington. No era tanto su apego a la señora Greyson como cuanto les ofendía el ganador; en primer lugar, como observaban los republicanos, había numerosos gays en Berkeley y, por supuesto, numerosos rojos. Berkeley era la capital roja del mundo.

La capital roja del mundo no quedó asombrada cuando el senador Fremont fue nombrado para un Comité de Investigación de Actividades Antiamericanas. No quedó asombrada cuando el senador desenmascaró a varios destacados liberales como miembros del Partido Comunista. Pero sí quedó asombrada cuando el senador Fremont denunció a ARAMCHECK.

Nadie en Berkeley, incluidos los miembros del Partido Comunista que residían y trabajaban allí, había oído nunca hablar de ARAMCHECK. Eso los desorientó. ¿Qué era ARAMCHECK? El senador Fremont afirmó en su discurso que un miembro del Partido Comunista, un agente del Politburó sometido a presión, le había entregado un documento en el que el PC-EEUU trataba de la naturaleza de ARAMCHECK, y que de dicho documento se desprendía claramente que el PC-EEUU, el Partido Comunista de América, no era más que una tapadera, una entre muchas, carne de cañón tal como estaban las cosas, para encubrir el verdadero enemigo, el verdadero organismo de la traición, ARAMCHECK; éste no funcionaba de un modo normal. Sus miembros no profesaban ninguna filosofía concreta, ni en público ni en privado. Así y todo, ARAMCHECK se estaba apoderando clandestinamente de Estados Unidos. Cabía suponer que alguien de la capital roja hubiera oído hablar de él.

En aquella época conocí a una chica que era miembro del Partido Comunista. Siempre había parecido rara, aun antes de afiliarse, y después de afiliarse se volvió inaguantable. Llevaba pantalón bombacho y me comunicó que el acto sexual era explotación de las mujeres; una vez, indignada por mis preferencias en cuestión de amigos, echó su cigarrillo en mi taza de café en el restaurante *Larry Blake's*, de la Avenida Telegraph. Mis amigos eran trotskistas. Se la había presentado a dos de ellos en público, sin ponerla al corriente de sus afiliaciones políticas. En Berkeley esto no se hacía nunca. Al día siguiente, Liz pasó sin dirigirme la palabra junto a mi mesa en el *Larry Blake's*; supongo que le había creado complicaciones con el Partido. De todas formas, en cierta ocasión le pregunté bromeando si además de ser miembro del Partido lo era también de ARAMCHECK.

-Menudo rollo -dijo-. Menuda mentira fascista. ARAMCHECK no existe. Yo lo sabría.

-Si existiera -le pregunté-, ¿te afiliarías?

-Eso dependería de sus actividades.

-Consisten en demoler América -dije.

-¿No crees que el capitalismo de monopolios, con su represión de la clase obrera y su financiación de guerras imperialistas por medio de gobiernos títeres, debería ser demolido? -dijo Liz.

-Te afiliarías -concluí.

Pero ni siquiera Liz podría afiliarse a ARAMCHECK si éste no existía. No la vi más, después de que echara su cigarrillo en mi café en el *Larry Blake's*; el Partido le había mandado que no volviera a hablar conmigo, y ella obedeció. Sin embargo, no creo que ascendiera mucho en el Partido Comunista; era la típica subalterna, dedicada a cumplir órdenes pero sin acabar de entenderlas del todo. Desde entonces me he preguntado qué suerte corrió. Dudo que ella se preguntara alguna vez qué suerte corrí yo; luego de que el Partido me declarase persona *non grata*, dejé de existir para ella.

Una noche que cenaba con Nicholas y Rachel surgió el tema de ARAMCHECK. El Partido Socialista Obrero había tomado el acuerdo de censurar tanto al senador Fremont como a ARAMCHECK: uno era el brazo del imperialismo de los EEUU; el otro, el brazo del Moscú activista.

-Eso es cubrirse los dos flancos -comentó Nicholas-. Los del PSO sois de lo más oportunistas.

Rachel esbozó la sonrisa despectiva de una estudiante de politécnicas.

-¿Sigues viendo a ese tío? -dijo Nicholas, refiriéndose al organizador del PSO por el que su mujer estaba colada.

-¿Sigues enamorado de la mujer de tu jefe? -inquirió.

-Vaya -murmuró Nicholas, toqueteando su taza de café.

-Creo que Fremont ha tenido una idea excelente -dije-. Denunciar una organización que ni siquiera existe; una Organización que Fremont inventó y que, según él, está apoderándose de América. Evidentemente, nadie puede desarticularla. Nadie está a salvo de ella. Nadie sabe dónde aparecerá a continuación.

-En Berkeley -dijo Nicholas.

-En Kansas City -dije-. En la zona Central. En Salt Lake City..., en cualquier parte. Fremont puede constituir brigadas anti-ARAMCHECK, grupos de jóvenes derechistas entregados por completo a combatirla dondequiera que se muestre, cuadrillas de muchachos armados y de uniforme, siempre alerta. Eso hará ingresar a Fremont en la Casa Blanca. -Lo decía en broma. Pero, como todos sabemos, resultó ser cierto. Tras la muerte de John Kennedy, la de su hermano y de prácticamente todas las figuras políticas ilustres de los Estados Unidos, fue cosa de unos años.

4

El objeto de acabar con las figuras políticas importantes de los Estados Unidos por medio del asesinato, cometido supuestamente por individualistas desmañados, era que Ferris F. Fremont saliese elegido. Era el único sistema. Fremont no podía competir debidamente. A pesar de sus campañas agresivas, el senador bordeaba la nulidad. Tiempo atrás, uno de sus hombres de confianza debió de habérselo indicado. «Si piensas ingresar en la Casa Blanca, Ferris -debió comentar el hombre de confianza-, tendrás que matar a todos los demás primero». Tomándole literalmente, Ferris Fremont así lo hizo, empezando en 1963 y adelantando progresivamente durante el mandato de Lyndon Johnson. No bien Lyndon Johnson hubo renunciado a su cargo, el terreno quedó despejado. El hombre que no pudiera competir, no tenía que hacerlo.

No vale la pena insistir en la moralidad de Ferris Fremont. El tiempo ya ha dado su veredicto, el veredicto del mundo -sin contar la Unión Soviética, que todavía le respeta muchísimo-. La idea de que Fremont se hallaba en verdad estrechamente vinculado a la confabulación soviética en los Estados Unidos, respaldado por el Soviet, y que su estrategia había sido ideada por planificadores rusos, es cuestionable, pero, con todo, es un hecho. Los rusos le respaldaron, los derechistas le respaldaron, y por fin casi todo el mundo, a falta de algún otro candidato, le respaldó. Cuando entró en el poder, fue por obra de un mandato de

enorme magnitud. ¿Por quién más podían votar?

Cuando uno se da cuenta de que en realidad Fremont se presentaba sin oposición alguna, que los suyos se habían infiltrado en el Partido Demócrata, lo habían espiado, practicado escuchas telefónicas, y convertido en un caos, todo ello adquiere más sentido. Fremont contaba con el apoyo de la Comunidad de Inteligencia de los EEUU -tal como les gustaba llamarse a sí mismos-; los ex-agentes desempeñaron un papel fundamental en diezmar la oposición política. En un sistema de Partido único, siempre se da una victoria electoral arrolladora.

Uno se pregunta: ¿por qué grupos tan dispares como la Unión Soviética y la Comunidad de Inteligencia de los EEUU iban a respaldar al mismo hombre? No soy ningún teórico político, pero Nicholas dijo una vez: «A ambos les encantan los figurones corruptos. Así ellos pueden gobernar desde el foro. Los rusos y la bofia; todos están a favor de los Gobiernos fantasmas. Siempre lo estarán, porque, en el fondo, cada uno de ellos es el hombre de la pistola. Con la pistola apuntada a la cabeza».

Nadie había puesto una pistola en la cabeza de Fremont. Él era la misma pistola, apuntada a nuestra cabeza. Apuntada a la gente que le había elegido. Tras él se encontraban todos los polis del mundo: los polis izquierdistas de Rusia, los polis derechistas de los Estados Unidos. Los polis, polis son. Solamente hay distinciones de rango, en superiores e inferiores. Al poli principal es probable que no se le vea nunca el pelo.

Sin embargo, Nicholas tampoco era un teórico político. A decir verdad, no tenía ni idea de cómo se había formado la coalición que estaba detrás de Fremont; de hecho, no tenía ni idea de que existiera. Al igual que todos nosotros a lo largo de esos años, se quedó completamente atónito a medida de que los políticos ilustres iban siendo asesinados y Fremont ascendía rápidamente hacia el poder. Lo que estaba ocurriendo carecía de sentido. No podía discernirse pauta alguna.

Hay un lema latino, al que se recurre cuando se intenta averiguar quién ha cometido un crimen, que dice: *Busca al que saca provecho*. Cuando John Kennedy fue asesinado, y el doctor King, y Bobby Kennedy, y los demás, cuando George Wallace quedó tullido, tendríamos que habernos preguntado: ¿Quién saca provecho? Todos los hombres de América salieron perdiendo por esos terribles y estúpidos asesinatos, con excepción de un hombre mediocre cuya carrera hacia la Casa Blanca estaba ahora libre de obstáculos: nada le impedía acceder, nada le impedía quedarse allí. Un hombre que de otra manera no habría tenido posibilidad alguna.

Tendríamos que perdonarnos, no obstante, por no comprender quién aspiraba a ello y por qué; al fin y al cabo, en los Estados Unidos nunca había ocurrido algo semejante, aun cuando la historia de otros países abunda en casos por el estilo. Los rusos lo saben muy bien, y los ingleses otro tanto; tómese a Dick «el Jorobado», como Shakespeare llamó a Ricardo III. He aquí el paradigma de la situación: Ricardo, que se valió del asesinato para subir al trono, matando incluso a niños, y todo con el pretexto de que la naturaleza le había hecho feo. La naturaleza también había hecho feo a Ferris Fremont, por dentro y por fuera. Personalmente, jamás se me pasó por la cabeza. Se nos ocurrieron numerosas posibilidades, pero ésta nunca nos la tomamos en serio. Hasta entonces, la mentalidad salvaje nunca había intrigado para hacerse con el poder en América.

Sin embargo, no tengo intención de escribir acerca de cómo Ferris Fremont subió al poder. Tengo intención de escribir acerca de su caída. La primera historia es de todos conocida, pero dudo que alguien entienda la manera en que fue derrotado. Quiero escribir sobre Nicholas Brady, y sobre los amigos de Nicholas Brady.

Aun cuando había abandonado mi trabajo en la librería para dedicarme profesionalmente a la literatura, todavía me gustaba el dejarme caer por *University Music* para escuchar los elepés nuevos y saludar a Nicholas, quien ahora se pasaba mucho tiempo con los viajantes de las diversas distribuidoras, o arriba en su despacho haciendo trabajo administrativo. Hacia 1953 ya dirigía prácticamente *University Music*; el dueño, Herb Jackman, tenía otra tienda en

Kensington y pasaba allí el tiempo. Caía más cerca de su casa. Pat seguía trabajando en Berkeley, y ella y Nicholas estaban juntos casi todos los días.

Lo que yo ignoraba era que Herb tenía una afección cardiaca. Había sufrido un ataque cardiaco en 1951 y su médico le mandó jubilarse. Sólo tenía cuarenta y siete años y se negaba a hacerlo; en cambio, adquirió una tiendecilla en Kensington y en ella se tumbaba a la bartola. El único día en que ésta daba de sí era el sábado, mientras que en *University Music* había cinco empleados y no paraban de trabajar.

Nicholas y Pat, naturalmente, sabían de la afección cardíaca de Herb. Algunas veces, el sábado por la noche, Herb y sus amigos se reunían en el despacho de *University Music* y jugaban al póquer; en tales ocasiones de cuando en cuando, yo les acompañaba. Todos los amigos estaban enterados de su dolencia. Eran una pandilla chabacana, pero apreciaban mucho a Herb; los más de ellos eran pequeños empresarios del barrio y tenían preocupaciones comunes, tales como los drogadictos que circulaban por la Avenida Telegraph. Podían imaginarse lo que se avecinaba. Posteriormente, Nicholas solía decir que lo que mató a Herb fue el ambiente de la droga de Telegraph. Antes de su muerte, Herb tuvo ocasión de ver a camellos negros ofrecer porros abiertamente a los transeúntes, en el otro lado de la calle que bajaba hacia Dwight. Para un puritano de Oklahoma como Herb, eso sería la puntilla.

También jugaba al póquer con Tony Boucher y sus amigos, en su casa de Dana; todos ellos, al igual que yo, eran escritores de ciencia-ficción. Nicholas nunca jugaba al póquer; era demasiado intelectual para eso. Nicholas era el típico intelectual de Berkeley, metido en los libros, los discos y los cafés de la avenida. Cuando les apetecía salir, él y Rachel cruzaban la Bahía hasta San Francisco y se dirigían directamente a North Beach y a los cafés que había allí, a lo largo de Grant. Antes, hacían alto en el barrio chino y cenaban exactamente en el mismo restaurante, el más antiguo del lugar según ellos: el *Yee Jun's*, de Washington. Había de bajarse la escalera hasta el sótano, y las mesas tenían superficie de mármol. Allí había un camarero bajito llamado Walter, quien, se decía, daba de comer gratis a estudiantes sin hogar, el tipo de estudiantes que llenaban San Francisco y que un día dejarían de ser los *beatniks*, como Herb Caen les denominaba, y se convertirían en los hippies de Haight Ashbury[2]. Nicholas nunca fue *beatnik* ni *hippie* -era demasiado intelectual para eso-, pero lo parecía, con sus tejanos, sus zapatillas de tenis, su barba corta y su pelo despeinado.

El mayor problema de Nicholas era la perspectiva de seguir siendo vendedor de discos toda la vida. Ni siquiera el dirigir *University Music* parecía cambiar su situación, y le estaba traumatizando, sobre todo porque su mujer estaba a punto de licenciarse. En vez de ir a la Universidad, estaba haciendo pasar por ella a su mujer. Se le antojaba que Rachel le miraba por encima del hombro. Al ser Berkeley una ciudad universitaria, le parecía que casi todo el mundo le miraba por encima del hombro. Fue un período difícil para él. Era evidente que su jefe sufriría otro ataque cardiaco, y entonces Pat, como legítima propietaria de *University Music*, le pondría sin duda a cargo de la tienda. Haría lo que Herb había estado haciendo, lo cual, en la práctica, estaba haciendo ya, y se le ocurrió que probablemente acabaría como él: muerto a causa de los desvelos y el trabajo excesivo en un empleo que daba pocas satisfacciones, muerto prematuramente, en su puesto de las nueve de la mañana hasta medianoche. La venta de discos por menor, para el propietario independiente, era una empresa de escasa rentabilidad; las grandes cadenas empezaban a tomar parte en el negocio, *Music Box* y la *Wherehouse*, los almacenes de discos.

Por entonces Nicholas tuvo otra experiencia paranormal. Me la contó al día siguiente.

Ésta tenía que ver con México. Él nunca había estado en México y no sabía mucho de este país; fue ésa la razón por la que el detalle del sueño le asombró tanto: todo coche, todo edificio, todas las personas de las aceras y los restaurantes se hallaban nítidamente grabados. Y no se trataba de retorno a una vida pasada, porque vio taxis amarillos; todo era en verdad

[2] [Barrio de San Francisco que en los años sesenta adquirió notoriedad por ser uno de los focos más importantes de la cultura hippie. (N. del. T)]

moderno, una gran ciudad como México, con mucho movimiento, muy ruidosa, pero de un modo u otro con los sonidos amortiguados y como incesante rumor de fondo. En el sueño no llegó a oír con claridad una sola palabra. Nadie le habló; no había personajes, solamente coches, taxis, indicadores de calles, tiendas, restaurantes. Era totalmente paisajístico. Y se desarrolló sin pausa durante horas, en un intenso y brillante color, del tipo, dijo Nicholas, que se encuentra en la pintura acrílica.

El sueño le había llegado de una manera muy extraña: en pleno día. Sobre las dos de la tarde, en su día libre, había sentido somnolencia y se había echado en el sofá del cuarto de estar. El sueño comenzó enseguida. Estaba ante un puesto de tacos[3] comprando uno. Pero en aquel momento la escena se había volteado, desplegándose, como si unas puertas se hubieran abierto de par en par o elevado; de pronto ya no se encontraba ante el puesto de tacos, sino frente a un panorama de México. Era romántico y emocionante, refulgente de color en la noche; innumerables insinuaciones y promesas le atraían hacia él. Se extendía en todas direcciones, un inmenso paisaje extranjero que le era desconocido, ajeno del contenido de su mente, hermoso, irresistible; tal era su hechizo que a poco ya se hallaba en medio de él, con la resplandeciente vida derramándose por doquier: el rumor de la gente, el zumbido del tráfico, y todo tan real, tan inequívocamente real.

En cierto momento se encontró recorriendo junto con un grupito un museo de alguna clase, ubicado a la orilla del océano. Vio numerosas piezas y pinturas que después no recordaba, pero, por lo visto, esa parte tan sólo ya duró horas. El lapso de la experiencia, en tiempo real, fue de casi ocho horas. Había mirado la hora cuando se acostó, y al levantarse volvió a comprobarla. ¡Ocho horas de México paisajístico, y gratis!

Más tarde me dijo:

-Era como si otra mente tratara de comunicarse conmigo. Una vida que no llegué a vivir, diría yo. Un lugar en el que podría haber vivido. Lo que podría haber experimentado.

No pude discutírselo. Ciertamente, su restringida vida en Berkeley pedía a gritos un viaje de semejante intensidad.

-Quizá significa que deberías trasladarte al sur de California -dije.

-No, era México; un país extranjero.

-¿Has pensado alguna vez en trasladarte a Los Angeles?

Esto no le hizo gracia.

-¡Una vasta inteligencia me estuvo hablando! ¡A través de infinitas millas de espacio! ¡Desde otra Galaxia!

-¿Por qué? -pregunté.

-Creo que ha percibido mis necesidades. Creo que se propone orientar mi vida hacia alguna importante meta de la que por ahora no hay noticia. Le... -Nicholas esbozó un gesto furtivo, reservado-. Le he dado un nombre: Sivainvi, A. Significa Sistema de Vasta Inteligencia Viva, A. Lo llamo «A» porque puede que sólo sea uno de muchos. Posee todas esas características; es vasto, es activo, es inteligente y constituye un sistema coherente.

-¿Todo esto lo sabes por la exhibición que te hizo de México?

-Allí lo percibí. Intuí su naturaleza. A veces no puedo dormir por la noche y trato de comunicarme con él. Éste es el resultado de mis ruegos a lo largo de los años; he rogado por esto muchas veces.

Pensé en la palabra «rogar», y al punto comprendí que la palabra que quiso decir era rezar. Había rezado por esto, era lo que había tenido intención de decir, pero en Berkeley nadie usaba nunca la palabra «rezar». En Berkeley no existía religión alguna, salvo entre los de Oklahoma que habían emigrado durante la Segunda Guerra Mundial para trabajar en los astilleros de Richmond. A Nicholas no le cogerían ni muerto usando la palabra «rezar».

Supuse entonces que había tenido otras experiencias con Sivainvi, como él lo llamaba.

En verdad había tenido otras experiencias, que posteriormente me contó: sueños de índole

[3] [Especie de tortilla rellena hecha con harina de maíz. (N. del T.)]

singularmente reiterativa, en los cuales se le mostraban grandes libros abiertos, con impresiones semejantes a las de las *«Biblias»* antiguas. En todos los sueños leía o intentaba leer las impresiones, con escasos resultados, al menos para su mente consciente. Era imposible saber cuánto de ello lo absorbió inconscientemente y lo reprimió o lo olvidó al despertar: probablemente muchísimo. Yo me barruntaba, atendiendo a lo que me dijo, que se le habían mostrado tantos escritos en sueños como para haber seguido el equivalente de un curso acelerado; de qué trataba el curso, ni él ni yo lo sabíamos.

5

Así continuaron las cosas durante algún tiempo. Al cabo de un año, cuando tropecé con Nicholas, seguía viendo páginas escritas en sueños, si bien con menos frecuencia. Me contó algo interesante que había descubierto al dormirse y despertarse sucesivamente: que los escritos no aparecían en sus sueños más que entre las 3 y las 4 de la madrugada.

-Esto debe tener algún sentido -dije.

Las únicas palabras que había podido leer con claridad estaban relacionadas con él, aun cuando tenía la certeza de que su nombre aparecía a menudo en otros textos. El pasaje en cuestión rezaba:

UN VENDEDOR DE DISCOS DE BERKELEY PASARÁ MUCHOS APUROS,
Y POR FIN SE

Eso era todo; el resto se le había olvidado o se había borrado sin más. En este sueño, mira por dónde, era yo quien sostenía el libro; estaba de pie con las páginas abiertas, y se las tendía, invitándole a examinarlas, lo cual él hacía.

-¿Estás seguro de que no es que Dios te habla? -dije.

En Berkeley éste era un tema impopular, cuando era un tema siquiera; se lo dije tan sólo para picarle. Pero él mismo había dicho que las grandes páginas, los voluminosos libros de aspecto antiguo, se asemejaban a *«Biblias»* que había visto. Era él quien había mencionado la similitud. Con todo, Nicholas prefería su teoría de que una inteligencia extraterrestre de otro Sistema Estelar conversaba con él, y por esa razón me tenía al corriente de sus experiencias. Si hubiera decidido que era Dios, indudablemente habría dejado de hablar conmigo y consultado con un pastor o un cura, así que su teoría era una racha de suerte para mí.

De suerte, es decir, en tanto que me interesara lo que tenía que contar. Sin embargo, desde que me viera en su sueño tendiéndole la página escrita, me hallaba involucrado de algún modo. Pero, si bien era un escritor profesional de ciencia-ficción, no podía dar crédito realmente a la idea de que una inteligencia extraterrestre de otro Sistema Estelar se estaba comunicando con él; nunca me tomé en serio tales conceptos, acaso porque escribía sobre este tipo de cosas y estaba acostumbrado a sacármelas de la cabeza bajo una forma puramente novelesca. El que tales cosas pudieran ocurrir de veras no cabía en mi modo de pensar. Ni siquiera creía en los platillos volantes. Para mí eran una farsa y una invención. De modo que, de todas las personas que conocía y en las que podía confiar, Nicholas quizá había elegido la peor.

Por lo que a mí respectaba, era una pertinaz fantasía que había elaborado la mente de Nicholas a fin de ensanchar el mundillo en que vivía. Comunicarse con Sivainvi (como él lo llamaba) le hacía la vida soportable, ya que de otra manera, no lo sería. Nicholas, resolví, había empezado a separarse de la realidad por fuerza. El ser vendedor de discos en una ciudad de cultos intelectuales superaba su aguante. Era éste el clásico ejemplo de cómo la mente humana, a falta de soluciones reales, se las arreglaba para sobreponerse a sus penas.

Tuve que cargar con la teoría de Sivainvi durante varios años, hasta el día, a fines de los sesenta, en que vi con mis propios ojos como Sivainvi curaba al hijito de Rachel y Nicholas

de un defecto de nacimiento. Pero esto vino después.

Resultó que, desde el principio, Nicholas no me lo había contado todo ni mucho menos. Lo que decía era una adaptación. Intentaba que no le tomaran por chiflado, lo cual es un deseo que denota ciertos vestigios de astucia, un cierto asimiento rudimentario a la realidad después de que ésta se haya desvanecido casi por completo. Sabía que no debiera estar experimentando lo que experimentaba, y sabía que, si en efecto lo estaba (que lo estaba), no debería hablar de ello. Me eligió a mí para contármelo porque yo escribía ciencia-ficción, y por ese motivo, presumía, era más indulgente, más tolerante en cuanto a los contactos con no humanos. Ésa era una cuestión de la que Nicholas estaba seguro. Sivainvi no era humano.

Por lo que a todo esto se refiere, Rachel, su mujer, adoptó la actitud más cruel e irónica que se pueda imaginar. Su ferocidad de intelectual de Berkeley aumentaba constantemente. Si Nicholas trataba de hablar de Sivainvi delante de ella, tenía que aguantar de inmediato comentarios despectivos que superaban toda descripción. Diríase que se había hecho *Testigo de Jehová*, otro ámbito acreedor de ilimitado desprecio por parte de su superculta mujer. *Testigo de Jehová* o miembro de los Jóvenes Republicanos; alguna abominación de naturaleza tan absolutista como las antedichas. Algo que le distinguía totalmente del hombre sensato. Lo cual, creo yo, era imputable a los relatos de sus experiencias con Sivainvi. Difícilmente podía culparse a Rachel. Fuera de que, como siempre me pareció, la excesiva severidad era innecesaria; sencillamente tendría que haberle enviado al Hospital de *Higiene Mental* del Estado de California para que se sometiera a una terapia de grupo.

Yo seguía pensando que Nicholas hubiera debido trasladarse al sur de California, principalmente para librarse de Berkeley. Así lo hizo, pero tan sólo para visitar *Disneylandia*. Sin embargo, fue todo un viaje, en cierta medida. Le supuso hacer arreglar el coche y ponerle neumáticos nuevos; él y Rachel amontonaron sus sacos de dormir, la tienda de campaña y el hornillo *Coleman* en el maletero de su *Plymouth* y se pusieron en camino, con el propósito de dormir en las playas a fin de ahorrar dinero. Nicholas tenía también una misión secreta, sobre la cual no informó a su jefe, Herb Jackson. Según su versión oficial, Nicholas iba simplemente de vacaciones. En realidad (me lo confió a mí, su mejor amigo), pensaba hacer una visita a *Discos Progresistas* de Burbank, en donde tenía un conocido: su representante en la Costa Oeste, Carl Dondero. Esta pequeña organización discográfica editaba discos de música popular que se vendían mejor en Berkeley que en cualquier otro sitio, y desde que formaba parte del ambiente de Berkeley, Nicholas dedicaba muchísimo tiempo a escuchar a cantantes tales como Josh White y Richard Dyer-Bennet; poseía tantos discos de Hudson «Back Bay» Ballad como existían, y estaba enterado de quién resucitó el banjo de cinco cuerdas (Pete Seeger, afirmaba Nicholas, y luego disertaba sobre los *«Almanac Singers»*, con quienes Seeger había cantado sin revelar su nombre). La idea consistía en que, si le gustaba lo que veía en *Discos Progresistas* y le gustaba lo que le ofrecían los jefazos de allí, podría entrar a trabajar para ellos. Yo me había encontrado con Carl Dondero una vez, y ambos opinábamos que Nicholas debiera marcharse de Berkeley. Éste fue el sistema al que recurrió Dondero para lograrlo.

Lo que Carl Dondero no había tenido muy en cuenta ,es la funesta circunstancia de que Los Angeles es la capital chalada del mundo; que todas las agrupaciones religiosas, paranormales y ocultistas tienen allí su origen y allí atraen a sus seguidores; que Nicholas, si iba al sur con propósito de restablecerse se vería expuesto a otras personas como él, y por ello cabía la probabilidad de que antes empeorase más que se repusiera. Nicholas se trasladaría a una región que malamente definía la calidad de la cordura. ¿Qué podría esperarse de Nicholas si se veía expuesto a Los Angeles? Con toda certeza, Sivainvi surgiría de lleno al extinguirse por completo su escaso contacto de Nicholas con la realidad.

Nicholas, sin embargo, no tenía verdadera intención de irse de Berkeley. Él y la ciudad estaban unidos por lazos demasiado estrechos. Lo que esperaba era almorzar con los jefazos de Artistas y Repertorio de *Discos Progresistas*; le harían grandes agasajos y solicitarían su apoyo, y al cabo podría decirles que no y triunfalmente regresar a Berkeley, después de que le

hubieran ofrecido una alternativa viable que habría rechazado de plano. Durante el resto de sus días, como vendedor de discos en la Avenida Telegraph, podría decirse que había optado por su modo de vivir antes que por la deslealtad de mudarse a Los Angeles.

Pero cuando llegó a la zona de Los Angeles, concretamente al Condado de Orange y *Disneylandia*, y hubo tenido ocasión de pasear en su viejo *Plymouth*, descubrió algo inesperado, aunque yo, más o menos en broma, se lo había sugerido ya. Varios lugares de esa región se parecían a su sueño de México. Yo había estado en lo cierto. Al dejar la autopista en las cercanías de Anaheim -tomó la rampa de salida incorrecta y terminó en la ciudad de Placentia-, descubrió construcciones mejicanas, coches mejicanos de suspensión baja, cafés mejicanos, y casitas de madera llenas de mejicanos. Se había tropezado con un *barrio* por primera vez en su vida. El *barrio* se parecía a México, salvo que por él circulaban taxis amarillos. Nicholas había contactado realmente con el mundo de su sueño visionario. Y esto, por lo que se refería a aceptar el empleo en *Discos Progresistas*, lo cambiaba todo.

Él y Rachel volvieron a Berkeley, pero no para quedarse. Ahora que sabía que existía un mundo real idéntico al representado en su sueño -al que había visto en su sueño-, ya nada podía detenerlo a Nicholas.

-Tenía razón -me dijo a su regreso al Area de la Bahía-. No era un sueño. Sivainvi me estuvo mostrando dónde tendría que vivir. Allí se encuentra mi destino, Phil, un destino que empequeñece todo cuanto puedas imaginar. Conduce a las estrellas.

-¿Te dijo Sivainvi cuál es tu destino allí? -le pregunté.

-No. -Meneó la cabeza-. Lo sabré cuando llegue el momento. Es el mismo principio que rige en los Servicios de Espionaje: uno sabrá únicamente lo que sea indispensable saber. Si comprendiera el cuadro completo, se quedaría alucinado. Se volvería loco.

-Nicholas -dije-, ¿abandonarías tu puesto y te mudarías al Condado de Orange a causa de un sueño?

-Reconocí el *barrio* de Placentia así que lo vi -dijo Nicholas-. Todas las calles y edificios, todos los coches que pasaban... eran exactamente como los soñé. La gente que caminaba por las aceras, los indicadores de las calles, incluso. Hasta el más mínimo detalle. Sivainvi quiere que me traslade allí.

-Pregúntale el porqué antes de hacerlo. Tienes derecho a saber en lo que vas a meterte.

-Tengo confianza en Sivainvi.

-Supongamos que es malvado.

-¿Malvado? -Nicholas me miró de hito en hito-. ¡Es la fuerza absoluta del bien en el universo!

-No sé si me fiaría de él -dije- si se tratara de mí y de mi vida. Entiéndeme, estás hablando de tu vida, Nick. Estás por renunciar a tu casa, tu puesto y tus amigos debido a un sueño que él te muestra... un anticipo. Puede que no sea más que precognición por tu parte. Quizá eres un precognitor. -Había escrito varios relatos sobre precognitores, a decir verdad una novela, *«The World Jones Made»*[4], y me inclinaba a considerar la precognición como un arma de doble filo. En mis relatos, y sobre todo en la novela, la precognición colocaba al personaje en un circuito cerrado, le hacía víctima de su propio determinismo; se veía obligado, tal como parecía ser en el caso de Nicholas, a representar posteriormente lo que previó con anterioridad, como si, con haberlo anticipado, estuviera condenado a sucumbir a ello, antes que a obtener la capacidad de eludirlo. La precognición no conducía a la libertad, sino más bien a un macabro fatalismo, como el que ahora manifestaba Nicholas: *tenía* que mudarse al Condado de Orange porque, un año antes, había experimentado una visión anticipadora de ello. Lógicamente, carecía de sentido. ¿Acaso no podía guardarse de ir precisamente porque había tenido una premonición?

Yo estaba dispuesto a admitir que lo que vio en su sueño visionario era una fiel representación del *barrio* situado en la ciudad de Placentia, en el Condado de Orange. Pero lo

[4] [Publicada en castellano bajo el título *«El tiempo doblado»* en 1963. (N. del T)]

veía más como una habilidad paranormal que poseía Nicholas que como una comunicación de una entidad extraterrestre de otro Sistema Solar. El sentido común exigía que se fijaran ciertos limites. Recurriendo al «Principio de Occam de Parquedad Científica», la teoría más sencilla era la mía. No había necesidad de involucrar a otra inteligencia más poderosa.

No obstante, Nicholas no lo entendía así.

-No se trata de cuál teoría es más económica; se trata de lo que es cierto. No me estoy comunicando conmigo mismo. No hay posibilidad de saber que mi destino se encuentra en Placentia. Tan sólo una inteligencia superior a la humana lo sabría.

-Tal vez tu destino se encuentra en el centro de *Disneylandia*. Podrías dormir debajo de la Montaña Rusa y vivir de *Coca-Cola* y bocadillos de Frankfurt, como los que venden allí. Hay lavabos. Tendrías todo lo que te hiciera falta.

Rachel, que estaba escuchando, me lanzó una mirada de pura malevolencia.

-Vaya, hago exactamente lo mismo que tú -le dije- Burlarme de él. Tú no quieres irte a vivir en la zona de Los Angeles, ¿verdad Rachel? Lejos de Berkeley.

-Nunca iría a vivir al Condado de Orange -repuso Rachel con vehemencia.

-Ahí lo tienes -dije a Nicholas.

Nicholas explicó:

-Estamos pensando en separarnos. Así ella podrá seguir en la Universidad y yo partir hacia allá en busca de mi destino.

Esto le daba autenticidad. Un divorcio basado en un sueño. Qué motivo tan singular. ¿Causa del divorcio? Abandoné a mi mujer porque soñé en una tierra extranjera..., que resultó caer a diez millas de *Disneylandia*, cerca de un montón de naranjos. Allá en la ciudad sintética, EEUU. Era irreal, y, sin embargo, Nicholas hablaba en serio. Y llevaban años casados.

El asunto se resolvió al cabo de tres años, cuando Rachel descubrió que estaba embarazada. Esa era la época del diafragma, cuya utilidad dejaba mucho que desear. Allí terminó su carrera universitaria; después de tener al pequeño Johnny, le daba igual donde vivieran. Engordó y se tornó desaliñada; su pelo acabó hecho un desastre; se olvidó de todo lo que había aprendido en la Facultad y no hacía otra cosa que mirar la televisión todo el día.

A mediados de los años sesenta se trasladaron al Condado de Orange. A los pocos años, Ferris F. Fremont asumiría la Presidencia de los Estados Unidos.

6

¿Cómo se trata a un amigo cuya vida está controlada desde allende las estrellas? ¿Qué actitud se adopta? Pocas veces veía a Nicholas después de que él y Rachel se mudaran al Condado de Orange, pero en cuanto le veía, cuando iban al Area de la Bahía para una prolongada estancia, o bien tomaba yo el avión para hacerles una visita y llegarme de paso a *Disneylandia*; Nicholas siempre me daba nuevos detalles de lo que tramaba Sivainvi. Luego de que se mudara al Condado de Orange, Sivainvi se comunicaba mucho con él. Por tanto, desde su punto de vista, el traslado valió la pena.

Además, el puesto en *Discos Progresistas* supuso un enorme adelanto a trabajar como vendedor de discos. La venta de discos por menor era un trabajo sin futuro, y Nicholas siempre lo había sabido, mientras que la especialidad discográfica en sí estaba en continuo avance. Ahora el *rock* había adquirido una gran importancia, si bien esto no perjudicaba a *Discos Progresistas*, que sólo contrataba a artistas populares. Aun así, *Discos Progresistas* estaba consiguiendo que éstos alcanzaran los primeros puestos en las listas de ventas; tenía bajo contrato a los mejores artistas populares, muchos de ellos del mundo musical del viejo San Francisco: de Hungry I y *«Purple Onion»*. Por muy poco no contrató a *«Peter, Paul and Mary»*, quienes, según ellos, habían rechazado una oferta del *«Kingston Trío»*. Me enteré de esto por Nicholas; al estar en Artistas y Repertorio, daba audiciones personalmente a nuevos

artistas vocales, instrumentistas y grupos, grababa cintas de ellos fuera del estudio..., aunque no tenía autorización para contratarles. No obstante, sí la tenía para rechazarles, y se lo pasaba muy bien ejerciéndola. Eso mejoraba mucho el cambiar el rollo de papel higiénico de detrás de la cabina de escucha número tres, allá en Berkeley.

Por fin, el oído instintivo que poseía Nicholas para descubrir una buena voz estaba dando resultado. Su talento, además de lo que había aprendido con escuchar insólitos discos vocales en *University Music* a altas horas de la noche, ahora le estaba respaldando económicamente. Carl Dondero no se había equivocado; al hacerle un favor a Nicholas, había hecho a la vez un favor a *Discos Progresistas*.

-Así que tienes un trabajo fenomenal -dije, mientras él, yo y Rachel estábamos sentados en su piso de Placentia.

-Voy a ir a Huntington Beach para recibir a *«Uncle Dave Huggins and His Up-Front Electric Jugs»* -dijo Nicholas-. Creo que deberíamos contratarles. En realidad, es *folk-rock*. Se parece un poco a lo que hacen los *«Grateful Dead»* en algunos de sus discos. -En aquel momento estábamos escuchando un LP de los *«Jefferson Airplane»*, un giro notable de la música clásica que había entusiasmado a Nicholas allá en Berkeley. Grace Slick cantaba *«White Rabbit»*.

-Qué tía más fabulosa -dijo Nicholas.

-Una de las mejores -convine. Hacía poco que se había despertado mi interés por el *rock*. El *«Airplane»* era mi grupo favorito; en cierta ocasión había ido hasta el Condado de Marin, a la ciudad de Bolinas, para admirar una casa que, se decía, era la de Grace Slick. Se encontraba enfrente de la playa, pero alejada de la gente y el ruido-. Lástima que no puedas contratarla -dije a Nicholas.

-Oh, veo a muchísimas chicas fabulosas -dijo Nicholas-. La mayoría de cantantes populares, de cantantes populares en ciernes, son tías. La mayoría de ellas con lo que en la industria denominamos, en rigor, sin talento. Quizá han escuchado repetidas veces discos de Baez, Collins y Mitchell y las imitan..., nada original.

-Así que ahora -dije- tienes influencia sobre la gente.

Nicholas guardó silencio, toqueteando su vaso de vino *Charles Krug*.

-¿Qué impresión te hace? -pregunté.

-Bueno, yo... -Nicholas titubeó-. No soporto ver la cara que ponen cuando les digo que no. Es... -hizo un ademán- Se hacen tantas ilusiones. Vienen a Hollywood desde todo el país muy ilusionadas. Como en la canción de *«Mamas & Papas», «Las jovencitas van para el Cañón»*. Hoy hubo una chica... Hizo autostop desde Kansas City, Kansas, llevaba una guitarra de práctica *Sears* de diez dólares..., quizá sabía cinco acordes, y tenía que leer de un cancionero. Por lo común no les hacemos una audición a menos que ya las hayan contratado en algún sitio. Entiéndeme, no podemos hacer audiciones a todo el mundo. -Tenía un aire triste al decirlo.

-¿Qué dice Sivainvi en estos días? -pregunté. Tal vez con su nueva y más amplia vida ya no oía voces ni veía páginas escritas en sueños.

Nicholas esbozó un extraño gesto. Por primera vez desde que surgiera el tema, parecía poco dispuesto a comentarlo.

-He des... -empezó a decir, y entonces me indicó con la mano que le acompañara, fuera del cuarto de estar y a su dormitorio-. Ahora Rachel tiene una norma -explicó, cerrando la puerta tras de nosotros-. No lo mencionaré siquiera. Escucha. -Se sentó en la cama frente a mí-. He descubierto algo. La claridad con que le oigo -o la oigo, o los oigo; sea lo que sea-, depende del viento. Cuando sopla el viento -aquí sopla desde el desierto, hacia el este y el norte-, recibo mejor la comunicación. He estado tomando notas. Mira esto. -Abrió un cajón de la cómoda; había allí un montón de papeles, escritos a máquina, alrededor de un centenar de páginas. Y en un rincón del dormitorio estaba una pequeña mesa para máquina de escribir con una *Royal* portátil encima-. Hay muchas cosas que no te he contado -dijo-, acerca de mis contactos con ellos. Creo que hay más de uno. Parece que son capaces de reunirse y formar un

solo cuerpo o mente, como una forma de vida plasmática. Creo que existen en la atmósfera.

-¡Dios mío! -exclamé.

Nicholas dijo con la mayor seriedad:

-Para ellos, esto es un océano contaminado que habitamos nosotros; he tenido sucesivos sueños en los que adoptaba su punto de vista, y siempre están mirando hacia abajo -yo miro hacia abajo en los sueños-, en dirección a un océano estancado o una charca.

-La niebla y el humo -dije.

-Les repugna. Les impide descender. Tú eres escritor de ciencia-ficción. ¿Es posible que existan insospechadas formas de vida en la atmósfera de la Tierra, formas de vida sumamente evolucionadas e inteligentes, que se interesen vivamente por nuestro bienestar y puedan ayudarnos cuando lo crean conveniente? Cabe suponer que a lo largo de los siglos se hubieran escrito crónicas acerca de ello. Eso carece de sentido; alguien les habría descubierto mucho tiempo atrás. Quizá -es una de mis teorías-, quizá hayan entrado hace poco en nuestra atmósfera, posiblemente procedentes de otro planeta, o bien de otro plano. Una segunda posibilidad que se me ha ocurrido es que vengan del futuro, regresan aquí oportunamente para ayudarnos. Están deseosos de ayudarnos. Parecen saberlo todo. Santo Dios, creo que pueden ir a cualquier parte; no tienen cuerpos materiales, solamente las formas plasmáticas energéticas, como campos electromagnéticos. Probablemente se funden, reúnen su información, y luego se separan. Naturalmente, sólo estoy teorizando. No lo sé. Es ésta la impresión que me producen.

-¿Cómo es que los oigas tú y nadie más? -dije.

-No tengo ninguna teoría acerca de esto.

-¿No te lo pueden comunicar?

-En realidad no entiendo mucho de lo que dicen. Sólo recibo impresiones de su presencia. Querían que me trasladara aquí, al Condado de Orange; en eso tenía razón. Creo que se debe a que pueden contactar mejor conmigo, al estar cerca del desierto, con el viento de Santa Ana soplando casi continuamente. He comprado varios libros para hacer investigaciones, como la *«Britannica»*.

-Si existen, alguna otra persona habría...

-Estoy de acuerdo -Nicholas asintió-. ¿Por qué yo? ¿Por qué no hablarían con el Presidente de los Estados Unidos?

-¿Ferris F. Fremont?

Se echó a reír.

-Bueno, creo que sí: ya entiendo lo que quieres decir. Pero hay muchísima gente importante de verdad. Una vez..., escucha esto. -Se puso a revolver los papeles-. Me mostraron un principio de ingeniería, un motor con dos ejes que giraban en direcciones opuestas. Me explicaron el principio en su totalidad; yo vi el puñetero artilugio con mis propios ojos, era redondo y muy pesado. Carecía de par de fuerzas debido a los ejes opuestos. Los ejes, por último, funcionaban mediante un tren de engranajes conectado a un mecanismo de transmisión común, supongo, pero eso no lo vi; quedaba en el otro lado. En el sueño tuve en las manos el aparato..., estaba pintado de rojo. No sé qué tipo de energía lo impulsaba, probablemente electricidad. Y me acuerdo de esto: llevaba un sistema de leva, una cadena con pesos que iba moviéndose rápidamente de un rotor giratorio a otro, para actuar de freno. Querían que lo apuntara todo al despertar; me enseñaron un lápiz muy afilado y un bloc. Dijeron -y nunca lo olvidaré-, me dijeron: «Este principio fue conocido en tu época». ¿Te das cuenta de lo que esto presupone? -Nicholas había empezado a enardecerse muchísimo; estaba sonrojado, con el rostro desbordante de emoción, y las palabras le salían a borbotones-. Eso indicaba que vienen del futuro.

-Cabe otra posibilidad -dije-. Podría significar, simplemente, que en el futuro el motor que viste llegue a ser conocido. Puede que lo único que signifique sea que conocen nuestro futuro.

Nicholas me miró fijamente, frunciendo la boca en silencio, perplejo.

-Verás -expliqué-, unos seres de tan elevado orden podrían haber rebasado la barrera del...

-Esto es real -dijo Nicholas quedamente.

-¿Cómo? -pregunté.

En voz baja y uniforme, Nicholas dijo:

-Esto no es ningún cuento. Tengo más de veinte mil palabras de notas que he tomado acerca de este asunto. Teorías, investigación; lo que he visto y oído. Lo que sé. ¿Tienes idea de lo que sé? Esto avanza hacia algo, pero no acierto a entender qué es. No quieren que entienda lo que es; me enteraré cuando llegue el momento, cuando ellos lo crean oportuno. No me dicen mucho, qué va; a veces creo que me dicen lo menos que pueden. De modo que no pierdas el tiempo contándome teorías de ciencia-ficción, Phil. ¿Comprendes?

Hubo un silencio. Nos miramos.

-¿Qué debo decir? -pregunté por fin.

-Tómatelo en serio, nada más -repuso Nicholas-. Limítate a tomarlo como lo que es: un asunto gravísimo, acaso terrible. Ojalá lo supiera. Presiento que van muy en serio, que andan involucrados en un juego fatal, a una escala que me supera, que nos supera a todos. Que están aquí con un fin que... -Se interrumpió-. Dios mío -dijo-, todo esto me está volviendo loco. Ojalá pudiera contárselo a alguien; eso es lo que me fastidia, no poder contárselo a nadie. Ellos me trasladaron de Berkeley al Condado de Orange... Ni siquiera *eso* puedo contar.

-¿Y por qué no?

-Lo he intentado -Nicholas no dio más explicaciones.

-Pareces haber madurado -dije.

-Bueno, me fui de Berkeley. -Se encogió de hombros.

-Ahora tienes auténticas responsabilidades.

-Ya las tenía entonces. Estoy empezando a darme cuenta de que no es un juego.

-Tu trabajo...

-Lo que me dicen. Cuando duermo. Sólo porque no lo recuerdo, al despertar no me dice nada. He leído lo bastante como para saber que se recuerda en alguna parte del cerebro. Va a parar al inconsciente y queda almacenado. Escucha -Me clavó la vista-. Phil -dijo-, creo que me están programando. Comprendo una frase, una palabra; nada más. Ninguna pista que pueda seguir de un modo u otro. Lo suficiente, tan sólo para entenderlo así. Si me están programando, entonces los datos se inhiben, que es la forma en que funciona la programación, en el cerebro o bien en los circuitos electrónicos, y a la larga tropezaré con el estímulo desinhibidor, y toda la programación se activará, correctamente o no, según el acierto con que haya ido depositándose. -Hizo una pausa, y luego añadió, remotamente-: He estado leyendo acerca de ello. No llegaría a saberlo.

-¿Aun cuando encuentres el estímulo desinhibidor?

-No, todo lo que dijera o hiciese parecería natural. Creería que se me había ocurrido a mí. Como una sugestión posthipnótica: uno la incorpora a su cosmovisión como algo lógico. No importa lo extraña, o lo destructiva, o lo... -Volvió a guardar silencio, y esta vez no reanudó su discurso.

-Has cambiado -dije-. Además de ser más maduro, pero en todos los sentidos.

-El trasladarme aquí me ha cambiado -dijo Nicholas- y también las investigaciones que he llevado a cabo; ahora dispongo de los recursos económicos para adquirir el material de referencia fundamental que me permita continuarlas. Herb Jackman me pagaba una miseria, Phil. Sólo que yo no sabía qué hacer.

-No se trata únicamente de investigar -dije-. Berkeley está llena de gente que investiga. ¿Qué tipo de amigos tienes por aquí? ¿A quién has conocido?

-A gente de *Discos Progresistas*, sobre todo -contestó Nicholas-. Técnicos, metidos en la industria de la música.

-¿Les has hablado de Sivainvi?

-No.

-¿Has hablado con un psiquiatra?

-Mierda -dijo Nicholas en tono de hastío-. Ambos sabemos que esto no es cosa de

psiquiatras. Pudiera habérmelo planteado hace muchísimo tiempo. Hace años, y a seiscientas millas de distancia, en una ciudad de locos. En el Condado de Orange no hay locos; es un sitio muy conservador y muy equilibrado. Los locos están allá en el norte, en el Condado de Los Angeles, no aquí. No fui a caer en la región de los locos por sesenta y cinco millas; me pasé de la raya. Coño, no me pasé de la raya; me lanzaron adrede hacia aquí, al Condado de Orange Central. Para librarme de ciudades de miras estrechas como Berkeley. A un lugar en el que pudiera pensar y dedicarme a la introspección, aprender a valorar las cosas en su justa medida y alcanzar una cierta comprensión. Una mayor confianza, en realidad. Eso es lo que he conseguido, si cabe.

-Puede que sea así.

Dijo Nicholas, medio para sí:

-Parecía que todo fuese... como en broma, allá en Berkeley, esos contactos secretos con otra inteligencia, a altas horas de la noche, sin querer, estando yo tendido en la cama sin más, pasivamente, y obligado a escuchar, me gustara o no. En Berkeley éramos unos críos; nadie que viva allí madura nunca de verdad. Quizá por eso Ferris Fremont detesta tanto Berkeley.

-¿Eres muy consciente de él, ahora que te encuentras aquí? -pregunté.

-Soy consciente de Ferris Fremont -dijo Nicholas misteriosamente-. Ahora que me encuentro aquí, en efecto.

Gracias a una voz imaginaria, Nicholas se había hecho una persona completa, antes que la persona parcial que había sido en Berkeley. Si se hubiera quedado en Berkeley habría vivido y muerto como una persona parcial, sin llegar a conocer la integridad. ¿Qué clase de voz imaginaria es ésa?, me pregunté. Supongamos que Colón hubiera escuchado una voz imaginaria que le decía que zarpara con rumbo al oeste. Y, gracias a ella, hubiera descubierto el Nuevo Mundo y cambiado la historia de la humanidad... Nos resultaría difícil el uso del término «imaginario», entonces, aplicado a dicha voz, puesto que las consecuencias de sus palabras acabaron afectándonos a todos. ¿Qué habría constituido una mayor realidad? ¿Una voz «imaginaria» diciéndole que zarpara con rumbo al oeste, o una voz «real» diciéndole que la idea era irrealizable?

Si Sivainvi no se hubiera dirigido a él en sueños, mostrándole visualmente un porvenir más dichoso, hablándole de modo persuasivo, Nicholas habría ido a *Disneylandia* y regresado luego a Berkeley. Yo lo sabía y Nicholas lo sabía. Que cualquier otra persona expresara su conformidad carecía de importancia; yo le conocía y sabía que, por sí solo, sin ayuda de nadie, habría permanecido esclavo de la rutina para siempre. Algo había intervenido en la vida de Nicholas y acabado con la opresión a que un mal Karma le sometía. Algo había cortado las cadenas de hierro.

Así, comprendí, es como un hombre llega a ser lo que no es: haciendo lo que nunca podría hacer; en el caso de Nicholas, el acto completamente imposible de trasladarse desde Berkeley hacia el sur de California. Todos sus compañeros seguían allí; *yo* seguía allí. Era espectacular; aquí estaba él, que se había criado en Berkeley, sentado en su piso moderno (Berkeley carece de pisos modernos) de Placentia, vestido con una camisa floreada al estilo del sur de California, pantalones flojos y zapatos; ya se había integrado en el estilo de vida que privaba aquí. La época de los tejanos había pasado.

7

La presencia imaginaria de Sivainvi -cuyo nombre Nicholas se había visto obligado a inventar, a falta de uno verdadero-, le había transformado en lo que no era; si hubiese acudido a un psiquiatra seguiría siendo lo que fue, y así se hubiera quedado. El psiquiatra habría fijado su atención en el origen de la voz, no en sus intenciones o en los resultados. Este mismo psiquiatra seguiría residiendo en Berkeley probablemente. No habría sufrido el acoso de voces nocturnas, ni de presencia invisible alguna que bosquejara una vida más dichosa. Qué

tranquilo es el sueño de los imbéciles.

-Vale, Nick -dije-. Tú ganas.

-¿Cómo? -Me lanzó una mirada, con cierto cansancio-. Oh, ya entiendo. Sí, creo que gano. Phil, ¿cómo pude quedarme tanto tiempo en Berkeley? ¿Por qué hizo falta otra persona, otra voz, no la mía, para incitarme a cambiar de vida? ¿Por qué hubo esta necesidad?

-Hum -dije.

-Lo increíble no es que oyera a Sivainvi, le hiciera caso, y me trasladara aquí, sino que, de no haber existido él, o ellos, no lo habría pensado siquiera, y ni mucho menos lo habría llevado a cabo. Phil, la idea de abandonar Berkeley, de dejar de trabajar con Herb Jackson, ni se me habría pasado por la cabeza.

-Sí, eso es lo increíble -convine. Tenía razón. Era un argumento que certificaba la trayectoria corriente de la existencia humana, el *Homo* sin estorbos: se le permitía recorrer penosamente su curso circular, como un pedazo de roca inanimada orbitando alrededor de un Sol extinto, indiferente y sin objeto, sordo al Universo en general, ciego como si éste fuera un bloque de hielo. Un estado en el cual las nuevas ideas no llegaban ni a formarse. Eternamente excluido de la originalidad. Hacía que uno se detuviera a reflexionar.

Nicholas dijo:

-Quienquiera que sean, Phil, no tengo otra opción que confiar en ellos. De todas formas, voy a hacer lo que ellos quieran.

-Pienso que sabrás -dije- cuando tu programación se active. -Si en efecto -tranquilizador pensamiento-, había sido programado.

-¿Crees que lo notaré? Estaré demasiado atareado para ello.

Esto me dio escalofríos: la idea de él entrando en acción de golpe, desdibujándose, como si poseyera dieciséis brazos.

-Ellos... -continuó Nicholas.

-Me gustaría que no les llamases «ellos» -dije-. Me inquieta. Estaría más tranquilo si dijeses «él».

-¿Es aquel chiste sobre dónde duerme un canario de dos mil kilos? -dijo Nicholas.

-Donde le da gana. Sí.

-Les llamo «ellos» -repuso Nicholas- porque he visto a más de uno. Un hombre, una mujer. Dos, de entrada, y dos es ellos.

-¿Qué aspecto tenían?

Tras una pausa, Nicholas dijo:

-Naturalmente, te haces cargo de que se trataba de sueños. Y los sueños están distorsionados. La mente consciente pone una barrera.

-Para protegerse -concluí.

Nicholas explicó:

-Tenían tres ojos. Los dos normales, y después uno con una lente, en lugar de pupila. En el mismo centro de la frente. Ese tercer ojo lo veía todo. Podían conectarlo y desconectarlo y, cuando estaba desconectado, desaparecía por completo. Era invisible. Y durante ese intervalo -respiró a fondo, temblorosamente-, eran exactamente iguales a nosotros. Nunca..., lo adivinaríamos. -Se quedó en silencio.

-Oh, Dios bendito -dije en voz alta.

-Ya -repuso Nicholas, estoico.

-¿Y hablaban?

-Eran mudos. Y sordos. Se hallaban en cámaras redondas, como batisferas, con muchísimos cables tendidos hacia ellos, como un equipo elevador de voltaje, un equipo para comunicaciones, cables del tipo que llevan los teléfonos. Los cables y los elevadores de voltaje eran para poderse comunicar con nosotros, para que sus pensamientos formasen palabras que pudiéramos oír y comprender, y para que ellos pudieran oírnos a su vez. Les era difícil, les suponía un gran esfuerzo.

-No sé si quiero enterarme.

-Coño, te pasas la vida escribiendo estas cosas. Por fin he leído algunas de tus novelas; te...

-Escribo ficción -dije-. No es más que ficción.

-Tenían el cráneo ensanchado -explicó Nicholas.

-¿Qué? -Me costaba seguirle; era demasiado para mí.

-Para dar cabida al tercer ojo. Cráneos abultados. Un cráneo de forma completamente diferente a la del nuestro, muy ancho. El faraón egipcio lo tenía..., Ikhnaton. Y las dos hijas de Ikhnaton, pero no su esposa. Era hereditario por parte de él.

Abrí la puerta del dormitorio y regresé al cuarto de estar, en donde Rachel estaba sentada leyendo.

-Está loco -dijo Rachel distante, sin levantar la vista del libro.

-Exacto -dije-. Del todo. Ha perdido el juicio. Lo último que quiero es estar presente cuando su programación se active.

Ella no replicó; volvió una página.

Nicholas, que había salido detrás de mí del dormitorio, se acercó a nosotros; me alargó un papel, para que lo viera.

-Es un signo que me mostraron varias veces, dos arcos que se cruzan, dispuestos como... bueno, ya lo ves. Se parece un poco al símbolo del pez cristiano, el pez de costado, con dos arcos formando su cuerpo. Lo interesante es que si un arco se cruza una vez...

El dibujo del papel extendido despidió un rayo de luz rosáceo púrpura, de unos dos centímetros de diámetro, en dirección a la cara de Nicholas. Éste cerró los ojos, hizo una mueca de dolor, dejó caer el papel, y se llevó de pronto la mano a la frente.

-De golpe -dijo con voz apagada-, me ha dado un fortísimo dolor de cabeza.

-¿No has visto el rayo de luz? -dije. Rachel había dejado el libro en la mesa y estaba de pie.

Nicholas se quitó la mano de la frente, abrió los ojos, y parpadeó.

-Estoy ciego -dijo.

Silencio. Los tres permanecimos inmóviles.

-Ahora distingo fosfenos -dijo al poco rato-. Una luz residual. No, no he visto ningún rayo de luz. Pero veo un círculo de fosfeno. Es rosado. Ahora distingo algunas cosas.

Rachel fue hacia él, le tomó del hombro.

-Más vale que te sientes.

Con una voz extraña, imperturbable, de timbre casi mecánico, Nicholas entonó:

-Rachel, Johnny tiene un defecto de nacimiento.

-El médico dijo que de ninguna manera es...

-Tiene una hernia inguinal estrangulada en el lado derecho. Ya ha descendido hasta el saco testicular. Johnny tiene que ser operado inmediatamente; ve al teléfono, descuélgalo, y marca el número del doctor Evenston. Dile que vas a llevar a Johnny a urgencias en el Hospital *St. Jude* de Fullerton. Dile que esté allí.

-¿Esta noche? -preguntó Rachel, horrorizada.

Nicholas entonó:

-Está en peligro de muerte inminente. -Después, con los ojos cerrados, lo repitió, palabra por palabra, tal cual lo había dicho; al observarle me dio la impresión, súbitamente, de que si bien tenía los ojos cerrados, estaba viendo las palabras. Hablaba como si las leyera de un apunte, como un actor. El tono de voz, la cadencia, no eran los suyos; seguía unas palabras escritas para él.

Les acompañé al hospital. Rachel conducía, a Nicholas aún le dolían los ojos, de modo que se sentó junto a ella con el niño en brazos. Su médico, el doctor Evenston, les recibió malhumoradamente en la sala de urgencias. Lo primero que les dijo fue que había examinado a Johnny varias veces en busca de una posible hernia y no había encontrado nada; luego se llevó a Johnny; pasó el tiempo; al cabo, el doctor Evenston regresó y dijo sin ser muy explícito, que en efecto existía una hernia inguinal, reducible pero que debía operarse de inmediato, ya que siempre había la posibilidad de estrangulación.

Librodot

De vuelta al piso de Placentia, dije:

-¿Quiénes son esas personas?

-Amigos -contestó Nicholas.

-Sin duda quieren tu bien -afirmé-. Y el de tu hijo.

-Nada malo puede ocurrir -dijo Nicholas.

-Pero ¡vaya poderes! -exclamé.

-Han transferido información a mi mente -explicó Nicholas-, pero no han curado a Johnny. Se han limitado a...

-Le han curado -repliqué. Llevarle al médico y llamar la atención de éste sobre el defecto de nacimiento equivalía a curarle. ¿Por qué emplear poderes sobrenaturales cuando estaban a mano medios curativos naturales? Me vino a la memoria algo que dijo Buda después de ver cómo un supuesto santo caminaba sobre las aguas: «Por una moneda», dijo Buda, «me subo en una embarcación y hago lo mismo». Resultaba más práctico, aun para Buda, cruzar las aguas normalmente. Al fin y al cabo, lo normal y lo supranormal no eran dominios antagónicos. Nicholas no lo había comprendido. Pero se le veía aturdido; mientras Rachel conducía a través de la oscuridad, él no cesaba de darse masajes en la frente y los ojos.

-La información fue transferida simultáneamente -dijo Nicholas-. No de manera secuencial. Siempre es así. Es lo que, en informática, se denomina analógico a diferencia de digital.

-¿Estás seguro de que son amigos? -preguntó Rachel bruscamente.

-Cualquiera que salve la vida de mi hijo -repuso Nicholas- es un amigo.

-Si han sido capaces de transmitir sin rodeos toda esa información exacta a tu mente, en una ráfaga de luz coloreada, podrían comunicarte cuando quisieran, quiénes son, de dónde proceden y qué se proponen. Toda confusión por tu parte en cuanto a alguna de tales cuestiones constituye una premeditada ocultación de conocimientos por parte de ellos. No quieren que lo sepas.

-Si lo supiera, se lo contaría a la gente -dijo Nicholas-. No quieren ver que...

-¿Por qué no?

-Sería contraproducente para sus fines -repuso Nicholas tras unos momentos de silencio-. Se enfrentan a... -Entonces se interrumpió.

-Hay muchísimas cosas que sabes de ellos -dije- que no me has contado.

-Está todo en las páginas que he escrito. -Guardó silencio durante unas cuantas calles y luego explicó-: Se enfrentan a fuerzas de enorme alcance. Por tanto, es lógico que hayan de que obrar con mucha cautela. O todo fracasaría-. No dio más explicaciones. Probablemente, no sabía nada más. Cabía suponer que casi todo cuanto creía consistiera en razonables conjeturas, gestadas tras largos meses de reflexión.

Yo había elaborado un discursillo; ahora lo pronuncié.

-Existe una remota posibilidad -dije-, reconozco que muy remota, de que participes en un asunto religioso que, en realidad, te esté informando el Espíritu Santo, que es una manifestación de Dios. Todos nosotros procedemos de Berkeley; allí nos criamos y sufrimos las restricciones propias de la mentalidad laica de una ciudad universitaria; no somos propensos a la especulación teológica. Pero la curación es un milagro característico del Espíritu Santo, o así lo tengo entendido. Tú deberías saberlo, Nicholas, al haber sido cuáquero.

-Si -asintió con la cabeza-. Cuando el Espíritu Santo toma posesión de uno, le cura.

-¿Oíste mentalmente alguna lengua que desconozcas? -le pregunté.

A poco, Nicholas asintió con la cabeza.

-Sí. En sueños.

-Glosolalia -dije.

-Griego común. Al despertar, anoté algunas palabras fonéticamente, las que pude. Rachel estudió un año de griego, las identificó. Los dos las buscamos en su diccionario: griego *común*.

-¿Es el que todavía...?

-Tiene los requisitos. En el libro de los *«Hechos»* de los Apóstoles de la *«Biblia»*, distintas razas reconocían lo que decían los apóstoles en sus propias lenguas, en Pentecostés, cuando el Espíritu cayó sobre ellos por vez primera. La glosolalia no es ninguna tontería; son lenguas extranjeras que uno nunca conoció. El Espíritu las introduce en la mente para que uno pueda predicar el *«Evangelio»* a todas las naciones. Por lo común, se interpreta mal. Yo creía que era un galimatías hasta que lo investigué.

-¿Has estado leyendo la *«Biblia»*? -pregunté-. ¿Durante tu investigación?

-El *«Nuevo Testamento»*. Y los Libros de los Profetas.

Rachel dijo:

-Nick nunca ha sabido griego. Estaba convencido de que no eran palabras auténticas. -La cruel mordacidad había abandonado su voz; la inquietud por Johnny y la conmoción eran las causantes-. Nick, con mucha cautela, refirió lo de soñar en griego a un par de personas interesadas en lo oculto y ellos contestaron: «Es una vida pasada. Eres la reencarnación de una persona de habla griega». Pero yo no creo que sea así.

-¿Qué crees que es? -le pregunté.

-No lo sé. Las palabras en griego fueron lo primero que tuvo algún sentido para mí, lo único que me tomé en serio acerca de este asunto. Y ahora, esta noche, el diagnóstico de Johnny..., y he visto ese chispazo de luz rojiza saltar hacia él durante un instante. Vete a saber, Phil; esto no se corresponde con nada de lo que yo haya llegado a enterarme. Nick parece estar teniendo vislumbres de unos benignos manipuladores sobrenaturales de una clase que desconocemos..., nada más que vislumbres enigmáticos; lo que quieren ellos que vea. No lo suficientes para seguir haciendo extrapolaciones sobre ellos. Tengo la impresión de que son muy antiguos..., por lo del griego común, que data de dos mil años atrás. Si reinciden en ello, puede que ahí resida la única pista accidental.

Con voz ronca, Nicholas dijo bruscamente:

-Alguien está despertando en mí. Después de casi dos mil años. Todavía no ha despertado, pero su hora se acerca. Le fue pronosticado; hace muchísimo tiempo, cuando estaba vivo como nosotros.

-¿Es humano? -pregunté.

-Oh, sí -Nicholas asintió con la cabeza-. O lo fue en otro tiempo. La programación que me están transmitiendo..., es para despertarle. Tienen dificultades o, de un modo u otro, les exige un gran esfuerzo; se requieren muchas cosas para lograrlo. Para ello, este hombre, esta persona, es importante. Ignoro por qué motivo. No sé lo que hará. -Recayó en un meditabundo silencio durante un rato y luego dijo, principalmente para sí, como si ya lo hubiera dicho o pensado innumerables veces-: No sé lo que va a ser de mí en cuanto ello ocurra. Puede que ni siquiera exista algún proyecto en el que yo participe.

-¿Estás seguro de que no estás arrojando al aire seis teorías distintas para ver cuál cae primero? -dije-. Yo reconozco las teorías en cuanto las oigo..., especulación. Tú no lo sabes ¿verdad?

-No -admitió Nicholas.

-¿Cuánto hace que tienes ésta?

-No lo sé. Están todas por escrito.

-¿Por orden decreciente de virtudes?

-Por el orden en que me llegaron.

-Y cada una -le dije- te pareció igualmente verosímil en su momento.

Nicholas dijo:

-Una de ellas tiene que ser verosímil. Finalmente me enteraré. Así debe ser.

-Puedes irte a la tumba sin saberlo -dijo Rachel.

-Lo comprenderé en su día -repuso Nicholas tenazmente.

Tal vez no, pensé; tal vez ella tiene razón. Nicholas no podía quedarse eternamente indeciso, con su pila de folios mecanografiados aumentando sin cesar con una teoría tras otra,

cada una más fantástica, exhaustiva y atrevida que la anterior. Por fin, el hombre que dormía en sus adentros, a quien trataban de devolver al mundo vigil, podría aparecer, asumir el mando, y concluir la tesis de Nicholas en su lugar. Nicholas podría escribir: Me pregunto si es..., puede serlo..., estoy seguro de que..., tiene que serlo; y entonces el hombre antiguo podría renacer y escribir: Está en lo cierto; lo es. Lo soy.

-Lo que me ha preocupado siempre que hablabas así -dijo Rachel-, es cómo sería conmigo y con Johnny si ellos logran despertarle; en fin, creo que esta noche ha quedado bien claro que cuidará de Johnny.

-Haré lo imposible para cuidarle -dijo Nicholas.

-¿No vas a resistirte? -le pregunté-. ¿Vas a dejar que te domine sin más?

-Lo espero ansiosamente.

Dije a Rachel:

-¿Hay algún piso libre en vuestro edificio? -Pensaba para mí que, como escritor independiente, podía vivir en cualquier parte. No tenía por qué quedarme en el Area de la Bahía.

Con una leve sonrisa, Rachel dijo

-¿Crees que debieras estar aquí para ayudar a cuidarle?

-Algo por el estilo -contesté.

8

Por lo visto, los dos habían aceptado la invasión de Nicholas por esa entidad; parecían estar conformes y no tener miedo. Eso escapaba a mis facultades; el asunto en su totalidad me parecía antinatural y aterrador, algo que combatir con todo lo que estuviera al alcance de uno. La suplantación de una personalidad humana por..., lo que fuera. Suponiendo que las teorías de Nicholas fuesen correctas. En realidad, podía estar totalmente equivocado. Aun así, y quizá por este motivo, yo quería estar allí. Nicholas había sido mi mejor amigo durante muchos años; aunque nos separaban seiscientas millas, seguía siéndolo. Y a mí, como a él, había empezado a gustarme la zona de Placentia. Me gustaba el *barrio*. En Berkeley no había nada semejante.

-Es todo un detalle -dijo Rachel- el que estés con tu amigo en un momento así.

-Es más que un detalle -aseguré.

-Antes de que te traslades a Placentia -dijo Rachel-, más vale que sepas lo que descubrí el otro día por casualidad, algo que no creo que ninguno de los dos comprendáis. Circulaba por una de esas callecitas con palmeras a ambos lados; iba conduciendo al azar, tratando que Johnny se calmara y se quedara dormido antes de volver al piso, y vi una casa de entablado verde con un letrero que decía:

«Lugar de nacimiento de Ferris F. Fremont»

»Pregunté al administrador de nuestro edificio y dijo que sí, que Ferris Fremont nació en Placentia.

-Bueno, ahora no está aquí -comentó Nicholas-. Está en Washington, a tres mil millas de distancia.

-Pero qué grotesco -dijo Rachel-. Estar viviendo en la ciudad donde nació el tirano. Es una casucha tan fea como él, de un color horrible. No bajé del coche; no quería acercarme a ella, aunque parecía estar abierta, y la gente se paseaba por el interior. Como si fuera un pequeño museo; probablemente estaban expuestos sus libros escolares y la cama en que durmió, como uno de esos sitios históricos de California que se ven junto a la autopista.

Nicholas se volvió y contempló enigmáticamente a su mujer.

-¿Y nadie te lo mencionó? -dije.

-No creo que les guste mucho hablar de ello -comentó Rachel-, a la gente de aquí. Creo que prefieren guardar el secreto. Probablemente, el mismo Fremont pagó para que lo transformaran en un sitio histórico; no vi ningún indicador del Estado oficial.

-Me gustaría ir -dije.

-Fremont -dijo Nicholas pensativo-. El mayor mentiroso de la historia del mundo. A lo mejor ni siquiera nació allí; a lo mejor mandó que una empresa de relaciones públicas la distinguiera como la clase de lugar en el que *debiera* haber nacido. Me gustaría ver la casa. Ve para allá, Rachel; vamos a echarle un vistazo.

Ella torció a la izquierda; a poco avanzábamos por angostísimas calles con árboles a los lados, algunas de las cuales estaban sin pavimentar. Era el casco antiguo de la ciudad; ya me habían llevado allí antes.

-Está en Santa Fe -dijo Rachel-. Recuerdo que me fijé en eso y pensé que me encantaría sacar a Fremont de la ciudad en ferrocarril[5]. -Se arrimó al bordillo y aparcó-. Aquí es; allá, a la derecha. -Señaló con el dedo. No veíamos más que indistintos contornos de casas. En alguna parte, un televisor emitía un programa en español. Ladró un perro. El aire, como de costumbre, estaba cálido. No había luces especiales montadas alrededor de la casa donde, supuestamente, Ferris F. Fremont había nacido. Nicholas y yo bajamos y fuimos hacia allí, mientras que Rachel se quedaba en el coche con el niño, que dormía en sus brazos.

-Vaya, no hay mucho que ver, y esta noche no podemos entrar -dije a Nicholas.

-Quiero determinar si es un sitio que previ en mi visión -dijo Nicholas.

-Tendrás que hacerlo mañana.

Caminamos juntos, lentamente, por la acera; la hierba crecía en las grietas, y una vez Nicholas dio un tropezón y soltó un insulto. Por fin llegamos a la esquina, en donde nos detuvimos.

Agachándose, Nicholas examinó una palabra grabada en el cemento de la acera, una palabra muy antigua que habían escrito allí bastante tiempo atrás, cuando el cemento aún estaba fresco. La habían impreso expertamente.

-¡Mira! -exclamó Nicholas.

Me agaché y leí la palabra.

ARAMCHECK

-Por lo visto, éste era el nombre primitivo de la calle -dijo Nicholas-. Antes de que lo cambiaran. De modo que Ferris Fremont sacó de aquí el nombre de ese grupo de conspiradores: de su infancia. De encontrarlo escrito en la acera. Probablemente, ya ni siquiera se acuerda. Debió de haber jugado aquí.

La idea de Ferris Fremont jugando aquí de niño -la idea de Ferris Fremont de niño siquiera, en cualquier parte- era demasiado estrafalaria para creerla. Habría hecho rodar su triciclo junto a estas mismas casas, saltando por encima de las mismas grietas en que habíamos tropezado de noche; su madre probablemente le habría prevenido contra los coches que circulaban por esta calle. El niño jugaba aquí e inventaba fantásticas historias acerca de la gente que pasaba, acerca de la misteriosa palabra ARAMCHECK inscrita en el cemento bajo sus pies, haciendo conjeturas durante semanas y meses sobre cuál sería su significado, percibiendo en ella, con mente de niño, secretas y ocultas intenciones que iban a florecer más tarde, en la edad adulta. Convirtiéndose entonces en rozagantes ilusiones paranoicas, plenamente formadas, sobre una inmensa Organización de conspiradores sin creencias fijas y sin militantes reales pero, de un modo u otro, un gigantesco enemigo de la sociedad que debía buscarse y aniquilarse dondequiera que se hallase. Me pregunté en qué medida se le habría ocurrido cuando todavía era un niño. Acaso lo había imaginado todo en aquella época. Y de adulto simplemente lo había expresado.

[5] [Alusión al *«Santa Fe Trail»* trayecto que en tiempos de la colonización conducía al suroeste del país (N. del T.)]

-Podría ser el nombre del contratista -dije-, antes que el nombre primitivo de la calle. A veces también lo inscriben, cuando han terminado un trabajo.

-Quizá significa que un inspector ha pasado por aquí y ha concluido su tarea de revisar todos los arams[6] -dijo Nicholas-. ¿Qué es un aram? O podría referirse al sitio en el que se verifican los arams. Se mete una vara de metal por un agujerito de la acera y se efectúa la medición, como al medir los metros de profundidad de las aguas. -Se echó a reír.

-Es misterioso -dije-. No parece un nombre de calle. A lo mejor, si lo fue, la llamaron así por alguien.

-Por uno de los primeros colonos eslavos que llegó al Condado de Orange. Era originario de los Urales. Crió ganado y cultivó trigo. Tal vez poseía un gran rancho en terrenos que le transfirieron los mejicanos. Me pregunto cuál sería su marca. Un aram y luego una señal de control.

-Estamos haciendo lo mismo que hizo Ferris -dije.

-Pero ateniéndonos a hipótesis más razonables. Nosotros no estamos chiflados. ¿Qué deducción puedes extraer de una única palabra?

-Quizá Ferris sabe más que nosotros. Quizá metió en ello a investigadores, tras hacerse hombre y disponer de dinero; quizá era un sueño de la infancia que quiso realizar: investigar la misteriosa palabra ARAMCHECK y descubrir lo que significaba realmente y por qué se les había antojado incrustarla en la acera por siempre jamás.

-Qué lástima que Ferris no preguntara a alguien el significado de la palabra.

-A lo mejor -dije-, lo hizo. Y sigue preguntándolo. Éste es el problema; todavía quiere saberlo. No se dio por satisfecho con ninguna de las respuestas que recibió, tales como: «es el antiguo nombre de la calle. Es un contratista». Eso no le bastó. La palabra quería decir otra cosa.

-A mí no me dice nada -afirmó Nicholas-. No es más que una palabra rara marcada en la acera de cemento que lleva aquí Dios sabe cuántos años. Vámonos. -Los dos volvimos al coche y a poco Rachel nos llevaba otra vez camino del piso.

9

Varios años después de que Ferris F. Fremont hubiera salido Presidente de los Estados Unidos, me trasladé del Area de la Bahía al sur de California para estar con mi amigo Nicholas Brady. Había prosperado en mi carrera literaria; en 1963 había obtenido el *«Premio Hugo»* a la mejor novela de ciencia-ficción del año, por mi obra *«El hombre en el castillo»*. El libro trataba de una imaginaria Tierra alternativa en la que Alemania y Japón habían ganado la Segunda Guerra Mundial y habían dividido los Estados Unidos entre ellos, con una zona tapón en medio. Había escrito algunas otras novelas que tuvieron buena acogida y empezaba a recibir excelentes críticas, en particular de mi francamente desquiciada novela *«Los tres estigmas de Palmer Eldritch»*, que tenía por tema los prolongados viajes alucinógenos de los personajes bajo la influencia de drogas psicodélicas. Fue mi primera obra que versaba sobre las drogas, y pronto me valió la fama de andar yo mismo envuelto en drogas. Tal notoriedad reportó beneficios en cuestión de ventas, pero más tarde acabó redundando en contra mía.

Mi verdadero conflicto tocante a las drogas se produjo cuando Harlan Ellison, en su antología *«Visiones peligrosas»*, dijo en una introducción a un relato mío que estaba «escrito bajo la influencia del LSD», lo cual naturalmente, no era cierto. Tras esto adquirí una verdaderamente nefasta reputación de drogadicto, gracias al deseo de publicidad de Harlan. Posteriormente pude añadir un párrafo en el epílogo del relato haciendo constar que Harlan no había dicho la verdad, pero el mal ya estaba hecho. La Policía empezó a interesarse por mí y por la gente que me conocía. Esto vino a cumplirse con especial rigor cuando el tirano llegó a

[6] [A partir de aquí y a lo largo del siguiente párrafo, se juega con el sentido del verbo *«to check»* cuyo significado principal es: revisar, inspeccionar, comprobar, etc. (N. del T.)]

la presidencia en la primavera de 1969 y las tinieblas de la opresión envolvieron a los Estados Unidos.

En su discurso inaugural, Ferris Fremont aludió a la Guerra de Vietnam, en la que los Estados Unidos habían estado activamente implicados durante varios años, y declaró que era una guerra con dos frentes: un frente a seis mil millas de distancia y el otro en la misma patria. Se refería, puntualizó después, a la guerra interna contra ARAMCHECK y a todo lo que ésta hallaba adherida. En verdad era ésta una contienda que se libraba en dos zonas del mundo; y el campo de batalla de mayor relevancia, declaró Fremont, radicaba en estos pagos, ya que en estos pagos se resolvería la supervivencia de los Estados Unidos. Los amarillos no podrían invadirnos de veras, explicó, y dominarnos; pero ARAMCHECK sí. ARAMCHECK se había expandido más y más a lo largo de los dos últimos mandatos. Ahora que un republicano había reasumido el poder, sería posible hacer frente a ARAMCHECK, tras lo cual la Guerra de Vietnam podría ganarse por fin. Esto jamás sería factible, explicó Fremont, mientras ARAMCHECK operase en el país, minando la energía y voluntad del pueblo americano, acabando con su resolución de combatir. El sentir antibelicista de los Estados Unidos, según Fremont, provenía de ARAMCHECK y sus tentativas.

En cuanto hubo jurado su cargo de Presidente, Ferris Fremont declaró la guerra abierta a las manifestaciones externas de ARAMCHECK y a partir de aquí efectuó un despliegue en todas direcciones.

La operación defensiva en el país recibió el titulo de *«Misión Chequeo»*, expresión ésta que poseía evidentes connotaciones médicas. Tenía que ver con la salud moral básica de América, explicó Fremont cuando mandó a la Comunidad de Inteligencia ponerse en marcha. La premisa fundamental era que el sentir antibelicista nacía de una inmensa y secreta organización subversiva. El Presidente Fremont tenía intención de curar a América de su enfermedad; pensaba destruir «el árbol del mal», como denominaba a ARAMCHECK, por medio de «arrancar de raíz su simiente», una metáfora que ni siquiera cuadraba, y colaba menos aún. Las «simientes del árbol de mal» eran los disidentes antibelicistas, de los cuales yo era uno. Aparte de que ya tenía problemas con las autoridades a causa de mi supuesta vinculación con las drogas, me encontraba en un doble embrollo debido a mi postura antibelicista, tanto en mis obras publicadas como en debates y conferencias. El factor droga me hacía vulnerable; constituía una terrible desventaja para alguien que quería oponerse a la guerra. Lo único que las autoridades debían hacer era endilgarme una acusación por tenencia de drogas y anularían para siempre mi efectividad como persona política. Yo sabía que también ellos lo sabían. Y esto no contribuía a dulcificar mis noches.

Sin embargo, yo no era la única persona atribulada en América. A causa de su época izquierdista en Berkeley, Nicholas empezaba a preguntarse lo seguro que estaba ahora que Ferris F. Fremont había tomado el mando y emprendido la *«Misión Chequeo»*. Después de todo, Nicholas ocupaba una destacada posición en *Discos Progresistas*, una empresa que iba viento en popa; el clásico fin a que aspiraba la *«Misión Chequeo»* era aprehender a gente como Nicholas -«durmientes» los consideraba Fremont- y exponerlos a la severa luz del día. Para tal efecto, el Gobierno comenzó a contratar y emplear a los que ellos denominaban «Amigos del Pueblo Americano», agentes de paisano que andaban de un sitio para otro e investigaban los antecedentes de cualquiera sospechoso de ser una amenaza para la seguridad, ya fuera por sus actividades pasadas, tal como Nicholas, ya por sus actividades presentes, tal como yo, o bien por las actividades que pudiera acometer en el futuro, como cabía en el caso de ambos. Así pues, nadie quedaba excluido del todo. Los APA llevaban brazaletes blancos estampados con una estrella en un círculo, y muy pronto se les vio por todas partes en los Estados Unidos, investigando diligentemente el estado moral de centenares de miles de ciudadanos.

En las llanuras del medio oeste el Gobierno había empezado a construir extensas Instalaciones de Rehabilitación, para la reducción y el alojamiento de aquellos que detuvieran los APA y otras Organizaciones Parapoliciales. Tales instalaciones no se utilizarían, explicó

el Presidente Fremont en un discurso televisado, «a menos y hasta que no fuera necesario», lo cual quería decir a menos y hasta que la resistencia a la guerra no recrudeciera sensiblemente. Era un aviso tajante para cualquiera que pensara manifestar su disconformidad con la Guerra de Vietnam; podía acabar viviendo en Nebraska y cosechando un Campo de Nabos Colectivo. Esto, por lo tanto, sirvió para templar los ánimos y, puesto que los Campos no tuvieron una verdadera utilidad, no pudieron ser sometidos a revisión jurídica. Como amenaza eran más que suficientes.

Por mi parte, sufrí una desagradable experiencia con un agente secreto de los APA, uno que iba sin brazal. Me escribió en un papel con membrete, aparentando hablar en nombre de una pequeña emisora estudiantil de FM, situada en las proximidades de Irvine; dijo que quería entrevistarme porque los estudiantes de Irvine estaban interesados en mi obra. Le escribí que aceptaba pero, apenas se presentó, resultó evidente antes de que me formulara tres preguntas, que era un APA de paisano. Tras preguntarme si había escrito alguna novela pornográfica en secreto, se puso de pronto a lanzarme disparatadas preguntas acusatorias a voz en grito. ¿Tomaba drogas? ¿Era el padre de algunos ilegítimos escritores de ciencia-ficción negros? ¿Era yo Dios además del líder del Partido Comunista? Y, naturalmente, ¿me estaba financiando ARAMCHECK? Fue una experiencia inquietante; tuve que expulsarle a empujones; aun después de haber cerrado la puerta y echado la llave, seguí oyéndole afuera voceándome a grito pelado. Tras esto, tuve mucho cuidado con dejarme entrevistar por según quién.

Más perjudicial que el APA haciéndose pasar por entrevistador de una emisora estudiantil, fue el saqueo de mi casa a fines de 1971, en el cual me forzaron los ficheros con explosivos plásticos militares y los desvalijaron a conciencia. Al volver a casa me encontré el suelo cubierto de agua y escombros y los ficheros destrozados; la mayor parte de mis documentos y todos mis cheques cancelados habían desaparecido. Habían saqueado la casa entera, forzado las ventanas de atrás y roto las cerraduras de las puertas. La Policía se limitó a realizar una investigación formal, insinuándome maliciosamente que lo había hecho yo mismo.

-¿Por qué? -pregunté al inspector de Policía que estaba al mando.

-Oh -repuso él, sonriendo abiertamente-, para apartar de usted toda sospecha, probablemente.

No llegaron a arrestar a nadie, si bien la Policía reconoció en cierto modo que sabía quién era el autor del atentado y dónde se hallaban ahora mis posesiones robadas. Sin embargo, lo más positivo que dijeron fue que, aun cuando no recuperaría mis cosas, por otra parte no sería arrestado. Al parecer no habían encontrado nada que bastase para incriminarme. Esa experiencia influyó grandemente en mi vida. Hizo que me diera cuenta de hasta qué punto habían llegado los abusos de poder y la destrucción de nuestras libertades constitucionales durante el mandato del Presidente Fremont. Conté a tantas personas como pude lo del allanamiento y el saqueo de mi casa, pero muy pronto descubrí que la mayoría de ellos, no quería saberlo, ni siquiera los liberales antibelicistas. Manifestaban miedo o bien indiferencia, y varios insinuaron, al igual que la Policía, que bien pudiera haberlo hecho yo a fin de «apartar sospechas»; de qué, no lo dijeron.

De mis amigos, Nicholas fue sin duda el que se mostró más sinceramente comprensivo. Con todo, opinaba que habían atentado contra mi casa y robado mis papeles a causa suya. Se figuraba que él era el verdadero objetivo.

-Querían averiguar si estabas escribiendo sobre mí -dijo-. Eres el único que podría darles publicidad, mencionándoles en una novela de ciencia-ficción. Millones de personas la leerían. El secreto saldría a la luz.

-¿Qué secreto? -pregunté.

-El hecho de que hablo en nombre de una autoridad extraterrestre superior a cualquier poder humano, cuya hora debe de llegar inevitablemente.

-Ah -dije-. Pues creo que estaban interesados en mí, ya que fue mi casa la que asaltaron y mis papeles los que robaron.

-Querían comprobar si formábamos una organización.

-Querían comprobar cuánto sé -dije-. Y de qué organizaciones soy miembro y pagano; por eso se llevaron hasta el último de mis cheques cancelados, años, décadas de ellos. Cuesta trabajo relacionarlo contigo y con tus sueños.

-¿Estás escribiendo una novela sobre mí? -preguntó Nicholas.

-No -repuse.

-Cerciórate de no mencionar mi verdadero nombre, nada más. Tengo que protegerme a mí mismo.

-Dios mío -dije, colérico-, nadie puede protegerse a sí mismo en los tiempos que corren, con la *«Misión Chequeo»* en marcha y todos esos pequeños APAs granujientos rondando sigilosamente y atisbando por sus gafas de culo de botella de *Coca-Cola*. Vamos a terminar todos en los Campos de Nebraska, y tú lo sabes más bien que la hostia, Nick. ¿Cómo puedes esperar librarte? Fíjate en lo que me pasó a mí: me robaron años de notas para futuros libros; me liquidaron de veras. Y no hablemos de la intimidación en sí..., coño, cada vez que escribo unas cuantas páginas sé que a lo mejor vuelvo a casa de la tienda y me encuentro con que todas han vuelto a desaparecer, como me ocurrió aquel día. Nada está fuera de peligro, nada ni nadie.

-¿Crees que ha habido otros robos como el tuyo? -preguntó Nicholas.

-Sí.

-Pues no los he leído en los periódicos.

Le miré con fijeza un largo rato.

-Supongo que no informarían acerca de ellos -musitó desmayadamente.

-Qué va -dije-. Del mío no informaron. Se limitaron a ponerlo en una lista con todos los hurtos que se habían perpetrado en el país durante la semana:

> *«Seiscientos dólares de un estéreo cuyo robo denunció Philip K. Dick, de Placentia, la noche del dieciocho de noviembre de 1971».*

»No mencionaron para nada el robo de los documentos y los cheques cancelados, ni los ficheros reventados con explosivos. Como si se tratara de un vulgar robo cometido por drogadictos que andarán tras algo que pudieran vender. No mencionaron la pared de atrás de los ficheros, que quedó ennegrecida por el calor de la onda expansiva. No mencionaron el gran montón de toallas y alfombrillas empapadas en agua apiladas en el cuarto de baño, que utilizaron para tapar el fichero cuando hicieron detonar el C-3; éste genera tanto calor que si...

-Desde luego sabes mucho del tema -comentó Nicholas.

-Me he informado -repliqué con sequedad.

Nicholas dijo:

-No sé si mis cuatrocientas páginas de notas están fuera de peligro. Quizá tendría que ponerlas en una caja de seguridad en un banco de por ahí.

-Sueños subversivos -dije.

-No son sueños.

-La Policía de control de sueños. Andan husmeando los sueños subversivos.

-¿Estás seguro de que fue la Policía la que asaltó tu casa? -preguntó Nicholas-. Podría haber sido un grupo particular que te tuviera ojeriza porque, cómo lo diría..., bueno, digamos que a causa de la postura prodrogas de tus libros.

-Nunca ha existido y nunca existirá «postura prodrogas» alguna en mis libros -dije coléricamente-. Escribo sobre las drogas y su uso, pero eso no significa que sea partidario de ellas; otras personas escriben acerca del crimen y los criminales, pero eso no les convierte en partidarios del crimen.

-Tus libros cuestan comprender. Puede que los hayan malinterpretado, sobre todo después de que Harlan Ellison escribiera lo que escribió de ti. Tus libros son tan..., bueno, son una locura.

-Supongo que sí -convine.

Nicholas dijo:

-Francamente, Phil: eres el que escribe los libros más raros de los Estados Unidos, libros psicóticos de verdad, libros acerca de locos, drogados y lunáticos de toda especie; de hecho, de un género que nunca se había descrito. No puedes culpar al Gobierno por tener curiosidad de saber qué clase de persona escribiría libros así, ¿verdad? Entiéndeme, tu personaje principal está siempre al margen del sistema, es un fracasado que finalmente, de un modo u otro...

-*Et tu*, Nicholas -dije, ofendido de veras.

-Lo siento, Phil, pero..., hombre, ¿por qué no puedes escribir acerca de personas normales, tal como hacen los demás autores? Personas normales, interesadas por cosas normales, que hagan cosas normales. En cambio, apenas empiezan tus libros, ya sale un inadaptado que se agarra a algún trabajo miserable de ínfima categoría, y tomó drogas, y su novia está en un manicomio pero él aún la quiere...

-¡Vale! -le interrumpí-. Sé que fueron las autoridades quienes allanaron mi casa, pues la que está detrás de la mía fue evacuada. Y la familia de color que vive en ella tiene diez hijos, de modo que allí siempre hay alguien, constantemente. La noche del robo noté que la casa estaba completamente vacía, y siguió vacía toda una semana. Y las puertas y ventanas de mi casa que fueron forzadas estaban todas en la parte posterior, contiguas a ella. No hay ladrones particulares que evacuen toda una casa. Fueron las autoridades.

-Volverán a meterse contigo, Phil -dijo Nicholas-. Es probable que quisieran ver de qué trata tu próximo libro. De todas formas, ¿de qué trata tu próximo libro?

-De ti no -dije-. Te lo aseguro.

-¿Dieron con el manuscrito?

-El manuscrito de mi nuevo libro -le expliqué- estaba en la caja de caudales de mi abogado. Lo transferí allí un mes antes de que asaltaran mi casa.

-¿De qué trata el libro?

Tras unos momentos de silencio, dije:

-De un Estado Policíaco de América modelado sobre el sistema carcelario Gulag soviético. Un Estado Policíaco de esclavos erigido aquí. Se titula *«Fluyan mis lágrimas, dijo el policía»*.

-¿Por qué pusiste el manuscrito en la caja de caudales de tu abogado?

De mala gana, contesté:

-Bueno, yo... Mierda, Nick. La verdad es que tuve un sueño.

Un rato de silencio.

10

Nicholas había hecho bien en temer que los APA se interesasen por él. No mucho después de nuestra última conversación, mientras estaba sentado a su mesa de trabajo en su despacho de *Discos Progresistas* escuchando una cinta de un nuevo cantante, dos APA le hicieron una visita inesperada.

Los dos agentes del Gobierno tenían rollizos cuellos colorados y vestían modernos trajes de poliéster de pechera sencilla y corbata a la moda. Eran cuarentones y corpulentos; llevaban maletines, que colocaron sobre la mesa entre ellos y Nicholas. Éste se acordó de la pareja de agentes del FBI que le visitaron años atrás en Berkeley, pero esta vez no tuvo miedo y se enojó; solamente tuvo miedo.

-¿Estamos publicando demasiadas canciones de protesta? -dijo, pensando en sus adentros que podría demostrar fácilmente que eso no era competencia suya sino del jefe de A y R, Hugo Wentz.

El más corpulento de los APA contestó:

-No; a decir verdad, su empresa ha pasado tres de nuestras inspecciones, lo cual está

bastante bien. Estamos aquí, si cabe, para felicitar a *Discos Progresistas*, cuando menos por contraste con los hallazgos obtenidos en toda la industria discográfica.

-Es muy grave -dijo de pronto el otro agente-. Como sin duda usted comprenderá, señor Brady. Se están grabando discos con regularidad de un buen número de cantantes comunistas, y hoy por hoy se radian numerosas canciones de protesta, a pesar de la habitual colaboración de las redes radiofónicas y las principales emisoras independientes.

Nicholas sabía que el emitir canciones de protesta no era de interés nacional para las emisoras; a eso obedecía que *Discos Progresistas* no las distribuyese. Era inútil; ningún discjockey las radiaría. Era una cuestión económica, no de principios.

-Lo que nos trae aquí es la próxima aplicación de la *«Misión Chequeo»* -dijo el agente más corpulento-. Durante su trabajo, señor Brady, debe tratar con numerosos cantantes y grupos que no contrata, ¿me equivoco? Por cada uno que contrata, debe de haber cien que no.

Nicholas asintió con la cabeza.

-También sabemos que salario percibe aquí -continuó el agente más corpulento-. Y sabemos que tiene un hijo pequeño al que hace falta una intervención dental de importancia, que tiene deudas, que le gustaría muchísimo abandonar su piso y mudarse a una casa, que Rachel habla de dejarle si no inscribe a Johnny en una escuela especial, debido a su tartamudeo... ¿me equivoco? Lo hemos discutido con nuestros superiores en un intento de encontrar una forma de ayudarle, y hemos propuesto lo siguiente: si usted accede a proporcionar al Gobierno una copia de las letras de todos aquellos artistas con quienes trata y que muestran simpatías pro-comunistas, le pagaremos cien dólares limpios por artista. Calculamos que así podría aumentar su salario hasta dos mil dólares mensuales, y este incremento no tendría por qué declararlo a Hacienda; sería un dinero exento de contribuciones. Naturalmente, la resolución tocante a cuáles de los artistas acerca de los que informe son comunistas y cuáles no, no es de nuestra incumbencia; pero, aun cuando sólo aceptemos a la mitad de los que nos diga, usted podría...

-Y le aseguramos -interrumpió el otro agente APA-, que éste será un convenio del que únicamente sabremos usted y nosotros. Nadie más, ni en *Discos Progresistas* ni en ninguna otra parte, se enterará. Se le dará un nombre en clave bajo el cual usted informará, y todo, los pagos inclusive, será registrado bajo dicho nombre. La identidad del informante secreto no la conocerán más que los dos aquí presentes y usted.

-Pero si esos artistas no están contratados -dijo Nicholas-, ¿qué mal pueden hacer?

-Pueden cambiar el tono de sus letras -dijo el agente más corpulento-, a fin de que éstas no sean pro-comunistas, y ser contratados en alguna otra parte.

Nicholas dijo:

-Pero si las letras ya no son subversivas, ¿eso qué más da? ¿Por qué les interesan entonces?

El agente más corpulento explicó:

-En cuanto lleguen a tener éxito pueden volver a introducir furtivamente ponzoñas subversivas en sus letras. Y para entonces, ya será muy difícil extirparlas, una vez que el público los conozca, en cuanto lleguen a tener éxito, ¿entiende? Es una situación muy peligrosa en potencia: alguien que cuela algo conflictivo en unas letras normales y luego, posteriormente, empieza a modificar su tono más y más. Así que ya sabe por qué no nos limitamos a basarnos en los que han grabado discos y están sonando; hemos de conocer los nombres de los que no lo han hecho.

-En cierto modo, son los más peligrosos -concluyó el otro agente.

Esa noche Nicholas me contó su entrevista con los dos agentes del Gobierno. Para entonces estaba enojado, enojado y tembloroso.

-¿Vas a aceptarlo? -pregunté.

-No, coño -dijo Nicholas. Pero luego añadió-: Mira, me cuesta muchísimo creer que al Gobierno le preocupen esos artistas fracasados. Creo que lo que les interesa es mi lealtad. Esos dos APAs; fue una estratagema para ponerme a prueba. Lo sabían todo de mí; está claro

que en Washington hay un expediente mío.

-Hay expedientes de todos nosotros -dije.

-Si sabían lo de los dientes malformados de Johnny y lo que Rachel ha estado diciéndome, sin duda sabrán de mis contactos con Sivainvi. Sería mejor que quemara mis notas.

-¿Qué aspecto tendría un expediente sobre Sivainvi? -pregunté-. Un expediente sobre una forma de vida superior de otro Sistema Estelar... Me pregunto cómo estaría clasificado. Me pregunto si llevaría una marca especial.

-Descubrirán a Sivainvi por mi causa -dijo Nicholas.

-Sivainvi te protegerá -repuse.

-Entonces, ¿opinas que no tendría que aceptarlo?

-No, coño -dije. Nicholas me asombraba.

-Pero me tomarán por desleal si digo que no. Eso es lo que andan buscando: una prueba de deslealtad. ¡La encontrarán!

-Que les den por el saco -dije-. Di que no a pesar de todo.

-Entonces lo sabrán. Y terminaré en Nebraska.

-Te tienen cogido, pues. De un modo u otro.

-Es verdad -repuso Nicholas-. Desde que los dos agentes del FBI me acosaron allá en los años cincuenta. Ya sabía que se volvería en contra mía, mi pasado desleal. Mi época en Berkeley..., el motivo por el que dejé la Universidad.

-Rompiste tu fusil.

-¡Estropeé mi fusil! Aún entonces ya me manifestaba contra la guerra. Fui uno de los primeros. Sabía que los secuaces de Fremont me descubrirían; no tenían más que inspeccionar sus archivos. Los ordenadores revelaron mi nombre: el primer activista antibelicista de América. Y ahora la cuestión es colaborar con ellos o ser detenido.

-A mí nunca me detuvieron -dije-, y he estado en más jaleos antibelicistas que tú. En realidad, tú no has hecho nada desde que abandonaste Berkeley. Desde que el FBI vino a verte aquel día.

-Eso no demuestra nada. Soy un durmiente. Es probable que crean que es ARAMCHECK el que se pone en contacto conmigo por las noches. Sivainvi es mi nombre para Radio Aramcheck Libre.

-Aramcheck es una palabra en una acera.

-ARAMCHECK es algo que se opone a Fremont. Escucha, Phil -Nicholas respiró a fondo, furiosamente-. Creo que voy a tener que seguirles la corriente, o darlo a entender de alguna manera.

-¿Por qué?

-Porque mira lo que te pasó a ti -contestó Nicholas-. Allanaron tu casa, te robaron la mitad de los papeles..., desde entonces no has logrado escribir, por motivos psicológicos, por motivos prácticos: Dios mío, mírate..., tienes los nervios destrozados. Sé que ya no consigues pegar ojo, esperando que regresen y lo vuelvan a hacer, o tal vez te detengan. Me doy cuenta de cómo te ha afectado este asunto; después de todo, soy tu mejor amigo.

-Sobreviviré -dije.

-Tú no tienes ni mujer ni hijos -dijo Nicholas quedamente-. Tú vives solo, Phil; no tienes familia. ¿Y si la noche que forzaron todas las ventanas traseras y echaron las puertas abajo tu hijo pequeño hubiera estado solo en casa? Podrían haberle...

-Esperaron hasta que no estuve en la casa -dije-; permanecieron en el exterior una semana, preparándose; yo les vi. Esperaron a que la casa quedara desocupada.

-El Gobierno contrata a ex combatientes de las Fuerzas Especiales de Vietnam para este tipo de incursiones comando. Búsqueda y Requisa, lo llaman. Una operación militar con personal del Ejército y utilizando explosivos plásticos militares; vi la huella de la bota de combate que dejaron en el lavabo de tu estudio; tú mismo me enseñaste. Phil, *eran soldados armados los que asaltaron tu casa*. Y yo tengo a Rachel y Johnny.

-Dales lo que quieren -dije- y puede que tu cuerpo viva, pero tu espíritu morirá.

-Les facilitaré nombres que no les sirvan -repuso Nicholas-. Letras de rock extravagantes que no signifiquen nada.

-¿Y cómo te lo explicarás cuando detengan a uno de los artistas fracasados contra el que te chivaste?

Nicholas me miró fijamente, apenado el semblante. En todos los años que llevaba conociéndole, nunca había visto expresión tan desdichada en su rostro.

-Porque lo harán -dije-. Y tú lo sabes. Todavía pueden detenerme. Es una amenaza que aún pende sobre mi cabeza.

-A eso me refiero -dijo Nicholas-. Y no quiero que penda sobre la mía, por el bien de Rachel y Johnny. Deseo ver crecer a mi hijito; es lo que más quiero en la vida. No tengo ganas de terminar haciendo trabajos forzados en un Campo de Rehabilitación del quinto pino, sacando nabos.

-Ferris Fremont no se ha apoderado únicamente del país -dije-, sino también de las mentes humanas. Y las ha envilecido.

-La *«Biblia»* dice: «no juzgues» -citó Nicholas.

-La *«Biblia»* dice: «Mi reino no es de este mundo» -repliqué enojado-. Lo cual significa que después se habrán de dar muchas explicaciones.

-Yo tengo muchas explicaciones que dar aquí mismo.

-Ni la mitad de las que vendrán después. ¿Has preguntado a Sivainvi lo que debes hacer?

-A Sivainvi no le hago preguntas; él, ellos, me lo dicen.

-Diles que te digan que no colabores.

-Hasta ahora no han dicho nada. Si no dicen nada, entonces hago lo que haría normalmente.

-Colabora con la *«Misión Puteo»* -dije (así era como la llamábamos en son de burla)-, y te apuesto veinte pavos a que Sivainvi no se comunica más contigo.

-Tendré que hacer lo que deba -repuso Nicholas.

-¿Vas a informar sobre mí también? -dije- ¿Sobre lo que escribo?

-Lo que escribes pueden leerlo, está todo publicado.

-Puedes ponerles al tanto de *«Fluyan mis lágrimas«*, pues todavía no ha salido. Ya sabes de qué trata.

-Lo siento, Phil -dijo Nicholas-. Pero mi mujer y mi hijo están primeros.

-Para esto -dije amargamente-, me trasladé al sur de California.

-Phil, no puedo arriesgarme a que averigüen lo de Sivainvi. Perdóname, pero esto es demasiado importante. Más importante que tú, que yo o que cualquier otra persona.

No me gustaba la idea de que un íntimo amigo mío informara con regularidad, por dinero, a los secuaces de Ferris Fremont. Cuando me percaté de que Nicholas sabía todo cuanto había que saber acerca de mí, la idea adquirió una opresiva inminencia que me afectaba de un modo muy profundo. «Si Sivainvi existe», dije, «te protegerá, como me dijiste hace mucho tiempo. Y si no existe, entonces no tienes nada que te proteja y por lo tanto ningún motivo para colaborar con ellos. En cualquier caso, tendrías que mandarles a la porra». En realidad, yo pensaba en mí mismo. En el fondo no había realizado tantas actividades antibelicistas, ni pensaba que quedara mucho por hacer, pero a los ojos de los APA sería suficiente. Y Nicholas estaba enterado de ello con pelos y señales.

Fue el inicio de la primera desavenencia verdadera en nuestra amistad. Nicholas, de mala gana, estuvo de acuerdo en que podría no acceder a las peticiones de los APA con el expediente que tenían sobre él y seguir manteniendo su familia y su empleo, pero me di cuenta de que no sólo se había distanciado de mí sino también de sí mismo. La pura verdad es que ya no podía confiar en mi más intimo amigo Nicholas Brady, a quien había conocido y querido desde los buenos tiempos de Berkeley. Las autoridades habían cumplido con su misión: habían enemistado a dos hombres que siempre habían confiado totalmente el uno en el otro.

El acabar con nuestra relación era un microcosmos que reflejaba lo que estaba ocurriendo en todas las capas de la sociedad americana bajo el mandato de FFF. Partiendo de la base de lo que nos había sucedido a nosotros, podía inferir que en todas partes se estaban produciendo terribles tragedias. Por ejemplo, ¿qué pasaba con los jóvenes artistas que iban a *Discos Progresistas* a tocar y cantar? El funcionario de la Compañía Discográfica que les hacía audiciones era un policía retribuido que informaba acerca de ellos a autoridades Policiales de categoría superior. Sin lugar a dudas, esto ocurriría igualmente en las demás Compañías Discográficas. ¿Qué pasaba con los empleados de Nicholas? Ahora tenían en medio de ellos -o tenían en potencia- a un soplón retribuido que aumentaba su salario a costa de su seguridad y libertad. Y todo para que el pequeño Johnny pudiera ir al dentista. Menuda lógica.

El verdadero motivo, naturalmente, era la preocupación de Nicholas por su propia libertad y seguridad. En el fondo, estaba renunciando a una cosa a cambio de otra: comprometía, o tenía intención de comprometer, la libertad y seguridad de los demás para obtener la suya. Pero el efecto que resultaría de incontables personas haciendo lo mismo sería una red de riesgos mutua. Por ejemplo: supongamos que una pareja de APAs me abordaban ahora y me pedían que informara sobre Nicholas. Yo ya sabía que existían muchas posibilidades de que él me estuviera delatando.

¿Cuál sería entonces mi reacción? Mis recursos para oponerles resistencia se verían socavados en gran parte.

La famosa táctica policíaca del trallazo entraría en juego; enseguida me dirían: «Mejor que informe acerca de Nicholas Brady antes de que él informe acerca de usted», lo cual venía a ser: más vale que te cargues a tu amigo antes de que él se te cargue a ti. Habrían hecho que nos retorciéramos mutuamente el pescuezo; el único ganador sería Ferris F. Fremont. La Policía había venido empleando los mismos trucos desde la época de los medos, y la gente seguía dejándose engañar por ellos. En cuanto Nicholas informara acerca de alguien, sobre todo por dinero, quedaría permanentemente a merced del chantaje de la Policía. Ésta había tendido un lazo ante él, y Nicholas estaba poniendo la cabeza dentro amablemente. Se estaba encargando de casi todo el trabajo. ¿Dónde estaba el hombre que había estropeado su fusil antes que rebajarse a seguir involuntariamente instrucción militar como precio de su licenciatura? Por lo visto se había echado a perder en nombre de la prosperidad; ahora Nicholas tenía un chollo y un brillante porvenir, además de influencia sobre los demás. Ésta era la causa. El idealismo había cedido el paso a motivaciones más realistas: seguridad, autoridad y la protección de una familia. El tiempo había operado un triste milagro en mi amigo; ya no caminaba a grandes zancadas por la acera cantando viejas canciones de marcha de la Guerra Civil Española; de hecho, si algún joven artista acudía a él con una letra semejante, Nicholas estaría en condiciones de ganarse fácilmente cien dólares.

-He aquí lo que haré -dije a Nicholas-, si te dedicas a espiar para el Gobierno. Primero, telefonearé a los jefazos de *Discos Progresistas* y se lo contaré. Segundo, aparcaré el coche delante de la entrada principal, y cuando vea a jóvenes artistas subir por el paseo con sus guitarras, sus grandes ilusiones y su total confianza en ti, me acercaré a ellos y les diré que eres un soplón remunerado...

-Mierda -dijo Nicholas.

-Hablo en serio -dije.

-Bueno, supongo que no puedo hacerlo. -Parecía aliviado.

-Exacto -dije-. No puedes hacerlo.

-Acabarán conmigo. Es exactamente lo mismo que cuando vinieron a verme los hombres del FBI al principio; es a mí a quien persiguen. ¿Tienes idea de las posibles consecuencias si hacen daño a Sivainvi?

-Sivainvi puede cuidarse solo -repuse.

-Pero yo no -dijo Nicholas.

-En tal caso no te diferencias de todos los demás -dije-. Porque yo tampoco.

Esto pareció poner término a la conversación. La moraleja de la misma, podría haberle

explicado a Nicholas, es que si piensas delatar a alguien, no deberías decírselo a nadie. Decírmelo había sido un error, pues de inmediato me había asaltado un sinnúmero de visiones de él delatándome.

11

Aquella noche recibí una llamada de un poli que conocía.

-Hay mucha gente que tiene libre acceso a tu casa, ¿verdad? -preguntó.

-Sí, creo que sí -dije.

-Ahí va un soplo que he recibido. Alguien está ocultando droga en tu casa y los APA del barrio lo saben. Si nos envían a buscarla y damos con ella tendremos que detenerte.

-¿Aunque sepáis que la esconde otro?

-Exacto -repuso el poli-. Es la ley. Mejor que la encuentres y la tires al retrete antes de que nos manden ir para allá.

Me pasé lo que quedaba de la noche buscándola. En total encontré cinco alijos de drogas en cinco sitios distintos, incluso uno dentro del mismo teléfono. Me deshice de todos, pero quizá se me pasó alguno por alto. No había forma de saberlo con certeza. Y quienquiera que fuese, podía ocultar más.

Al día siguiente dos APAs vinieron a hacerme una visita. Éstos eran jóvenes: un muchacho esbelto que vestía camisa blanca, pantalones flojos y corbata, acompañado de una chica con una larga falda. Podrían haber sido misioneros mormones, pero ambos llevaban el brazal de los APA. Los peores APAs eran los jovenzuelos, así que no me alegré mucho de ver a este par. Los APA jóvenes eran los fanáticos cabezas de lanza.

-¿Podemos sentarnos? -dijo el muchacho con prontitud.

-Claro -repuse, sin moverme. Mi amigo el poli me había avisado justo a tiempo.

La chica, sentada en mi sofá con las manos cruzadas, dijo:

-Tenemos amigos en común. Nicholas Brady.

-Oh -dije.

-Sí -intervino el muchacho-. Somos amigos suyos. Ha hablado mucho de usted; ¿es escritor, verdad?

-Ajá -contesté.

-¿No estaremos interrumpiendo su trabajo? -preguntó el muchacho. Eran la pulcritud y la cortesía personificadas.

-Qué va -dije.

-No cabe duda de que ha escrito varias novelas importantes -dijo la chica-. *«Ubik», «Hombres del castillo»...*

-*«El hombre en el castillo»* -la corregí. Era evidente que nunca había leído mis obras.

-Desde luego -dijo la chica-, tanto usted como el señor Brady han contribuido enormemente a nuestra cultura popular, usted con sus relatos y él escogiendo a los artistas que merecían grabar discos. ¿Es ése el motivo por el que los dos residen en esta zona, en la capital mundial del espectáculo?

-¿El Condado de Orange? -pregunté.

-La región del sur.

-Bien, aquí es más fácil conocer a gente -dije con vaguedad.

-Usted y el señor Brady son amigos desde hace muchos años, ¿no? -dijo el muchacho-. Vivieron juntos en Berkeley, como compañeros de cuarto.

-Ajá -repuse.

-Y después él se trasladó aquí, y al cabo de unos años usted también.

-Sí, bueno, somos grandes amigos.

-¿Estaría dispuesto a firmar una declaración notarial, bajo juramento, en cuanto a la lealtad política de él y su esposa?

Cogido por sorpresa, dije:

-¿Cómo?

-¿O no estaría dispuesto?

-Claro que sí -repuse.

-Quisiéramos que redactara tal declaración durante los próximos días -dijo la chica-. Le ayudaremos en la preparación del borrador definitivo en nuestro Cuartel General. Y le dejaremos varios modelos en los que basar el suyo, además de un manual de instrucciones.

-¿Para qué? -pregunté.

-Para ayudar a su amigo -contestó la chica.

-¿Por qué necesita ayuda? -dije.

El muchacho contestó:

-Nicholas Brady posee un historial sospechoso, desde su época en Berkeley. Si quiere conservar el puesto que ahora ocupa, le hará falta el apoyo de sus amigos. Usted está dispuesto a apoyarle, ¿verdad? Usted es amigo suyo.

-Apoyaré a Nicholas todo lo que pueda. -Al decirlo, supe por instinto que me había tragado el anzuelo; estaba metido en alguna imprecisa trampa policíaca.

-Bien -dijo la chica, y sonrió, después de lo cual los dos se levantaron para irse. El muchacho puso un paquete de plástico en la mesita baja.

-Su equipo -dijo-. Instrucciones, consejos útiles, modelos; siendo escritor, sin duda le resultará muy fácil. Junto con su declaración acerca de su amigo, quisiéramos que redactara una reseña autobiográfica, así la persona que lea su declaración le conocerá un poco.

-¿Un bosquejo que incluya qué? -dije, y ahora estaba asustado de veras, totalmente seguro de que había caído en una trampa.

-También hay instrucciones para eso -dijo la chica, y los dos se marcharon. Me quedé a solas con el equipo de plástico rojiblanco y azul. Sentándome, abrí el paquete y me puse a hojear el folleto de instrucciones, que estaba impreso en elegante papel satinado. Llevaba el sello presidencial y la firma impresa de FFF.

Querido americano:

Ha sido invitado a escribir un breve artículo sobre el tema que mejor conoce: ¡usted mismo! Le atañe exclusivamente a usted decidir qué cuestiones considera oportunas y cuáles entiende que deberían excluirse. Con todo, no sólo se le clasificará por sus inclusiones sino por lo que omita.

Tal vez ha sido una delegación de sus amigos y vecinos, los Amigos del Pueblo Americano, quienes le han sugerido llevara a cabo tal solicitud. O tal vez ha rellenado este formulario por iniciativa propia. O tal vez la Policía de su barrio se lo sugirió como una forma de...

Busqué en el folleto de instrucciones la preparación de una declaración notarial sobre la lealtad de un amigo.

Querido americano:

Ha sido invitado a escribir un breve artículo sobre un tema que conoce sobremanera: ¡un amigo íntimo! Le atañe exclusivamente a usted decidir qué cuestiones considera oportunas y cuáles entiende que deberían excluirse. Con todo, cuantas más cosas incluya, tanto mayor será el beneficio que le reportará a su amigo. Naturalmente, todo lo que usted escriba acerca de él se tendrá por completamente confidencial; este artículo es solamente para uso oficial.

Tal vez ha sido una delegación de sus amigos y vecinos, los Amigos del Pueblo Americano, quienes le han sugerido...

Me senté ante mi máquina de escribir, metí una hoja en ella, y me dispuse a componer la reseña autobiográfica:

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Yo, Philip K. Dick, en perfecta posesión de mis facultades mentales y gozando cabalmente de buena salud, deseo confesar que vengo siendo, desde un período que abarca varios años, un alto oficial de la Organización conocida por sus enemigos como ARAMCHECK. En el curso de mi adiestramiento para la subversión y el espionaje, he aprendido a mentir y, si no a mentir abiertamente, a tergiversar con tanta eficacia que cuanto digo carece de valor para aquellos que están en posesión del poder en esta nuestra nación objetivo, los EEUU de A. Teniendo en cuenta estas salvedades, pasaré a prestar declaración sobre mi amigo de toda la vida Nicholas Brady, quien, que yo recuerde, ha sido un encubierto partidario y defensor de los principios de ARAMCHECK durante años, mudando de parecer de acuerdo con los constantes cambios que se suceden en el programa general de ARAMCHECK a fin de armonizarlo con la política de la China Popular y otras potencias socialistas, sin excluir la URSS, una de nuestras primeras adquisiciones en la lucha de poder contra el hombre, lucha que hemos librado desde nuestros orígenes en la Edad Media.

Acaso debiera extenderme sobre ARAMCHECK, a fin de clarificar mi propia situación. ARAMCHECK, un vástago de la Iglesia Católica Romana, opera sobre el principio de que los medios justifican el fin. Por consiguiente, empleamos los mayores medios posibles, sin tener en cuenta el fin, conscientes de que Dios dispondrá lo que el simple hombre ha propuesto. A tales efectos, empleamos y hemos empleado todas las artimañas, estrategias y recursos que han estado a nuestro alcance para desbaratar las ambiciones de Ferris F. Fremont, el actual títere dictador de los EEUU de A. Durante su niñez, por citar un ejemplo, acordamos estampar el nombre de nuestra Organización en la acera de la calle donde se encontraba su casa natal, con el fin de acojonarle alevosamente para que se hiciera a la idea de que, con el tiempo, NOS LO CARGARÍAMOS.

Firmé este documento y luego me senté cómodamente para estudiar la situación en que estaba metido. No era nada satisfactoria. Reconocí el equipo de plástico rojiblanco y azul; era el célebre equipo de «información voluntaria», la primera medida destinada a atraer a un ciudadano hacia el Sistema de Inteligencia activo del Gobierno. Al igual que con las revisiones de ingresos, tarde o temprano todos los ciudadanos recibían uno. Así vivíamos bajo el mandato de FFF.

Si no entregaba mi bosquejo autobiográfico y mi declaración sobre Nicholas, los APA volverían, y la próxima vez no serían tan corteses. Si presentaba un informe incompleto acerca de Nicholas y de mí, solicitarían cortésmente más datos. Era una técnica utilizada primeramente por los norcoreanos con los prisioneros americanos: daban papel y lápiz a uno y le decían que apuntara lo que le viniera en gana acerca de sí mismo, sin recibir indicación alguna de los carceleros. Las revelaciones que hacían los cautivos sobre ellos mismos eran asombrosas, superaban con creces lo que habrían confesado bajo presión. Llegado el momento de delatar, un hombre era su propio y peor enemigo, una rata mortífera para sí mismo. Lo único que debía hacer era sentarme ante la máquina de escribir el tiempo necesario y les contaría todo cuanto sabía de mí y de Nicholas, y cabía la posibilidad de que, tras haberles referido los hechos, continuara con fantásticas invenciones, encaminadas todas ellas a llamar la atención -y despertar la admiración- de mi público.

El ser humano tiene la deplorable propensión a desvivirse por agradar.

Librodot

Yo era, en realidad, exactamente igual que aquellos americanos apresados: un prisionero de guerra. Había llegado a tal situación en noviembre de 1968, cuando FFF fue elegido. Así estábamos todos; ahora morábamos en una inmensa prisión, sin paredes, confinada por Canadá, México y dos océanos. Había carceleros, celadores, soplones, y, en algún lugar del Medio Oeste, la solitaria reclusión de los Campos de Internamiento Especiales. Casi nadie parecía darse cuenta. Puesto que no existían barrotes materiales ni alambre de espino, puesto que no habían cometido crímenes, no les habían detenido ni llevado ante los Tribunales, no comprendían el cambio, la espantosa transformación de la coyuntura en que se hallaban. Era el típico caso de un hombre al que se rapta mientras permanece inmóvil. Puesto que no les habían llevado a ninguna parte, y puesto que habían elegido la nueva tiranía, eran incapaces de ver algo malo. De todas formas, de haberlo sabido, una tercera parte de ellos habría pensado que era una gran idea. Como FFF les dijo, ahora la Guerra de Vietnam podría llevarse a un desenlace honorable, y, en el país, la misteriosa Organización ARAMCHECK podría ser aniquilada. Los Americanos Leales podrían volver a respirar sin impedimento alguno. Su libertad de hacerlo, tal como se les dijo, había sido preservada.

Volví a la máquina de escribir y redacté otra declaración. Era importante hacerlo bien.

A LAS AUTORIDADES:

A mí, Philip K. Dick, siempre me habéis caído fatal, y sé, a juzgar por el robo en mi casa y el hecho de que estéis bregando como unos descosidos para esconder droga en los enchufes y el teléfono mientras estoy aquí sentado, que yo tampoco os importo. Sin embargo, a pesar de la antipatía que os tengo, y vosotros a mí, hay alguien que aún me resulta más antipático, a saber: *el señor Nicholas Brady.* Os sugiero que también le tengáis ojeriza. Permitidme explicaros sucintamente el porqué.

Ante todo, *el señor Nicholas Brady* no es un ser humano en el sentido normal de la palabra. De él se ha apoderado (o, mejor dicho, el día menos pensado, con gran sorpresa nuestra, se apoderará) una forma de vida extraterrestre procedente de otra Galaxia. Las conjeturas trascendentales pueden partir de esta premisa.

Tal vez imaginéis, ya que soy escritor de ciencia-ficción de oficio, que os estoy contando una fantasía para comprobar cómo reaccionáis. No es así, autoridades. Ojalá lo fuera. He visto con mis propios ojos al *señor Nicholas Brady* hacer demostraciones de fantásticos poderes sobrenaturales, que le fueron concedidos por la sobrehumana entidad extraterrestre conocida como *Sivainvi, A.* He visto al *señor Nicholas Brady* atravesar las paredes. Le he visto fundir cristal. Una tarde, para demostrar la pasmosa magnitud de sus poderes, el *señor Nicholas Brady* hizo que Cleveland se materializara en el descampado que corre paralelo a la autopista 91 y luego se desvaneciera sin que nadie salvo nosotros se diese cuenta. Cuando está en vena, el *señor Nicholas Brady* anula los límites del espacio y el tiempo; puede volver a la antigüedad o bien dar un salto de siglos en el futuro. Puede, si lo desea, transportarse directamente a Alfa Centauro o a cualquier otro...

A la mierda, pensé, y dejé de escribir. Me había propuesto exagerar las cosas hasta tal punto, recurriendo a una fantástica hipérbole, que los APA no les darían crédito ni por un instante. Me puse, entonces, a pensar en el chico y la chica que me habían traído el paquete de plástico, el equipo letal. En aquel momento apenas si me había fijado en ellos conscientemente, pero, a pesar de todo, conservaba una impresión de sus caras. La chica, pensé, no estaba mal: morena, de ojos verdes y aspecto bastante inteligente, mucho más joven que yo, pero eso antes no me había preocupado.

Cogiendo el equipo rojiblanco y azul, vi que llevaba pegada una tarjeta. En ella figuraban sus nombres y números telefónicos. Bueno, me dije, tal vez haya otra forma de solucionarlo.

Algo que no sea acatar las órdenes. Tal vez debiera pedir más ayuda en la preparación de estas declaraciones.

Mientras me organizaba en lo tocante a la APA morena, sonó el teléfono. Era Nicholas.

Le conté lo que había ocurrido esa tarde.

-¿Vas a hacerlo? -preguntó-. ¿A escribir una declaración sobre mí?

-Pues... -empecé a decir.

Nicholas dijo:

-No es tan fácil cuando le afecta a uno, ¿eh?

-Mierda, ya -exclamé-. Han estado ocultando droga en mi casa; un poli me dio el soplo anoche. Me pasé toda la noche buscándola.

-A mí también me endosarán algo -dijo Nicholas-. Ya lo han hecho o planean hacerlo, como en tu caso. Sea como fuere, Phil, estamos embarcados en la misma nave. Será mejor que te decidas. Pero si me delatas...

-Lo único que me piden es que escriba una declaración de apoyo -dije, pero sabía que tenía razón. Sin duda nos tenían agarrados a ambos por el mismo sitio. Y sometidos a la misma presión.

Nicholas tenía razón al decir *No es tan fácil cuando le afecta a uno*. «Que les den por el saco», le había aconsejado. Bueno, el consejo ya no contaba. Ahora el zapato estaba en el pie contrario. Y dolía; me dolía en lo más hondo con un dolor mordiente, aplastante, abrasador. Y no había ninguna solución a mi alcance..., ninguna.

Ninguna excepto llamar a la APA y engatusarla. Mi libertad, mi vida, dependían de ello. Y también la de Nicholas.

12

La chica se llamaba Vivian Kaplan. Esperé una hora para cerciorarme de que estuviera en casa, y entonces marqué su número.

-¿Diga?

La saludé, le dije quién era y luego le expliqué que me había armado un lío tratando de redactar mi declaración sobre Nicholas.

-Quizá -dije- se deba a lo mucho que sé de él. No hay nadie que sepa tantas cosas de él como yo. Es difícil saber lo que poner y lo que no. Después de todo, quiero obtener una buena clasificación. -Imaginé que esto la encandilaría.

-Estoy segura de que es capaz de hacerlo -dijo Vivian Kaplan-. Usted es escritor profesional; vamos, las amas de casa y los mecánicos le están cogiendo sin problemas.

-Puede que precisamente se deba a que soy escritor profesional -dije.

-¿A qué se refiere?

-Bueno, yo escribo *ficción*. Estoy acostumbrado a inventar las cosas.

Vivian dijo:

-En estos documentos no tiene que inventar nada, Phil.

-Una parte de la verdad sobre Nicholas suena como la más extravagante de las ficciones, así que..., que Dios me ayude.

Esto la *enganchó*.

-¿Eh?

-El escándalo -dije- que le obligó -que nos obligó a los tres- a abandonar Berkeley y emigrar hasta aquí. En gran medida, sigue llevando su secreto encerrado en el corazón.

-«Escándalo» -repitió Vivian-. «Secreto».

-No pudo quedarse en Berkeley. ¿Te vendría bien volver a pasarte por aquí y hablamos de ello?

-Un rato solamente -contestó Vivian-. No dispongo de mucho tiempo.

-Para ayudarme a empezar, nada más -dije, encantado.

Al cabo de media hora un *Chevy II* rojo se detuvo en la avenida. Bajó Vivian Kaplan, bolso en mano, vistiendo un abrigo corto de imitación piel. La hice pasar a mi casa.

-Te lo agradezco de veras -le dije, mientras la invitaba a sentarse en el cuarto de estar. Cogí su abrigo y lo colgué en el ropero.

Sacando un cuadernillo y un bolígrafo del bolso, Vivian se dispuso a escribir.

-¿Cómo se produjo el escándalo que afectó al señor Brady allá en Berkeley? Usted dicte y yo tomaré nota.

Traje una botella de vino de la cocina, un *Louis Martini* de cinco años.

-Para mí no, por favor -dijo Vivian.

-Un sorbito, nada más. Fue un buen año.

-Pues un sorbito, venga.

Escancié vino para ambos. Había puesto música de fondo y atenuado las luces. Vivian, sin embargo, no parecía notarlo; esperaba atentamente lo que tenía que decir. Ni siquiera probó el vino.

-Nicholas -dije- habla con Dios.

Ella me miró de hito en hito, boquiabierta.

-Empezó en Berkeley. Verás, cuando era pequeño fue cuáquero. Estoy seguro de que eso figura en vuestros archivos. Los cuáqueros creen que el Espíritu Santo puede acercarse a uno y hablarle. Durante toda su vida Nicholas esperó que Dios -que es la misma persona que el Espíritu Santo, en particular si uno es trinitario, y Nicholas y yo lo somos- viniera a hablarle. Un par de años antes de que abandonáramos Berkeley, a principios de los sesenta, Dios habló con él por primera vez.

Vivian, que escuchaba, no había escrito palabra.

-Desde entonces -continué-, Nicholas ha estado en estrecha relación con Dios. Habla con él tal como tú y yo hablamos ahora.

-Dios mío -exclamó Vivian con impaciencia-, esto no sirve para nada; no puedo informar de ello.

-¿Conoces a alguien más que converse regularmente con Dios? -pregunté-. La vida de Nicholas está completamente subordinada a ello; hablar con Dios y escuchar a Dios hablarle a su vez, lo es todo para él. Es comprensible que lo sea. Yo le envidio su experiencia.

Vivian dejó el bolígrafo.

-¿Está seguro de que no está loco? A mí me parece una locura.

-Tendrías que apuntarlo -le recomendé-. Voy a revelarte algunas de las cosas que Dios le ha comunicado.

-¿Y a mí qué me importa? -exclamó Vivian, nerviosamente-. ¡Esto no tiene que ver con la política! ¿Qué podemos hacer con esta clase de información?

-Dios dijo -le expliqué-, que hará caer plagas sobre toda esta situación y la purificará. Plagas líquidas, diría yo a simple vista; algo relacionado con el agua.

-¡Cojones! -exclamó Vivian con fastidio.

-Creo que también dijo que pondría un arco iris en el cielo -expliqué-. A continuación, como señal de paz entre Dios y el hombre.

Bruscamente, Vivian dijo:

-¿Y eso es todo lo que usted puede hacer?

-Ya te he dicho que me costaba trabajo abordar la cuestión. Por eso quería que vinieras. -Me senté en el sofá junto a ella y le cogí el bolígrafo-. Yo apuntaré la primera frase. «Nicholas Brady...».

-¿Me ha llamado por un asunto religioso? No podemos hacer nada con un asunto religioso; nada de lo que se refiere a Dios es antipatriótico. Dios no figura en nuestra lista. ¿No tiene algo más que ofrecer?

-En Berkeley -dije-, hablar con Dios es un escándalo. Allí Nick encontró la ruina cuando lo dijo en confianza a ciertas personas. Le echaron como a un animal.

-Aquello es Berkeley -dijo Vivian-. Allí no hay más que ateos y rojos. No me sorprende.

Pero esto es el Condado de Orange: el mundo real.

-¿Quieres decir que aquí eso no origina desaprobación?

-Claro que no.

Exhalé un suspiro de alivio.

-Entonces Nicholas por fin está seguro.

-Phil -dijo Vivian-, habrá otras cosas que sepa acerca de Nicholas, cosas, usted ya me entiende, contrarresten todo esto de Dios.

-No es posible -repliqué- contrarrestar a Dios. Él es todopoderoso y omnisciente.

-Me refiero desde el punto de vista del expediente político que estamos preparando.

-Bebe un poco de vino -dije, alargándole el vaso.

-No, no bebo vino -admitió nerviosamente-. Pero he traído un poco de buena hierba. -Abrió el bolso y hurgó en su interior.

Apenas si me quedé asombrado. Lo imaginaba.

-Necesito una cajita -dijo-, para aliñarla. Y una tarjeta, una tarjeta de crédito, por ejemplo. Mire, ésta servirá. -Encontró una blanca tarjeta de visita en su cartera.

-Déjame ver esto -dije, tendiendo la mano. Vivian puso en ella la bolsita de hierba; salí entonces del cuarto de estar y la llevé al lavabo, donde al punto cerré la puerta con pestillo. Enseguida hube echado la marihuana al retrete y tirado de la cadena; en mi casa no hallarían contrabando, al menos no esta bolsita.

-¿Qué hace? -exclamó Vivian con brusquedad desde el otro lado de la puerta; se puso a llamar con los nudillos-. ¿Qué ha hecho?

Tiré una vez más de la cadena, para asegurarme del todo y luego, con calma, quité el pestillo y abrí la puerta.

-¿La ha tirado al retrete? -preguntó incrédula.

-Sí, así es -contesté.

-¿Por qué? Bueno, da igual; lo hecho, hecho está. Tengo un poco de chocolate de calidad superior que podemos fumar. Por suerte he traído mi pipa para hachís. -Volvió al cuarto de estar; la seguí. Caí en la cuenta de que quitarle el chocolate sería más difícil, sobre todo después de lo que acababa de hacer.

Vivian se sentó en el sofá, descalza, recogidas las piernas, encendiendo el minúsculo dado de chocolate en su pipa.

-Tome. -Cuando la pipa echó humo, me la tendió-. Hacía meses que no fumaba un chocolate tan bueno. Te coloca de veras.

-No quiero drogas en mi casa -dije.

-No nos ve nadie.

-Me están preparando una encerrona -dije.

-Todo el mundo cree que le están preparando una encerrona. Yo llevo dos años flipándome y nunca me han detenido.

-Ya, pero tú eres una APA.

-Eso me lo pone más peligroso -dijo Vivian-. La mayoría de APAs son muy íntegros; es muy arriesgado estar con los APA y fliparse a un tiempo. Tengo que esperar hasta que estoy en compañía de gente como usted antes de hacerlo. Ése es uno de los motivos por los que me alegré cuando me asignaron informar acerca de usted. Por eso vine esta noche cuando me llamó, para que pudiéramos fliparnos juntos.

-Yo no me flipo -aseguré.

-Claro que se flipa. Todo el mundo lo sabe. Es uno de los mayores drogotas de América. Lo dice en los datos biográficos publicados en sus libros..., fíjese en lo que Harlan Ellison escribió en *«Visiones peligrosas»*. Lo tenemos por triplicado. Y todos sus amigos dicen que se flipa.

-Aquello fue una invención -dije-, para vender libros.

-Se flipa -repitió Vivian-. Venga, devuélvame la pipa. Me toca a mí dar una calada.

Era más bien complicado arrojar la pipa para hachís al retrete, de modo que se la devolví.

Vivian aspiró profundamente, con la cara encendida.

Al volvérmela a pasar dijo, tosiendo:

-El chocolate me pone cachonda.

-Ah -comenté-. Vaya.

-¿Y a ti? ¿Te pone cachondo? -Dio otra calada a la pipa; los ojos ya empezaban a ponérsele vidriosos, a desenfocársele; todo su cuerpo parecía desmadejado, gratamente cómodo.

-Vamos al dormitorio -dije.

-Dentro de un minuto. Cuando hayamos terminado el chocolate. -Siguió fumando, ahora de manera ritual, de una forma lánguida y alegre. Su ansiedad, su agitación provocada por mi informe político y por haberle tirado la bolsita de hierba, habían desaparecido.

Había llegado el momento de volver las tornas a la tiranía que me agobiaba. En cuanto hubiera hecho de la pequeña Vivian Kaplan mi amante se me habrían acabado los desvelos a causa del informe político. Cogiéndola de la mano, dejé la pipa para hachís en la mesita y la ayudé a levantarse.

-¿Tomas la píldora? -le pregunté mientras la llevaba pasillo abajo hacia el dormitorio. Tenía que sostenerla para que no zigzagueara y topase con la pared.

-Claro que sí -contestó Vivian. Ya se desabrochaba la blusa, pensativamente, al acercarnos a la puerta del dormitorio, que estaba abierta; canturreando sonriente a causa del chocolate, entró en el dormitorio y yo cerré la puerta de golpe.

-Un minuto -dije, en tanto ella se sentaba al borde de la cama y se quitaba la falda-. Vuelvo enseguida. -Regresé al cuarto de estar, donde ella había dejado la pipa para hachís. La repuse en su bolso con cuidado y lo cerré, pensando: si fuerzan la entrada y descubren la droga, evidentemente será suya. A pesar de los esfuerzos de Vivian, no podrían echarme el muerto.

-Date prisa -dijo Vivian desde el dormitorio-. Estoy empezando a quedarme sobeta. -Fui corriendo por el pasillo hasta el dormitorio y la encontré tendida en la cama, desnuda, con la ropa amontonada en mi silla de trabajo.

-Algunas veces el chocolate me da sueño -dijo-. Tengo que ponerme a ello enseguida o luego no estoy por lo que hago.

Hicimos el amor. Hacia el final Vivian se quedó dormida, profunda y apaciblemente. Bueno, me dije, mientras iba silenciosamente por el pasillo hacia el cuarto de baño para ducharme; ahora soy el dueño -antes que la víctima- de la situación. Esta chica ya no me espiará más. He transformado a una enemiga en algo mejor aún que una amiga: una copartícipe en una conspiración de sexualidad.

Luego de haberme duchado volví a entrar en el dormitorio y la encontré durmiendo y tapada con la manta.

-Vivian -dije, tocándole la espalda-. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Algo de beber?

-Tengo hambre -murmuró Vivian soñolienta-. Después de echar un polvo siempre tengo un hambre terrible. Cuando empecé a echar polvos, al terminar me zampaba todo lo que había en la nevera. Medio pollo, una pizza, dos hamburguesas y más de un litro de leche..., cualquier cosa que encontrara.

-Puedo prepararte una empanada congelada -sugerí.

-¿Tienes algún refresco? ¿Una *Pepsi*, por ejemplo?

Tenía una lata de cerveza *Coors* y se la llevé. Vivian se sentó en la cama en ropa interior, bebiendo la cerveza.

-¿Qué haces cuando no trabajas para los APA? -le pregunté-. Quiero decir que no puedes pasarte la vida haciendo mandados para ellos.

-Estudio -dijo Vivian.

-¿Dónde? ¿En el *Cal State Fullerton*? ¿En el *Santa Ana College*?

-En el *Instituto* de Valentia -contestó Vivian-. Soy alumna de último año. Me licencio este junio.

-¡En el *Instituto*! -exclamé, consternado-. Vivian... -Apenas si podía hablar; temblaba de miedo-. ¿Cuántos años tienes, por Dios?

-Diecisiete -repuso Vivian, bebiendo sorbitos de cerveza-. En septiembre cumpliré los dieciocho.

¡Oh, señor!, exclamé en mis adentros, comprendiéndolo todo. Es menor de edad. ¡Es un estupro! Tan malo como la droga..., peor, en realidad. Lo único que debe hacer es mencionarlo a la Policía; el arresto es automático.

-Vivian -rezongué-, para ti es ilegal acostarte conmigo. ¿No lo sabes? -Empecé a reunir sus ropas-. ¡Tienes que largarte de aquí pitando!

-Nadie sabe que estoy aquí -dijo Vivian con calma; siguió bebiendo la cerveza *Coors*- excepto Bill.

-¿Quién coño es «Bill»?

-El chico con el que iba hoy por la tarde, cuando vinimos en equipo. Prometí llamarle al volver a casa, para que supiera que estoy bien. Somos novios.

Eso fue la última gota; me dejé caer en la silla frente a ella, mirándola fijamente, sin más.

-No le importará -dijo Vivian-. Con tal que te limites a presentar a tiempo tu respuesta política. Eso es lo único que le preocupa, ganar puntos en el Cuartel General. Llevamos un sistema de cuota, pero Bill siempre rebasa su cuota y gana puntos extras. Es el APA más fanático que tenemos. Por eso me gusta; ¿sabes?, en cierto modo compensa mi actitud indiferente, como ellos lo llaman. A mí apenas si me importa la cuota o los puntos; simplemente me gusta conocer a la gente que nos asignan.

Había caído en mi propia trampa. Mi idea, mi estratagema consistía en hacer volver a la chica a mi casa por la noche, con un falso pretexto, a fin de acostarme con ella. Había metido el culo en la cama y el cuello en el lazo, todo en una maniobra única. Estupendo. Y ahora, ¿qué remedio me quedaba? Me tenían bien agarrado. O colaboraba, o iba derecho a la cárcel del Condado de Orange. Y en la cárcel del Condado de Orange la gente moría, los mataban a palos; ocurría constantemente. En particular con los presos políticos.

Me pasaré el resto de mi vida escribiendo confesiones, me dije. Y artículos acerca de mis amigos. Si me pidieran que hiciera un libro entero sobre Nicholas, tendría que obedecer. Estoy en manos de Vivian Kaplan. Creo que ha sido un montaje, pensé de pronto. Ella me persuadió a hacerlo; por eso envían a jóvenes atractivas a rondar por ahí, chicas menores de edad que no lo parecen. Chicas provistas de droga y largas piernas y una sonrisa cordial e inocente, chicas que acceden encantadas a venir a tu casa a altas horas de la noche, solas. Chicas cuyos números telefónicos están mecanografiados delante del jodido equipo del soplón con toda esplendidez. Un verdadero señuelo.

-Ahora bien, en cuanto al asunto de Dios -dijo Vivian, en tono práctico. Los efectos del chocolate habían desaparecido, ya no estaba melosa-. No lo puedes utilizar, Phil; no nos interesa el hecho de que Nicholas Brady hable con Dios. Solamente queremos saber qué vínculos con el Partido Comunista le quedan de su antigua época de activista en Berkeley. Mi superior cree que a Brady le dieron el puesto en *Discos Progresistas* a fin de que pudiera promocionar furtivamente, con gran cautela, a nuevos artistas izquierdistas en ciernes. Es una técnica que usan con frecuencia; mientras tanto, naturalmente, Brady permanece inactivo por su parte. Pero debe tener relaciones con las personas que le dan órdenes, aunque sólo sea por correspondencia. Tú estás en condiciones de leer su correspondencia ¿verdad? Es así como el Partido mantiene el control: por medio de la correspondencia procedente de Nueva York, en donde opera la KGB. Ello relaciona al que opera aquí con Moscú y la red internacional de planificación. Queremos saber cuáles de los artistas que han contratado son cripto-comunistas y de quién recibe él sus órdenes; éstos son los dos flancos de...

-Nicholas sólo intenta hacer pasta -dije con cansancio-. Para que su hijo pueda ir al dentista.

-¿No se ve con alguien de Nueva York? ¿O prefiere las llamadas telefónicas?

-Intervenid su teléfono -dije-, a mí me da igual.

-Si pudieras apoderarte de su cuenta telefónica -continuó Vivian-, y comprobar si ha llamado a Nueva York; eso querría decir...

-Vivian -dije-, no pienso hacerlo.

-¿No piensas hacer qué?

-Espiar a Nicholas. O a otra persona. Os podéis ir a tomar por el culo. Llévate tu equipo. Ya estoy harto.

Tras unos momentos de silencio, Vivian dijo:

-Tenemos mucha tela sobre ti, Phil. Muchas personas saben cantidad acerca de ti.

-Y qué -dije, resignado a todo y resentido a un tiempo, dispuesto a tirar la toalla, pasara lo que pasara. Lo que podían hacerme tenía un límite, y de ahí no podían pasar.

Vivian dijo:

-He leído tu expediente.

-¿Y bien?

-Se podrían presentar cargos contra ti que se mantendrían en un Tribunal.

-En eso te equivocas -dije, pero era yo el que estaba faroleando, no ella. Y ambos lo sabíamos; veía la sensación de certidumbre reflejarse en su cara.

-¿Prefieres que te persigamos a ti en vez de a Nicholas? -preguntó.

Encogí los hombros.

»Podría prepararse. En realidad, podríamos deteneros a los dos juntos; vuestras vidas están entrelazadas. Si uno cae, el otro cae automáticamente.

-¿Eso es lo que te dijo tu superior en el Cuartel General de los APA? -le pregunté.

-Hablamos de ello. Varios de nosotros.

-Pues haced lo imposible -dije-. Ya sé que habéis estado ocultando droga aquí en mi casa; la encontré y me deshice de ella. Recibí un soplo.

-No pudiste haberla encontrado toda -dijo Vivian.

-¿Hay una cantidad infinita?

-No, pero la persona que la oculta... -se interrumpió.

-Si la puede esconder -dije en tono de hastío-, yo la puedo encontrar. Y si la encuentro, se acabó la droga. Como la bolsita de hierba que traías. Una APA fumando hierba..., no encaja. Tú y tu puñetera pipa para hachís... Dios bendito, cuando sacaste la hierba supe que me estabas tendiendo una encerrona.

Vivian dijo:

-Phil, hace mucho que te tendieron una encerrona. Lo que he hecho hoy es muy poca cosa. Acostarte conmigo...

-Déjame echar un vistazo a tu permiso de conducción de California. -De pronto se me ocurrió algo. Quizá no fuera menor de edad, después de todo. Antes que pudiera abrir la boca, salí corriendo del dormitorio y crucé el pasillo en dirección al cuarto de estar; Vivian se precipitó detrás mío, tratando de alcanzarme. De nada sirvió; me introduje a duras penas en el vestíbulo y llegué antes que ella al cuarto de estar y a su bolso.

-¡Apártate de mi bolso! -chilló.

Cogí su bolso, entré con él a toda prisa en el cuarto de baño y cerré la puerta con pestillo. Al instante hube desparramado su contenido sobre la alfombrilla.

En el permiso de conducción constaba que tenía diecinueve años. No era menor de edad. Eso también había sido una trampa de la Policía, y una trampa sin fundamento. Se acabó. Pero me demostró cuán cerca estaba del borde del desastre, lo poco que me impedía sumirme en el olvido.

Abrí la puerta del cuarto de baño. A Vivian no se la veía en ninguna parte. Escuchando, aguzando los oídos, oí su voz a lo lejos; estaba hablando por teléfono en el dormitorio.

No bien entré en el dormitorio, colgó y se puso en pie mirándome en actitud retadora.

-¿Puedo recuperar mis cosas? -preguntó.

-Claro -dije-. Están sobre la alfombrilla del cuarto de baño. Cógelas tú misma. -La acompañé al cuarto de baño, en donde se arrodilló y se puso a recoger sus papeles, cosméticos, la cartera y objetos diversos.

-¿Qué has hecho? -pregunté-. ¿Llamar a los APA para comunicarles que el plan no dio

resultado?

Vivian remetió sus cosas en el bolso, se irguió, volvió al dormitorio silenciosamente para ponerse los zapatos, fue por el pasillo al cuarto de estar, donde se vistió el abrigo, y luego, reunidas ya todas sus pertenencias, la pipa para hachís inclusive, abrió la puerta principal y anduvo paseo arriba hacia su coche aparcado.

La acompañé. Hacía una noche templada y agradable. Estaba satisfecho de veras; había eludido otra trampa de la Policía.

-Hasta pronto, Phil -dijo Vivian.

-No, hasta nunca -repliqué, abriéndole la portezuela del coche-. No quiero verte más. Ni en la cama, ni fuera de ella.

-Me volverás a ver -dijo Vivian, entrando en el coche y arrancando el motor.

-No tienes nada que me acuse; no tengo por qué verte.

-Pregúntame lo que he hecho mientras tú te duchabas.

Bajé los ojos y la miré; estaba sentada tranquilamente al volante de su coche.

-Has ocul...

-La he ocultado donde nunca la encontrarás -dijo Vivian; empezó a elevar la ventanilla rápidamente.

-¿Qué has ocultado? -Aferré la ventanilla, pero siguió elevándola; aferré la manija de la portezuela, pero había echado la llave.

-Cocaína -contestó Vivian. La ventanilla se cerró, metió una marcha y el automóvil avanzó por la calle con gran estruendo y giró bruscamente a la derecha con chirriar de neumáticos. Me quedé allí, impotente, viéndola desaparecer.

Tonterías, me dije. Otro cuento, como lo de ser menor de edad.

Pero..., ¿cómo podía estar seguro? Al menos me había pasado quince minutos en la ducha. Vivian Kaplan había dispuesto de quince minutos libres y sin estorbos para ocultar lo que quisiera en cualquier sitio de mi casa: ocultar droga, fisgonear, leer, comprobar dónde estaba todo..., para hacer lo que le diera la gana. Tal vez, pensé, todo lo de acostarse conmigo no había sido más que un truco..., encaminado a desorientarme por medio de la distracción, para que no tuviera presente la cuestión verdadera. ¿Y cuál era la cuestión verdadera? El hecho de que una reconocida agente del Gobierno, llevando un brazal que como tal la identificaba públicamente, hubiera logrado que le diera quince minutos de pleno privilegio para ir y venir por mi casa, sola. Había estado allí legalmente. Yo la había invitado. Y eso, después de que mi amigo el poli me hubiera prevenido.

Es inútil prevenirme, me dije con ira rabiosa e impotente Soy un jodido estúpido. Por mucho que me prevengan, yo sigo enredándome como un cabezota. Les invito a casa; luego me encierro en la ducha un cuarto de hora, ofreciéndoles mi casa a discreción. Igual podría haber ocultado una pistola además de droga. Ya estoy otra vez como antes; iré a la cárcel para siempre. Víctima de una estratagema de la Policía que ha salido a la perfección, y en la que yo mismo he hecho casi todo el trabajo.

¿Y si es otra mentira? Supongamos que no escondió coca alguna. Las cantidades de coca son diminutas; podría pasarme días buscando, semanas, y no llegar a encontrarla; y si no existe, podría volverme loco, exaltarme hasta un delirio psicótico paranoide y no encontrarla..., no encontrarla y no saber jamás si hay una pulgarada en algún rincón o si nunca existió. Y entretanto, contar cada minuto del día y de la noche a la espera de que se presenten los polis a causa de un chivatazo y me detengan..., echen abajo una pared y encuentren la coca enseguida; una condena de diez años.

Con un súbito estremecimiento, pensé: tal vez su llamada telefónica fuera el chivatazo. El chivatazo que la Policía estaba esperando; no para decirles que las drogas están aquí, sino que las había colocado aquí con éxito, que cuando forzaran la entrada y registraran la casa encontrarían algo.

En ese caso, mis días -mis horas- están contadas, pensé. Es inútil buscar. Es preferible sentarse y nada más. Tan sólo volver a entrar en casa y sentarme.

Así lo hice. Cerré la puerta principal y me senté en el sofá; al poco rato me levanté para poner la radio. Volví a sentarme. Escuché una interpretación del *«Concierto del Emperador»* de Beethoven; permanecí sentado, esperando, escuchando, no la conocida música, sino los ruidos de los coches que se acercaban. Era una experiencia horrible. El tiempo se dilataba enormemente. Por último tuve que ir a la cocina para consultar el reloj del horno a fin de hacerme una idea de lo tarde que era. Transcurrió una hora, dos horas. Nadie vino: no hubo coches ni golpes en la puerta, ni detonaciones de fusil, ni hombres de uniforme. Nada más que la música que sonaba en la radio y la casa ocupada solamente por mí.

Me palpé la frente; estaba caliente y sudorosa. Fui al cuarto de baño, cogí el termómetro, lo sacudí para hacerlo bajar y me tomé la temperatura. Estaba a treinta y ocho grados: febril por el miedo y la tensión. Mi cuerpo había enfermado a causa de la tensión nerviosa que sufría, una tensión injusta pero muy real. Ella fue muy astuta al salir disparada de aquí, admití para mis adentros. Tras decirme lo de la droga, fuera cierto o no. Si vuelve a aparecer por aquí, la mataré. Lo sabe y no se acercará.

Si salgo de ésta, me dije, escribiré un libro sobre lo que me ha ocurrido. De un modo u otro idearé una forma de introducirlo en una novela. Así los demás lo sabrán. Vivian Kaplan pasará a la historia por lo que es, por lo que hace. Me prometo a mí mismo no cejar en el empeño.

Nunca pisoteéis a un escritor, me dije, a menos que estéis convencidos de que no puede alzarse a vuestras espaldas. Si tenéis intención de liquidarle, cercioraos de que está muerto. Porque si está vivo hablará: hablará en forma escrita, en la página impresa e inalterable.

Pero, ¿acaso estoy vivo?, me pregunté.

Sólo el tiempo lo diría. En ese momento me sentía como si me hubieran dado un golpe mortal, como si me hubieran clavado un puñal profundamente; el dolor era insoportable. Pero podía sobrevivir. Había sobrevivido al ataque de mi casa; había sobrevivido a muchas cosas. Era probable que también sobreviviera a esto. Si era así, los APA tendrían dificultades, Vivian Kaplan en concreto.

Eso me dije, pero no lo creía de verdad. Lo que creía era que los APA y su dueño Ferris Fremont me tenían bien cogido. Y yo mismo había hecho saltar la trampa; eso era lo peor, lo que más dolía. Mi propia astucia me había traicionado, me había entregado al enemigo. Eso era difícil de soportar.

13

Los polis no llegaron a venir; lo que Vivian Kaplan hubiera estado tramando no dio resultado, y yo pude relajarme. En los días sucesivos mi temperatura se normalizó, y probablemente también mi presión sanguínea. Empecé a pensar de manera más razonable. No obstante, pregunté a mi abogado cómo podía proceder para evitar que ocultaran droga en mi casa.

-Escribe una carta al Departamento de Abuso de Drogas del Condado de Orange -me recomendó-. Cuéntales la situación.

-¿Servirá eso...?

-Todavía pueden detenerte, pero cuando encuentren la carta en sus archivos, cabe que sean indulgentes.

De todas formas, nada ocurrió. Ya no pasaba tantas noches en vela. Era claro que Vivian se había tirado un farol; empezaba a observar mucho faroleo de un tiempo a esta parte. La Policía asemejaba tener afición a esta táctica; con ella conseguían que el sospechoso realizara por su cuenta el trabajo agotador, como muy bien había demostrado yo con mi voluntad de participar.

Se desayunan con gente como yo, me dije. El tramar llevarme al huerto a Vivian había afectado gravemente mi confianza en mis tácticas. No lograba recuperar la convicción de que

al final yo, y la gente como yo, prevaleceríamos. Para prevalecer tendría que volverme mucho menos estúpido.

Naturalmente se lo conté todo a Nicholas. Él, naturalmente, no pudo creerlo.

-¿Tú hiciste eso? -exclamó-. ¿Te acostaste con una APA menor de edad que llevaba droga en el bolso? Dios mío; si te dieran un pastel con una sierra dentro, seguro que cortarías los barrotes para *meterte* en la cárcel. ¿Quieres que te proporcione el pastel? Rachel tendrá mucho gusto en prepararlo. La sierra tráela tú.

-Vivian me montó tantos numeritos al mismo tiempo que me despisté -dije.

-Una chica de diecisiete años siempre mete en la cárcel a un hombre adulto e inteligente. Aun cuando él se ande con suma prudencia.

Dije, verazmente:

-No sería la primera vez.

-De ahora en adelante ni te acerques a ella -dijo Nicholas-. Ni se te ocurra. Dedícate a los huecos de la madera, si es preciso. A cualquier cosa menos a ella.

-¡Vale! -dije irritado. Pero sabía que volvería a ver a Vivian Kaplan. Ella me buscaría. Habría otro asalto con las autoridades..., puede que varios. Hasta que nos tuvieran a Nicholas y a mí en la red a satisfacción suya. Hasta que fuéramos inofensivos.

Me pregunté si la supuesta protección que Sivainvi proporcionaba a Nicholas me incluía a mí. Al fin y al cabo, nos unía idéntica suerte: éramos dos emisoras principales en la red de la cultura *pop*, tal y como habían dicho los APA. Piedras angulares, por así decirlo, de la *vox populi*.

Acaso la única entidad a la que podíamos acudir a pedir ayuda en esta tiránica situación fuera Sivainvi. Sivainvi contra FFF. El Príncipe de este Mundo -Ferris Fremont- y su enemigo de otra esfera, un enemigo que Fremont ni siquiera sabía que existiese. Un producto de la mente de Nicholas Brady. El pronóstico no era reconfortante. Yo habría preferido algo o alguien más tangible. Sin embargo, era mejor que nada; proporcionaba un cierto consuelo psicológico. Nicholas, en el retiro de nuestras íntimas sesiones de conversación, presagiaba inmensas operaciones emprendidas por Sivainvi y sus Ejércitos Superiores contra la cruel esclavitud en que nos hallábamos. Eso, desde luego, mejoraba mucho al ver la televisión, que ahora se componía en su mayor parte de los seriales de propaganda que ensalzaban la Policía, la autoridad en general, la guerra, los accidentes automovilísticos y el Viejo Oeste, en donde habían predominado las virtudes sencillas. John Wayne había llegado a ser el héroe popular oficial de América.

Y además, estaba la semanal «conversación con el hombre en el que confiamos», o sea Ferris F. Fremont discurseando desde un aposento de la Casa Blanca al amor de la lumbre.

Era muy problemático conseguir que las masas viesen a Ferris Fremont pronunciar un discurso, pues tenía una forma pesadísima de hablar. Era como aguantar una interminable conferencia sobre algún oscuro aspecto de economía política... exactamente así, ya que Ferris Fremont nos hacía siempre un balance de todos los Ministerios. Estaba claro que tras esa mediocre figura se escondía un nutrido equipo de la Casa Blanca, que en la sombra le suministraba infinidad de datos mecanografiados que tocaban todos los temas referentes a su mandato. Fremont, por su parte, no parecía sensible a la pesadez de tales discursos. «La producción siderúrgica», mascullaba, leyendo mal la mitad de las palabras de su exposición, «ha subido un tres por ciento, dando origen a un justificado optimismo en el sector agrícola». Yo siempre creía haber vuelto a la escuela, y los tests que debíamos rellenar acto seguido reforzaban tal sensación.

Esto, sin embargo, no hacía de Ferris Fremont una figura decorativa que sirviese como tapadera del equipo que le suministraba los datos; al contrario: cuando se desviaba de su guión preparado, la auténtica ferocidad que llevaba dentro se patentizaba. Le gustaba desviarse cuando se hacía alusión a cuestiones relacionadas con América, su honor y destino. El Asia Oriental era un lugar en el que los muchachos americanos estaban demostrando dicho honor, y Fremont no podía permitir que una referencia a ese tema pasara sin el añadido de una

improvisada plática; en ésta, su cetrino semblante se fruncía nerviosamente, y despotricaba con inflexible determinación contra todos aquellos que pusieran en duda el poderío americano. Atendiendo a las palabras de Fremont, estábamos pletóricos de poderío. Dedicaba la mitad de su vida a prevenirnos contra inefables enemigos de ese poderío. Por regla general, yo imaginaba que se refería a los chinos, si bien él rara vez encontraba un motivo para nombrarlos. Al ser de California, Fremont reservaba en su corazón un lugar especial para los chinos; con oírle hablar se diría que nos habían cobrado un precio excesivo al tendernos la vía férrea..., cuestión ésta que no podía -y el honor no le permitiría- olvidar.

Sin lugar a dudas, era el peor disertante que yo había oído nunca. Con frecuencia deseaba que el invisible equipo de la Casa Blanca integrado por sus compatriotas se rebelara, escogiera a uno de sus miembros con facilidad de palabra, y le diera autoridad para concluir el discurso preparado para Fremont. Vistiéndole con el austero traje a rayas y la chillona corbata, pocos se darían cuenta.

Todas las emisoras y cadenas de televisión informaban de esas artificiales pláticas a la hora pico, y no estaba de más escucharlas. Ello debía hacerse con la puerta de entrada abierta, para que las cuadrillas itinerantes de APAs pudieran realizar inspecciones *in situ*. Éstos repartían tarjetitas en las que se formulaban diversas preguntas simples acerca del último discurso; se debían cotejar las respuestas correctas y luego echar la tarjeta en un buzón. El enorme equipo de la Casa Blanca examinaba las respuestas para cerciorarse de que se había entendido lo que se escuchaba. Era obligatorio poner el número de la Seguridad Social en la tarjeta; las autoridades empezaban a organizar todos sus expedientes partiendo de tales números. Las tarjetas enviadas iban a parar al expediente permanente de uno; el motivo, nadie lo sabía. Nos figurábamos que las tarjetas ampliaban los expedientes. Quizá había sutiles preguntas de pega, tales como las de la escala K del «Multifásico de Minessota», la denominada escala «de mentiras».

Algunas veces las preguntas parecían enrevesadas, lo cual duplicaba la posibilidad de dar por descuido una respuesta incriminatoria. Una de ellas decía:

Rusia se está:
1) Debilitando.
2) Fortaleciendo.
3) Manteniendo un nivel similar al del Mundo Libre.

Naturalmente, Rachel, Nicholas y yo, que rellenábamos las tarjetas al unísono, marcamos la segunda. La ideología de las autoridades recalcaba siempre la creciente fuerza de Rusia, y la necesidad en que se veía el Mundo Libre de duplicar constantemente su presupuesto armamentista con el único fin de no quedarse y ser menos que ellos.

Sin embargo, una pregunta posterior hacía que tal respuesta se tornara sospechosa.

La tecnología rusa es:
1) Excelente.
2) Adecuada.
3) Típicamente inepta.

Bueno, si se marcaba la primera parecía que se estaba haciendo un cumplido a los rusos. La segunda era probablemente la mejor, ya que cabía la posibilidad de que fuera cierta, pero, según estaba expresada la tercera parecía sugerirse que el ciudadano sensato la marcaría sin vacilar. Después de todo, ¿qué se podía esperar de la sometida mentalidad eslava? Típica ineptitud, por supuesto. *Nosotros* éramos excelentes, no ellos.

Ahora bien, si su tecnología era típicamente inepta, ¿cómo podía la segunda ser la respuesta correcta a la pregunta anterior? ¿Cómo se fortalecía más que nosotros una nación dotada de una tecnología típicamente inepta? Nicholas, Rachel y yo volvimos a la pregunta

anterior y sustituimos nuestras respuestas por la primera. Así encajaba con «típicamente inepta». El cuestionario semanal tenía numerosas trampas. La URSS, como un luchador japonés, era estúpida y lista al mismo tiempo, fuerte y débil, con probabilidad de ganar y expuesta irrevocablemente a perder. Lo único que teníamos que hacer en el Mundo Libre era no desfallecer nunca, cosa que lograríamos entregando nuestras tarjetas con regularidad. Era lo menos que podíamos hacer.

La respuesta al antedicho dilema nos la comunicaba Ferris Fremont la semana siguiente. ¿Cómo se fortalecía más que nosotros una nación dotada de una tecnología típicamente inepta? Por medio de la subversión en nuestra propia patria, el debilitamiento de la voluntad de los americanos mediante la argucia del derrotismo. En la siguiente tarjeta figuraba una pregunta acerca de ello:

El mayor enemigo con que se enfrenta América es:
1) Rusia.
2) Nuestro elevado nivel de vida, el más alto en los anales del mundo.
3) Los que se infiltran secretamente entre nosotros.

Sabíamos que nos tocaba poner la tercera. Esa noche, no obstante, Nicholas estaba de un humor alocado; quería marcar la segunda.

-Es nuestro nivel de vida, Phil -dijo guiñándome el ojo-. Va a ser nuestra perdición. Marquemos todos la segunda.

-Lo que va a ser nuestra perdición es que andemos tonteando con estas tarjetas de respuesta -le dije-. Ellos se toman en serio las respuestas.

-Si ni siquiera las leen -dijo Rachel-. Sólo quieren asegurarse de que se escuche el discurso semanal de Fremont. ¿Cómo se las arreglarían para leer tantas tarjetas? Doscientos millones a la semana.

-Lectura por ordenador -dije.

-Voto por que señalemos la segunda en esta pregunta -insistió Nicholas. Y así lo hizo.

Rellenamos las tarjetas y luego, a sugerencia de Nicholas, fuimos a pie él y yo hasta el buzón, con las tres tarjetas metidas en los sobres ya franqueados que facilitaba el Gobierno.

-Quiero hablar contigo -me dijo Nicholas, nada más salir.

-De acuerdo -repuse.

Entendí que quería hablar de las tarjetas. Pero Nicholas no pensaba en ellas. No bien rompió a hablar comprendí por qué se había comportado de un modo tan caprichoso.

-Recibí la más convincente comunicación de Sivainvi hasta la fecha -dijo en voz baja y muy seria-. Me reanimó por completo. Hasta ahora, nada ha... bueno, te lo contaré. Tuve otra percepción visual de la mujer. Estaba sentada en el suelo de un moderno cuarto de estar, junto a una mesita baja. Había un grupo de hombres alrededor de ella, todos vestían costosos trajes al estilo oriental, trajes del sistema. Eran jóvenes. Estaban absortos en una discusión. La mujer, de repente, cuando fueron conscientes de ella... -se interrumpió-. Conectó el tercer ojo, el que tiene una lente en vez de pupila; lo dirigió hacia ellos, y Phil..., leyó sus almas. Lo que habían hecho y no querían confesar, lo que pensaban hacer: todo lo referente a ellos. Y no dejó de sonreír. No imaginaron siquiera que poseía aquel ojo con la lente que lo veía todo y leía en lo más hondo de ellos. No quedó secreto alguno por descubrir, nada que ella ignorase. ¿Sabes lo que averiguó?

-Dímelo -le rogué.

-Que eran conspiradores -contestó Nicholas-. Habían urdido las muertes de todos los que fueron asesinados: el doctor King, los dos Kennedy, Jim Pike, Malcolm X, George Lincoln Rockwell, el dirigente del Partido Nazi..., de todos ellos. Phil, pongo a Dios por testigo de que tuve esa visión. Y conforme la miraba, se me dio a entender lo que era: la Sibila. La Sibila romana que defiende la República. Nuestra República.

Habíamos llegado al buzón. Nicholas se detuvo, se volvió a mí y me puso la mano en el

hombro.

-Me dio a entender que les había visto y sabía de sus crímenes, y que terminarían siendo procesados. El hecho de que les hubiera visto lo certificaba. No hay posibilidad alguna de que se libren de pagar por lo que han hecho.

-Y ellos no se percataron de su presencia -dije.

-Ni siquiera imaginaron que se sabía de sus actos, y que la mujer sabía de ellos. Ni siquiera les pasó por la cabeza..., seguían bromeando y riendo, como un grupo de amigos; y ella les vigilaba con su tercer ojo, el ojo de la lente, y sonreía con ellos. Y después, tanto el ojo como la lente desaparecieron y ella recobró el aspecto de una persona normal. Igual que cualquiera.

-¿Cuál es el objeto de la conspiración?

Nicholas dijo en voz ronca:

-Todos son compinches de Ferris Fremont. Sin excepción. Se me dio a entender -lo sobreentendí- que el escenario era una habitación de un hotel de Washington, un lujoso hotel.

-Dios mío -dije-. Bien, aquí veo dos datos distintos. Nuestra situación es peor de lo que creíamos; éste es un dato. El otro es que vamos a recibir ayuda.

-Oh, seguro que ella nos va a ayudar -dijo Nicholas-. Te lo digo yo, chico: no quisiera estar en su pellejo. Y no paraban de sonreír de oreja a oreja, y venga decir chorradas. Se creen que ya está hecho. Qué va. Están perdidos.

-Creía que éramos nosotros los que estábamos perdidos.

-No -dijo Nicholas-. Son ellos.

-¿Hemos de hacer algo?

-Tú no lo creo -dijo Nicholas-. Pero... -titubeó-. Me figuro que a mí sí me corresponderá hacer algo. Creo que van a servirse de mí, cuando llegue el momento. Cuando empiecen a actuar.

-Ya están actuando -dije-; ¿no te lo comunicaron al principio? Ojalá lo comunicaran a las personas necesarias. La verdad de cómo se instauró nuestro régimen actual. Sobre un montón de cadáveres de algunos de los mejores hombres de nuestro tiempo.

-Es muy grave -dijo Nicholas.

-¿Estás seguro de que no lo soñaste todo, simplemente? -pregunté.

-Me llegó en sueños -admitió Nicholas-. Nunca en mi vida me habían emitido nada semejante. Phil, ya viste lo que ocurrió aquella noche con Johnny. Cuando...

-De modo que Ferris Fremont tramó sus muertes -dije.

-Eso es lo que descubrió la Sibila, sí.

-¿Por qué te eligieron a ti? -pregunté-. Te lo comunicaron a ti como si no hubiera otros.

-Phil -dijo Nicholas-, ¿cuánto se tarda en publicar un libro? Desde el momento que te pones a escribirlo.

-Mucho tiempo -repuse-. Un año y medio como mínimo.

-Es demasiado. Ella no piensa esperar tanto; lo percibí. Me di cuenta.

-¿Cuánto piensa esperar?

Nicholas contestó:

-No creo que tenga intención de esperar. Creo que para ellos planificar es lo mismo que actuar. Planifican y actúan simultáneamente; pensar en algo es realizarlo. Son formas mentales absolutas, mentes puras. Ella es una inteligencia omnisciente para la que no existen secretos. Es espeluznante.

-Pero si es una noticia buenísima -dije.

-Para nosotros, a pesar de todo, es una buena noticia -dijo Nicholas-. Dentro de poco se terminará el tener que enviar estas jodidas tarjetas.

-Lo que deberías hacer -dije- es escribir a Ferris Fremont y decirle que la Sibila romana ha echado la vista encima de él y sus secuaces. ¿Qué sabes de la Sibila romana? ¿Sabes algo?

-Esta mañana he investigado sobre ella en mi *«Britannica»* -explicó Nicholas-. Es inmortal. La primera Sibila se encontraba en Grecia; era un oráculo del Dios Apolo. Posteriormente defendió la República romana; escribió varios libros que se consultaban cuando la República

estaba en peligro. -Añadió-: Ahora pienso en los grandes libros semejantes a Biblias que me mostraron al principio, cuando se iniciaron mis experiencias. ¿Sabes que la Sibila se volvió sagrada para los cristianos? La tenían por una vidente, como los profetas hebreos, que guardaban a los hombres temerosos de Dios de todo mal.

Parecía exactamente lo que necesitábamos. Protección divina. La guardiana de la República había oído nuestras súplicas desde los pasadizos del tiempo, tal y como acostumbraba. Al fin y al cabo, ¿acaso no eran los Estados Unidos una prolongación a través del tiempo lineal de la República romana? En muchos aspectos lo era. Habíamos heredado la Sibila; puesto que era inmortal, había seguido existiendo tras la desaparición de Roma; ésta había desaparecido pero seguía existiendo bajo nuevas formas, con nuevos sistemas lingüísticos y nuevas costumbres. Pero el núcleo del Imperio persistía; una lengua, un sistema jurídico y monetario, buenos caminos; y la cristiandad, la última religión legal del Imperio Romano. Después de la Alta Edad Media lo habíamos reconstruido tal como era, e incluso perfeccionado. Las ramas del imperialismo se habían extendido hasta el Asia Sudoriental.

Y, pensé, Ferris F. Fremont es nuestro Nerón.

-Si no se tardara tanto en publicar un libro -decía Nicholas-, creería que Sivainvi me lo comunicó para que pudiera contártelo a ti y tú lo utilizaras como idea para un argumento. Pero el factor tiempo lo excluye..., a no ser que lo hayas hecho ya. -Me miró ilusionado.

-Qué va -dije, con toda franqueza-. No he utilizado nada de lo que me contaste. Es demasiado liado.

-Te lo crees, ¿verdad?

-Me lo creo todo. Como un agente del FBI me dijo una vez mientras me cacheaba: «Créete todo lo que oigas».

-Y..., ¿no puedes utilizarlo?

-Es para ti, Nicholas -dije-. Ellos te necesitan a ti, no a mí. Conque ponte a currar.

-Me pondré a «currar» en cuanto me den la señal -repuso Nicholas-. La señal desinhibidora. -La estaba esperando aún. La espera debía resultar penosa, pero no tanto, ciertamente, como tener que decidir qué hacer y cuándo. Lo único que debía hacer era esperar hasta que la señal llegase por impulso propio y desinhibiera la secular entidad que dormía dentro de él.

-Si Sivainvi se propone echar a Ferris Fremont del poder -dije-, me pregunto cómo piensa llevarlo a cabo.

-Puede que causando defectos de nacimiento a sus hijos.

Me eché a reír.

-Ya sabes a qué suena eso, ¿no? Jehová contra los egipcios.

Nicholas no replicó. Seguimos andando.

-¿Estás seguro de que no es Jehová? -le pregunté.

-Es difícil demostrar que no; que no es algo.

-Pero, ¿has pensado muy en serio en la posibilidad de que lo sea? Porque si lo es, no podemos perder; y ellos no pueden ganar.

-Están condenados a muerte -dijo Nicholas.

-¿Sabes lo que van a coger? -pregunté-. Coágulos sanguíneos, hipertensión, enfermedades cardíacas, cáncer; sus aviones se estrellarán, las sabandijas devorarán sus jardines, el agua de sus piscinas de Florida se cubrirá de moho letal..., ¿sabes cuáles son las consecuencias de tratar de oponerse a Jehová?

-No me lo digas -repuso Nicholas-. Yo no lo haré. No lo haría ni muerto.

-Sería preferible estar muerto -aseguré.

De pronto Nicholas agachó la cabeza, me asió por el brazo.

-Phil.., lo único que veo son deslumbrantes ruedas de fuego. ¿Cómo voy a volver a casa? -La voz le temblaba de miedo-. Ruedas de fuego, como fuegos artificiales... ¡Dios bendito, estoy casi ciego!

Fue el principio de su transformación. En qué condiciones tan desfavorables había

empezado: tuve que llevarle a casa con su mujer y su hijo, como si fuera un niño. Durante todo el camino estuvo murmurando atemorizado, encogiéndose y agarrándose a mí. Nunca le había visto tan asustado.

14

Las ardientes ruedas continuaron afligiendo a Nicholas a lo largo de la semana siguiente, oscureciendo su visión, pero sólo por la noche; era su visión nocturna la que se había debilitado. Un médico que le examinó le dijo que asemejaba una intoxicación provocada por alcaloides o belladona; ¿había tomado últimamente un exceso de algún medicamento antialérgico? No, contestó Nicholas. A los pocos días tuvo que quedarse en casa sin poder ir a trabajar: le daban vértigos, y cuando probaba de conducir le temblaba la mano y no tenía sensibilidad en los pies. Su médico presumía que podían ser los efectos de alguna clase de tóxico, pero no podía determinar cuál en concreto.

Yo iba todos los días a visitarle. Un día que me presenté en su piso me lo encontré sentado con varias botellas de vitaminas al alcance de la mano, incluido un enorme recipiente de plástico con vitamina C.

-¿Para qué es todo esto? -le pregunté.

Sentado allí, pálido y preocupado, Nicholas me explicó que estaba intentando, según su método particular, extraer la toxina de su organismo; en sus libros de referencia se había informado de que las vitaminas solubles en agua obraban sobre el organismo como diuréticos; esperaba, tomándolas en suficiente cantidad, poder eliminar las destellantes ruedas dentadas de fuego multicolor que le atormentaban por la noche o bien al parpadear.

-¿Puedes dormir? -le pregunté.

No -admitió-. En absoluto. -Había procurado dejar la radio encendida en la mesilla de noche, puesta en una emisora que emitía *rock* blandengue, pero, tras unas horas, la música tomó un sonido siniestro y amenazador; las letras sufrieron un grotesco cambio, y tuvo que parar la radio.

El doctor creía que podía ser un problema de tensión arterial. Asimismo se refirió a la posibilidad de que fuera efecto de las drogas. Pero Nicholas no estaba enganchado en nada; yo estaba seguro.

-Y si consigo dormirme -dijo Nicholas en voz trémula- tengo horribles pesadillas.

Me contó una de ellas. En el sueño estaba encerrado en una minúscula jaula debajo del Coliseo en la antigua Roma; arriba en el cielo, inmensos lagartos alados le estaban buscando. De repente, los lagartos voladores percibían su presencia debajo del Coliseo; se arrojaban hacia él y al instante pugnaban furiosamente por abrir la puerta de la jaula. Atrapado, con la muerte a un paso, lo único que Nicholas podía hacer era dar siseos para ahuyentar a los lagartos; por lo visto era un pequeño mamífero de alguna especie. Rachel le despertó del sueño y entonces él, medio dormido aún, había sacado la lengua y continuado siseando de una manera furiosa, inhumana, si bien, me dijo ella, tenía los ojos completamente abiertos. A continuación había vuelto en sí y le había contado a Rachel una enmarañada historia en la que él caminaba hacia la cueva donde vivía, guiado por su gato, Charley. Mirando alrededor de su dormitorio, Nicholas había empezado a lamentarse, temeroso de que Charley se hubiera extraviado, ¿cómo sabría ahora por dónde ir sin la ayuda del gato, estando ciego como estaba?

Tras esto dejaba la radio sintonizada en una emisora de rock blandengue. Hasta que una noche oyó que se dirigían a él desde el receptor. Le hablaban de un modo sucio y malévolo.

-Nicky «el gilí» -decía la radio, imitando la voz de una popular vocalista cuyo último disco acababa de ser presentado-. Escucha, Nicky «el gilí»: eres despreciable y vas a morir. ¡Inadaptado! ¡Gilí, Nicky! ¡¡Muere, muere, *muere*!!

Se incorporó, lo oyó despierto del todo. Sí, la radio decía, “Nicky «el gilí»” en efecto, y la voz se parecía a la de una conocida cantante; pero comprendió con horror, que era sólo una

imitación. Era demasiado cruel, demasiado metálica y artificial. Era una parodia mecánica de su voz, y, de todas formas ella no quería decir esto, y, de haberlo dicho, la emisora no lo habría radiado. Y la voz le hablaba directamente a él.

Después de esto, nunca más volvió a encender la radio.

Durante el día tomaba cantidades cada vez mayores de vitaminas solubles en agua, en particular vitamina C, y pasaba la noche en vela, agobiado por un tropel de pensamientos aterradores, viendo girar ante sus ojos las dentadas sierras circulares de subidos colores que escondían la puerta por completo. ¿Y si se producía una emergencia nocturna?, se preguntaba. ¿Y si Johnny caí enfermo? No había posibilidad de que Nicholas pudiera llevarlo al hospital; en realidad, si se prendía fuego el edificio, no era probable que Nicholas pudiera encontrar siquiera la salida. Una noche, la muchacha que vivía en el otro lado del rellano le había pedido que fuera con ella a la planta baja para revisar la caja de fusibles principal; la había acompañado por la escalera exterior sin problema, pero luego, cuando ella volvió a subir corriendo a contestar el teléfono que sonaba, se había quedado indeciso, a ciegas en la oscuridad, sobrecogido y desorientado al máximo, hasta que por fin Rachel bajó y le rescató.

Finalmente decidió acudir a un psiquiatra por primera vez. Éste le diagnosticó manía y le recetó carbonato de litio. Conque ahora tomaba tabletas de carbonato de litio además de las vitaminas. Tembloroso y asustado, sin saber lo que le pasaba, se retiraba a su dormitorio sin querer -sin poder- ver a nadie.

La próxima tragedia que le sobrevino fue una muela del juicio impactada y con un absceso. Nicholas no tuvo más remedio que pedir hora inmediatamente al doctor Kosh, el mejor odontólogo del Condado de Orange Central.

El pentotal sódico le dio un alivio considerable; era probable que fuese la primera vez en tres semanas que perdía completamente el sentido. Volvió a casa muy animado..., hasta que pasaron los efectos de la procaína y el dolor atravesó como un rayo su mandíbula suturada. Se pasó el resto del día acostado, revolviéndose en la cama; aquella noche tuvo tanto dolor que se olvidó de las vertiginosas sierras circulares; al día siguiente telefoneó al doctor Kosh y le rogó que le suministrara un calmante para el dolor bucal.

-¿No le di una receta? -dijo el doctor Kosh distraídamente-. Llamaré a la farmacia y les pediré que se lo lleven enseguida. Le recetaré Darvon-N. Esa muela ha crecido hacia dentro del maxilar; tuvimos, más o menos, que..., bueno, abrir el maxilar para extraer los fragmentos de muela.

Nicholas se sentó con una bolsita de té húmeda en la boca mientras esperaba que el chico de la farmacia llamara a la puerta.

El timbre sonó por fin.

Mareado aún por el dolor, Nicholas se dirigió a la puerta y la abrió. Una muchacha estaba en el umbral; tenía una larga melena negra, tan negra que parecía azulada. Llevaba un uniforme completamente blanco. Vio que traía puesto un collar de oro, con un pez del mismo metal colgado entre los eslabones de la cadena. Fascinado, contemplando el collar en un estado semihipnótico, Nicholas no pudo articular palabra.

-Ocho cuarenta y dos -dijo la muchacha.

Al tenderle un billete de diez, él preguntó:

-¿Qué..., qué es este collar?

-Un signo antiguo -repuso la muchacha, alzando su mano izquierda para señalar el pez dorado-. Lo empleaban los primeros cristianos.

Se quedó de pie, con el medicamento en la mano, mirando como se alejaba la muchacha. Allí estaba todavía cuando Rachel fue a darle una palmadita y le hizo volver en sí.

La medicación le alivió el dolor, y al cabo de unos días Nicholas parecía muy mejorado. Pero, naturalmente, aún estaba indispuesto a causa de la operación bucal y guardó reposo en la cama. Las sierras circulares, gracias a Dios, ya habían desaparecido; no las había visto desde que visitara al doctor Kosh.

-Tengo que pedirte un favor -dijo a Rachel un día en que ésta se disponía a ir de compras al

Alpha Beta-. ¿Podrías traerme unas cuantas velas votivas y un candelero de cristal? El candelero tiene que ser blanco y las velas también.

-¿Qué es una vela votiva? -preguntó Rachel perpleja.

-Una de esas velitas cortas y gruesas -explicó Nicholas-. Como las que se ven encendidas en las iglesias católicas.

-¿Para qué las quieres?

Nicholas dijo, sin mentir:

-No lo sé. Para..., creo que son curativas. He de reponerme. -Por entonces estaba más tranquilo, pero muy débil a causa de la intervención. A pesar de todo, no parecía estar asustado; la desorientación y el miedo, la excitación que le viéramos en el semblante, se habían extinguido por fin.

-¿Qué tal está tu vista? -le pregunté la noche en que me dejé caer por su casa.

-Muy bien. -Nicholas estaba tumbado en la cama boca arriba, totalmente vestido; en la mesita de noche ardía una vela votiva blanca.

En cuanto hube cerrado la puerta del dormitorio, Nicholas dijo, mirando el techo fijamente:

-Phil, de veras oí la radio decir eso: "Nicky «el gilí»", una y otra vez -Yo era el único a quien se lo había contado-. Y sé, igualmente que es imposible que dijera eso. Todavía oigo la voz en mi mente. Pronunciando muy despacio, con mucha insistencia. Como cuando alguien intenta programarte. ¿Entiendes? Programándome para morir. La voz de un demonio. No era humana. Me pregunto cuántas veces la habré oído en sueños sin acordarme después. Si no hubiera padecido insomnio...

-Como tú dices -le interrumpí-, es imposible.

-Existen posibilidades técnicas, tales como una señal electrónica superpuesta, proveniente de un pequeño transmisor amplificador situado muy cerca; pongamos que en el piso contiguo. De este modo no afectaría a los demás receptores. Sólo al mío. O procedente de un satélite que pasara por el cielo.

-¿Un qué?

-Se producen muchas interceptaciones ilícitas vía satélite de emisores de radio y televisión en los Estados Unidos -dijo Nicholas-. Normalmente, el material es subliminal. Yo debí captarlo conscientemente de alguna forma, lo cual no estaba previsto que ocurriera. Se armarían un lío en la transmisión, o algo así. Está más claro que el agua que me despertó del todo, y eso es exactamente lo que *no* estaba previsto que ocurriera.

-¿Quién lo haría?

Nicholas dijo:

-No lo sé. No tengo ninguna teoría. Alguna sección del Gobierno, supongo. O los soviéticos. Actualmente, hay muchos transmisores secretos soviéticos en el cielo, que emiten sobre las zonas pobladas como ésta. Radian inmundicias y basura, e insinuaciones perversas. Dios sabe qué tipo de cosas.

-Pero tu nombre...

-Quizá todos los que escuchaban oyeron su propio nombre -repuso Nicholas-. «John, cacho cabrón», o «Vera, eres una bollera». No lo sé. Estoy agotado de intentar resolverlo. -Señaló con el dedo la vela votiva, que vacilaba ligeramente.

-Así que por eso quieres tenerla encendida en todo momento -dije, comprendiendo-. Para expulsar...

-Para mantenerme cuerdo -interrumpió Nicholas.

-Nick -dije-, saldrás de esto perfectamente bien. Tengo una teoría. Las ruedas de fuego giratorias se debían a tóxicos, a toxinas producidas por tu infectada muela del juicio. Es ésta la razón de que oyeras eso en la radio. Estabas muy intoxicado sin saberlo. Ahora que te han hecho la intervención bucal, dejarás de estar intoxicado y te repondrás. Por eso ya estás mejor.

-Te olvidas de algo -dijo-. ¿Y el collar de oro que llevaba la muchacha? ¿Y lo que dijo?

-¿Qué sentido tiene eso?

Nicholas dijo:

-He estado esperando toda mi vida que apareciera en la puerta. La reconocí nada más verla. Allí estaba, y llevaba lo que sabía que iba a llevar. Tuve que preguntarle qué era, me fue del todo imposible evitarlo. Phil, estaba programado para formular esa pregunta. Era mi destino.

-Pero eso no fue algo negativo, como las sierras circulares y lo que oíste por la radio.

-No -convino Nick-. Fue la experiencia más importante que he tenido nunca, como un vislumbre de... -Estuvo un rato en silencio-. Tú no sabes lo que es aguardar año tras año, preguntándote si eso, si ella aparecerá alguna vez y al mismo tiempo, saber que aparecerá. A la larga. Y entonces, cuando menos lo esperas, pero cuando más falta te hace... -Me dedicó una sonrisa.

La mayor parte de su tensión nerviosa había remitido, pero me dijo que seguía viendo colores por la noche. No ya las ruedas dentadas, sino manchas un tanto imprecisas que flotaban sin más. Los tonos parecían variar con arreglo a sus pensamientos; había una relación directa. Cuando pensaba, en los largos estados hipnagógicos anteriores al sueño, en temas eróticos, las manchas de color nebuloso se enrojecían. En cierta ocasión creyó ver a Afrodita: desnuda, hermosa y con enormes pechos. Cuando pensaba en temas sagrados, las manchas coloreadas se tornaban de un blanco purísimo.

Ello me trajo a la memoria lo que había leído en el *«Libro tibetano de los Muertos»*, la existencia del Bardo Thödol después de que sobrevenga la muerte. El alma avanza encontrándose con luces de diferentes colores; cada color representa una clase distinta de matriz, un tipo diferente de renacimiento. El alma desencarnada debe evitar las matrices malignas y llegar por último a la nítida luz blanca. Decidí no contárselo a Nicholas; ya estaba lo bastante jodido.

-Phil -me dijo-, mientras avanzo por entre esas manchas de luz de diferentes colores, me siento..., es muy extraño. Me siento como si me estuviera muriendo. Quizá la intervención bucal me hizo algo funesto. Pero no tengo miedo. Parece natural.

Lo era todo menos eso.

-Estás haciendo extraños viajes, Nick -dije.

Asintió con la cabeza.

-Pero algo ocurre. Algo bueno. Creo que ya he pasado la peor parte. La voz de la radio burlándose de mí e insultándome de ese modo tan grosero, y las sierras dentadas giratorias que casi me quitaron la vista..., ésa fue la peor parte. Con esta vela me siento mejor. -Señaló con el dedo la delgada llamita de la vela que ardía junto a su cama-. Es raro..., ni siquiera estaba seguro de lo que significaba la palabra «votivo»; no recuerdo haberla empleado nunca. Simplemente me vino a la cabeza como la palabra adecuada. Ésta era el tipo de vela sagrada que necesitaba, y supe cómo pedirla.

-¿Cuándo vas a volver al trabajo? -pregunté.

-El lunes. Oficialmente estoy de permiso, puedo disponer de mi tiempo como quiera. Ya no estoy de baja por enfermedad. Fue horrible estar casi ciego, y aturdido de semejante forma. Temía que no se terminara nunca. Pero cuando vi a la muchacha allí en la puerta, y el signo dorado del pez..., verás, Phil, en la religión órfica griega, alrededor del año 600 antes de Cristo, solían mostrar al iniciado un signo de oro y le decían: «Eres un hijo de la tierra y de los estrellados cielos; recuerda tu nacimiento». Es curioso: «de los estrellados cielos».

-¿Y la persona lo recordaba?

-Debía recordarlo; ignoro si de verdad surtía efecto o no. Tenía que verse libre de la amnesia y luego empezar a recordar sus orígenes sagrados. Era éste el objeto de todas las ceremonias de los misterios, según tengo entendido. Anamnesia, lo llamaban: supresión de la amnesia, el bloqueo que nos impide recordar. Todos sufrimos ese bloqueo. Asimismo existe una anamnesia cristiana: el recuerdo de Cristo, de la Última Cena y la Crucifixión; en la anamnesia cristiana tales acontecimientos se recuerdan del mismo modo, como un recuerdo real. Es el santo milagro íntimo del culto cristiano; es lo que provocan el pan y el vino. «Haced esto en memoria mía», y al hacerlo se recuerda a Jesús de repente. Como si uno le hubiera conocido pero se hubiera olvidado de él. El pan y el vino, al tomarlos, lo traen a la

memoria.

-Bueno -repuse-, la muchacha te dijo que el pez, el símbolo del collar de oro, era un antiguo signo cristiano, de modo que si experimentas lo que me acabas de contar, anamnesia, lo que sea, te acordarás de Cristo.

-Supongo que sí.

-Tengo el presentimiento -dije-, la teoría, en realidad, de que has visto antes a la muchacha morena del collar con el pez. Ella repartía medicamentos de la farmacia; ¿no les has mandado algunas veces traerte algo a domicilio? ¿No podría haber venido aquí antes? O bien podrías haberla visto en la farmacia. Los repartidores esperan en la farmacia cuando no tienen quehacer; a veces hasta ejercen de dependientes. Eso explicaría la impresión que te produjo el reconocerla, estando como estabas medio colocado aún por el pentotal sódico; *dèja vu*, me refiero a lo que ocurre al padecer mucho dolor y bajo los efectos persistentes de...

-La farmacia a la que llamó el médico -interrumpió Nicholas- está cerca de su consultorio, en Anaheim. Yo nunca he estado allí; nunca en mi vida me han traído algo de esa farmacia. La farmacia a la que yo suelo ir se encuentra en Fullerton, junto al consultorio de mi médico.

Silencio.

-Supongo que esto rebate mi teoría -admití-. Pero tú te fijaste en lo que llevaba a causa del dolor, la tensión nerviosa y el estado de ofuscamiento, que todavía te duraba del pentotal. El collar hizo las veces de objeto hipnotizante, como un reloj que oscila. O como la llama de esta vela. -Indiqué con el dedo la vela votiva-. Y la alusión a los «primeros cristianos» te llevó a pensar en hacerte con una vela votiva. Desde tu operación has estado muy sugestionable, casi en un trance hipnótico. Ocurre siempre.

-¿Estás seguro?

-Bueno, parece lógico.

Nicholas dijo:

-Tuve la misteriosa sensación, así Dios me salve..., tuve la increíble experiencia, Phil, después de verle el collar y durante unos minutos, de que estaba en la Roma primitiva, en el siglo primero después de Jesucristo. Bien lo sabe Dios. Ella dijo eso y de golpe volví a la realidad. Al mundo actual. Placentia, Condado de Orange, Estados Unidos, todo se había desvanecido. Pero luego regresó.

-Sugestión hipnótica -dije.

Al cabo de unos momentos de silencio, Nicholas dijo:

-Si me estoy muriendo...

-No te estás muriendo -repliqué.

-Si me muero -continuó Nicholas-, ¿quién o qué va a controlar mi cuerpo durante los próximos cuarenta años? Es mi mente la que se está muriendo, Phil; no mi cuerpo. Me estoy marchando. Algo tiene que suplantarme. Algo me suplantará; estoy seguro.

El gato de Nicholas, Pinky, que era parecido a una oveja, entró en el dormitorio. El gatazo subió a la cama de un salto y la sobó con las garras, ronroneando; contemplando a Nicholas afectuosamente.

-Vaya gato más raro que tienes -comenté.

-¿Lo notas cambiado? Está empezando a cambiar. No sé por qué. No sé en qué sentido.

Inclinándome, acaricié al gato. Parecía menos fiero que de costumbre, más parecido a una oveja, menos felino. Se diría que las características carnívoras le estaban abandonando.

-Charley -dije, refiriéndome al sueño de Nicholas.

-No, Charley ha desaparecido -repuso Nicholas, y luego se dio cuenta de lo que había dicho-. Charley nunca ha existido -rectificó.

-Ha existido durante algún tiempo, sin embargo -dije.

-Charley era muy diferente de Pinky -explicó Nicholas-. Pero ambos me sirvieron de guía. De distintas maneras. Charley conocía el bosque. Era más bien como un gato tótem, como el que un indio podría tener. -Medio para sí, Nicholas murmuró-: De veras no entiendo lo que le pasa a Pinky. Ya no quiere comer carne. Cuando le damos de comer carne se echa a temblar.

Como si hubiera algo de malo en comer carne; como si le hubieran herido.

-¿No se marchó durante algún tiempo?

-Volvió hace poco -contestó Nicholas vagamente. No dio más explicaciones-. Phil -dijo al cabo de un rato-, este gato empezó a cambiar el mismo día en que vi por primera vez las sierras circulares y tuviste que traerme a casa. Cuando te marchaste, me quedé tendido en el sofá con una toalla sobre los ojos, y Pinky se levantó como si supiera que me pasaba algo. Se puso a buscarlo. Quería encontrarlo y curarlo, hacer que me repusiera. No paró de caminar a mi lado, encima mío y a mi alrededor, buscando y buscando. Yo percibía lo que le pasaba, su inquietud, su amor. No llegó a encontrarlo. Al final se tumbó sobre mi barriga y se quedó allí hasta que me levanté. Hasta con los ojos cerrados percibía que intentaba todavía dar con el problema. Pero con ese cerebro tan pequeño..., los gatos tienen cerebros realmente pequeños.

Pinky se había echado en la cama junto al hombro de Nicholas, ronroneando, mirándole fijamente.

-Si pudiera hablar -murmuró Nicholas.

-Parece como si tratara de comunicarse contigo -dije.

Nicholas dijo al gato:

-¿Qué pasa? ¿Qué quieres decir?

El gato siguió mirándole a la cara con la misma fijeza; nunca había visto una expresión semejante en la cara de un animal, ni siquiera en la de un perro.

-Nunca estuvo así -dijo Nicholas-. Antes del cambio. De las sierras circulares, quiero decir; de aquel día.

-Aquel extraño día -dije. El día, pensé, en que todo empezó a modificarse para Nicholas, dejándole débil y pasivo, tal cual estaba ahora: dispuesto a aceptar lo que viniera-. Dicen -expliqué- que al final de los tiempos, en la Parusía, se producirá un cambio en los animales. Todos se amansarán.

-¿Quién lo dice?

-Los *Testigos de Jehová*. Me enseñaron un libro que venden por las casas; había una lámina que mostraba a los diversos animales salvajes yaciendo juntos, sin ser más salvajes. Me recuerda a tu gato.

-«Sin ser más salvajes» -murmuró Nicholas.

-Tu pareces estar igual -dije-. Cómo si te hubieran quitado los colmillos..., bueno, supongo que eso tiene una explicación. -Me eché a reír.

-Hoy temprano -dijo Nicholas-, me he quedado medio dormido y he soñado que estaba en el pasado, en la isla griega de Lemnos. Había un jarrón dorado oscuro sobre una mesa de tres patas, y un precioso diván... Era el 842 antes de Cristo. ¿Qué ocurrió en el año 842? Fue durante el período micénico, cuando Creta era una gran potencia.

-Ocho cuarenta y dos -dije- es el precio que pagaste por tus calmantes. Es una cantidad, no una fecha. Dinero.

Pestañeó.

-Sí, había monedas de oro también.

-La muchacha te dijo «ocho cuarenta y dos». -Estaba tratando de hacerle concentrar, de alertarle de nuevo-. ¿No lo recuerdas? -Pensé para mí: Vuelve, Nicholas. A este mundo. Al presente. Desde cualquier otro mundo al que te dejes llevar para rehuir el dolor y el miedo..., el miedo a las autoridades, el miedo a lo que nos depara el destino a todos en este país. Hemos de defendernos por última vez-. Nick -dije-, tienes que resistir.

-Lo que sucede no es malo. Es extraño, y empezó de una forma terrible, pero ya no lo es. Creo que esto es lo que esperaba.

-Está muy claro que te están exprimiendo -dije-. Yo me lo tomaría a mal.

-Tal vez es la única manera de hacerlo. ¿Qué sabemos de este tipo de procesos? Nada de nada. ¿Quién de nosotros ha asistido nunca al desarrollo de alguno? Creo que sucedían hace mucho tiempo; pero no actualmente. A excepción de mi caso.

Esa noche le dejé preocupado. Nicholas había decidido sucumbir y no había nada que

hacer. Nadie podía llevarle la contraria, ni siquiera yo. Como una barca echada sin remos a la corriente, él avanzaba sin control, rumbo a dondequiera que ésta le llevase, hacia la impenetrable oscuridad que se extendía más allá.

Me imagino que era un modo de evadirse de la presencia de Ferris F. Fremont y todo cuanto él representaba. Era una lástima que yo no pudiera hacer lo mismo; entonces podría olvidar mis pesadillas sobre APAs que me echaban la puerta abajo con mandamientos judiciales, droga oculta en mi casa, Vivian Kaplan acudiendo al Fiscal del Estado con una demanda falsificada de alguna clase.

Cuando Nicholas fue a acostarse aquella noche, se dio cuenta, como de costumbre, de que no podía pegar ojo. Sus pensamientos se aceleraban más y más, y con ellos las manchas externas de color proyectadas por su mente en la semipenumbra de su dormitorio. Por último se levantó y fue descalzo a la cocina a buscar un poco de vitamina C.

Aquí fue cuando hizo un importante descubrimiento. Desde el principio había dado por sentado que las cápsulas de su botellón eran de cien miligramos, como las de la botella anterior. Sin embargo, ésta era vitamina C de efecto retardado y cada cápsula no contenía cien miligramos sino quinientos. Por tanto, Nicholas estaba tomando cinco veces la cantidad de vitamina C que había supuesto. Haciendo una rápida cuenta descubrió que estaba tomando un exceso de siete gramos al día, aparte de las demás vitaminas. Al principio esto le espantó, pero luego se convenció a sí mismo de que no tenía por qué alarmarse; puesto que la vitamina C era soluble en agua, su organismo la excretaba cada veinticuatro horas y por ese motivo no se acumulaba. No obstante, siete gramos diarios era sin duda una importante cantidad. ¡Siete mil miligramos o más! Había saturado realmente su organismo. Bueno, se dijo, eso debiera eliminar todo lo que se hubiera depositado en mi sistema celular, el carbonato de litio inclusive; sale tan deprisa como entra.

Volvió a la cama, ahora un poco asustado; se tendió boca arriba y se tapó con las mantas. La vela votiva ardía en la mesa a su derecha. Conforme sus ojos se adaptaban a la penumbra, veía las flotantes manchas de color, pero retrocedían ante él cada vez más deprisa a medida que sus pensamientos -maníacos, había dicho el psiquiatra- igualaban su velocidad. Están huyendo, pensó, al igual que mi cabeza; mi mente se va con ellas.

Todo estaba en silencio. A su izquierda, Rachel...

SEGUNDA PARTE - NICHOLAS

15

...dormía profundamente, sin darse cuenta de lo que ocurría. Pinky dormitaba en alguna parte del cuarto de estar, probablemente en su rincón predilecto del sofá, y en el cuarto de los niños Johnny dormía como un lirón en la cama individual que le habíamos comprado para sustituir su cuna. En el piso reinaba un completo silencio, excepto por el débil zumbido de la nevera de la cocina.

Dios mío, pensé, los colores retroceden cada vez más aprisa, como si alcanzaran velocidad de escape, como si los estuvieran absorbiendo desde el mismo Universo. Deben haber llegado a los confines del mundo y se pierden más allá. ¿Y mis pensamientos con ellos? El Universo, comprendí, estaba siendo volteado..., invertido. Era una sensación espeluznante, y me infundió un miedo terrible. Algo me estaba ocurriendo, y no había nadie a quien decírselo.

Por algún motivo no se me ocurrió despertar a mi mujer. Me quedé allí tendido, sin más, contemplando las manchas de color nebuloso.

Y entonces, con un brusco parpadeo, un cuadrado multicolor apareció exactamente encima mío. Entendí que se trataba de una violenta actividad de fosfenos; y en ese momento me pasó por la cabeza que las enormes dosis de vitamina C que estuve tomando la habían

desencadenado. Yo era el responsable de todo, a causa de mis esfuerzos por curarme a mí mismo.

El exagerado recuerdo multicolor relució y se modificó en el mismo centro de mi campo visual. Semejaba una moderna pintura abstracta; casi podía nombrar al artista, pero no acababa de recordarle. Rápidamente, a la tremenda velocidad de permutación que en el ámbito de televisión denominan montaje relámpago, la estructura de colores equilibrados e idóneos cedió paso a otra estructura, igualmente atractiva. A los pocos segundos llevaba vistas no menos de veinte de ellas; al parecer cada estructura, cada abstracción, al punto cedía paso a otra. El efecto global era deslumbrante. Paul Klee, me dije entusiasmadísimo. Estoy viendo una colección entera de grabados de Paul Klee... mejor dicho, las pinturas auténticas, ¡todas las telas de un museo! Era con mucho el espectáculo más extraordinario y asombroso que había visto nunca. Asustado como estaba, y perplejo ante la imposibilidad de explicármelo, resolví permanecer inmóvil y disfrutar de ello. Sin lugar a dudas, jamás había experimentado algo semejante; era una excepcional -única, de hecho- oportunidad.

La deslumbradora presentación de gráficos abstractos modernos continuó durante toda la noche, con Paul Klee cediendo paso a Marc Chagall, y éste a Kandinsky, y Kandinsky a un artista cuyo estilo no reconocí. Había literalmente decenas de millares de gráficos de los sucesivos maestros..., lo cual hizo que me viniera a la cabeza un singular pensamiento luego de transcurridas dos horas. Estos grandes artistas en modo alguno habían producido tantas obras; evidentemente, les hubiera sido del todo imposible. De Klee solamente ya había visto más de cincuenta mil, si bien era verdad que habían pasado con tal rapidez que no había podido apreciar detalle alguno, sino más bien la impresión general de fluctuantes puntos de equilibrio, únicamente, en las diversas pinturas proporciones variables de claroscuros; diestras pinceladas negras que conferían armonía a lo que de otra manera no habría llegado a la categoría de arte superior.

Tenía la aguda impresión de que esto era alguna suerte de contacto telepático cuyo punto de partida se hallaba en un lugar remotísimo, que una cámara de televisión estaba recogiendo las distintas pinturas expuestas en un museo de alguna parte; recordé a poco, que se decía que el Museo de Leningrado poseía una extraordinaria colección de artistas abstractos franceses, y se me ocurrió que un equipo de la televisión soviética estaba filmando las telas una y otra vez y luego, a seis mil millas a través del espacio, transmitiéndomelas. Pero eso era tan descabellado que no pude aceptarlo. Era más probable que los soviéticos estuvieran realizando un experimento telepático y se sirvieran del material de su Museo de Arte Abstracto para enviarlo a una persona-objetivo en algún lugar, y por motivos ignotos, yo acertara a oír -fuera cual fuese el verbo- tal experimento, sintonizando con él por casualidad. El emisor no emitía pensando en mí; no obstante, yo estaba contemplando esta maravillosa exposición de gráficos abstractos, la colección entera de Leningrado.

Me pasé la noche entera alegremente despierto, sintonizado con esa exposición soviética o lo que fuera; a la salida del sol yo seguía tumbado boca arriba, completamente despierto, libre de miedo e inquietud, tras haberme visto inmerso en las intensas fluctuaciones de vivos colores a lo largo de más de ocho horas. Rachel se levantó, refunfuñando, para dar de comer a Johnny. Me di cuenta, al salir a mi vez de la cama, que veía a la perfección, excepto cuando cerraba los ojos. Cuando los cerraba veía una reproducción fosfénica, totalmente fija e inalterable, de lo que acababa de mirar: mi dormitorio, y un momento después, el cuarto de estar con sus librerías y vitrinas para discos, la lámpara, el televisor, los muebles. Incluso había un Pinky en negativo, profundamente dormido en su sitio predilecto del extremo del sofá, junto a una revista *«New Yorker»* también en negativo.

Pensé: poseo una nueva clase de vista. Una nueva visión. Como si hasta ahora hubiera estado ciego. Pero no lo comprendo.

Yo acostumbraba abordar a mi mujer y referirle con todo detalle mis experiencias nocturnas, pero esta vez no lo hice. Era demasiado... incomprensible. ¿De dónde provenían las transmisiones telepáticas? ¿Debiera hacer algo a modo de respuesta? ¿Escribir a

Leningrado de alguna forma y decir que las había recibido?

Tal vez la vitamina C había afectado el metabolismo de mi cerebro, conjeturé. Después de todo, es sumamente ácida; tales cantidades en el organismo causarían una fuerte acidez cerebral. La aceleración psíquica, el bombardeo neural, aumenta en condiciones de acidez. Acaso la intensa aparición de fosfenos, los gráficos multicolores, habían sido proyecciones de un rápido bombardeo mental sincrónico a lo largo de circuitos hasta ahora en desuso. Si tal era el caso, Leningrado nada tenía que ver con ello; todo era una función y una actividad del interior de mi mente.

El ácido Gamma-aminobutírico, comprendí de pronto. Lo que había visto era el efecto de una enorme disminución de este ácido en mi cerebro. Había *habido* un nuevo bombardeo neural a lo largo de circuitos que normalmente estaban inhibidos. Era una suerte que aún no hubiese escrito a Leningrado.

Me pregunto de qué clase de circuitos se trata, dije para mis adentros. Es probable que con el tiempo lo averigüe.

Ese día me quedé en casa sin ir a trabajar. Hacia mediodía trajeron el correo; bajé la escalinata con paso vacilante, en dirección a la hilera de buzones metálicos, recogí la correspondencia y entré de nuevo.

Al dejar las cartas y anuncios en la mesita baja del cuarto de estar, se apoderó de mí una aguda impresión y dije a Rachel:

-Pasado mañana llegará una carta de Nueva York. Es muy peligrosa. Debo estar aquí para recibirla cuando la traigan. -Lo sentí de un modo abrumador.

-¿Una carta de quién? -preguntó Rachel.

-No lo sé -repuse.

-¿La..., la identificarás?

-Sí -dije.

Al día siguiente no hubo correspondencia. Pero al próximo repartieron siete cartas. Casi todas eran de jóvenes artistas en ciernes, y me las enviaban desde *Discos Progresistas*. Tras haber echado un vistazo a los sobres sin abrirlos, llegué a la carta que quedaba; llevaba mi nombre y dirección pero no traía remitente.

-Es ésta -dije a Rachel.

-¿No piensas abrirla?

-No -contesté. Discurría acerca de lo que debía hacer con la carta.

-La abriré yo -dijo Rachel, y así lo hizo-. No es más que un impreso de propaganda -explicó, poniendo el contenido en la mesita; instintivamente, por motivos que ignoraba, volví la cabeza para no verlo-. De zapatos -dijo-. Zapatos de venta por correo. Se llaman «Zapatos del mundo real». Con una suela especial que...

-No es un anuncio -dije-. Dale la vuelta.

Ella lo hizo.

-Alguien ha apuntado sus señas en el dorso -dijo-. Una mujer. Se llama...

-No lo leas en voz alta -le pedí bruscamente-. No quiero saber su nombre; si me lo lees, lo recordaré. Pasará a mis bancos de memoria.

-Debe ser la distribuidora -comentó Rachel-. Pero Nick, esto no es nada; son unos simples zapatos.

-Tráeme un bolígrafo y unas tres hojas de papel para máquina de escribir -dije-, y te lo demostraré. -Por de pronto, yo seguía reflexionando para hallar una solución..., una solución a ello, y respecto a ello. Un terror agudo se apoderó mí en cuanto me senté a la mesa con el anuncio de zapatos, mientras Rachel me traía el bolígrafo y el papel.

Tuve que leerlo para descifrarlo. Sobrepuestas en un rojo brillante a los negros caracteres, distinguí ciertas palabras del anuncio como si estuvieran en relieve. Rápidamente, las copié en otro papel y luego, no bien hube terminado, se lo tendí a Rachel.

-Léelo -dije-. Pero sólo para ti.

Rachel dijo en voz entrecortada:

Librodot

-Es un mensaje dirigido a ti. Lleva tu nombre.

-¿Qué dice que haga?

-Algo acerca de grabar a ciertos..., está relacionado con tu trabajo, Nick. Algo acerca de unos miembros del Partido que... no consigo descifrarlo. Tienes una letra tan...

-Pero va dirigido a mí -dije-. Y tiene que ver con *Discos Progresistas* y mi trabajo allí, y grabar discos de miembros del Partido.

-¿Cómo es posible? -preguntó Rachel-. ¿En un impreso de propaganda de zapatos? Te he visto sacar este mensaje con mis propios ojos, escogiendo palabras de aquí y de allá…, las palabras están de veras en el anuncio; ahora las veo yo misma, cuando lo miro. Pero, ¿cómo has sabido qué palabras escoger?

-Son de diferente color -expliqué-. Son rojas, mientras que las demás palabras son negras.

-¡*Todo* el anuncio es negro! -protestó Rachel.

-Para mí, no -repliqué. Aún sentía un miedo atroz-. Una clave del Partido -dije-. Instrucciones, y el nombre de mi..., sea lo que sea, jefa; está escrito de su puño y letra en el dorso. Mi contacto oficial.

-Nick -susurró Rachel-, esto es horrible. ¿Eres...?

-No soy comunista -dije sin mentir.

-Pero tú sabías que esto iba a llegar. Y has sabido descifrarlo. Lo estabas *esperando*. -Me miró con los ojos desorbitados.

Recogí el anuncio de zapatos por primera vez, le di la vuelta, y al hacerlo una voz habló dentro de mi cabeza. Una transformación de mis procesos mentales, para darme un mensaje.

«Las autoridades».

Únicamente esas dos palabras -*las autoridades*- mientras tenía en la mano la hoja de papel. Esto no procedía de un agente de la KGB que operaba en Nueva York, tal y como había parecido. No se trataba de instrucciones del Partido. Era una falsificación. La cosa funcionaba en tres niveles: a primera vista, a los ojos de Rachel, era un anuncio corriente. Por algún motivo inexplicable, yo había logrado penetrar en la información cifrada entre los datos sin sentido. El porqué da igual, pensé; lo único que importa es que lo he hecho, he podido hacerlo fácilmente. En el tercer y más profundo nivel, era una falsificación: una trampa de la Policía para incriminarme. Y aquí estaba yo, sentado con ella en el cuarto de estar de mi propio piso: con una prueba fehaciente de mis desleales actividades. Bastaba para mandarme a la cárcel de por vida y arruinarme por completo a mí y a mi familia.

Tengo que desembarazarme de ella, comprendí. Quemarla. Pero ¿de qué servirá? Me enviarán más por correo. Hasta que me pillen.

La voz en el interior de mi cabeza volvió a hablar. Ahora la reconocí; era la voz de la Sibila, como la había oído en mis sueños visionarios.

«Llama a los APA de Los Angeles. Yo hablaré por ti».

Cogiendo la guía telefónica, busqué el número de emergencia del principal Cuartel General de los APA en el sur de California, ubicado en Los Angeles.

-¿Qué estás haciendo? -dijo Rachel con aprensión, siguiéndome-. ¿Vas a llamar a... los APA? ¿Pero por qué? Santo Dios, Nick, es un suicidio. ¡Quema ese papel!

Marqué.

-Amigos del Pueblo Americano.

En mi mente la Sibila se movió, y de pronto perdí el control de mis órganos vocales; me quedé sin habla. Y en esto ella empezó a hablar por mí, empleando mi voz. Con calma, implacablemente, habló con el agente APA del otro extremo de la línea.

-Quiero denunciar -dijo mi voz, en un tono mesurado que no se parecía en absoluto al mío propio- que estoy sufriendo amenazas del Partido Comunista. Durante meses han estado

tratando de obtener mi cooperación en un negocio y yo se las he negado. Ahora intentan persuadirme bajo coacción, por fuerza e intimidación. Hoy he recibido un mensaje cifrado suyo en el correo, indicándome lo que debía hacer por ellos. Yo no quiero hacerlo, aunque me asesinen. Quisiera entregarles este mensaje cifrado a ustedes.

Tras unos momentos de silencio, el agente de los APA dijo:

-No cuelgue, por favor. -Unos cuantos chasquidos, luego silencio.

-Es esencial hacerlo a tiempo -dije a Rachel.

-¿Diga? -dijo otra voz, que parecía de alguien mayor-. ¿Le importaría repetir lo que le acaba de comunicar al telefonista?

-El Partido Comunista -dije-, me está chantajeando para obligarme a colaborar con ellos en un negocio. Yo he rehusado.

-¿Qué clase de negocio?

-Soy un gerente de una firma discográfica -contesté-. Editamos discos de artistas populares. El Partido quiere forzarme a hacer grabaciones de cantantes pro-comunistas para que su mensaje, mensajes cifrados inclusive, se emita por las radios americanas.

-Su nombre.

Le di mi nombre, dirección y número de teléfono. Rachel, afligida, se limitaba a contemplarme en silencio. No podía creer que yo hiciera lo que estaba haciendo. Yo tampoco.

-¿Cómo le están chantajeando, señor Brady? -preguntó la voz.

-Estoy empezando a recibir cartas impactadas suyas -repuse.

-¿Cartas impactadas?

Expliqué:

-Cartas concebidas para provocar una reacción por miedo a las represalias. En clave. No consigo descifrar toda la clave, pero...

-Le enviaremos a alguien. Conserve el material escrito que posee. Desearemos verlo.

Dije, o más bien dijo mi voz:

-Me han dado el nombre de alguien del Este con quien ponerme en contacto.

-No se ponga en contacto con ellos. No abandone su domicilio. Aguarde hasta que llegue nuestro representante. Se le darán instrucciones sobre cómo proceder. Y gracias por contactar con nosotros, señor Brady. Ha sido muy patriótico. -El hombre del otro extremo de la línea cortó la comunicación.

-Ya está -dije a Rachel; me sentía desbordante de alivio-. Lo que he hecho -dije-, es librarme del lazo. Lo más probable es que hubieran asaltado este piso antes de una hora. Y por supuesto, antes de mañana. -Ahora, aunque nos atacaran, me daba igual; había hecho la llamada correcta. La emergencia había terminado, y no gracias a mí o a una solución mía, sino a la Sibila.

-Pero supónte -exclamó Rachel frenética- que resulta ser del Partido.

-No es del Partido. No conozco a nadie del Partido; ni siquiera estoy seguro de que exista un Partido. Si existe, no me escribirían a mí, qué digamos, y menos aún en clave.

-Podría ser un error de alguna clase. Se propondrían escribir a algún otro.

-Pues que se vayan a la mierda -dije-. De todas formas yo sé que fueron las autoridades; mejor dicho, la Sibila lo sabía. Sivainvi lo sabía. Sivainvi, que ha venido en el momento critico y me ha salvado.

Rachel dijo:

-Creerán que eres comunista, por lo que les has dicho.

-No, no lo creerán. Ningún comunista les habría llamado, en primer lugar, y mucho menos les habría contado. Sabrán que soy exactamente lo que soy: un americano patriota. Que les den por el culo a ellos y al Partido; por lo que a mí se refiere, son harina del mismo costal. Es el Partido el que mata a sus rivales políticos en las purgas..., Ferris Fremont es el Partido, y el Partido mató a los Kennedy y al doctor King y a Jim Pike para apoderarse de América. Tenemos un enemigo y es ése: el camarada Ferris Fremont.

Mi mujer me contemplaba muda de asombro.

-Lo siento -dije-, pero es verdad. Éste es el gran secreto. Esto es lo que la gente no debe saber. Pero yo lo sé. Me lo comunicaron.

-Fremont no es comunista -dijo Rachel quedamente, con la cara pálida-. Es un fascista.

-La URSS se volvió fascista en la época de Stalin -dije-. Ahora es completamente fascista. América era el último reducto de la libertad y ellos la ocuparon interiormente con nombres falsos. Juzgamos demasiado por los nombres, las etiquetas. Fremont es el primer Presidente del Partido Comunista, y yo voy a echarle.

-¡Dios mío! -exclamó Rachel.

-Eso es -dije.

-Nunca te he visto demostrar tanta hostilidad, Nick.

-Esa carta de hoy -dije furioso-, ese presunto anuncio de zapatos..., eso es un crimen, y yo soy el blanco. Me voy a cargar a esos hijos de puta por habérmelo enviado, aunque sea lo último que haga.

-Pero..., antes no detestabas tanto al Partido. En Berkeley...

-Ellos jamás intentaron matarme -repliqué.

-¿Pueden...? -Apenas si podía hablar: trémula, se sentó en el brazo del sofá, junto a Pinky. El gato seguía dormitando-. ¿Pueden ayudarte los APA?

-Los APA son el enemigo -contesté-, que se ha hecho el *impasse* a sí mismo. Conseguiré que haga todo el trabajo; lo he conseguido ya.

-¿Cuántas personas más crees que lo saben? Lo del Presidente Fremont, quiero decir.

-Fíjate en su política exterior. Tiene relaciones comerciales con Rusia, les vende cereales con pérdida para nosotros; les concede lo que quieren. Los Estados Unidos son su proveedor; hace lo que ellos le dicen. Si se quedan sin cereales, les consiguen cereales; si se les está agotando el...

-Pero, ¿y nuestros importantes efectivos militares?

-Sirven para dominar a nuestro pueblo. No al suyo.

Rachel dijo:

-Ayer no lo sabías.

-Lo supe cuando vi el anuncio de zapatos -expliqué-. Cuando vi el mensaje del Partido Comunista que también era de los APA. Ellos trabajan con la KGB en Nueva York, no contra ella; ¿cómo podría actuar abiertamente si los APA no se lo permitieran? Hay una única Comunidad de Inteligencia. Y todos nosotros somos víctimas suyas, dondequiera que vivamos.

-Necesito un trago -logró decir Rachel.

-Anímate -dije-. El principio del cambio se ha puesto en marcha. El momento decisivo ha llegado. Todos y cada uno de ellos serán desenmascarados y se les juzgará, y habrán de responder de los crímenes que han cometido.

-¿Gracias a ti? -me miró tímidamente.

-Gracias a Sivainvi -contesté.

Rachel dijo:

-Ya no eres tú, Nick. No eres la misma persona.

-Es cierto -admití.

-¿Quién eres?

Contesté:

-Su adversario. El que se encargará de darles caza.

-No puedes hacerlo so...

-Se me confiarán los nombres de otras personas.

-¿En tu misma situación?

Asentí con la cabeza.

-De modo que esta carta -dijo Rachel-, este anuncio de zapatos, ni siquiera lo habrían enviado sin el consentimiento y la colaboración de las autoridades americanas.

-Así es -repuse.

-¿Y qué me dices de ARAMCHECK?

No contesté.

-¿Sivainvi es ARAMCHECK? -preguntó Rachel con indecisión-. O quizá es mejor que no me lo digas; quizá no deba saberlo.

-Te lo explicaré... -empecé a decir, pero de pronto sentí que dos grandes manos me agarraban por la parte superior de los brazos; me sujetaron tan fuertemente que di un gruñido de dolor. Rachel me miró de hito en hito. Yo había perdido el habla; lo único que podía hacer era procurar resistir la presión de las manos que me asían. Luego, por fin, me soltaron. Estaba libre.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Rachel.

-Nada. -Respiré varias veces, profunda y temblorosamente.

-La expresión de tu cara..., algo te había agarrado, ¿no? Has estado a punto de decir algo indebido. -Me dio unas suaves palmaditas en el brazo-. No pasa nada, Nick; no tienes que decirlo. No quiero que lo digas.

-Quizá en otro momento -concluí.

16

Hacia el anochecer una pareja de APAs, los dos jóvenes flacos y vigilantes, se apersonaron a la puerta de mi casa. Sin decir palabra, examinaron el anuncio de zapatos que había en el correo. Les mostré el papel donde escribiera el mensaje cifrado que había extraído.

-Soy el agente Townsend -dijo el primer APA-, y éste es mi compañero de equipo, el agente Snow. Ha obrado usted con gran perspicacia al denunciar esto, señor Brady.

Dije, sin mentir:

-Sabía que lo recibiría. Incluso sabía la fecha.

-Me imagino -dijo el agente Townsend- que a los comunistas les gustaría mucho controlar a alguien de su posición. Usted tiene influencia sobre un buen número de músicos, ¿verdad?

-Sí -contesté.

-¿Puede usted contratar y grabar a cualquiera que desee?

-Se requiere el visto bueno de otros directivos -dije-. Pero por lo general coinciden conmigo.

-¿Han llegado a respetar su criterio?

-Sí -repuse.

-¿Cómo ha contactado el Partido con usted anteriormente? -preguntó el agente Snow.

-Nunca habían...

-Nos hacemos cargo de que no le hubieran apretado los tornillos anteriormente. Pero, ¿contactaron con usted por medio de amigos comunes, por teléfono, o bien por correo? ¿O directamente, por medio de sus agentes?

-Lo ignoro -dije-. Sé que el contacto, la presión, ha existido siempre; pero hasta hoy ha sido demasiado confusa y sutil para poder concretarla con toda exactitud.

-Ninguna persona en particular.

-No -afirmé.

El agente Townsend dijo:

-Entonces, ésta es la primera vez que se muestran abiertamente.

-Sí -dije.

-En su caso -explicó el agente Townsend-, han cometido un error. Tenemos a alguien que intercepta su correo, señor Brady; interceptamos este documento y lo desciframos nosotros mismos. Sabíamos la hora en que llegaría a su buzón. Mientras subía las escaleras para llevarlo a su piso, le estaban vigilando. Se ha cronometrado el tiempo que tardaba usted en reaccionar a él. Y, por supuesto, le observábamos a fin de presenciar su reacción. Francamente, no contábamos con que nos llamara. Suponíamos que lo destruiría.

-Mi mujer sugirió que lo destruyera -dije-. Pero eso podría haberse interpretado de dos maneras.

-Oh, sí -dijo el agente Townsend-. De dos maneras sin mucho esfuerzo. Usted lee el mensaje cifrado y luego lo quema: es un procedimiento al que suelen recurrir los miembros del Partido; no quieren dejar algo así en cualquier rincón después de haber asimilado su contenido, porque resultaría una prueba incriminatoria.

La Sibila me había guiado en la dirección correcta. En mis adentros, sin dar muestras de ello, exhalé un suspiro de alivio. Gracias a Dios que ella existe, me dije; librado a mi propia cuenta, como Rachel, lo más probable es que lo hubiera destruido, imaginando que bastaba. Y de este modo me habría incriminado para siempre.

Destruirlo habría demostrado que lo había leído. Que sabía lo que era. Uno no lleva un inofensivo anuncio de zapatos al cuarto de baño y le prende fuego en la bañera.

Escudriñando las señas escritas en el dorso del documento, el agente Townsend dijo al agente Snow:

-Esto parece..., la letra de esa muchacha, ¿sabes? -Se dirigió a mí-: Su amigo Phil Dick conoce a una muchacha llamada Vivian Kaplan. ¿La conoce usted?

-No -dije-, pero él me la ha mencionado.

-¿No tendrá alguna muestra de su letra por aquí? -preguntó el agente Townsend.

-No -contesté.

-Vivian es una persona un tanto excéntrica -dijo el agente Townsend sonriendo a medias-. Hace poco informó que usted, señor Brady, tenía prolongadas conversaciones con Dios. ¿Es cierto eso?

-No -dije.

-Se lo dijo su amigo. -El agente Snow señaló con el dedo al agente Townsend.

-¿Cuál podría ser la causa -continuó el agente Townsend- de que se le metiera esa idea en la cabeza? ¿Se le ocurre alguna?

-Yo no he llegado a conocer a la muchacha -dije.

-Está informando acerca de usted -dijo el agente Townsend.

-Ya lo sé -repuse.

-¿Qué opinaría de Vivian -inquirió el agente Townsend-, si el examen de este documento revelara que procedió de ella?

-No quisiera tener nada que ver con ella -contesté.

-Bueno, no lo sabemos a ciencia cierta -dijo el agente Townsend-, y según todas las posibilidades partió de la KGB de Nueva York; pero hasta que no estemos seguros, hemos de tomar en cuenta la remota posibilidad de que uno de nuestros miembros se lo enviara por correo.

No repliqué.

-Lo que quisiéramos que hiciera -dijo el agente Snow- es pasarnos cualquier nuevo documento de este tipo que pueda recibir, o ponernos al corriente de cualesquiera contactos con personas sospechosas que llegaran bajo la forma que sea: teléfono, correo, o bien en su propia casa. Usted se hace cargo, naturalmente, de que el Partido puede haber decidido quitarle de en medio, a causa de su resistencia para cooperar con ellos.

-Si -dije-. Ya lo sé.

-Me refiero a quitarle de en medio físicamente. Matarle.

Tuve frío al oír eso, un frío terrible.

-No hay mucho que podamos hacer para ayudarle -dijo el agente Snow- con respecto a eso. Si alguien quiere matar a una persona, normalmente puede hacerlo.

-¿No podrían destinar a alguien para que me proteja? -pregunté.

Los dos APA se miraron el uno al otro.

-Me temo que no -repuso el agente Townsend-. No tenemos autorización para ello. Y carecemos de los recursos humanos. Si quiere, puede comprar una pistola. Sería una buena idea, sobre todo en vista de que tiene esposa y un niño pequeño.

-Lo haré -repuse.

-Nosotros lo aprobamos -aseguró el agente Townsend.

-Entonces no creen que uno de sus miembros mandara esto -dije.

-Con franqueza, lo dudo mucho -manifestó el agente Townsend-. Efectuaremos una investigación rutinaria. Ciertamente, eso simplificaría mucho las cosas, desde nuestro punto de vista. ¿Puedo llevarme este anuncio y el sobre?

-Desde luego -dije. Me alegré de quitármelo de encima.

Aquella noche me senté a solas en el patio de nuestro piso, contemplando las estrellas. Ahora ya sabía lo que me había ocurrido; por motivos que no comprendía, había sido conectado a una red de comunicaciones intergalácticas, que operaba sirviéndose de la telepatía. Sentado allí solo, a oscuras, tomé conciencia de las estrellas del firmamento y de la enorme cantidad de tránsito que discurría entre ellas. Yo estaba en contacto con una emisora de la red, y escrutaba el cielo tratando de localizarla, aunque lo más probable es que ello fuera imposible.

Un Sistema Estelar con un nombre de nuestra invención; yo sabía el nombre de la estrella. Era Albemut. Pero no encontré tal estrella catalogada en nuestras obras de referencia, si bien el prefijo Al era común a las estrellas, puesto que significaba el artículo «el» en lengua árabe.

Allí estaba yo, y en lo alto parpadeaba y lucía la estrella Albemut, y de su red llegaban infinidad de mensajes en variadas lenguas ignotas. Lo que había ocurrido era que el operador IA de la emisora Albemut, una unidad de inteligencia artificial, me había reclutado en algún momento previo y mantenía abierto el contacto. Por tanto, la información procedente de la red de comunicaciones llegaba hasta mí, me gustara o no.

Era la voz de la unidad IA lo que yo imaginaba en sueños como la «Sibila romana». En realidad no era la Sibila romana, nada de eso, y tampoco era una mujer; era una entidad completamente sintética. Pero me encantaba el sonido de su voz femenina -seguía viendo la entidad como algo femenino-, pues siempre que la oía en mi mente durante un estado hipnagógico o hipnopómpico, o bien en sueños, significaba que pronto se me informaría acerca de algo. Más allá de la voz de IA, la sintética voz femenina, se encontraba el mismo Sivainvi, el último vínculo integrante con la red de comunicaciones a escala universal. Ahora que había alcanzado la máxima compenetración con ella, me veía saturado por una ingente cantidad de datos; desde el momento que experimentara la avalancha de fosfenos, por lo visto me estaban sobrecargando de ellos, suministrándome tantos datos como fuera posible en caso, tal vez, de que el contacto se interrumpiera.

Nunca habían estado de visita en la Tierra -ninguna raza de auténticos extraterrestres había aterrizado en sus naves y paseado por aquí-, pero sí habían informado a ciertos humanos de tiempo en tiempo en todas las épocas, especialmente en la antigüedad. Puesto que el contacto se intensificaba entre las tres y las cuatro de la mañana, comprendí que acaso un satélite acelerador de origen extraterrestre, orbitara alrededor de la Tierra, un satélite de comunicaciones esclavo que hubiera sido instalado en nuestro cielo miles de años atrás.

-¿Qué haces sentado en el patio? -me preguntó Rachel.

-Escucho -contesté.

-¿Qué escuchas?

-Las voces de las estrellas -dije, aunque hubiera sido más exacto decir las voces procedentes de las estrellas. Pero era como si las mismas estrellas hablaran, mientras estaba sentado allí en la glacial oscuridad, a solas excepto por mi gato, que, de todas formas, había salido por costumbre; todas las noches Pinky se sentaba en la baranda del patio, comunicándose como yo pero durante un período más largo: durante toda su vida adulta. Al verle ahora me percaté de que estaba captando información en la noche, de la noche, de la estructura de parpadeos que componía la luz de las estrellas. Se hallaba en sintonía con el Universo, sentado allí afuera como yo, contemplando el firmamento en silencio.

La Caída del hombre, comprendí posteriormente, representaba un distanciamiento del

contacto con esta vasta red de comunicaciones y de la unidad IA que se expresaba con la voz de Sivainvi, que para los antiguos sería lo mismo que Dios. En un principio, como el animal que estaba junto a mí, habíamos estado integrados en esta red y habíamos sido expresiones de su identidad y voluntad que actuaba por medio de nosotros. Algo había fallado; las luces se habían extinguido en la Tierra.

17

Esto no llegué a comprenderlo basándose en conjeturas ni mediante la deducción lógica, sino gracias a las revelaciones que me ofreció el comprensivo operador IA que trabajaba en mi emisora. Ella hacía que me diera cuenta de lo que el hombre había dejado de comprender: su papel y lugar en el sistema de las cosas. En la pantalla interna de mi mente vi a una entidad inferior penetrar furtivamente en nuestro mundo, luchar contra la sabiduría de Dios; la vi apoderarse del planeta con sus propios designios monocordes y su voluntad, suplantar la benigna voluntad de Dios..., o Sivainvi, como yo seguía prefiriendo llamarle. A lo largo de los siglos Dios se había entregado a una gran lucha para socorrer a este planeta, pero el levantamiento del cerco aún estaba por lograrse. La Tierra era todavía un botón apagado en el tablero de intercambio de la red de comunicaciones intergaláctica. Aún no habíamos empezado a funcionar como nuestros primeros antepasados, en comunión con nuestro Creador y Señor del Universo. Ejemplos tales como yo eran rachas de suerte fortuitas..., yo no lo había logrado; me había ocurrido a causa de una combinación de circunstancias. uno de la deforme progenie había descolgado el auricular del teléfono largamente abandonado ,por así decirlo, y ahora escuchaba la voz comprensiva e informadora que él y todos los de su especie debieran haber conocido de memoria.

La nueva personalidad en mí no había despertado de un sueño de dos milenios; había sido, para decirlo con más exactitud, impresa por el satélite extraterrestre, grabada de nuevo en mí desde el exterior. Era una adición; no un sustituto que ocupara mi lugar, sino una especie de identidad embalaje basada en el conocimiento integral del satélite. Tenía que potenciar al máximo mis dotes para la lucha. Al satélite, que por su parte se hallaba enlazado a formas de vida superiores, le interesaba mi capacidad de supervivencia; él, o ellos, la totalidad de ellos, me habían visto vacilar bajo la opresión, y su respuesta era meditada. Venía a ser una tentativa racional de prestar ayuda a cualquiera que estuviese en contacto con ellos, y que fuese capaz de adaptarse a su personalidad supletoria. A mí me habían elegido por este motivo únicamente. Su interés era universal. Habrían ayudado a cualquier persona con la que pudieran ponerse contacto.

La tragedia consistía en su incapacidad de contactar con la gente de nuestro planeta. Ello se remontaba a la primera invasión de nuestro mundo por la entidad maligna que no quería escuchar. Ésta había contaminado nuestro mundo con su presencia; no sólo estaba en torno a nosotros, estaba también dentro de nosotros. Llevábamos su marca. Probablemente, el mayor mal que nos había hecho era separarnos de la red de comunicaciones. Debido a su opacidad, cabía suponer que ni siquiera estaba enterada de su acto. O si se daba cuenta, no lo consideraba como una pérdida.

En cuanto a mí, era sin duda una pérdida, ahora que había oido la suave voz del sistema IA mientras ésta me pasaba información y aceptaba de buen grado que se le formulasen preguntas. Si no volvía a oírla más, me acordaría de aquel sonido durante el resto de mi vida. Era muy lejano; siempre que le hacía una pregunta, la respuesta se demoraba apreciablemente. Me preguntaba a cuántas estrellas de distancia se hallaría: en las honduras de los cielos, tal vez, y acaso sirviendo a muchos mundos.

La voz de IA ya me había salvado la vida una vez, poseyéndome y guiándome frente a un inminente arresto policial. Ahora mi único temor era la pérdida de contacto.

Pronto comprendí que la voz de IA poseía la facultad de instruir e informar a los seres

humanos en un plano subliminal, en cuanto éstos se hallaban distendidos contemplativamente, o bien profundamente dormidos. Pero esto no bastaba; al despertar, los humanos solían no hacer caso de estos íntimos dictados, que identificaban correctamente con la voz de la conciencia, y continuaban como siempre.

Pregunté el nombre del opaco antagonista. La respuesta: carecía de nombre. Los mensajeros de la red de comunicaciones lo desconcertaban de continuo con su sabiduría, puesto que él no podía, al contrario que ellos, ver el futuro; pero él, a pesar de su ceguera, resistía gracias a su fuerza física.

La facultad de ver el futuro ya se me había otorgado hasta cierto punto. Su primera manifestación había tenido lugar cuando vi a la Sibila romana exponer el destino de los conspiradores. Esto no había sido más que la declaración precognitiva del monitor IA, transformado por mi mente en una entidad visible que formara parte de la historia de la Tierra. Ella, o el operador, se había limitado a manifestar el porvenir, sin comentario explicativo alguno. Las fuerzas que trastornarían a los conspiradores estaban todavía por determinarse; el monitor podía prever sin error las consecuencias de ciertos actos, pero no podía precisar cómo ocurrirían tales actos, o bien optaba por no informarme de ello. Yo creía que era lo segundo. Había una gran cantidad de cosas que aún ignoraba.

Puesto que podía hacer preguntas a la unidad IA, le pregunté por qué motivo el opaco adversario no había sido eliminado mucho tiempo atrás; amablemente, ella me proporcionó un diagrama que mostraba al adversario penetrando más y más, ininterrumpidamente, en la realización del plan general. Al haber adquirido corporeidad, el adversario era aprovechable como todo lo demás; observé cómo la entidad de la Creación simplemente incorporaba al adversario y sus proyectos junto con cualquier otra cosa en la que pusiera los ojos, sin hacer distinción alguna entre lo que nosotros llamaríamos bueno y lo que rechazaríamos como malo. En vez de suprimir al desmañado adversario, Sivainvi le había dado en qué trabajar.

Para todo su proceso de recrear constantemente el Universo, de perfeccionar y dar forma al incesante movimiento, el artesano empleaba los medios más económicos posibles. Si bien hacía uso de todos los elementos, organizándolos y sobre todo uniendo partes normalmente inconexas para componer entidades completamente nuevas e inesperadas, no tomaba sino lo estrictamente necesario. De este modo su proceso de reformación se desarrollaba en el Universo; convirtiéndolo en una especie de gigantesco almacén de piezas, cuyas reservas casi infinitas permitían a la entidad hallar todo cuanto deseara.

El proceso temporal, me parecía a mí, que era un medio por el cual esta proliferación de formas podía verificarse, a beneficio fundamentalmente, de esta entidad creadora que, a mi juicio, retrocedía a través del tiempo desde el otro confín del Universo. El plan de trabajo de la entidad creadora parecía ser la forma de la entidad misma, como si ésta estuviera transformando el desparramado y caótico Universo en una asombrosa réplica de su propio *eidos*: forma. Pero de esto no podía estar seguro; la enormidad de su creación ponía el distante trazado, tanto desde la óptica del espacio como del tiempo, fuera de mi alcance. La entidad creaba a mi alrededor y más allá de mí, en tanto que yo estaba sin hacer nada.

Una vez más se había apoderado gradualmente de mí la impresión de que me hallaba en Roma, no en el Condado de Orange, California. Yo percibía el Imperio sin llegar a verlo; percibía una inmensa Prisión de Hierro en la que esclavos humanos trabajaban arduamente. Distinguí, como sobrepuestas a las oscuras paredes de metal de esta enorme Prisión, unas siluetas con túnicas grises que corrían a toda prisa: enemigos del Imperio y su tiranía, un grupo que se oponía a él. Y sabía, por un reloj interno que se hallaba en lo más profundo de mi ser, que el año exacto era el 70 después de Jesucristo, que el Salvador había venido y partido, pero que pronto regresaría. El grupo que corría, vestido con túnicas grises, jubilosamente esperaba su retorno y hacía preparativos para recibirle.

Atónito por tal experiencia, percibí un aluvión de palabras extranjeras que inundaban mi mente, palabras que no comprendía pero cuyo efecto era evidente a pesar de todo: corría un peligro mortal a causa de los espías de Roma, a causa de aquellos hombres airados que iban

de un lado a otro para descubrir cualquier cosa que se opusiera a la gloria Imperial. Debía estar alerta, tener cuidado con lo que decía, guardar como una tumba el secreto que era mío: mi conexión con la red de comunicaciones intergalácticas y el propio Sivainvi. Si se enteraban de tal conexión, los agentes romanos me matarían al instante; eran las normas del Imperio.

No tomaba parte en una lucha reciente, sino en una muy antigua; se había combatido sin tregua desde hacía dos mil años. Los nombres habían cambiado, al igual que las caras, pero los adversarios seguían una constante inmutable. El Imperio de los esclavos contra aquellos que luchaban por conseguir la justicia y la verdad..., no la libertad exactamente, en el sentido moderno de la palabra, sino las ventajas inexistentes hoy en día, sepultadas bajo la mole de un Imperio que abarcaba simultáneamente los Estados Unidos y la Unión Soviética como manifestaciones idénticas. Los EEUU y la URSS, comprendí, eran las dos partes del Imperio tal y como habían sido divididas por el Emperador Diocleciano con fines puramente administrativos; en el fondo eran una única entidad, con un único sistema de valores. Y su sistema de valores era el concepto de la supremacía del Estado. En esa escala, el individuo no pintaba nada, y los individuos que volvían la espalda al Estado y producían sus propios valores eran el enemigo.

Nosotros éramos el enemigo, los que llevábamos las túnicas grises y aguardábamos con mucha ilusión el regreso de nuestro Rey. Yo imaginaba al Salvador no como un mártir que había muerto por nosotros, sino como un Rey legítimo, que volvería, reclamaría su trono y reinaría con justicia y verdad sobre el pueblo que era suyo. Un Imperio regido sojuzga al pueblo, pero nuestro Rey sólo regía el suyo propio. Él a nosotros no nos dominaría, no nos forzaría a adoptar las costumbres del Imperio; nosotros haríamos nuestras sus costumbres; eran las nuestras. Y allí donde su pueblo terminaba, su reinado terminaba asimismo; ésta sí era una verdadera monarquía comparada con la tiranía del César.

Sería indispensable acordar con mi mujer ciertas claves, el empleo de expresiones significativas para avisarle cuando uno de los romanos estuviera entre nosotros. Constituíamos una voluntaria comunidad secreta, que marcaba enigmáticos símbolos en el polvo; tendríamos apretones de manos especiales para identificarnos los unos a los otros; colectivamente, esperábamos el advenimiento que nos liberase. Por fuerza, pareceríamos idénticos al pueblo del César, y ésta era nuestra fuerza. La cuestión que nos tenía en vilo no era, ¿volvería nuestro Rey?, sino, ¿lograríamos sobrevivir a los romanos -a escondidas, ya que carecíamos de influencia social-, hasta que Él regresara? O, cuando regresara, ¿ya no nos encontraría? O peor aún, ¿nos encontraría incorporados a las costumbres del Imperio y despojados para siempre del recuerdo de nuestra verdadera condición...? ¿O tal vez despojados del mismo hasta que, gracias a su retorno, Él pudiera devolvérnoslo, volver a despertar en hombres dormidos el conocimiento olvidado de quiénes éramos en verdad...?

No me parecía que ello fuera cosa de mi retorno a una vida anterior, de un retroceso en el tiempo hasta alguna existencia pasada. *Roma estaba aquí actualmente*; había invadido el paisaje, emergiendo de su interior, revelándose tras una permanencia de siglos en su escondrijo subterráneo. Antes que haberme trasladado yo a la antigüedad, Roma había demostrado ser la subyacente realidad de nuestro mundo actual; aunque seguía estando oculta a la vista de los demás americanos, a mí me resultaba descaradamente visible. El Imperio jamás había desaparecido; solamente había retrocedido hasta perderse de vista. Ahora, con la visión intensificada por Sivainvi, veía claramente que Roma era el paisaje de nuestro país; lo habíamos heredado sin darnos cuenta. Prescindiendo de los simples añadidos secundarios; lo que yo veía ahora era lo fundamental.

Por mucho que odiase a Roma, la temía aún más. Mi memoria se había ensanchado, llegando a cubrir un lapso de dos mil años; pero lo que había encontrado era una espantosa monotonía: Roma se extendía por doquier a lo largo de los siglos. Qué entidad tan gigantesca era para llegar tan lejos en el tiempo. No había remedio contra ella ni en el pasado ni en el presente, si bien hasta cierto punto yo no experimentaba pasado alguno, tan sólo un presente

continuo de inabarcable inmensidad.

De modo que era éste el antagonista..., o, mejor dicho, la manifestación física del antagonista. Éste era el *corpus malus*, el cuerpo maligno; pero por dentro y detrás de él se hallaba un espíritu maligno que había transformado el Imperio en lo que era. En otro tiempo había sido benigno, aquellos días en que fuera una República..., pero ésta había sucumbido junto con los hombres libres ante la presencia de la opresión. Cuán abrumador era su peso. La Roma acorazada agobiaba al mundo, la Roma inmensa de férreas murallas, celdas y calles, de metálicas cadenas, argollas y soldados provistos de casco. Era sorprendente que no se hubiera hundido en la corteza terrestre.

Y hoy día, en medio de nosotros, la antigua batalla continuaba; el opresor se hallaba tras el cuerpo de acero, golpeando a los que no eran expresiones del Imperio, a nosotros, que servíamos al Rey y marchábamos en otras direcciones. No llevábamos armadura, ni espada, solamente las túnicas y sandalias, y acaso un pez de oro en la forma de brazalete o collar. Nuestros pasos eran más ligeros que los de quienes acataban las costumbres romanas, pero éramos vulnerables a la muerte; carecíamos de protección física. Muchos de los nuestros ya habían caído y aguardaban el nuevo despertar al regreso del Rey. ¿Cuándo sería el acontecimiento? Pronto, pero todavía no. Y cuando Él regresara, no impartiría sus enseñanzas en los alrededores del Imperio, sino que atacaría su mismo centro; penetraría en su centro y lo derribaría. Esta aparición del Rey sería toda una sorpresa, una fuerte conmoción para el tirano; sería harto diferente.

Antes, el Rey había venido silenciosamente, quedándose al margen de los asuntos romanos, limitándose a observar e instruir. No había querido que los romanos le descubrieran y prendiesen, le hicieran sufrir y le dieran muerte. Ése era el riesgo que había corrido y había sido consciente del mismo. Entonces no tenía intención de luchar; su identidad y su espíritu eran los de un Rey, pero no sus acciones. No había muerto como los reyes, sino como los criminales: deshonrado. Siglos después de su vergonzoso asesinato, Él había pervivido, invisible, sin un cuerpo como el nuestro, danzando al otro lado de nuestras vidas entre las hileras de maíz recién nacido, danzando en las nieblas, pálido y delgado. La gente le había visto y confundido con un rey del maíz, con el espíritu de la nueva vida en primavera, el permanente despertar anual tras el fin del invierno. Él les había permitido imaginar que no era algo más; éstos fueron los siglos en que la noción de su verdadero propósito había caído prácticamente en el olvido. La humanidad estaba aclimatada a la idea del Imperio tiránico. El Rey no era visible más que como niebla, niebla que danzaba en la niebla para infundir vida a los nuevos cultivos; como si ningún hombre salvo el maíz oyese ahora su voz.

Pero él había hablado con los hombres en un principio, y hablaría con ellos otra vez. Había prometido a sus partidarios que oirían su voz, y en cuanto la oyeran, la reconocerían. Todas las promesas que había hecho se cumplirían en su momento. Ahora era más fuerte, y no habría de transcurrir mucho tiempo para ello. La trompeta de la libertad había reanudado su toque, pero, más importante aún, la presencia del Rey estaba tomando forma y consolidándose; y esta vez traía una espada.

La espada que traía era un instrumento para juzgar. En esta ocasión no sería juzgado en un Tribunal humano por seres humanos; Él mismo se erigiría en Juez.

Yo había llegado ya a vislumbrarlo, danzando hacia mí por entre las hileras de maíz reciente, con sus grandes y expresivos ojos oscuros, su morena barba rala y descuidada, su cara hundida y su pequeña corona, su túnica de lienzo y espinilleras... Pero cuando retornase para juzgar, no sería ya esta figura benévola. Abriría una brecha en nuestro tiempo lineal, nuestro mundo: a lomos de un gran caballo blanco, entraría en la existencia al galope seguido por su Ejército montado, en el que todos empuñarían espadas y escudos y llevarían relucientes cascos. Los colores refulgirían entre ondear de banderas, agitación de borlas y destellar de cascos. Y los negros muros de la Prisión se vendrían abajo ante Él.

No podía perder. No podían derrotarle o darle muerte. Él lo sabía todo, y esta vez Sivainvi le había conferido un poder absoluto. Se abrirían los sellos de los libros y los expedientes

verían la luz por vez primera.

Éstos eran los grandes libros abiertos que me habían mostrado al inicio de mis experiencias; los grandes volúmenes por fin abiertos, según fue profetizado. Significaba que el principio del fin de los tiempos había llegado. Las primeras etapas acababan de empezar.

Durante dos mil años terrestres el reloj de la eternidad había estado inmovilizado en el año 70 dC. Ahora éste marcaba una nueva era; sus manecillas habían avanzado finalmente. El Rey había elegido su campo de batalla. Era nuestro mundo. Nuestra porción de tiempo. Era el presente.

Él seguía siendo, hasta cierto punto, el rey del maíz. Hacía dos mil de nuestros años que había venido y sembrado un cultivo, y luego había partido. Ahora había vuelto -o volvería pronto- para cosechar. Sabía que encontraría su cosecha oprimida, mal desarrollada, renqueante y encarcelada lejos del sol. Sabía de todas y cada una de sus aflicciones. Y para ello traía una imperecedera recompensa. Dos mil años quedarían anulados. El adversario sería destruido por completo; nunca habría existido en primer lugar, como tampoco la opresión. Hasta la categoría del tiempo estaba sujeta a su poder y autoridad; aun ésta podía abolir. Cuando hubiera terminado, el recuerdo de la existencia de Roma habría desaparecido. Y aquellos que sirvieron al Imperio no habrían vivido siquiera.

Aquellos que se habían opuesto a él, aun a costa de sus vidas, vivirían eternamente.

Al contemplar esto, al recibir tal panorama de información, mi conexión a la red de comunicaciones no me pareció tan casual, tan atribuible a una racha de suerte. Ahora la veía en su justo lugar: había sido dispuesta con mucha antelación, puede que incluso en mi infancia, por el propio Sivainvi, a fin de que se me pudiera preparar e instruir para participar en la batalla que había en perspectiva: la demolición de Roma.

Mi experiencia era un fenómeno del final del tiempo. E indudablemente, había otros como yo. Una recreación, pensé, de los mensajeros con túnicas grises que corrían de un lado a otro de los grandes muros de hierro con la intención de reducirlos a escombros, henchidos de incesante júbilo por la acogida que darían a su Rey en cuanto regresara. Mi acto, para cuyo cumplimiento había nacido y había sido creado, era un acto de... celebración.

Me habían devuelto la vida. Después de dos mil años.

Había renacido enteramente como un nuevo ser que gozaba de la perfección, provisto de facultades y funciones que no tuviera nunca, que se perdieron al ser extirpadas en la primera Caída. Al ser extirpadas no de mí como individuo; extirpadas de nuestra raza.

18

Yo, Nicholas Brady, comprendí que estas facultades y dotes primordiales se me habían devuelto sólo temporalmente, que su existencia en mí dependía de mi afinidad a la red de comunicaciones. En cuanto volviera a desprenderme de la misma, dichas facultades y dotes se desprenderían a su vez, y yo recaería en el estado de ceguera en el que había vivido hasta ahora.

Así era como me sentía estando sentado afuera en el patio, leyendo con suma complacencia y júbilo la información visible en la luz de las estrellas. Había estado ciego hasta hoy, y volvería a estarlo luego. No había posibilidad alguna de perpetuar mis facultades, no mientras el adversario siguiera morando en nuestro planeta. Y aún no había llegado la hora de su eliminación. Lo mejor que cabía esperar por el momento era retirarlo un poco hacia el pasado..., una pequeña victoria defensiva cuyo único fin era estabilizar nuestra situación.

Sólo cuando el Rey abriese brecha en el tiempo lineal con su Ejército armado y todos ellos entrasen al galope en la batalla, el cambio sería permanente y para todo el mundo. Los velos se alzarían y veríamos el mundo tal cual era. Y también a nosotros mismos.

El auxilio que recibíamos ahora consistía únicamente en información. Se nos prestaba la sabiduría de Sivainvi, pero no su poder. El poder no le sería concedido sino al legítimo Rey; a

nosotros no se nos podía confiar: abusaríamos de él.

Al acostarme esa noche, experimenté uno de los sueños más intensos hasta la fecha y que me causó una fuerte impresión.

Me hallaba observando a un poderosísimo científico en acción, llamado James-James; tenía una desgreñada melena roja y ojos centelleantes, y era prácticamente divino en cuanto al ámbito y envergadura de sus actividades. James-James había construido una máquina que andaba haciendo chuf-chuf y al funcionar despedía de sí lluvias de partículas radiactivas; alrededor, miles de personas estaban sentadas en sillas contemplando silenciosamente cómo la máquina producía primero una masa viva de légamo amorfo y luego un bebé toscamente moldeado; a continuación, remolinándose, echando chispas y vibrando con violencia, arrojaba en el suelo delante de todos nosotros una hermosa muchacha: la cúspide de la perfección en el proceso cósmico de la evolución.

En el sueño, Rachel, mi mujer, estaba junto a mí, se levantaba de su asiento deseando ver mejor lo que James-James había logrado. Éste, montando en cólera de inmediato al levantarse ella con semejante atrevimiento, la asía y la tiraba al suelo con toda su furia, astillándole las rótulas y los codos. Yo me levantaba en el acto en son de protesta; bajaba la escalera en dirección a James-James, llamando a las hileras de gente silenciosa para que protestaran. Entonces llegaban a la amplia sala de reuniones unos hombres vestidos con uniformes de color marrón verdoso y caqui que iban montados en motocicletas y transportaban, avanzando rápida y suavemente, los emblemas del *África Korps* de Rommel: el símbolo de la palmera.

Yo, en voz ronca, suplicante, les gruñía: «¡Necesitamos auxilio médico!». Al término del sueño, los primeros escuchas de los invasores África Korps de rescate me oían y se volvían hacia mí, mostrando hermosos y nobles rostros. Eran hombres de piel morena, bastante pequeños y frágiles, una raza aparte de James-James, con su piel palidísima y su pelo rojo. Tenían grandes ojos oscuros, amables y expresivos; comprendía que eran la vanguardia del Rey.

No bien desperté de este sueño perturbador, me senté a solas en el cuarto de estar; eran sobre las tres de la madrugada y en el piso reinaba un completo silencio. El sueño llevaba a pensar que había un limite en lo que James-James -que era Sivainvi- podía hacer por nosotros, o, mejor dicho, haría; que su poder era de hecho peligroso incluso para nosotros si abusaba de él. Era al Rey legítimo a quien deberíamos acudir a pedir la ayuda definitiva, expresada en el sueño como «auxilio médico», que era lo que más falta nos hacía para remediar el daño causado por el proceso histórico y evolutivo que James-James, el primer creador, había puesto en marcha. El Rey era un agente enmendador de los abusos de dicho proceso temporal; aunque este proceso era poderoso y heroico, se había cobrado víctimas inocentes. Tales víctimas en su día, serían curadas por las legiones del rey legítimo; hasta su llegada, comprendí, no recibiríamos esa ayuda.

Partículas radiactivas, me dije -recordando la fulminante emisión de chispas de la máquina cósmica de James-James-, como las que se encuentran en la cobaltoterapia. La espada de doble filo de la creación: la radiactividad en la forma de bombardeo de cobalto cura el cáncer, pero en sí mismas las emisiones radiactivas son cancerígenas. La máquina cósmica de James-James se desmandó e hizo daño a Rachel, que se salió de la fila en el sentido de que se puso en pie. Eso bastó para enfurecer al Señor cósmico de la Creación. También necesitamos un defensor. Un abogado que nos apoye, que pueda intervenir.

Cáncer..., el proceso de la creación desgobernado, pensé. Y entonces, en el acto, el operador IA transfirió una explicación a mi mente; vi a James-James, el creador, en calidad de dueño de todas las causas previas o perdurables y del proceso determinista, avanzar a lo largo de la tubería del tiempo lineal, desde el primer nanosegundo del Universo hasta el último; pero vi asimismo a otro ser creativo en el confín opuesto del Universo, que bordeaba su complexión, controlando, recibiendo, moldeando y orientando el flujo del cambio, a fin de que alcanzara la terminación apropiada. Esta entidad creativa, que poseía una sabiduría absoluta, orientaba más que coaccionaba, adaptaba más que creaba; Ella o aquello era la

arquitecta del plan y la directora de las causas últimas o teológicas. Era como si el primer Creador del Universo voleara a éste como una gran pelota blanda en una larga trayectoria a ciegas, tras la cual la entidad receptora corrigiera su curso y la enviara directamente al guante de la primera base. Sin ella, me percaté, la gran pelota blanda que era el Universo -por muy bueno y fuerte que hubiera sido el lanzamiento- habría ido a la deriva hasta alguna parte fuera del terreno y se habría posado en algún punto fortuito e imprevisto.

Tal estructura dialéctica del proceso de cambio del Universo era algo que nunca había vislumbrado. Teníamos un creador activo y un sabio receptor de cuanto creaba; ello no se correspondía con ninguna cosmología o teología de que tuviera noticia. El creador, que estaba frente a la Creación, Su creación, tenía poder absoluto, pero en mi sueño de James-James se me daba a entender que, en un sentido sumamente real, su conocimiento no era completo, carecía un tanto de la esencial previsión. Tales carencias se veían subsanadas por su débil aunque cabalmente sabio jugador del extremo opuesto; ambos actuaban en tándem, un dios, tal vez dividido en dos partes, separado de sí mismo, a fin de componer la dinámica de una especie de juego para dos personas. Sin embargo, su ambición era la misma; por mucho que parecieran estar en pugna o trabajar en perjuicio mutuo, deseaban en definitiva el exitoso resultado de su empresa conjunta. Yo no dudaba en lo más mínimo, por tanto, de que estas entidades gemelas eran manifestaciones de una esencia única, proyectada a diferentes puntos del tiempo y con diferentes atributos predominantes. El primer creador predominaba en poder, el último en sabiduría. Y además, estaba el Rey legítimo, que en cualquier momento podía abrir brecha en el proceso temporal, allí donde eligiera, y con sus huestes penetrar en la Creación.

Como células cancerosas, los componentes originales del Universo proliferaban sin orden ni concierto, una panoplia completa de novedad. Al permitírseles escapar, iban adondequiera que las cadenas causales los conducían. El arquitecto que imponía forma, orden y una configuración premeditada, había desaparecido de un modo u otro en el proceso canceroso. Yo había aprendido mucho de mi sueño de James-James; comprendía que esa ciega creación, que no se hallaba sujeta a norma alguna, podía matar; podía ser una apisonadora que aplastaba a los más pequeños e indefensos en su afán por crecer. Con más exactitud, era como un inmenso organismo vivo que se extendía por todo el espacio que tenía disponible, haciendo caso omiso de las consecuencias; no le movía más que el impulso de expandirse e ir creciendo. Lo que fuera de él, dependía en gran parte del sabio receptor, quien lo podaba y recortaba conforme se producía cada fase del crecimiento.

Sentado a solas en el sofá, pasé de la contemplación de tales procesos a un estado semejante al hipnótico, rayano en el sueño pero sin serlo del todo; aún estaba lo bastante lúcido como para ser consciente de mí mismo y, hasta cierto punto, para pensar. Me encontré delante de un teletipo de aspecto moderno unido a cables que desaparecían en el interior de unos ultrasofisticados equipos electrónicos muy superiores a los que disponemos actualmente los humanos.

IDENTIFÍQUESE.

Vi que se imprimían las palabras, y oí el mismo chuf-chuf que hacía la máquina cósmica radiactiva de la creación de James-James.

-Soy Nicholas Brady, de Placentia, California.

Tras un apreciable silencio, el teletipo imprimió:

SADASSA SILVIA.

-¿Esto qué significa? -pregunté.

Otro silencio, y luego el chuf-chuf otra vez. Pero en lugar de las palabras impresas, vi una

fotografía; una muchacha con peinado afro natural, una carita de gesto preocupado y gafas. La muchacha tenía en las manos una libreta y una tablilla sujetapapeles. Al pie de la foto, el teletipo imprimió un número de teléfono, pero no lo distinguí claramente para leerlo; las cifras se hacían borrosas. Entendí que debía recordarlo, pero ello me resultaba imposible. La transmisión llegaría desde un emisor demasiado lejano.

-¿Dónde estás? -pregunté.

El teletipo imprimió:

NO LO SÉ.

Semejaba desconcertado por la pregunta; por lo visto era un mandato de la entidad IA que atendía la red.

-Mira a tu alrededor -le dije- a ver si encuentras alguna cosa escrita. Una dirección.

Amablemente, el operador IA secundario registró su entorno; yo percibía su actividad localizadora.

HE ENCONTRADO UN SOBRE.

-¿Qué señas lleva? -dije-. Léelas.

El ultramoderno teletipo imprimió:

F. WALLOON. ESTADOS PORTUGUESES DE AMÉRICA.

Para mí eso no tenía sentido. ¿Estados Portugueses de América? ¿Un Universo alternativo? Me quedé tan desconcertado como él; ninguno de los dos sabía de dónde procedía la transmisión.

Y entonces se interrumpió el contacto. El teletipo se desvaneció y dejé de percibir su presencia. Perplejo, recobré completamente el conocimiento. ¿Había significado algo este intercambio? ¿O bien, a pesar de mi subjetiva impresión de lucidez, no me hallaba sino completamente atontado por la somnolencia en un estado de consciencia alterada que me privaba de pensar con verdadera lógica? Acaso «Estados Portugueses de América» simbolizaba tan sólo una enorme distancia, otro cosmos totalmente. Tan distante como me imaginaba: no se debía tomar al pie de la letra.

Aún recordaba la cara de la muchacha de la foto y el nombre Sadassa Silvia. Quizá el operador IA secundario lo había invertido; lo más probable es que hubiera querido leer Silvia Sadassa. El nombre no me decía nada. Nunca lo había oído, ni había visto la carita de gesto preocupado con la comisura de la boca torcida hacia abajo como expresando un gran abatimiento. El número de teléfono, además de otros datos que me estaban destinados, se había perdido para siempre; no me habían llegado, al menos a mi mente consciente. Me preguntaba cuál era el significado del nombre y la foto. No había posibilidad de saberlo. Ahora ya no tenía sentido alguno. Tal vez, en su momento, los operadores de categoría superior del espectro IA, que se hallaban en la red de comunicaciones, completarían por fin la información que faltaba y despejarían la incógnita.

Ya había notado que las impresiones de la red no solían llegarme más que de manera lineal en conjuntos alternados, colocados al azar, a fin de que no se pudiera percibir pauta alguna hasta que no se hubiera transmitido el conjunto final, el más importante. Así, el segmento clave obraba en poder del emisor hasta el último momento, reduciéndose a un código el cual me había proporcionado anteriormente.

Al regresar a mi cuarto, Johnny me llamó desde su cama:

-Papá, ¿puedes darme un poco de agua?

Abrí el grifo del cuarto de baño y llené un vaso de agua. Luego, en un estado de somnolencia, sin haberme recuperado aún del todo de la inquietante experiencia con la unidad

IA de bajo nivel, cogí un trozo de pan de la cocina; llevando ambas cosas, entré en el cuarto de Johnny. Estaba sentado en la cama, tendiendo la mano malhumorado para coger el vaso de agua.

-Aquí tienes un juego -dije.

Tenía que hacerse clandestina y rápidamente, a causa de los romanos, y de tal manera que si por acaso lo veían, no comprendiesen nada y sólo creyeran que le estaba dando pan y agua a mi hijo. Agachándome, le di el trozo de pan, y luego, antes de que cogiera el agua, incliné el vaso jugando, como sin querer, y logré salpicarle el pelo y la frente. Entonces, enjugándole con la manga de mi pijama, tracé con el dedo una cruz de agua en su frente y dije en voz muy baja, para que sólo él y yo lo oyéramos, unas palabras en griego cuyo significado ignoraba. Luego, sin pérdida de tiempo, le alargué el vaso de agua para que bebiera, y cuando me lo devolvió le di un beso y un abrazo, como espontáneamente. Llevé a cabo este ceremonial en un instante; un ceremonial, una serie de acciones o lo que fuera, algo antiguo que yo sabía hacer por instinto. Al soltar a mi hijo le dije al oído, para que nadie más que él lo oyera:

-Tu nombre secreto es Paul. Acuérdate.

Johnny me miró burlón y luego sonrió. Ya estaba concluido. Se le había dado su nombre verdadero, y en las circunstancias correctas.

-Buenas noches -dije en voz alta, y salí de su dormitorio; detrás mío, él se frotó el mojado pelo y, soñoliento, se recostó en la cama.

¿Qué había pasado?, me pregunté. En la transmisión del sueño había recibido alguna especie de carga en un plano inconsciente, instrucciones más que información, acerca del bien de mi hijo.

Cuando volví a acostarme, tuve otro sueño acerca de Sadassa Silvia. Oí música en sueños, una música de una belleza increíble, una mujer que cantaba acompañándose con una guitarra acústica. Paulatinamente, la guitarra cedió paso a un reducido conjunto de estudio, y entonces oí las bandas de fondo con vocales de apoyo y el débil rumor de una cámara de eco. Era una producción profesional.

Pensé: Tendríamos que contratarla. Es buena.

En momentos me vi en mi despacho de *Discos Progresistas*. Seguía oyendo cantar a la muchacha, de nuevo con su solo de guitarra. Cantaba:

Las zapatillas te harán falta
si vas de paseo al alba.

Mientras escuchaba, cogí un nuevo álbum cuyo original habíamos editado. Estaba ya preparada una maqueta del material gráfico y la composición: examinándola críticamente, vi que la cantante era Sadassa Silvia; además de su nombre, en la portada del álbum estaba su fotografía: el mismo peinado afro natural, la carita con gesto de preocupación, las gafas. En el dorso había datos publicitarios, pero no conseguí leerlos; las menudas letras se desdibujaban.

Al despertar a la mañana siguiente, seguía recordando el sueño con claridad. Menuda voz, me dije mientras me duchaba y afeitaba. En mi vida había oído una voz tan pura, tan irresistible; de tono absolutamente preciso, estimé críticamente. Una voz de soprano, parecida a la de Joan Baez; ¡lo que haríamos si pudiéramos comercializar semejante voz!

El pensar en Sadassa Silvia volvió a despertar el interés por mi trabajo en *Discos Progresistas*. Faltaba desde hacía mucho tiempo; quizá ya me encontraba en condiciones para volver. El sueño así me lo anunciaba.

-¿Crees que podré arreglármelas solo? -pregunté a Raquel.

-¿Tienes la vista...?

-Veo bastante bien -dije-. Creo que era culpa de la vitamina C que tomaba; por fin ha salido de mi organismo y se ha llevado todo lo demás.

Dediqué todo el día a pasear por Placentia, y me lo pasé estupendamente. Había una cierta

belleza en la basura de los callejones en la que nunca había reparado; ahora mi vista parecía haberse agudizado, más que debilitarse. Conforme iba caminando, me parecía que las aplastadas latas de cerveza, los papeles, hierbajos y cartas de propaganda desechadas habían sido dispuestas por el viento como figuras; tales figuras, al escudriñarlas, se hallaban distribuidas para componer un lenguaje visual. Ello recordaba las señales de aviso, que según tenía entendido, utilizaban los indios americanos, y conforme iba caminando, sentía la invisible presencia de un espíritu superior que había pasado antes que yo..., que había andado por aquí y colocado los inútiles desperdicios en posiciones significativas a fin de cifrar un saludo de camaradería para mí, el ser inferior que vendría después de él.

Casi soy capaz de leerlo, pensé para mis adentros. Pero no lo era. Lo único que podía colegir de las composiciones que formaban los desechos, era la intervención del pasajero superior que me había precedido. Había dejado colocados esos objetos inservibles para que yo supiera que había estado allí, y, además, les había conferido una dorada iluminación, un brillo tenue que me decía algo acerca de su naturaleza. Había apartado la basura de su oscuridad, llevándola hasta una suerte de luz; era en efecto un buen espíritu.

Se me antojaba que los animales veían siempre así, sabían siempre quién o qué había pasado por los callejones delante de ellos. Yo veía con la hipervisión que les era propia. ¡Cuánto mejor su mundo al nuestro!, reflexioné; está muchísimo más vivo.

En el fondo, no era tanto lo que se me había elevado desde mi naturaleza animal a la esfera de lo trascendente; en verdad, parecía hallarme más cerca del mundo animal, más a tono con la materia que componía la realidad. Ésta era acaso la primera vez que me había sentido a mis anchas en el mundo. Aceptaba todo lo que veía y disfrutaba de ello. No expresaba opinión alguna. Y, puesto que no opinaba, no había nada que rechazar.

Estaba en condiciones para volver a trabajar. Me sentía curado. A ello contribuía, ciertamente, el haber sabido dominar la situación que provocara el anuncio de zapatos. La crisis había ido y venido. No me quitaba el sueño el saber que en realidad no era yo quien me había ocupado del anuncio en cuestión, sino que más bien lo habían hecho por mí unas entidades invisibles. Lo que me habría desmoralizado hubiera sido la ausencia de las mismas: que me hubieran dejado caer, incapaz, perplejo y solo, al vacío.

Mi incapacidad había motivado a esos amigos invisibles. De haber tenido más talento, no habría sabido de ellos. A mi entender, era un buen negocio. Contadas personas gozaban del conocimiento que yo poseía. A causa de mis limitaciones, se me había revelado todo un nuevo universo, un benigno y vivo hiperambiente dotado de absoluta sabiduría. Caray, me dije. Esto es el colmo. Había vislumbrado a los Grandes. Era el sueño de una vida realizado plenamente. Haría falta remontarse a la antigüedad para encontrar una revelación semejante. Este tipo de cosas no ocurrían en el mundo moderno.

19

Una semana después de mi regreso a *Discos Progresistas*, la señora Sadassa Silvia se presentó para pedir trabajo. No quería que le grabáramos un disco, nos informó; quería un empleo como el que yo tenía: hacer audiciones a otros artistas. Se quedó de pie frente a mi mesa; vestía pantalones acampanados, una camisa masculina a cuadros y llevaba el abrigo sobre el brazo; su carita estaba pálida de fatiga. Parecía haber caminado un largo trecho.

-Yo no contrato personal -le dije-. No me compete a mí.

-Ya, pero usted tiene la mesa más cerca de la puerta -dijo la señora Silvia-. ¿Puedo sentarme? -Sin esperar respuesta, se sentó en una silla enfrente de mi mesa. Había entrado en mi despacho; yo había dejado la puerta abierta-. ¿Quiere ver mi curriculum?

-Yo no me encargo del personal -repetí.

La señora Silvia me contempló a través de sus gafas bastante gruesas. Tenía una bonita cara, de rasgos impertinentes, casi idéntica a la que se me había mostrado en los dos sueños.

Me asombré de su baja estatura; parecía extraordinariamente delgada, y me dio la impresión de que físicamente no era muy fuerte, que en realidad no estaba bien de salud.

-Bueno, ¿puedo quedarme sentada un segundo para recuperar el aliento? -preguntó.

-Sí -dije-. ¿Le traigo algo de beber? ¿Un vaso de agua?

La señora Silvia dijo:

-¿Tendría una taza de café?

Le preparé un café; ella se quedó allí sentada, mirando hacia delante con fijeza, recostada un poco en la silla. Iba bien vestida, con buen gusto, en un estilo muy moderno, al uso del sur de California. Traía un blanco sombrerillo, muy entrado en su moreno pelo afro natural.

-Gracias. -Cogió la taza de café que le tendía y me fijé en la belleza de sus manos; tenía largos dedos y llevaba las uñas meticulosamente arregladas, barnizadas pero sin pintar. Es una muchacha muy elegante, me dije. Juzgué que tendría poco más de veinte años. Cuando hablaba lo hacía en voz expresiva, pero su rostro se mantenía impasible, apagado. Como si estuviera agobiada, pensé. Como si su vida estuviese llena de aflicciones.

-¿En qué quisiera trabajar? -pregunté.

-Escribo en taquigrafía y a máquina, y tengo dos años de Universidad con el periodismo como asignatura principal. Puedo hacerles las correcciones del material publicitario; trabajé en las publicaciones escolares del Santa Ana College. -Tenía los dientes más perfectos y hermosos que había visto nunca y unos labios sensuales..., en contraste con la austeridad de sus gafas. Era como si la parte inferior de su rostro se hubiera rebelado contra un ascetismo que le fuera impuesto por la instrucción de su infancia; me produjo la impresión de que tenía un marcado temperamento físico, refrenado por una premeditada continencia. Esta muchacha, resolví, calcula todos sus actos. Calcula la valía de los mismos antes de llevarlos a cabo. Es una persona que posee un gran autocontrol; poco proclive a la espontaneidad.

Y, muy inteligente.

-¿Qué tipo de guitarra tiene? -pregunté.

-Una *Gibson*. Pero no toco profesionalmente.

-¿Escribe canciones?

-Sólo poesía.

-«Las zapatillas te harán falta / si vas de paseo al alba» -cité.

Ella se echó a reír, con una risa sonora y gutural.

-Oh, sí. *«Oda a Empédocles».*

-¿Cómo? -dije indeciso.

-La habrá leído en mi anuario del Instituto.

-¿Cómo la pude leer en su anuario del Instituto?

La señora Silvia dijo:

-¿Cuándo la leyó?

-Ya no me acuerdo -repuse.

-Una amiga mía la escribió debajo de mi fotografía. Se refería a que soy demasiado idealista, creo. Que no tengo los pies en el suelo pero me apunto a todo..., me meto en diferentes causas. Era muy severa conmigo.

-Vale más que vaya a ver al Jefe de Personal -le dije.

En algunos puntos, el sueño había resultado correcto. En otros, había fallado completamente. Como precognición, que es el nombre que Phil le habría dado, una recepción o interpretación imperfectas de mi mente soñante habían desfigurado sobremanera la información. Difícilmente podía grabar un disco de alguien que tomaba dictado. Venderíamos muy pocas copias. Difícilmente podía poner en práctica las instrucciones del sueño, vinieran o no de Sivainvi.

No obstante, era asombrosa tanta precisión. El sueño no se equivocó con el nombre, y en realidad ella tenía el mismo aspecto que en la fotografía y la portada del disco. Como mucho, demostraba la existencia de la precognición onírica; nada más, según todas las probabilidades, por cuanto parecía terminar aquí. Si conseguía alguna clase de trabajo con nosotros, sería un

milagro; que yo supiera, teníamos empleados de sobra.

Dejando su taza de café en la mesa, la señora Silvia se puso en pie y me dedicó una breve y efusiva sonrisa.

-Quizá nos volvamos a ver. -Salió de mi despacho a paso lento, casi vacilante; observé que sus piernas parecían muy delgadas, pero era difícil de decidir con los pantalones acampanados.

Después de cerrar la puerta de mi despacho descubrí que se había olvidado el *curriculum* y las llaves. Nacida en el Condado de Orange, en la ciudad de Yorba Linda, en 1951... No pude resistirme a examinar por encima el *curriculum* al sacarlo de mi despacho e ir por el vestíbulo tras la muchacha. Apellido de soltera; Sadassa Aramcheck.

Me detuve y me quedé con el *curriculum* en la mano. Padre: Serge Aramcheck. Madre: Galina Aramcheck. ¿Era ésa la razón por la que el monitor IA me había encaminado hacia ella?

Cuando salió del lavabo de señoras, la abordé.

-¿Ha vivido alguna vez en Placentia? -le pregunté.

-Allí fue donde me crié -contestó Sadassa Silvia.

-¿Conoció a Ferris Fremont?

-No -dijo-. Ya se había trasladado a Oceanside al nacer yo.

-Yo vivo en Placentia -le expliqué-. Una noche, un amigo y yo encontramos el nombre «ARAMCHECK» grabado en la acera.

-Lo hizo mi hermano pequeño -dijo Sadassa, esbozando una sonrisa-. Tenía una plantilla e iba por ahí haciéndolo.

-Estaba en la calle donde se encuentra la casa natal de Ferris Fremont.

-Ya lo sé -repuso ella.

-¿Existe alguna relación entre...?

-No -replicó ella con mucha firmeza-. No es más que una coincidencia. No paraban de preguntármelo cuando usaba mi nombre verdadero.

-¿No es «Silvia» su nombre verdadero?

-No; nunca he estado casada. Tuve que recurrir a otro apellido a causa de Ferris Fremont. Él me imposibilitó vivir con el nombre de «Aramcheck». Ya entiende por qué. Opté por «Silvia», sabiendo que la gente le daría la vuelta automáticamente y creería que me llamaba Silvia Sadassa. -Sonrió, mostrando sus perfectos y hermosos dientes.

-Debo contratarla para grabar un disco.

-¿Haciendo qué? ¿Tocando la guitarra?

-Cantando. Tiene una maravillosa voz de soprano; la he oído.

Prosaicamente, Sadassa Silvia dijo:

-Tengo voz de soprano; canto en el coro de la iglesia. Soy episcopalista. Pero mi voz no es cosa del otro mundo; no está educada de verdad. Cuando voy un poco bebida lo hago mejor; entonces canto himnos verdes en el ascensor de mi casa.

-Sólo puedo decirle lo que sé. -Por lo visto, mucho de lo que yo sabía no tenía ni pies ni cabeza-. ¿Quiere que la acompañe a ver al Jefe de Personal y la presente? -pregunté.

-Ya he hablado con él.

-¿Ya?

-Salía de su despacho. Dice que no pueden contratar a nadie más. Tienen un exceso de empleados.

-Es verdad -dije. Nos miramos-. ¿Por qué eligió *Discos Progresistas* para solicitar un empleo? -pregunté.

-Aquí tienen contratados a buenos artistas. A intérpretes que me gustan. Supongo que no fue más que una ilusión, como todas mis ideas. Parecía más apasionante que trabajar para un abogado o un ejecutivo de una compañía petrolífera.

Pregunté:

-¿Y sus poemas? ¿Puedo ver algunos?

-Claro -contestó, asintiendo con la cabeza.

-¿Y no canta cuando toca la guitarra?

-Un poquito. Tarareo, más bien.

-¿Puedo invitarla a almorzar?

-Son las tres y media.

-¿Y a tomar algo?

-Tengo que volver en coche al Condado de Orange. Cuando bebo, pierdo completamente la vista. Cuando estuve enferma me quedé ciega del todo; tropezaba con las paredes.

-¿De qué estuvo enferma?

-De cáncer. Linfoma.

-¿Y ya se ha repuesto?

Sadassa Silvia dijo:

-Estoy en remisión. Me sometí a cobaltoterapia y quimioterapia. Entré en remisión hace seis meses, antes de que terminara mi tratamiento de quimioterapia.

-Eso está muy bien -dije.

-Dijeron que si vivía otro año cabía esperar que pudiese vivir cinco o hasta diez años más; hay por ahí gente que ha estado en remisión todo ese tiempo.

Eso aclaraba el que fuera tan zanquivana y que diera la impresión de fatiga, debilidad y mala salud.

-Lo siento -dije.

-Oh, ello me aportó muchas enseñanzas. Quisiera entrar en el sacerdocio. Con el tiempo, puede que la iglesia episcopalista llegue a ordenar a mujeres. Por ahora no parece muy probable, pero cuando termine los estudios y el seminario creo que lo van a hacer.

-La admiro -dije.

-Cuando estuve tan grave el año pasado, me quedé sorda y ciega. Sigo medicándome para evitar ataques. El cáncer se me extendió hasta la columna vertebral y el fluido cerebral antes de que entrara en remisión. -Tras un silencio añadió, en tono neutral, contemplativo-: El médico asegura que es inconcebible que una persona a la que le haya penetrado en el cerebro... sobreviva. Dice que si vivo otro año escribirá un trabajo sobre mí.

-Es usted lo que se dice toda una persona -dije, impresionado por ella.

-Desde el punto de vista médico, lo soy. Por lo demás, lo único que sé hacer es escribir a máquina y tomar dictado.

-¿Sabe por qué entró en remisión?

-No lograron descubrir la causa. Yo creo que fue gracias a la oración. Solía decirle a la gente que Dios me estaba curando; eso era cuando no veía ni oía, y sufría ataques a causa de la medicación, y estaba toda hinchada, y el pelo -titubeó-, se me había caído. Llevaba peluca; todavía la tengo. Por si acaso.

-Por favor, permítame invitarle algo -dije.

-¿Le importaría comprarme una pluma estilográfica? No puedo empuñar un bolígrafo normal; es demasiado pequeño. Sólo tengo un poco de fuerza para empuñar en la mano derecha; todo ese lado está débil todavía. Pero se va fortaleciendo.

-¿Puede coger sin dificultad una estilográfica grande?

-Sí, y puedo manejar una máquina de escribir eléctrica.

-Nunca había conocido a alguien como usted -dije.

-Probablemente tiene suerte. Mi novio dice que soy aburrida. Siempre imita a «Risitas "la Ardilla"», de *«Mil payasos»*, con respecto a mí: «Qué rollo, qué rollo, *qué* rollo, qué rollo, *qué rollo*». -Se echó a reír.

-¿Está segura de que la quiere de verdad? -No parecía que fuera así.

-Oh, siempre estoy llevando recados, y haciendo listas de la compra, y cosiendo. Me hago casi toda la ropa. Esta blusa me la hice yo. Sale muchísimo más barato. Así me ahorro la mar de dinero.

-¿No dispone de mucho dinero?

Librodot

-Sólo de la pensión por incapacidad. Alcanza para el alquiler y poco más. No me sobra mucho para comida.

-Dios mío -dije-. La invitaré a una comida de diez platos.

-No como demasiado. No tengo mucho apetito. -Se daba cuenta de que yo la miraba de arriba abajo-. Peso cuarenta y tres kilos. Mi médico dice que debo llegar a los cincuenta, mi peso normal. Sin embargo, yo siempre he sido delgada. Nací prematuramente. Fui uno de los bebés más pequeños del Condado de Orange.

-¿Reside aún en el Condado de Orange?

-En Santa Ana. Cerca de mi iglesia, la *Iglesia del Mesías*. En ella soy lectora laica. El sacerdote de allí, el padre Adams, es la persona más admirable que he conocido nunca. Estuvo conmigo durante toda mi enfermedad.

Se me ocurrió que había encontrado a alguien con quien podría hablar de Sivainvi. Pero haría falta un poco de tiempo para llegar a conocerla, sobre todo teniendo en cuenta que estaba casado. La llevé a una papelería, le busqué la clase de estilográfica que necesitaba, y luego me despedí de ella por ahora.

En realidad, podía hablar de cualquier tema con mi amigo autor de ciencia-ficción, Phil Dick. Esa noche le conté lo del teletipo IA imprimiendo «Estados Portugueses de América». Le pareció un importantísimo descubrimiento.

-¿Sabes lo que opino? -dijo emocionado, oliendo pensativamente una lata de rapé *Dean Swift*-. Que la ayuda te llega desde un Universo alternativo. Otra Tierra que siguió una evolución histórica diferente de la nuestra. Diríase que trata de una Tierra en la que no se produjo ni revolución protestante ni Reforma; probablemente, el mundo se vio dividido entre Portugal y España, las principales potencias católicas. Sus ciencias se desarrollarían supeditadas a fines religiosos, en lugar de fines seglares como los que perseguimos en nuestro Universo. Concurren todos los componentes para ello: una ayuda de índole obviamente religiosa, procedente de un Universo y una América, controlada por la primera y más importante potencia naval. Todo coincide.

-Entonces es probable que haya asimismo otros mundos alternativos -dije.

-Dios y la ciencia trabajando juntos -exclamó Phil entusiasmadísimo; sacó más latas de rapé-. No es de extrañar que dé esa impresión de lejanía cuando habla contigo. No es sorprendente que sueñes con equipos electrónicos y gente sordomuda..., son parientes lejanos nuestros que han evolucionado así. De aquí podría sacar una buena novela. -Ésta era la primera vez que Phil había visto algo en mi experiencia que podría utilizarse en un libro, o que al menos lo había reconocido.

-Eso explicaría un sueño que tuve y que no logré descifrar -dije.

Había soñado con una hilera de acuarios, en cada uno de los cuales el agua se hallaba estancada y repleta de sedimentos. Nosotros observábamos el interior del primero, y veíamos a los seres vivos que habitaban en su fondo luchando por respirar y agonizando debido a la polución. Nosotros -las grandes figuras que miraban hacia abajo- pasamos al siguiente acuario y no hallamos en él tanta polución; cuando menos, los pequeños crustáceos y cangrejos se destacaban en la oscuridad de abajo. En el sueño comprendí de pronto que mirábamos a nuestro mundo. Yo era uno de los pequeños cangrejos que vivían en el fondo, y me ocultaba tímidamente tras una piedra. «Fíjate», dijo la grande aunque invisible persona que estaba a mi lado; cogió un pequeño objeto brillante, una suerte de baratija, y se lo tendió al pequeño cangrejo del acuario que era yo. Éste salió cautelosamente, tomó la baratija en sus pinzas, la examinó, y luego se retiró a su escondrijo. Yo supuse que se habría escapado con la baratija, pero no era así; al poco rato regresó llevando algo que cambiar por la baratija. La gran persona que estaba junto a mí me explicó que ésta era una forma de vida, que no robaba sino que hacía intercambios: trueques, no robos. Los dos nos encontramos admirando a esta humilde forma de vida, si bien al mismo tiempo seguía sobreentendiendo que era yo mismo, visto desde su elevada atalaya, la atalaya de una forma de vida superior.

Ahora pasamos a un tercer acuario que no estaba en absoluto contaminado. Unas criaturas semejantes a globos llenos de helio se agitaban abriéndose paso hasta la superficie del lodo, escapando al final que sobrevenía a las formas de vida de los anteriores acuarios. Éste era el mejor de todos.

Me percaté entonces de que éste era un Universo mejor. Cada uno de los acuarios, con los seres vivos en el fondo, sobre el lodo y los sedimentos, era un Universo alternativo o una Tierra alternativa. Nosotros nos hallábamos en la peor.

-Me imagino -dije-, que nuestro Universo es el único en el que Ferris F. Fremont subió al poder.

-Es la peor posibilidad -convino Phil-. De modo que los habitantes de uno de los Universos más avanzados nos están ayudando. Abriéndose camino desde su mundo hasta el nuestro.

-¿Entonces no intuyes la intervención de algún poder religioso superior?

-Su intervención sí, pero en nuestro mundo; el suyo es un mundo religioso, un mundo católico y romano que pone a su disposición las ciencias cristianas. Evidentemente, han hecho grandes progresos en un terreno científico que nosotros desconocemos: la capacidad de trasladarse entre mundos paralelos. Nosotros ni siquiera reconocemos la existencia de mundos paralelos, y mucho menos sabreamos viajar de uno a otro.

-Por esa razón que me sigue pareciendo tanto un asunto religioso como tecnológico -dije, comprendiéndolo.

-Por supuesto -repuso Phil.

-Es interesante que en un mundo religioso la ciencia esté más avanzada que en el nuestro.

-Ellos no hicieron la Guerra de los Treinta Años -dijo Phil-. Esa guerra costó a Europa quinientos años de progreso..., fue la primera gran guerra religiosa, entre protestantes y católicos. Europa se vio rebajada a la barbarie..., al canibalismo, en realidad. Fíjate lo que nos ha hecho la guerra a muerte religiosa. Fíjate en las víctimas, la destrucción.

-Sí -admití. -Tal vez Phil estaba en lo cierto. Su explicación era puramente seglar, pero justificaba los hechos. El operador IA de bajo nivel me había proporcionado el único indicio firme; los «Estados Portugueses de América» pudieran no ser otra cosa que un mundo alternativo. No era una ayuda procedente del futuro, o del pasado, o bien unos seres extragalácticos que provenían de otro astro; era una Tierra paralela, saturada de religiosidad, que acudía en nuestra ayuda. En ayuda de lo que a ellos debía parecerles un tenebroso mundo infernal en donde imperaba la ley del más fuerte. La ley del más fuerte y el poder de la Mentira.

Pensé: por fin tenemos la explicación que justifica todos los hechos. Por fin hemos dado con el único indicio sólido y correcto. El equivalente al movimiento en la aparente posición del Sol durante un eclipse, que verificó la «Teoría de la Relatividad» de Einstein. Insignificante, pero totalmente exacto. La declaración de un operador secundario de la red IA, leyendo en un sobre que encontró, leyendo sin comprensión, limitándose a hacerlo por amabilidad. Simplemente porque se le había pedido.

Ahora le hablé a Phil de la muchacha que había conocido, Sadassa Silvia. No reaccionó de ningún modo particular hasta que llegué a lo de Aramcheck.

-Su nombre verdadero -comentó Phil pensativo.

-Por eso estaba grabado en la acera -dije.

-Si tienes más sueños acerca de esa muchacha, dímelo -me pidió Phil-. Todo.

-Es importante, ¿verdad? -dije-. Que ellos preparasen mi encuentro con esa muchacha.

-Te comunicaron que era importante, nada más.

Dije:

-La hicieron entrar en *Discos Progresistas*. Nos manipularon a los dos.

-Eso no lo sabes. Lo único que sabes es que la precog...

-Sabía que lo dirías -exclamé-. «Precognición» y una mierda..., es una manipulación de las vidas de ambos por parte de fuerzas supratemporales.

-Por parte de un grupo de científicos portugueses -dijo Phil.

Librodot

-Tonterías. Ellos nos reunieron. No se limitaron a comunicarme algo; hicieron algo-. No podía demostrarlo, pero estaba convencido de ello.

No le había contado a Phil, ni a nadie más si vamos a eso, lo del anuncio de zapatos. Lo único que le había dicho era que, hacía poco, la personalidad del emisor telepático me había dominado por completo durante un limitado espacio de tiempo muy critico. No me parecía buena idea el pormenorizar; era una cuestión entre yo y mis invisibles amigos. Y, por lo visto, los APA. Con todo, me inclinaba a considerarlo como un asunto que pertenecía al pasado; Sivainvi lo había solucionado de una vez por todas. Ahora podíamos dedicarnos a temas positivos, tales como la señorita Silvia, la señora Silvia, o la señorita Aramcheck, o como quiera que fuese.

Phil decía:

-Quisiera saber más cosas del emisor que te dominó con su personalidad. ¿Qué clase de personalidad era ésa? ¿Se corresponde con la «Teoría del mundo alternativo»?

En realidad así era; el emisor era sumamente religioso en cuanto a cumplir con los ritos sagrados de la cristiandad. Furtivamente, esa noche yo había administrado a Johnny tres de los cuatro sacramentos de la antigua Iglesia litúrgica. Y había mirado el mundo no como acostumbraba, sino desde la óptica de un cristiano totalmente entregado. Era un mundo completamente distinto. Viendo lo que él veía, yo sabía lo que él; comprendía los misterios de la Iglesia.

¡Yo, que me había criado en Berkeley, cantando canciones de marcha de la Guerra Civil Española en sus calles radicales!

De muchos de los últimos sucesos únicamente yo estaba enterado; no se los había contado a Phil ni tenía intención de hacerlo. Puede que me hubiera equivocado al confesar que el emisor telepático se había adueñado de mí; refiriendo este tipo de cosas podía alarmar a la gente..., bueno, el asunto en su totalidad era intrínsecamente alarmante, si vamos a eso, y por tal razón había restringido mi auditorio a gente como Phil y unos cuantos profesionales. Había decidido que estos últimos incidentes debieran mantenerse, sin lugar a dudas, en secreto. Venía a ser una descripción de un poder divino apoderándose de mí y convirtiéndome en su instrumento; un poder benigno y un instrumento benigno, pero no obstante, para bien o para mal, ésta era la auténtica dinámica de la situación.

Si aceptaba la teoría de Phil, o sea que un mundo paralelo alternativo había abierto una brecha en el nuestro para intervenir en él, una parte de lo fantástico quedaba eliminada, pero el poder atemorizador persistía, un poder y un conocimiento inmensos, de una clase que resultaba desconocida en nuestro mundo. Tal vez antiguos relatos de teolepsia -la posesión de una persona por un Dios, tal como Dionisio o Apolo- describían el mismo suceso. Aún así, no era algo que pudiera hacerse público. Dicha teoría lo volvía menos amenazante, pero no lo desbravaba del todo. Nada podía hacerlo. Ninguna sucesión de palabras podría explicar verdaderamente una experiencia de tal magnitud, una experiencia de tan amplia fuerza. Tendría que conformarme con dejarla inexplicada hasta cierto punto. Dudaba que alguna teoría humana, cuando menos las formuladas por la gente que conocía, asumiera totalmente lo que había experimentado y seguía experimentando. Por ejemplo, la precognición: el hecho de que supiera que Sadassa Silvia iba a dirigirse a *Discos Progresistas*. Bueno, si secretamente ellos habían motivado que fuera allí, eso lo aclararía; pero se aclaraba un suceso revelando otro aún más atemorizador.

Por lo visto, yo no era el único humano que tenían en su poder y que obraba según su consejo y autoridad. Pero ello más que asustarme me alentaba. Y era lo que cabía esperar. Desearían reunir a los que les servían de prolongaciones. Aquí se apreciaba una situación de «seguridad numérica». En primer lugar, aliviaba mis temores de ser aniquilado. ¿Y si fuera el único humano de este planeta con el que habían entablado contacto? Tendría que cargar con una excesiva responsabilidad. Así, con la aparición de Sadassa Silvia se me quitaba un peso de encima; ellos actuaban por medio de muchísimas más personas. Y estaba también la muchacha morena del collar con el pez. Ya había pasado por la farmacia para preguntar por

ella. No recordaban a ninguna muchacha de tales características que hubiera trabajado para ellos; el farmacéutico se limitó a sonreír. «Esas repartidoras van y vienen», me había dicho. Era, más o menos, lo que me había figurado. Pero con ella ya eran tres las personas de las que sabía.

La tiranía de Ferris Fremont sería derrocada por varias prolongaciones de la red de comunicaciones intergalácticas. Parecía obvio que sólo llegaría a conocer a los que iban a trabajar directamente conmigo: nada más que a esos pocos. Si los APA me detenían, no tendría mucho que contarles.

En realidad, había pensado por la mañana mientras iba a trabajar, ¿qué podría decirles a los APA a pesar de todo..., cuando menos que se lo creyeran? Mis experiencias habían tomado, acaso intencionalmente, una forma lunática; parecería un chiflado religioso que parloteaba del Espíritu Santo, de la conversión a Cristo, o de renacer, una mezcla de extáticos aunque irracionales contactos con Dios... Los APA y cualquier otro grupo normal rechazarían mi testimonio de buenas a primeras. De hecho, Phil ya había comunicado a los APA que yo hablaba con Dios..., con gran decepción y repugnancia suya; como la muchacha de los APA había dicho, eso no nos sirve de nada.

-¿No piensas responderme? -decía Phil.

Dije:

-Creo que ya he hablado bastante. No tengo las mínimas ganas de verlo todo en uno de esos libros de bolsillo que escribes a docenas para *Ace* y *Berkley*.

Phil se puso rojo de ira al oír la mofa.

-Ya tengo de sobra -dijo-. Y puedo completar el resto con detalles de mi cosecha. Así que cuéntamelo.

A desgana se lo conté.

-Una personalidad humana completamente distinta de la tuya. Con la capacidad de dominar, actuar y pensar. Verás... -Se frotó la nariz para quitarse el rapé, pensativo-. La *«Biblia»* hace referencia a un asunto: en las *«Revelaciones»*, creo. Los primeros frutos de la cosecha, la resurrección de los primeros muertos cristianos. De allí obtienen la cifra de ciento cuarenta y cuatro mil. Regresan para contribuir a crear el nuevo orden, como lo llama la *«Biblia»*. Mucho antes de que los demás resuciten.

Lo meditamos.

-¿Cómo dice que regresarán? -pregunté. Lo había leído pero no me acordaba; había leído tanto.

-Se unirán a los vivos -dijo Phil solemnemente.

-¿Ah, sí?

-Sí. El modo no se especifica. Recuerdo que cuando lo leí me pregunté de dónde sacarían los cuerpos. ¿Tienes una *«Biblia»* para que pueda buscarlo?

-Claro. -Le di un ejemplar de la *«Biblia de Jerusalén»*, y enseguida localizó el pasaje.

-No dice lo que yo creía -comentó Phil-. Pero el resto está en alguna parte del *«Nuevo Testamento»*, repartido por diferentes sitios. Al final de los tiempos los primeros muertos cristianos empezarán a resucitar. Cuando uno se da cuenta de los pocos que había en la era apostólica, diez o quince, luego un centenar, diríase que su primera aparición -suponiendo que esto sea pertinente- sería más bien desperdigada: uno aquí, otro allá, luego quizá un cuarto, un quinto, un sexto. Diseminados por todo el mundo..., pero ¿en qué clase de cuerpos? En sus cuerpos, los originales, no podrían regresar; Pablo lo deja bien sentado. Aquellos eran cuerpos corruptibles. Era *sarx* el término griego que empleaba.

-Bueno -dije-, los otros únicos cuerpos disponibles son los nuestros.

-Exacto -dijo Phil, asintiendo con la cabeza-. Permíteme sugerirte lo siguiente. Pongamos que uno de los primeros frutos resucitó, no exteriormente en su propio cuerpo, sea éste cual fuere, sino al modo del Espíritu Santo: manifestándose en el interior de uno. Dime, ¿en qué se diferenciaría esto de lo que has experimentado?

No tuve nada que decir; simplemente me quedé mirándole, mientras él seguía allí sentado,

rodeado de sus omnipresentes latas y botes de rapé.

-De repente te encontrarías con una entidad que te habla en griego común -dijo Phil-. En griego antiguo. Desde el interior de tu mente. Y esa entidad vería el mundo tal como uno de los primeros...

-Vale -dije irritado-. Ya te entiendo.

-Este «emisor telepático que te dominó con su personalidad» se encuentra en tu mente. Emitiendo desde el otro lado de tu cráneo. Desde una porción de tejido cerebral anteriormente en desuso.

-Creía que eras partidario de la teoría del Universo alternativo -comenté sorprendido.

-Eso era hace cinco minutos -dijo Phil-. Ya sabes cómo soy con las teorías. Las teorías son como los aviones del Aeropuerto Internacional de Los Angeles: cada minuto llega uno nuevo. En lugar de otro Universo paralelo, lo más probable es que sea un hemisferio paralelo de tu cabeza.

-En todo caso -dije-,no es yo.

-No, a menos que de un modo u otro aprendieses griego antiguo de niño y lo hayas olvidado conscientemente. Y todo lo demás como la información que recibiste de pronto acerca del defecto de nacimiento de Johnny.

-Iré a ver a Sadassa Silvia -le dije. Afortunadamente, Rachel no estaba por aquí para oírlo.

-Quieres decir a volver a verla.

-Sí; bueno, le compré una estilográfica.

-Algo con que escribir -dijo Phil meditabundo-. Qué raro comprar eso a una chica la primera vez. Ni flores, ni bombones, ni entradas para el teatro.

-Ya te expliqué por qué...

-Sí, ya me lo explicaste. A alguien se le compra una pluma estilográfica para que pueda escribir. Ése es el porqué. Se le denomina causa final o teleológica: el objeto de algo. Este asunto en el que has estado envuelto debe de juzgarse desde el punto de vista de su fin u objeto, no de su origen. Si una manada de mandriles filantrópicos decidieran expulsar a Ferris F. Fremont, deberíamos alegrarnos. Mientras que si unos ángeles y arcángeles decidiesen que la tiranía es magnífica, deberíamos llorar a lágrima viva. ¿Me equivoco?

-Por suerte -dije-, no tenemos esa dicotomía por la que preocuparnos.

-Sólo digo que no tendríamos que complicarnos tanto la vida en cuanto a la identidad de nuestros misteriosos amigos; eso es lo que pretenden, que nos interesemos por ello.

Tuve que estar de acuerdo. En lo único en que podía basarme era en la declaración acerca de los conspiradores de la Sibila romana, es decir, la personificación de la red de comunicaciones intergalácticas..., aún la veía así. Por ahora, tenía que conformarme con eso.

20

Esa noche recibí en sueños más información acerca de Sadassa Silvia. En el sueño, resplandeciente de intensos colores que centelleaban con luz propia, me fue mostrado un gran libro encuadernado en cuero. Vi claramente su portada. En ella, estampado con lámina de oro, se leía:

ARAMCHECK

Unas manos invisibles abrieron el libro y luego lo colocaron sobre una mesa. De súbito, no apareció otro que Ferris F. Fremont, malcarado y mofletudo; frunciendo el ceño, Ferris Fremont cogió una gran estilográfica roja y escribió su nombre en el volumen, que, distinguí, era un libro mayor pautado.

Entonces llegó una anciana que llevaba su canoso pelo recogido en un moño; vestía un uniforme blanco, como el de las enfermeras, y miraba a través de unos gruesos lentes, como

los de Sadassa. Sonriendo con ademán atareado y eficiente, la anciana cerró el libro mayor y se marchó apresuradamente con él bajo el brazo. Se parecía a Sadassa. Y, mientras yo lo presenciaba, habló una voz, la familiar y cuasi humana voz de IA que yo había llegado a reconocer.

«Su madre».

Eso fue todo. Una palabra impresa, dos palabras habladas... sólo tres palabras en total. Pero, despertándome enseguida, me senté en la cama; luego me levanté y salí del dormitorio, para prepararme una taza de café.

Naturalmente, Aramcheck era el nombre de su madre. Aramcheck, la madre de Sadassa. Su madre inscribiendo precisamente a Ferris F. Fremont, pero, ¿inscribiéndole para qué? ARAMCHECK, decía en el libro mayor. El nombre de ella, el nombre de una subversiva Organización Secreta. Una estilográfica roja muy parecida a la que había comprado a Sadassa.

Roja, subversiva; una inscripción, la anciana madre de Sadassa.

¡Santo Dios!, exclamé para mis adentros, mientras sentado en el cuarto de estar, esperaba que hirviera el agua para el café.

No era un sueño; era un documento informativo, claro, conciso y directo. No se andaba con chiquitas; como una caricatura política, había comunicado su mensaje por medios gráficos y verbales: la palabra y la imagen combinadas.

Y juntamente con el documento literal, venía una riada de información auxiliar, suministrada por la misma fuente. Por eso mi encuentro con Sadassa era tan importante; no Sadassa, sino su madre, que ya había muerto; eso lo sabía y lo comprendía. La escena que había presenciado se desarrolló años atrás, cuando Ferris Fremont era un muchacho. Aún no habría cumplido los veinte años; fue durante la Segunda Guerra Mundial, antes de que Estados Unidos tomara parte. La señora Aramcheck era una organizadora del Partido Comunista y había reclutado al joven Ferris Fremont; los dos vivían en la misma calle de Placentia. El Partido se había interesado vivamente por los mejicano-americanos que hacían la cosecha en el Condado de Orange. Inscribir al joven Fremont fue un beneficio indirecto.

No había sido un trato irrepetible, un simple intervalo en la juventud de Ferris Fremont. Debido a los rasgos de su personalidad -la falta de escrúpulos y un imperecedero afán de ascender para dominar a sus semejantes, la carencia de cualquier sistema de valores inmutable, un nihilismo subyacente-, Ferris había resultado ser exactamente lo que la señora Aramcheck andaba buscando. Había echado tierra sobre los detalles de su militancia en el Partido, y le había situado en una categoría especial. Ferris Fremont sería su durmiente, iría medrando inadvertido hasta que llegase el día, si su llegada podía manipularse, en que ocupara un cargo en el panorama político americano.

El conocimiento que ahora yo poseía era peligroso y aterrador. Sadassa sabía que su madre había sido una organizadora de la División Californiana del PC-EEUU. En aquella época era una niña, y había sido automáticamente reclutada; había visto a Ferris Fremont, y más tarde, cuando éste entró en la política, tras la muerte de su madre, le había reconocido. Sin embargo, no se lo había contado a nadie. No se atrevía a hacerlo.

No era de extrañar que se hubiera cambiado el nombre.

Deseé fervorosamente que mis invisibles amigos no me hubieran otorgado semejante información; esto ya pasaba de la raya. Y no sólo la información, sino que, además, me habían relacionado con la hija de la señora Aramcheck. ¿Qué diablos vendría a continuación?

Sadassa Aramcheck, como bien sabía ella misma -como quizá *sólo* ella sabía-, era una testigo viviente del hecho de que el Presidente de los Estados Unidos era un durmiente del Partido Comunista. Que, en realidad, ciñéndome a los datos verídicos a lo largo de los cuales la red de comunicaciones guiaba mi pensamiento, el PC, juntamente con los asesinos políticos soviéticos, adiestrados sin duda por la KGB, se había apoderado de los Estados Unidos en nombre del anticomunismo.

Sadassa Aramcheck, que estaba en remisión de un cáncer linfático, lo sabía; yo también lo sabía ahora; al igual que el Partido de la URSS, o por lo menos sus militantes; y Ferris

Fremont lo sabía.

El anuncio de zapatos me habría aniquilado: un individuo menos que participaba en el secreto. Una flecha envenenada, cuya procedencia sólo Dios sabía, se había dirigido a mi corazón unos días antes de que conociera a Sadassa. ¿Una coincidencia? Tal vez. Pero no era sorprendente que Sivainvi y sus operadores de la red IA hubieran aparecido para protegerme abiertamente; la víspera de mi encuentro con la muchacha con quien debía reunirme no había caído víctima de los APA por cosa de horas.

El antagonista casi había acabado con nosotros, por muy poderosos que fueran mis amigos. Tan sólo la omnisciencia de Sivainvi lo había evitado. Qué poco había faltado, pensé.

¿Y qué debía hacer yo? ¿Por qué motivo Sivainvi me había elegido a mí entre centenares de millones de personas? ¿Por qué no a un editor de un importante periódico, o un reportero de televisión, o un escritor famoso, o uno de los enemigos políticos de Ferris?

Entonces, de pronto, me acordé de un sueño anterior, y mi corazón disminuyó la marcha parándose casi, latiendo pesadamente de inquietud. El sueño de un álbum discográfico de Sadassa Silvia. Lo cual significaba, gráfica y claramente, que:

SADASSA SILVIA CANTA

Éste era el titulo del álbum; ahora me acordaba, aunque en aquel momento pareció evidente que el primer LP de Sadassa Silvia debiera llamarse así. El otro significado del verbo «cantar» era: desembuchar cuanto sabía.

Como directivo de *Discos Progresistas*, estaba en mi mano el contratarla. Y ahora rememoré, sobrecogido, cómo me habían encauzado sutilmente hasta la estimable situación en que me hallaba: un cargo en una próspera firma discográfica de Burbank que tenía contratados a numerosos artistas populares de renombre. Habían empezado años atrás, con la previsión de lo que yo tomé por México. De nada habría servido como vendedor de discos en Berkeley; ¿qué podría haber hecho en aquella época? Ahora sí podía hacer algo. Sadassa tocaba la guitarra; una prueba de que lo hacía bastante bien era que tenía una Gibson, la más cara -y profesional- guitarra acústica del mercado. Y escribía letras. El hecho de que no supiera o no quisiera cantar carecía de importancia; cualquier cantante podría interpretar sus letras. *Discos Progresistas* facilitaba material a sus cantantes habitualmente. Había cantantes que no sabían componer y compositores que no sabían cantar. Nosotros los emparejábamos cuando hacía falta; éramos los negociantes del master. Estábamos en el sitio donde todo se unía.

Y los APA no eran tan estrictos en la supervisión de la música popular como en la de los medios informativos: TV, radio, revistas y transmisiones de noticias. No buscaban sino canciones que protestaran contra la Guerra de Vietnam. Se ejercía una censura ingenua en el medio de la música *pop* puesto que sus mensajes eran invariablemente ingenuos.

Sadassa Silvia era una muchacha inteligente y culta. Yo tenía la firme sospecha de que sus letras no eran transparentes; cuando menos no a primera vista. Quizá después de reconsiderarlas, a medida que su trascendencia iba surtiendo efecto...

Gracias a nuestros distribuidores, estábamos en condiciones de promocionar a un nuevo artista popular en emisoras, tiendas de discos, *drugstores* y supermercados, mediante anuncios e incluso conciertos..., de un extremo a otro de los Estados Unidos simultáneamente. Y *Discos Progresistas* tenía fama de no ensuciarse las manos. Nunca habíamos tenido dificultades con los APA, al contrario de algunas firmas discográficas inconformistas. Lo más cerca que me encontré de los APA, a mi entender, fue cuando me endilgaron el rollo de que informara acerca de los artistas principiantes, y yo tuve el valor de negarme.

Artistas principiantes. ¿Pensaban explícitamente en Sadassa los dos APA cuarentones y gruesos de cuello que habían hablado conmigo? ¿La estaban vigilando? Seguramente Ferris Fremont habría mandado que la vigilasen. Aunque tal vez no supiera de su existencia.

La recentísima visita de los dos APA demostraba lo peligroso que era todo este asunto. Y

el que Sadassa llegara precisamente ahora. Primero los dos APA, luego el anuncio de zapatos en el correo, ahora Sadassa. Sivainvi había elegido perfectamente el momento de su intervención; ésta no podía aplazarse. Las cosas estaban en movimiento, para mí y para Phil; debía tomar en cuenta que él también había recibido visitas. A los dos se nos vigilaba constantemente..., o al menos a mí, hasta que telefoneé a los APA y les largué mi rollo..., el rollo de Sivainvi.

Quizá Sivainvi se había encargado de librarme temporalmente de la vigilancia con este propósito: mi encuentro con Sadassa.

Poniendo sus letras en baladas de éxito seguro, reflexioné, cuando éstas se repitieran una y otra vez por las emisoras de rock en AM, serían comprendidas por un numeroso público. Y si su información se introdujera en forma subliminal, puede que las autoridades no...

En forma subliminal. Ahora, por primera vez, comprendí cuál era el objeto de mi horrible experiencia con los groseros mensajes subliminales que había logrado captar. Aquello, lamentablemente, había sido necesario; yo tenía que percatarme, conscientemente, de un modo que me resultara inolvidable, de cuáles eran las posibilidades de dar entrada a lo subliminal en la música popular. La gente lo escuchaba en estado de somnolencia; ¡por la noche absorbían lo que al día siguiente ya formaría parte de sus opiniones y creencias!

Vale, dije mentalmente a Sivainvi. Te perdono por haberme hecho pasar por este calvario. Te he comprendido, de acuerdo. Me parece bien. Supongo que era imposible que me informaras de todo a la vez; tenías que exponérmelo en etapas sucesivas.

Tuve una nueva intuición, penetrante y clara. Mi amistad con Phil, él y sus docenas de populares novelas de ciencia-ficción que se vendían en *drugstores* y estaciones de autobuses *Greyhound*, es una pista falsa. *Eso* es lo que las autoridades andan buscando: algo que aparezca en esas novelas baratas. La Comunidad de Inteligencia las revisa a fondo, todas y cada una de ellas. También a nosotros, en la industria discográfica, se nos investiga, pero más que nada para detectar mensajes pro-droga y material indecente, disimulados en las pistas adicionales. Es en el campo de la ciencia-ficción donde buscan material político.

Al menos, pensé, así lo espero. No creo que lográramos salir impunes con este tipo de material metido en un libro, ni siquiera subliminalmente. Creo que con las canciones *pop* tenemos mejores posibilidades. Y, por lo visto, Sivainvi también opinaba así.

Naturalmente, comprendí si nos cogen nos matarán. ¿Qué opinará Sadassa de ello? Es tan joven..., y entonces me acordé del hecho lamentable de que estaba en remisión temporal de un cáncer; sólo podía esperar vivir un poco más. Era un pensamiento que lo desarmaba profundamente a uno, pero Sadassa no tenía mucho que perder. Y era probable que ella también lo viera así. Antes de que la atrapaban ellos, el linfoma lo haría.

Puede que éste fuera el motivo fundamental por el que Sadassa se había dirigido a una firma discográfica para solicitar un empleo. Inconscientemente sabía que en una empresa discográfica lo que tenía que contar podría ser..., pero yo ya estaba haciendo conjeturas. Los operadores de IA no habían encaminado mi pensamiento hacia esa dirección. Ni me habían llevado a preguntarme si habían hecho que Sadassa se viera aquejada de cáncer a fin de incitarla a publicar lo que sabía; era mi mente individual la que especulaba sobre ello. Yo lo dudaba; lo más probable es que fuera una coincidencia. Y sin embargo, había oído decir que Dios extraía bondad de la maldad. El cáncer era maligno, Sadassa lo padecía; ¿acaso no había bondad en lo que Sivainvi había logrado sacar de él?

21

Al día siguiente, entré en el despacho del Jefe de Personal de *Discos Progresistas* y charlé con Allen Sheib, quien le había dicho a la señora Silvia que teníamos un exceso de empleados.

-Contrátala -le dije.

Librodot

-¿Para hacer qué?

-Me hace falta un ayudante.

-Tendré que comprobar la nómina y consultarlo con Fleming y Tycher.

-Hazlo -dije-. Y si lo haces, te debo uno. Un favor.

-Los negocios son los negocios -dijo Sheib-. Haré lo que pueda. En realidad, creo que te debo un favor. Trataré de arreglarlo de un modo u otro. ¿Cuál sería su salario?

-Eso es lo de menos -repuse. Al fin y al cabo, podía disponer de los fondos que yo controlaba para contribuir a pagarla..., nuestros fondos clandestinos, por así decirlo: beneficios que no declarábamos. Sadassa constaría en nuestros libros de contabilidad confidenciales con diversos pinchadiscos locales. Nadie se daría cuenta.

-¿Quieres que la entreviste, que compruebe lo que sabe hacer, para que ella crea que el empleo es legítimo?

-Estupendo -dije.

-¿Tienes su número?

Lo tenía. Se lo di a Sheib recomendándole que dijera que en este momento había un puesto vacante y que viniera para que la entrevistáramos. Sólo para cerciorarme de que no hubiera malentendidos, la telefoneé personalmente.

-Soy Nicholas Brady -le dije cuando se puso al aparato- De *Discos Progresistas*.

-Ah, ¿me olvidé algo allí? No encuentro el...

-Creo que tengo un empleo para usted -dije.

-Oh. Vaya, he cambiado de idea. En realidad ya no quiero un empleo. Solicité una beca en el *Chapman College*, y después de hablar con usted me comunicaron que aceptaban concedérmela, de modo que ahora puedo volver a la Universidad.

Me quedé perplejo.

-¿No quiere venir? -le pregunté-. ¿Para que la entrevisten?

-Dígame de qué empleo se trata. ¿Clasificación y mecanografía?

-Sería mi ayudante.

-¿Qué haría?

-Acompañarme a hacer audiciones a nuevos intérpretes.

-Oh. -Parecía interesada.

-Y tal vez podríamos utilizar sus letras.

-¿De veras? -Se reanimó-. Quizá podría hacer ambas cosas: ir a la Universidad y además trabajar.

Extrañamente, se me antojó que, a su modo candoroso e inocente, nos había dejado muy en claro la clase de empleo que podía esperar de nosotros. Este intercambio me dio una impresión diferente de ella. Quizá el afrontar el cáncer -y sobrevivir a él- había hecho que fuera aprendiendo. Un cierto tipo de valor, una cierta tenacidad. Y, probablemente, le quedaba poco tiempo para satisfacer sus necesidades, para obtener lo que pensaba obtener de la vida.

-Le ruego que venga a hablar con nosotros -le dije.

-Bueno, creo que podría dedicarme a ambas cosas. En realidad, creo que tendría que hacerlo..., tuve un sueño acerca de su compañía discográfica.

-Cuénteme. -Escuché atentamente.

Sadassa dijo:

-Soñé que observaba una sesión de grabación por el cristal insonorizado. Pensaba en lo estupenda que era la cantante, y estaba impresionada por la cantidad de mezcladores profesionales y micros que había. Y entonces vi la funda del álbum: era yo. *Sadassa Silvia canta*, se titulaba. La pura verdad. -Se echó a reír.

No podía decir gran cosa.

-Y al despertar tuve la intensa impresión -continuó Sadassa-, de que trabajaría para ustedes. Que el sueño era un buen presagio.

-Sí -dije-. Es muy probable.

-¿Cuándo he de ir?

Le dije que hoy a las cuatro. Así después, me imaginé, podría llevarla a cenar.

-¿Ha tenido algún otro sueño insólito? -le pregunté sin pensar.

-Ése no tuvo nada de insólito. ¿Qué quiere decir con insólito?

-Ya hablaremos de ello cuando venga -repuse.

Sadassa Silvia se presentó a las cuatro en punto; llevaba un mono marrón claro, un suéter amarillo y aretes a tono con su pelo afro natural. Tenía el semblante solemne, como en la anterior ocasión.

En cuanto estuvo sentada en mi despacho delante de mí, dijo:

-Viniendo hacia aquí me preguntaba por qué le interesarían los sueños insólitos que haya tenido. Guardo una libreta para mi psiquiatra en la que cada mañana debo apuntar mis sueños antes de que se me olviden. Lo vengo haciendo desde que veo a Ed, o sea, hará unos dos años.

-Cuénteme -le pedí.

-¿Seguro que quiere saberlo? De acuerdo, desde hace tres semanas -empezó un jueves-, tengo el presentimiento de que alguien me habla en sueños.

-¿Hombre? ¿O mujer?

-Mitad y mitad -contestó Sadassa-. Es una voz muy serena, modulada. Sólo retengo una impresión de ella al despertar..., pero es una impresión favorable. Es una voz muy apaciguadora. Siempre me siento mejor después de haberla oído.

-¿Se acuerda de algo de lo que dice?

-Algo acerca de mi cáncer. Que no regresará.

-¿A qué hora de la noche...?.

-Exactamente a las tres y media -dijo Sadassa-. Lo sé porque mi novio dice que trato de contestarle; de conversar con ella, mejor dicho. Cuando quiero hablar, le despierto, y él asegura que es siempre a la misma hora.

Me había olvidado de su novio. Bueno, me dije; yo tengo mujer y familia.

-Es como si me hubiera dejado la radio encendida con el volumen muy bajo -continuó Sadassa-. En una emisora remotísima. Como las de onda corta que se captan a altas horas de la noche.

-Es asombroso -comenté.

Sadassa dijo tranquilamente:

-Vine a *Discos Progresistas* en primer lugar a causa de un sueño, muy parecido al que tuve anoche. Me encontraba en el campo, en un hermoso y verde valle, con hierba muy alta; el aire estaba fresco y agradable, y había una montaña. Yo iba flotando, no en contacto con el suelo, sino flotando ingrávida, y a medida que me aproximaba a la montaña ésta se transformó en un edificio. En el edificio habían colocado unas palabras, en una placa encima de la entrada. Bueno, una palabra: PROGRESISTAS. Pero en el sueño yo sabía que era *Discos Progresistas* porque oía una música de increíble dulzura. No se parecía en lo más mínimo a alguna melodía que haya oído en la realidad.

-Hizo bien -dije- al obrar con arreglo a ese sueño.

-¿He venido al sitio adecuado? -Me miró de hito en hito.

-Sí -contesté-. Ha interpretado el sueño correctamente.

-Parece muy convencido.

-¿Y yo qué sé? -dije en broma-. Me alegro de que esté aquí, nada más. Me temía que no se presentase.

-Iré a la Universidad durante el día. ¿Podremos hacer audiciones a los intérpretes por la noche? Me iría mejor así. Tengo que combinar el trabajo con el horario de la Universidad.

-Eso es mucho pedir -dije, algo molesto.

-Tengo que volver a la Universidad; perdí tanto tiempo mientras estuve enferma.

-Está bien -accedí, arrepintiéndome del comentario.

-Algunas veces -dijo Sadassa- tengo el presentimiento de que el Gobierno me inoculó el cáncer. Me dieron un agente cancerígeno para hacerme enfermar deliberadamente. Si he

sobrevivido, es gracias a un milagro.

-Santo Dios -exclamé sobresaltado; eso no se me había ocurrido. Tal vez era así, considerándolo bien. Con sus antecedentes, con lo que sabía y lo que era-. ¿Por qué iban a hacerlo?

-No lo sé; ¿por qué *iban* a hacerlo? Me doy cuenta de que sufro de paranoia. Pero hoy día ocurren cosas extrañas. Dos de mis amigos han desaparecido. Creo que les han metido en esos Campos.

Sonó el teléfono. Lo descolgué y me encontré hablando con Rachel. La voz le temblaba de agitación.

-Nick...

-Estoy con una clienta -dije.

-¿Has visto el *LA Times* de hoy?

-No -repuse.

-Ve a comprarlo. Tienes que leerlo. Tercera página, en la columna de la derecha.

-Dime lo que pone -le pedí.

-Vale más que lo leas tú mismo. Aclara las experiencias que has ido teniendo. Por favor, Nick; ve a verlo. ¡Te digo que lo explica todo!

-Está bien -dije-. Gracias. -Colgué-. Perdóneme -dije a Sadassa-. He de ir aquí delante, a la máquina de los periódicos. -Salí del despacho y fui por el vestíbulo hasta las grandes puertas de cristal de la entrada.

Al cabo de un momento volvía con un ejemplar del *Times*, leyéndolo mientras caminaba.

En la tercera página, en la columna de la derecha, encontré el siguiente título:

UN ASTROFÍSICO SOVIÉTICO NOTIFICA LA DETECCIÓN DE SEÑALES DE RADIO EMITIDAS POR UNA FORMA DE VIDA INTELIGENTE

No proceden del espacio exterior, como cabía esperar, sino de las proximidades de la Tierra.

Allí en el vestíbulo, de pie, leí el artículo. El principal astrofísico soviético, Georgi Moyashka, sirviéndose de una serie de radiotelescopios interconectados, había captado lo que creía eran señales intencionadas procedentes de una forma de vida sensitiva; las señales en cuestión contenían las características que Moyashka había previsto encontrar. La gran sorpresa, sin embargo, la constituía su origen: nuestro Sistema Solar, lo cual nadie, ni siquiera el propio Moyashka, había previsto. Los investigadores espaciales americanos ya habían hecho constar que las señales procedían indudablemente de antiguos satélites que fueron puestos en órbita y luego abandonados, pero Moyashka estaba seguro de que las señales eran de origen extraterrestre. Hasta el momento, él y su equipo se habían visto incapaces de descifrarlas.

Las señales llegaban en ráfagas cortas emitidas por un foco móvil que semejaba girar alrededor de la Tierra, tal vez a seis mil millas de distancia; llegaban ,inesperadamente, en una frecuencia ultraelevada, antes que como emisiones de onda corta, cuya velocidad de transmisión es mayor. El transmisor parecía ser potente. Una singularidad que Moyashka había observado y que escapaba a su comprensión era el hecho de que las señales de radio no llegaban sino cuando el foco se encontraba sobre la cara oscura o nocturna de la Tierra; durante el día las señales cesaban. Moyashka conjeturaba que la denominada *«capa de Heaviside»*, pudiese estar en juego.

Las señales, aunque de breve duración, parecían «muy abundantes en información» debido a su sofisticación y complejidad. Curiosamente, la frecuencia se modificaba cada cierto tiempo; fenómeno que, según Moyashka, se producían en las transmisiones que procuraban eludir la interferencia. Además, su equipo había descubierto, por pura casualidad, que los animales de su laboratorio de Pulkova experimentaban leves aunque constantes transformaciones físicas a la hora de transmisión de la señal. Su volumen sanguíneo se

alteraba y las lecturas de su tensión arterial aumentaban. Moyashka presumía, provisionalmente, que la radiación asociada a las señales de radio pudiera explicarlo. Los soviéticos (concluía el articulo) proyectaban lanzar un satélite propio para interceptar la órbita de este transmisor que circunvalaba la Tierra, con miras a confirmar su teoría de que se trataba de un satélite de origen no terrestre. Esperaban fotografiarlo.

Llamé a Rachel desde el teléfono público del vestíbulo.

-Lo he leído -dije-. Pero Phil y yo tenemos ya una teoría.

Rachel replicó mordazmente:

-Esto no es una teoría; es un hecho. También lo he oído en las noticias del mediodía. Es real, aunque lo neguemos; los Estados Unidos lo niegan. He buscado al doctor Moyashka en tu *«Britannica»*; hay un articulo acerca de él. Descubrió actividad volcánica en la Luna, y no sé qué cosa en Mercurio; no lo he entendido, pero cada vez la gente dijo que se había equivocado o estaba loco. Stalin le encerró en un Campo de Trabajos Forzados durante años. Se tiene un alto concepto de él; hoy es un pez gordo del programa espacial ruso, y por la radio han dicho que dirige su *«Proyecto CIE: Comunicación con Inteligencia Extraterrestre».* Se sirven de la telepatía y todo; están realmente locos.

-¿Han dicho en la radio cuánto tiempo creen que lleva transmitiendo el satélite?

-Los rusos lo detectaron hace poco. Antes no sabían de él. Pero escucha..., intensas ráfagas de elevada frecuencia, siempre por la noche. ¿No recibes las imágenes y palabras sobre las tres de la madrugada? ¡Se corresponde, Nick! ¡Se corresponde! ¡Tú y Phil opinabais que podía ser un satélite que orbitara alrededor de la Tierra! ¡Recuerdo haberos oído comentarlo!

-Nuestra nueva teoría... -empecé a decir.

-Al diablo con vuestra nueva teoría -me interrumpió Rachel-. ¡Ésta es la noticia más importante de la historia del mundo! ¡Me figuraba que te volverías loco de emoción!

-Lo estoy -dije-. Luego hablamos. -Colgué y volví a mi despacho, en donde Sadassa Silvia estaba sentada fumando un pitillo y leyendo una revista.

-Siento haberla hecho esperar -le dije.

-Ha sonado el teléfono mientras usted estaba fuera -dijo Sadassa-. No me pareció bien contestarlo.

-Ya volverá a sonar -dije.

Sonó el teléfono. Lo descolgué. Era Phil; había oído la noticia por radio. Al igual que Rachel, estaba emocionadísimo.

-Lo he leído en el *«Times»* -le comuniqué.

-¿Mencionaba el artículo del *«Times»* que emite en las mismas frecuencias en que viaja nuestro sonido en AM y FM? -preguntó Phil-. El científico al que he oído comentarlo desde algún laboratorio espacial de los Estados Unidos, dice que excluye prácticamente la posibilidad de que sea uno de nuestros satélites, ya que éstos no emiten en frecuencias comerciales. Escucha, Nick: ha dicho que sus señales interferirían la recepción de FM y TV, de modo que quizá se vean obligados a destruirlo. Pero lo que yo pensaba..., ¿te acuerdas de la noche en que oíste aquella extraña basura por tu radio, como si se dirigieran a ti? ¿Y de lo que conjeturamos acerca de la intercepción de un satélite? ¡Nick, esto puede serlo! Al transmitir, esta cosa muy bien podría provocar intercepciones. Y el científico, al que he oido comentarlo, ha dicho que no emite en el sentido estricto de la palabra, que posee unos haces de ondas estrechos, dirigidos; «emitir» significa en todas direcciones, a todas partes por igual. Las señales de este satélite no se propagan en todas...

-Phil -le interrumpí-, en estos momentos tengo una visita. ¿Puedo llamarte esta noche?

-Claro -repuso Phil, apaciguándose-. Pero ¿sabes, Nick?, esto podría aclararlo; aclararlo de veras. Estás transduciendo estas insólitas señales extraterrestres.

-Luego hablamos, Phil -dije, y colgué. No quería tratar el tema delante de Sadassa Silvia. Ni de nadie más, si vamos a eso. Aunque, me dije, puede que el día menos pensado, cuando llegue el momento, hable de ello con la señora Silvia; luego de que la hubiera tanteado suficientemente.

Sadassa dijo:

-¿Era el articulo del *«Times»* sobre *«Las prisiones son una fuente de riqueza»*? ¿Ese rollo del trabajo de esclavos con el pretexto de rehabilitación psicológica? *«No es preciso que los reclusos estén bajo techo, malgastando ociosamente los años de sus vidas; al contrario, podrían...».* A ver, ¿cómo lo decían? *«Los reclusos podrían trabajar en grupos bajo el tibio sol reconstruyendo los suburbios, contribuyendo a la renovación urbana, y los hippies podrían aportar su grano de arena a la sociedad, mano a mano con ellos, e igualmente los jóvenes que no logran encontrar empleo».* He tenido ganas de escribirles diciendo:

> *«Y cuando mueran por el exceso de trabajo y de hambre, sus cuerpos, fundidos en gigantescos hornos, contribuirían a elaborar útiles pastillas de jabón».*

-No -dije-, no era ese artículo.

-¿El satélite extraterrestre, pues?

Asentí con la cabeza.

Sadassa dijo:

-Es una impostura. Mejor dicho, es uno de los nuestros y no queremos admitirlo. Es un satélite de propaganda que empleamos para emitir material subliminal a los soviéticos. Por eso radia en frecuencias comerciales de FM y TV y modifica su frecuencia de transmisión a intervalos aleatorios. Los soviéticos reciben fotogramas de un octavo de segundo de americanos felices hartándose de comida, basura por el estilo. Los rusos lo saben y nosotros también. Ellos nos emiten propaganda desde satélites no autorizados y nosotros les hacemos lo mismo. Tienen intención de derribarlo; eso es lo que planean. Y lo comprendo perfectamente.

Sonaba a convincente, salvo que no explicaba por qué el principal astrofísico de la Unión Soviética iba a hacer una declaración semejante..., Moyashka había arriesgado otra vez su gran reputación, afirmando que el satélite era de origen extraterrestre. Parecía dudoso que un hombre de su integridad se enredase en un asunto estrictamente político.

-¿Cree de veras que un famoso científico como Giorgi Moyashka iba a...? -empecé a decir, pero Sadassa, en su vocecilla dulce aunque severa, me interrumpió impasible.

-Él hace lo que le ordenan. Todos los científicos soviéticos hacen y dicen lo que les ordenan. Desde que Topchiev purgó la Academia Soviética de las Ciencias allá en los años cincuenta. En aquella época, era el ejecutor de tareas desagradables por cuenta del Partido en la Academia, su secretario oficial; condenó personalmente a prisión a cientos de los mejores científicos de la URSS. Ésa es la razón por la que su programa espacial resulta tan vetusto, tan atrasado con respecto al nuestro. Ni siquiera han logrado miniaturizar las piezas componentes. Carecen en absoluto de microcircuitos.

-Bueno -dije sorprendido-. Pero en algunos campos...

-Los grandes cohetes acelerados -convino Sadassa-. ¡Siguen utilizando tubos! El equipo de estéreo corriente que se fabrica en el Japón es más moderno que las piezas componentes de un misil soviético.

-Ocupémonos de las condiciones de su empleo -dije.

-De acuerdo -asintió prudentemente con la cabeza.

-No podemos pagarle mucho -le advertí-. Pero el trabajo puede resultar interesante.

-Me conformo con poco -dijo Sadassa-. ¿Cuánto sería?

Anoté una cifra y le alargué el papel para que la viera.

-No es mucho que digamos -comentó-. ¿Por cuántas horas a la semana?

-Treinta horas -repuse.

-Supongo que podría combinarlo con mi horario.

Irritado, dije:

-Me parece que no lo ve de modo realista. Por tan pocas horas es un buen sueldo, y además, carece de experiencia. Éste no es un trabajo de secretaria; es un trabajo creativo.

Tendría que instruirla en él. Creo que es justo. Habría de alegrarse de haberlo conseguido.

-¿Y lo de publicar mis letras y utilizarlas?

-Las utilizaremos. Si son lo bastante buenas.

-He traído algunas. -Abrió el bolso y sacó un sobre-. Tenga.

Abriendo el sobre extraje cuatro hojas de papel en las que ella había escrito unos versos con tinta azul. Su letra era legible aunque poco firme: las secuelas de su enfermedad.

Repasé los poemas -eran poemas, no letras-, pero seguía dando vueltas a lo que ella acababa de decir. ¿Qué se proponía hacer la Unión Soviética? ¿Derribar el satélite? ¿Qué sería entonces de mí? ¿De dónde provendría mi ayuda?

-Discúlpeme -dije-, pero me cuesta trabajo concentrarme. Son muy buenos. -Lo dije pensativamente, sin convicción; puede que fueran buenos o puede que no. En lo único que podía pensar era en las cosas deplorables y angustiosas que me había dicho, su conjetura acerca de las intenciones de los soviéticos. Ahora que ella lo había expresado, parecía evidente. Estaba claro que no iban a limitarse a fotografiar el satélite extraterrestre; estaba claro que iban a derribarlo. No permitirían que un vehículo extraterrestre, un intruso en nuestro mundo reaccionario, nos emitiera mensajes subliminales de una fracción de segundo, interfiriendo nuestras logradas transmisiones de FM y TV. Añadiendo Dios sabía qué información que seguramente debíamos ignorar.

Radio Alfa Centauro Libre, me dije amargamente. *«Radio Albemut Libre»*, como había llegado a denominarla. ¿Cuánto te queda de vida ahora que te han descubierto? No pueden destruirte con un misil; lanzarán un satélite con carga nuclear y simplemente te harán estallar con la onda expansiva. Se terminaron los mensajes de haz estrecho. Y, pensé, se acabaron los sueños para mí.

-¿Puedo llevarme a casa los poemas? -pregunté a Sadassa-. ¿Y leerlos con más calma?

-Claro que sí -contestó-. Eh... -dijo de pronto-, ¿qué es lo que le ha turbado? ¿El poema sobre mi linfoma? ¿Ha sido esto? A muchas personas les turba... Lo escribí cuando estaba tan enferma; se nota por el contenido. No tenía esperanzas de sobrevivir.

-Sí -dije-. Ha sido el poema.

-No debiera habérselo enseñado.

-Es un poema de gran impacto -dije-. Con franqueza, no estoy seguro de cómo un poema sobre alguien que tiene cáncer podría adaptarse como letra para una canción. Sin duda sería el primero. -Los dos nos esforzamos por sonreír; ni ella ni yo lo conseguimos.

-Los demás no son tan trágicos -dijo Sadassa; alargó su mano y me dio unas palmaditas en la mía-. Quizá podrán utilizar alguno.

-Estoy seguro de que sí -repuse. Qué muchacha tan encantadora, pensé, y tan desdichada al tener que luchar contra fuerzas semejantes.

22

Cambié de opinión y no invité a cenar a Sadassa Silvia; en cambio salí temprano y volví directamente al Condado de Orange, en dirección a casa. No dejaba de pensar en el artículo del periódico, en lo que dijera Sadassa; la situación en su totalidad me daba miedo y me consternaba.

Hablando claro, yo había llegado a considerar a Sivainvi y los operadores IA que atendían la red de comunicaciones como divinos, lo cual significaba que no estaban sujetos a la muerte definitiva. Uno no hace saltar en pedazos a Dios. Sin embargo, aquí estaban mi esposa y mi mejor amigo machacándome que el foco de mi ayuda divina había sido localizado con toda precisión: un satélite que orbitaba alrededor de la Tierra, emitiendo información, al que había cogido *in fraganti* el principal astrofísico de la URSS, su famoso detective científico..., el polizonte cósmico de la Tierra, armado de radiotelescopios, contrasatélites con carga nuclear, y Dios sabía qué más.

Por apasionante que fuera la idea -la de que una inteligencia extraterrestre de otro sistema estelar había puesto uno de sus vehículos en órbita alrededor de nuestro planeta y nos estaba emitiendo información confidencial-, el hallazgo reducía algo ilimitado a la finita realidad, lo tornaba vulnerable a los riesgos corrientes. La entidad que me había imaginado como omnisciente y omnipotente estaba a punto de ser borrada del cielo. Y con ella, comprendí, desaparecía la posibilidad de destituir a Ferris Fremont. En cuanto los soviéticos, que sin duda actuaban juntamente con nuestras más sofisticadas estaciones de rastreo, abatieran el satélite de IA, las esperanzas de los hombres libres de ambas naciones se verían truncadas.

A menos, naturalmente, que no existiera relación alguna entre el recién descubierto satélite y mis experiencias. Pero, como Rachel y Phil ya habían observado, era demasiada coincidencia; había una relación demasiado estrecha.

Dios mío, pensé, me he pasado años haciendo lo que me mandaba. Me trasladé al sur de California, fuí a trabajar para *Discos Progresistas*..., ¿qué voy a hacer cuando lo derriben? ¿Cuál será el fundamento de mi vida? Pero entonces pensé: Puede que Sivainvi instale otro satélite en su lugar. Podría hacerlo; con su previsión debería conocer las intenciones de los soviéticos muy por adelantado..., desde el principio, en realidad. No se le puede coger desprevenido.

O tal vez sí.

Es posible, me dije, mientras me colocaba tras un gran camión en el carril de la derecha, que el satélite haya concluido su misión, transmitido ya todo cuanto almacenaba en sus bancos. Pero me he acostumbrado a oír su voz, la hermosa voz de IA que me informaba, me daba consuelo y ayuda..., lo que hizo por Johnny; lo que había hecho por mí. Verse privado de algo así...

¿Qué me queda para justificar mi existencia?, me pregunté. ¿Con qué he llegado a justificar mi existencia? Mi relación con Rachel no es gran cosa; amo a mi hijo, pero no le veo casi nunca; mi trabajo es importante, pero hasta cierto punto. Algo como lo que he poseído, escuchar la voz de IA..., peor es el sufrimiento de perderla que la dicha de haberla poseído alguna vez. Duele tanto.

El dolor de la pérdida, pensé; el dolor más intenso del mundo. Un día mi amigo dejará de hablarme. Ese día está al caer, tan infaliblemente como el hecho de que en estos precisos instantes la URSS se dispone a lanzar un satélite interceptor. La tiranía universal ha descubierto a su enemigo y ahora toma medidas. Ya hacen girar la manivela para arrancar el gran motor ciego.

Cuando supriman del cielo el satélite, más valdría que me suprimieran a mí también, reconocí. El que me libraran de aquel anuncio de zapatos ya no sirve para nada. Toda la ayuda, todos los conocimientos y la nueva percepción, todas las instrucciones y la orientación se habían ido por el sumidero, habrían sido en balde. Y no sólo para mí; para todos los que deseaban una sociedad justa, los que querían ser libres. Tanto los que escuchamos la voz de IA, como los que no, nuestro destino es el mismo. El único amigo que he tenido volará en pedazos un día u otro como si nunca hubiera existido.

Circulando por la autopista percibía la decadencia del Universo: frialdad, deterioro y el olvido definitivo.

Supongo, me dije, que podría intentar verlo de modo juicioso y decir que gracias a la ayuda de Sivainvi he conocido a una muchacha encantadora, atractiva e inteligente... con una esperanza de vida calculable en centímetros. Se nos han reunido con el tiempo justo para deshacernos en humo. Los proyectos, las esperanzas, los sueños..., todo deshecho en humo. En partículas de un satélite que viajó hasta aquí para ser destruido, lo mismo que nosotros: nacimos para que nos hicieran saltar en pedazos. Al diablo con todo, pensé descorazonado. Sería preferible no haber empezado esto, ni siquiera haber intentado empezarlo. Sería mejor no haber sabido siquiera que existía la ayuda, haber imaginado que nuestras vidas podrían haber sido más dichosas.

Cuando se lanza un ataque contra una tiranía, cabe esperar que ésta se defienda. ¿Por qué

no? ¿Por qué no habría de ser así? ¿Cómo he podido yo, que poseo varias nociones de su naturaleza, esperar otra cosa? Una carga nuclear para el satélite; un cáncer para Sadassa Silvia; si la trampa del anuncio de zapatos hubiera resultado, la cárcel para mí..., la cárcel o la muerte.

Meditando sobre ello no me percaté -o tal vez me percaté de sobra y me dio igual- que el camión que tenía delante había reducido la velocidad. Sus luces de freno se encendieron; no me fijé en ello. Seguí avanzando en mi pequeño *Volkswagen* escarabajo derecho hacia la cola del camión, hacia su enorme parachoques de hierro.

No oí ni sentí nada, ni el impacto ni la conmoción. Lo único que vi fue el parabrisas de mi coche convertirse en un millón de culos de botella de *Coca* rotos, un extraño dibujo parecido a una gigantesca telaraña que me engullera. He caído en la telaraña, recuerdo que pensé. Y luego van a devorarme. La telaraña, ¿pero dónde está la araña?, me pregunté. Se ha ido.

Un líquido se me había derramado sobre el cuello y el pecho. Era mi sangre.

23

Había un terrible estrépito a mi alrededor. Me bajaron en camilla por una rampa, atado con correas; traté de volver la cabeza pero no pude. Voces, movimiento; una cara me miró desde arriba, una cara de mujer, y oí una voz femenina. Me dirigía una luz a los ojos, pidiéndome que hiciera algo. Me era imposible. Lo siento, pensé.

-¿Está abonado a un plan de salud? -preguntó otra voz en tono apremiante-. ¿A la *Cruz Azul*? ¿Puede firmar esta hoja si se la sostengo? Tome un bolígrafo. Puede firmarla con la mano derecha, si quiere.

Vete a hacer puñetas, pensé.

Vi a dos policías de tráfico de California que estaban de pie a un lado, con sus uniformes marrones y aspecto de aburrimiento; uno de ellos tenía en la mano una tablilla sujetapapeles. Sillas de ruedas, camillas. Pequeñas enfermeras jóvenes con faldas cortas, y un crucifijo en la pared.

A mi lado, un policía de tráfico se agachó y dijo:

-No permita que su Compañía de Seguros le repare el coche. Se sale el aceite del motor. El bloque está agrietado.

-Está bien -logré susurrar. No sentía nada, no pensaba en nada.

-Voy a tener que citarle, señor Brady -dijo el agente de tráfico-. Por no mantener la distancia de seguridad y conducir a velocidad peligrosa. Tengo su permiso de conducción; estamos comprobando si está en regla. Van a operarle enseguida, de modo que devolveré su permiso al Departamento de Objetos Personales del hospital, junto con el resto de sus cosas, su cartera, sus llaves y su dinero.

-Gracias -dije.

El agente se marchó. Me quedé allí tendido, a solas, pensando para mis adentros: qué demonios, qué demonios. Tendrían que llamar a alguien, pensé. Rachel. Tendrían que avisarle; debería decirles que le avisaran. Recordárselo. ¿Y a ellos qué les importa? Pensé: ¿Qué hospital será éste? ¿Por dónde..., por dónde iba? Acababa de entrar en El Condado de Orange. Faltaba mucho para llegar a Placentia, a casa. Bueno, eso es lo de menos. Seguiré su consejo, decidí. No dejaré que me reparen el coche. Que lo conviertan en chatarra, que lo subasten. Me trae sin cuidado lo que me den por él. Todo me trae sin cuidado.

Dos enfermeras cogieron mi camilla y empezaron a empujarla alegremente. Sacudida, sacudida, avance. Un alto para esperar el ascensor; estaban una al lado de la otra, sonrientes. Miré fijamente hacia arriba. Había una botella de suero intravenoso colgada encima de mí. Cinco por ciento de glucosa, leí en la etiqueta. Para mantener abierta una vena, me dije.

Unas luces blancas, de increíble brillantez, me bañaron de lleno. Esto era el quirófano. Me pusieron una mascarilla sobre la parte inferior de la cara; oí voces masculinas que

Librodot

conferenciaban. Una aguja se clavó en mi brazo. Me dolió. Era la primera sensación que experimentaba.

De pronto, las brillantes luces blancas se oscurecieron como carbones extintos.

Flotaba por un paisaje desierto que se veía rojo y marrón muy por debajo de mí. A enorme distancia del contorno de las dunas. Un inmenso vacío en el que yo avanzaba, suspendido y sin esfuerzo alguno.

Alguien se me acercaba. Desde muy lejos, más allá de las áridas dunas. Una presencia invisible, resplandeciente de amor. Era Sivainvi. Reconocí su ser; me resultaba familiar: el desvelo, la comprensión, el deseo de prestar ayuda.

No dialogamos. No oí voz alguna, ni el más leve sonido, salvo un dulce y constante fragor, como de viento. Los ruidos de la tierra baldía, el desierto, de los grandes espacios abiertos del mundo. El murmullo del viento y el agua..., pero no parecían impersonales; parecían vivos, como si fueran parte de Sivainvi. Expresiones de él, de su misma bondad, calidez y ternura; él infundía vida a las dunas.

Sivainvi me preguntó en silencio si se me había ocurrido pensar que él me había olvidado.

Dije: ¿Qué sucederá si derriban el satélite?

No importa. Es un punto diminuto en el firmamento. Tras él, no hay sino luz. Una extensión de luz, no de cielo.

¿He fallecido?, pregunté.

No hubo respuesta.

Vendré aquí en su día, dije. Lo sé. Conozco este lugar; he estado en él antes.

Aquí fue donde naciste. Tienes que volver.

Ésta es mi tierra natal, dije.

Soy tu padre, dijo Sivainvi.

¿Dónde estás?

Sobre las estrellas, contestó Sivainvi.

¿Es ése mi origen?

Sí. Lo ha sido muchas veces.

Entonces, dije, ¿fuí yo quien tomó posesión de mí mismo cuando llegó el anuncio en el correo?

Fuiste tú, recordando quién eres.

¿Quién soy?, pregunté.

Todo el mundo.

Asombrado, exclamé: *¿Todo el mundo?*

No hubo respuesta, solamente los latidos del amor.

¿Qué voy a hacer?, pregunté.

Pediste recibir daño, repuso Sivainvi. Y ser curado. Éste es el daño y la curación. Serás transformado.

¿Y seguiré mi camino?, pregunté.

La efusión de su amor me consumía como una invisible nube de luz. Respondió: Y seguirás tu camino. Nada se pierde jamás.

¿No puedo perderme?, pregunté.

No hay lugar adonde algo pueda ir. No hay sino el aquí y el nosotros. Para siempre.

Comprendí entonces que Sivainvi y yo nunca habíamos estado separados, que él sólo había enmudecido de tiempo en tiempo. Ahora yo estaba fatigado; había descendido hasta las dunas y quería descansar. Era perceptible la presencia de Sivainvi, aunque iba menguando, como si estuviera alejándose. Y sin embargo, seguía allí, tal como una lámpara cuya luz ha disminuido pero sin extinguirse del todo. Cuando era pequeño daba por sentado que, cuando algo ya no se veía, ya no existía. Para una criatura, cuando los padres salen de la habitación dejan de existir. Pero al hacerse mayor lo entienden de otro modo; están allí tanto si les ve, oye sus voces o puede tocarlos, como si no. Es una lección temprana, pero que a veces quizá no se aprende completamente.

Así pues, ya sabía quién era Sivainvi; era mi padre, mi verdadero padre, desde cuya familia llegué repetidas veces a este mundo, para volver a partir, para regresar de nuevo, para entregarme a algún lejano designio secreto y no comprendido todavía. La búsqueda, acaso, era el designio. Cuando lograra avanzar un poco hacia él, lo comprendería. Derrocar la tiranía de Ferris Fremont era un alto en el camino, no un designio, sino un momento de firmeza, tras el cual debía seguir adelante como lo hiciera hasta entonces. Transformado hasta cierto punto, aunque transformado por mi padre, no por lo que había hecho. Por cuanto, comprendí, el propio Sivainvi lo hizo sirviéndose de mí. La virtud era suya.

Somos guantes, me dije, que se pone nuestro padre para llevar a cabo sus objetivos. Qué satisfacción el ser útil, el ser parte de un organismo mayor: sus prolongaciones en el espacio y el tiempo, en el mundo del cambio. Influir en ese cambio..., el mayor de los satélites.

Puedo darte instrucciones, me comunicó la mente de Sivainvi, sin el satélite. Éste no es más que un objeto que mostrarles; un resplandeciente juguete. Para hacerles comprender. Cuando emitió llevó a cabo su cometido; sirvió para abrir tu mente y otras mentes. Una vez abiertas, dichas mentes ya nunca se cerrarán. El contacto se ha entablado y el circuito está donde debe. Y así permanecerá.

Entonces me hallo acoplado, comprendí. Para siempre.

Te has acordado. Lo sabes. Ya no habrá olvido. Ánimo.

Gracias, dije.

Las rojizas dunas, la llanura que se extendía debajo de mí, se desdibujaron; el cielo se cerró y el fragor del viento disminuyó poco a poco.

Sivainvi ya no estaba a la vista, me había vuelto la cara, retráctil en su ciclo. En esta ocasión no sentí su ausencia, como siempre me había ocurrido.

Hijo de la Tierra y de los estrellados cielos. El rito primitivo, la revelación al antiguo iniciado. Había participado en las ceremonias órficas, en lo hondo de las oscuras cavernas, saliendo de pronto a la cámara de la luz, viendo la tabla de oro que me trajo a la memoria mi naturaleza y mi pasado: un viaje por el espacio desde Albemut, la estrella lejana, la migración semejante a un topo. Ese enemigo había imitado pronto el ejemplo, y el jardín que construimos se había contaminado y vuelto tóxico con su presencia, con sus desechos. Nos hundimos en el sedimento; nos quedamos medio ciegos; olvidamos, hasta que nos fue devuelta la memoria. Nos fue devuelta por la voz rotativa del cielo próximo, que había sido colocada allí mucho tiempo atrás en caso de que se produjera un desastre, una ruptura en la cadena de la continuidad. Semejante ruptura tuvo lugar. Y, en estos momentos, la voz emitió automáticamente. Y nos informó, lo mejor que pudo, de lo que ya ignorábamos.

Si los rusos fotografiaban el satélite de IA, el invasor, lo encontrarían viejo y lleno de picaduras. Llevaba allí miles de años. Cuál no sería su asombro; puede que también ellos recordaran..., hasta que el adversario semejante a un topo les cerrara las mentes y olvidaran de nuevo. Estaban *obligados* a olvidar otra vez, mientras el deforme paisaje, nublado por la atmósfera envenenada, obstruyera sus sentidos y pensamientos y volviesen a caer, como antes.

Ciclos recurrentes, comprendí; un despertar temporal, y luego una recaída en el sueño. Yo, al igual que los demás, había estado durmiendo, pero luego había despertado; mejor dicho, se me había despertado de mi sueño a propósito. La voz de un amigo me había llamado, mientras surcaba las hileras de maíz recién nacido, de nueva vida, y yo la había oído y reconocido. Esa voz llamaba siempre; trataba siempre de despertarnos a los que dormíamos. Quizá con el tiempo todos despertaríamos. Para comunicarnos una vez más con nuestra familia paterna de allende las estrellas..., como si nunca hubiéramos partido.

Albemut. Nuestro primer hogar. Todos nosotros éramos nómadas, exiliados, lo supiéramos o no. Puede que los más de nosotros quisiéramos olvidar. La memoria, el ser conscientes de nuestra verdadera condición, de nuestra identidad, era excesivamente doloroso. Haríamos de este sitio nuestro hogar y no recordaríamos nada más. Así era más sencillo.

La simpleza de la inconsciencia. La salida más fácil. Y de fatales consecuencias: sin

memoria habíamos sucumbido a nuestro adversario. También a él le habíamos olvidado, y nos había cogido de improviso. Ello nos costó muy caro.

Y ahora lo pagábamos.

24

Cuando recobré el conocimiento me vi en la habitación de postoperatorio, con una enfermera que me tomaba el pulso. Me dolía el pecho; me costaba respirar. Una máscara de oxígeno me cubría la nariz. Y tenía muchísima hambre.

-Caramba -dijo la enfermera animadamente-. Menudo porrazo le dimos a nuestro cochecito.

-¿Qué me ha pasado? -logré decir.

-El doctor Wintaub hablará de su operación con usted -dijo la enfermera-. Después de que le lleven a su habitación.

-¿Avisaron a...?

-Su esposa ya viene para acá.

-¿Qué ciudad es ésta?

-Downey.

-Estoy muy lejos de casa -dije.

Media hora después de que me llevaran al piso superior y me colocaran en una habitación para dos pacientes, entró el doctor Wintaub para examinarme.

-¿Qué tal se encuentra? -preguntó, tomándome el pulso.

-Tengo un intenso dolor de cabeza -repuse. No recordaba haber tenido un dolor de cabeza semejante; sólo podía equipararse al dolor que había sufrido la noche en que Sivainvi me comunicó el defecto de nacimiento de Johnny. Y además, la vista parecía habérseme debilitado otra vez.

-Ha pasado un buen trago. -El doctor Wintaub apartó las mantas y me inspeccionó los vendajes-. Una costilla rota le perforó el pulmón -dijo-. Por eso hemos intervenido la cavidad torácica. Me temo que habrá de pasar aquí una temporada. Se golpeó la cabeza en el volante del coche, y eso le produjo varias lesiones... -Su voz se interrumpió bruscamente.

-¿Qué pasa? -dije, temeroso de lo que hubiera descubierto.

-Vuelvo dentro de un minuto, señor Brady. -El doctor Wintaub salió de la habitación; me quedé con el interrogante. Al rato regresó acompañado de dos técnicos.

-Quiero que retiren estos vendajes -dijo Wintaub-. Y las tablillas. Quiero examinar la herida.

Se pusieron a retirar los vendajes, con extrema suavidad. El doctor Wintaub observaba con ojo crítico. Yo no sentía nada: ni malestar, ni dolor. Aún me dolía la cabeza; era como una migraña, que formaba una destellante red de intensísima luz rosada en mi ojo derecho, un campo de color borroso que se movía despacio de izquierda a derecha.

-Ya está, doctor. -Los técnicos retrocedieron.

El doctor Wintaub se acercó; sentí como sus hábiles dedos me palpaban el pecho.

-He realizado esta intervención hará dos horas. -Consultó el reloj-. Hace dos horas y diez minutos.

-¿Podría examinarme los ojos? -pregunté-. Siento dolor en ellos.

Impaciente, el doctor Wintaub me enfocó una luz sobre los ojos.

-Siga la luz -murmuró-. Su vista está bien. -Volvió a examinarme el pecho. Dijo a los dos ayudantes-: Llévenle a Rayos X y hagan una serie completa de radiografías del tórax.

-¿Es aconsejable que le movamos, doctor? -preguntó uno de los ayudantes.

-Háganlo con muchísimo cuidado -repuso Wintaub.

Me llevaron en camilla hasta Rayos X, me hicieron varias radiografías, y luego volvieron a

Librodot

trasladarme a mi habitación. Mientras esperaba en la Sala de Rayos X logré incorporarme lo suficiente para verme el pecho.

Una firme línea rosada lo atravesaba. La incisión había cicatrizado.

No era de extrañar que el doctor Wintaub quisiera examinarme enseguida con rayos X; debía enterarse de si las lesiones internas habían mejorado igualmente.

Al poco rato entraron dos médicos más y empezaron a reconocerme; les acompañaban varias enfermeras y llevaban instrumentos consigo. Yo estaba tendido en silencio, contemplando el techo. El dolor de cabeza ya estaba cediendo, de lo cual me alegraba, y mi vista comenzaba a aclararse, salvo por un residual fosfeno rosado. A juzgar por el estado de mi tórax y lo que sabía que significaba esa luminosidad rosada, comprendí la situación. Sivainvi se había encargado de mi caso, tal como se encargara del de Johnny, de la manera más económica posible: la cirugía normal y luego, bajo la influencia del satélite y sus emisiones, una reparación anormalmente rápida. A lo mejor ya estaba en condiciones de abandonar el hospital.

El problema, sin embargo, lo constituían los médicos. Nunca se habían encontrado con una cosa así.

-¿Cuándo cree que saldré de aquí? -pregunté al doctor Wintaub cuando se presentó a la hora de sobremesa; estaba sentado en la cama, tomando una comida normal. Ya me encontraba bien. El doctor se dio cuenta de ello y no pareció caerle en gracia.

-Éste es un hospital destinado a la enseñanza -dijo.

-Quiere que los médicos en prácticas me vean -repuse.

-Así es.

-La cavidad torácica, ¿se ha rehecho sola?

-Completamente, al menos por lo que hemos podido comprobar. Pero habremos de tenerle en observación; puede que sólo se haya rehecho superficialmente.

-¿Han avisado a mi esposa? -pregunté.

-Sí, ya viene hacia aquí. Le comuniqué que la operación había sido un éxito. Señor Brady, ¿le habían operado antes?

-Sí -dije.

-¿Observaron si sus tejidos se restablecían a un ritmo muy acelerado?

No contesté.

El doctor Wintaub dijo:

-¿Puede usted explicárselo, señor Brady?

-Producción hormonal -dije.

-No es posible.

-Quisiera que me dieran de alta -dije-. Para que esta noche pueda volver a mi casa con mi mujer.

-Esto es imposible, señor Brady. Tras una operación de tal gravedad...

-Firmaré un certificado de desobediencia al dictamen médico. Tráigame los formularios.

-Ni hablar, señor Brady. No quiero colaborar con usted. Vamos a examinarle hasta que sepamos lo que ha ocurrido en su cuerpo después de la intervención. Cuando ingresó aquí, tenía un pulmón casi...

-Traiga mis ropas -exigí.

-No. -El doctor Wintaub abandonó la habitación; la puerta se cerró tras él.

Salí de la cama y registré el armario y los cajones. No di con otra prenda que una bata de hospital. Me la puse. Si era preciso, me iría de esta guisa. Ni el doctor Wintaub ni el hospital podrían retenerme, en vista de mi completa recuperación.

No había dudas de mi recuperación. Lo sentía físicamente, y lo sabía en mis adentros; lo sabía como aquella noche comprendí el defecto de nacimiento de Johnny. Mi único problema era volver a casa. Y era un problema sin importancia.

Salí de la habitación y anduve pasillo abajo, atisbando en los cuartos con la puerta abierta,

Librodot

hasta que vi uno en el que no había nadie. Los pacientes habían salido a estirar las piernas después de comer. Entrando en el cuarto, abrí el armario ropero. Lo único que encontré fueron un par de zapatillas cubiertas de pelusa, un chillón vestido de mujer estampado, muy bajo de espalda, y un turbante hecho de tela pastel. Me percaté de que sería aconsejable parecerme a una mujer; andarían buscando a un hombre. Afortunadamente la propietaria de las prendas tenía un talle grande; logré ponérmelas todas, y tras coger unas gafas de sol de un cajón, salí de nuevo al pasillo.

Nadie me detuvo ni se metió conmigo mientras recorría el pasillo en dirección a una escalera. Unos momentos después había llegado a la planta baja y salido al aparcamiento. Lo único que quedaba por hacer era sentarme en un banco y observar los coches que iban entrando hasta que viera el *Maverick* de Rachel.

Encontré un banco a cierta distancia del hospital, me senté y aguardé.

Transcurrido un intervalo indeterminado -mi reloj se había perdido; o quedó destrozado o bien se hallaba en la caja de caudales en que guardaban los efectos de los pacientes-, el *Maverick* verde se detuvo bruscamente en un espacio libre y de él salieron Rachel y Johnny, turbadísimos y despeinados.

Cuando Rachel pasaba a toda prisa por delante de mi banco me puse en pie y dije:

-Larguémonos.

Parándose, me contempló asombrada.

-No te habría reconocido -dijo por fin.

-No querían que me marchara. -Fui hacia el coche, indicándole con la mano que me acompañara.

-¿Puedes irte? Quiero decir, ¿estás lo bastante bien? El médico dijo que te habían hecho una operación mayor en la cavidad...

-Estoy bien -dije-. El satélite me ha curado.

-Entonces tus experiencias se debían al satélite.

-Ajá -repuse, subiendo al coche.

-Físicamente pareces estar bien..., pero desde luego tienes una pinta muy rara con esa ropa.

-Mañana puedes venir a recoger mis efectos personales -dije, cerrando de golpe la portezuela del coche-. Hola, Johnny. ¿Reconoces a papá?

Mi hijo me contempló agria y desconfiadamente.

-El satélite podría haberte proporcionado mejores ropas -comentó Rachel.

-No creo que se encargue de estas cosas -dije-. Uno tiene que valerse solo. Eso es lo que hice.

-Tal vez tendrías que haber esperado hasta que se le ocurriera algo -dijo Rachel. Me lanzó una mirada mientras salía del aparcamiento del hospital-. Me alegro de que estés bien.

En tanto que buscábamos la salida a la autopista, pensé para mí: No cabe duda de que percibí un mensaje mientras estaba anestesiado. ¿Planeó Sivainvi mi accidente para poder hablar conmigo? No, Sivainvi planeó mi recuperación a fin de poder actuar por medio de mí. Se aprovechó de una mala situación y sacó algo de ella: el mejor, y probablemente irrepetible coloquio que hemos entablado. Lo que ahora sé es ilimitado, comprendí. Las piezas principales ya están colocadas. El placer de encontrarnos, Sivainvi y yo. Padre e hijo, juntos otra vez. Después de milenios. Las relaciones se han restablecido.

Pero entendí otra cosa que no era favorable. Realmente no teníamos posibilidad alguna de derrocar a Fremont. En absoluto. Gracias a mi puesto en *Discos Progresistas* podríamos dar algún paso; podríamos distribuir cuanto sabíamos en forma subliminal en un LP, enterrado en pistas adicionales y vocales de apoyo, cifrado entre los sonidos superpuestos que nuestros mezcladores nos suministraban. Antes de que la Policía nos detuviera podríamos comunicar lo que sabíamos, Sadassa y yo, a cientos, miles, o hasta millones de americanos. Pero Ferris Fremont permanecería en el poder. La Policía acabaría con nosotros, falsificaría contradocumentación y pruebas; nosotros desapareceríamos y el régimen perduraría.

No obstante, valía la pena hacerlo. De eso no me cabía la menor duda; Sivainvi lo había

puesto en marcha, y Sivainvi no podía equivocarse. Si no valiera la pena, no nos habría reunido a Sadassa y a mí, no me habría inundado de ayuda e información. No teníamos que vencer completamente para dignificarlo. No necesitábamos sino una cierta victoria, dentro de lo razonable. Podríamos, tal vez, iniciar un proceso que otros más numerosos y fuertes completarían algún día en el futuro.

A Sivainvi no se le comprendía del todo en la Tierra. Era éste el poderío del adversario, del Príncipe de este mundo. Sivainvi sólo podía actuar en este mundo con un escaso contingente de hombres; aquí era el partido minoritario, que hablaba en una voz humilde todavía a un hombre o a un puñado, desde una zarza, en sueños, durante una operación. A la larga vencería. Pero no hoy. Después de todo, aún no nos hallábamos en el final de los tiempos. El final de los tiempos siempre se acercaba pero no terminaba de llegar, siempre estaba próximo y nos influía, pero nunca se realizaba.

Bueno, decidí, lo haríamos lo mejor que pudiéramos. Y sabía de corazón que valía la pena.

Mientras circulábamos por la autopista, dije a Rachel:

-He conocido a una muchacha. Debo trabajar con ella. Puede que no estés de acuerdo, puede que nadie lo esté, pero tiene que hacerse. Esto nos puede aniquilar a todos.

Rachel, que conducía prudentemente, dijo:

-¿Te la mandó Sivainvi?

-Sí -repuse.

-Haz lo que debas -dijo Rachel, en voz baja y tensa.

-Lo haré -dije.

25

Aún no había hablado con Sadassa Silvia acerca de su madre. Que ella supiera, yo no tenía información alguna de su pasado. Ésta era la primera gestión que hacer, departir sobre la señora Aramcheck. Lograr que ella me dijera abiertamente lo que Sivainvi y la red de intercomunicaciones ya habían transferido de sus bancos de información a mi mente. De lo contrario, no podríamos trabajar juntos.

Resolví que el mejor sitio para hablar con ella sería un buen y tranquilo restaurante; así podríamos eludir el que un micrófono oculto del Gobierno captara nuestra conversación. Así pues, la llamé desde el trabajo y la invité.

-Nunca he estado en el *Del Rey* -dijo-. Pero lo conozco de oídas. Tienen una cocina como la de los restaurantes de San Francisco. Estoy libre el jueves por la noche.

El jueves por la noche pasé por su piso, la recogí, y un rato después estábamos sentados en un compartimiento retirado en el comedor principal de *Del Rey*.

-¿Qué es lo que quiere decirme? -preguntó, mientras comíamos ensaladas.

-Estoy enterado de lo de su madre -dije-. Y de lo de Fremont.

-¿A qué se refiere?

A media voz, para mayor seguridad, dije:

-Sé que su madre estaba en la Organización del Partido Comunista.

Los ojos de Sadassa se abrieron desmesuradamente tras sus gruesas gafas. Me miró de hito en hito; había dejado de comer.

-Y sé, además -dije quedamente-, que contrató a Ferris Fremont cuando aún no había cumplido los veinte años. Sé que le adiestró como durmiente, para que entrara en la política sin revelar su verdadera ideología ni sus auténticas afiliaciones.

Contemplándome todavía, Sadassa dijo:

-Está loco de veras.

-Su madre está muerta -continué-, y por ello el Partido -Ferris Fremont-, cree que el secreto está a buen recaudo. Pero cuando era pequeña usted vio a Ferris Fremont con su madre y acertó a oír más de la cuenta. Usted es la única persona que no forma parte de las filas

superiores del Partido que lo sabe. Por eso el Gobierno trató de asesinarla con cáncer. Descubrieron que está viva a pesar de su cambio de nombre, y que lo sabe. O sospechan que lo sabe. Así que debe morir.

Sadassa, paralizada en su sitio, con el tenedor a medio alzar, siguió contemplándome en afligido silencio.

-Nuestro cometido es trabajar juntos -dije-. Esta información irá en un disco, un LP de música popular, en la forma de fragmentos de datos subliminales distribuidos de tal modo que, al escucharlos repetidas veces, una persona asimilará inconscientemente el mensaje. La industria discográfica dispone de técnicas para llevarlo a cabo; se hace constantemente, aunque el mensaje tiene que ser simple. «Ferris Fremont es rojo». Nada complicado. Una palabra en una pista de registro, otra en la siguiente; puede que ocho palabras como máximo. Yuxtapuestas en el previo. Como una clave. Yo procuraré que el disco sature este país; inundaremos el mercado con él..., haremos una enorme tirada inicial. Habrá sólo una tirada y una distribución, porque en cuanto la gente empiece a transliminar el mensaje, las autoridades intervendrán y destruirán todas...

Sadassa recobró el habla.

-Mi madre está viva. Se dedica activamente a tareas eclesiásticas; reside en Santa Ana. Lo que dice es completamente falso. Nunca había oído semejantes inmundicias. -Poniéndose en pie, dejó el tenedor en la mesa y se llevó la mano a la boca; parecía estar a punto de deshacerse en lágrimas-. Me voy a casa. Está pirado del todo. Ya me enteré de su accidente en la autopista; lo leí en el *«Register»*. Debió de perder la chaveta; está loco. Buenas noches. -Se alejó rápidamente del compartimiento, sin mirar hacia atrás.

Me quedé sentado a solas, en silencio.

De repente volvió y se puso a mi lado, agachándose y hablándome al oído en voz queda y severa.

-Mi madre es una republicana realista de toda la vida. Nunca ha tenido nada que ver con la política de izquierdas, y mucho menos con el Partido Comunista. No llegó a conocer a Ferris Fremont, aunque asistió a un mitin en el *Anaheim Stadium*, en donde él pronunció un discurso; eso es lo más cerca que estuvo nunca de él. No es más que una persona normal, que tiene que cargar con el nombre de *«Aramchek»*, el cual nada significa. La Policía la ha investigado repetidas veces a causa de él. ¿Quiere conocerla? -Sadassa había levantado la voz con crispación-. Ya se la presentaré; puede preguntárselo. Es por decir disparates como éstos que la gente se mete en..., oh, qué más da. -Volvió a alejarse a grandes zancadas, esta vez no regresó.

No me lo explico, me dije. ¿Está mintiendo?

Desconcertado, logré terminar de comer, esperando que reapareciera, volviera a sentarse, y se retractara de lo que había dicho. No fue así. Pagué la cuenta, subí al *Maverick*, y me dirigí poco a poco hacia casa.

Cuando abrí la puerta del piso, Rachel me recibió con una frase lapidaria:

-Ha llamado tu novia.

-¿Qué ha dicho? -pregunté.

-Está en el *La Paz Bar*, de Fullerton. Me dijo que fue allí a pie desde el *Del Rey*, que no tiene dinero pagar un taxi, así que quiere que vayas a Fullerton, la recojas y la lleves a casa.

-Está bien -dije.

-¿De veras crees que tú y ella podéis derribar a Fremont del poder? -dijo Rachel a mis espaldas, con sarcasmo-. ¿Tú, ella y Sivainvi? ¿Ese satélite?

Parándome a la puerta, contesté:

-No, no lo creo. Tal vez alguna tiranía menor de otro Universo. Algún déspota de América en un mundo alternativo que no está tan podrido como éste..., pero no este mundo ni este tirano.

-Envidio a la gente de ese Universo.

-Yo también.

Salí del piso y fui de Placentia al *La Paz Bar* de Harbor Boulevard, en Fullerton.

El *La Paz Bar* es sumamente oscuro, y cuando entré no la vi en parte alguna. Por fin distinguí su pequeña silueta; estaba sentada a solas en una mesita del fondo, con el bolso delante de ella, junto a un vaso vacío y un plato de cortezas de maní.

Sentándome a mi vez, dije:

-Siento haber dicho esas cosas.

-No pasa nada, Nick -dijo Sadassa-. Tenías que decirlas. Yo no he sabido cómo reaccionar, eso es todo..., he tenido que salir de aquel restaurante. Había demasiada gente, estaba abarrotado. No me habían dado instrucciones sobre lo que decir en aquel momento; me has cogido desprevenida.

-¿Entonces es verdad? ¿Lo que he dicho? ¿De tu madre?

-Esencialmente, lo es. He recibido instrucciones después de irme; ya sé lo que tengo que decir. Debes permanecer aquí sentado hasta que haya terminado de hablar.

-Está bien -accedí.

Sadassa dijo:

-Lo que me has contado procedió del satélite. No hay otra manera por la que pudieras haberte enterado.

-Es cierto -dije.

-La información que me has comunicado te ha dado a conocer como un miembro de nuestra Organización, un miembro nuevo; tal información es un primer paso para entender la situación, pero no es la historia completa. Debo hacerte profundizar en la Organización por medio de...

-¿Qué Organización? -pregunté.

-ARAMCHECK -contestó Sadassa.

-Entonces ARAMCHECK existe.

-Naturalmente que existe. ¿Por qué iba Ferris Fremont a pasarse media vida tratando de acabar con un grupo imaginario? ARAMCHECK comprende a cientos, acaso miles de personas, aquí y en la Unión Soviética. No sé con exactitud a cuántas. El satélite se comunica con cada uno de nosotros directamente y sobre una base individual, conque sólo él sabe quiénes y cuántos somos, dónde nos encontramos y lo que debemos hacer.

-¿Qué es ARAMCHECK? -pregunté.

-Te lo acabo de decir. Personas de aquí y allá con las que el satélite se pone en contacto y a las que suministra información. El propio satélite se denomina ARAMCHECK; de él sacamos nuestro nombre. Tú eres un miembro de ARAMCHECK, y se te introdujo en ella por iniciativa del satélite. Siempre que a alguien se le introduce en la Organización es por voluntad del satélite; ése fue tu caso: fuiste elegido, seleccionado. Nosotros, tú, yo y los demás, somos el pueblo de ARAMCHECK, los exponentes de una inteligencia compuesta que emana del satélite, el cual, a su vez, recibe sus instrucciones por red desde los planetas del Sistema Albemut.

»Albemut es el nombre correcto de la estrella que nosotros llamamos Fomalhaut. Allí tuvimos nuestros orígenes, pero la mente que controla el satélite no es como la nuestra; más bien es... -se interrumpió- muy superior. La forma de vida dominante en los planetas de Albemut. Mientras que nosotros éramos una forma de vida menos evolucionada. Se nos concedió la libertad hace decenas de miles de años, y emigramos hacia aquí para crear nuestra colonia. Cuando nos vimos en gravísimos apuros, enviaron al satélite para que nos socorriera, para que sirviese de enlace con el Sistema Albemut.

-Ya lo sabía casi todo -dije.

Sadassa continuó:

-Hay una cosa que no sabes, mejor, de la que no te das cuenta. Lo que ha ido ocurriendo es una transferencia de formas de vida plasmáticas, sumamente evolucionadas, procedentes de los planetas de Albemut por vía de la red de comunicaciones con el satélite, y desde allí hasta

la superficie de este planeta. Técnicamente hablando, la Tierra está siendo invadida. Eso es lo que ocurre en realidad.

»El satélite ya lo ha hecho anteriormente; hace dos mil años, para ser exactos. En aquel entonces no salió bien. Los receptores fueron finalmente aniquilados y las formas de vida plasmáticas escaparon hacia la atmósfera, llevándose consigo la energía de los receptores.

»Tú mismo te viste invadido por una forma de vida plasmática enviada en forma de energía con el objeto de ejercer control sobre ti y dirigir tus actos. Nosotros, los miembros de la Organización, somos puntos de recepción para estas formas de vida plasmática procedentes de los planetas natales, una suerte de cerebro colectivo; en eso nos componemos ahora, y ello nos es ventajoso. Sin embargo, van llegando en número muy escaso, con el propósito de ayudarnos; no se trata de una invasión en masa, sino de una harto reducida y sumamente selectiva. Te eligieron como punto de recepción después de meditarlo, al igual que a mí. Sin esta posesión no tendríamos éxito. No habría manera de tener éxito.

-¿Tener éxito en qué?

-En desalojar a Ferris Fremont.

-Entonces es una meta de máxima importancia.

-Sí. -asintió con la cabeza-. Una meta de máxima importancia aquí, en los restringidos límites de este planeta. Te has convertido en un ser compuesto, en parte humano y en parte... bueno, carecen de nombre. Al consistir en energía, se entremezclan, se separan y se reorganizan en su forma compuesta, como una franja en la atmósfera de sus planetas natales. Son espíritus atmosféricos en extremo evolucionados que en otro tiempo poseyeron cuerpos materiales. Son muy antiguos; por ese motivo, cuando se inició tu experiencia que se diría teoléptica, tuviste la impresión de que una persona de la antigüedad se posesionaba de ti y te confería recuerdos antiquísimos.

-Sí -admití.

-Te figuraste que se trataba de un ser humano que había muerto -dijo Sadassa-. ¿No es así? Cuando me ocurrió a mí, también me lo figuré. Me imaginé toda clase de cosas..., eché mano de todas las teorías habidas y por haber. Sivainvi nos deja...

-Yo me inventé esa palabra -interrumpí.

-Esa palabra te fue entregada; te fue colocada en la mente. Es así como todos nos referimos a él. Naturalmente, no es su nombre; no es más que una etiqueta, un análisis de sus propiedades. Sivainvi nos concede un plazo en el que formulamos teorías que se adecuen a nuestra mentalidad a fin de minimizar el sobresalto. Por fin, cuando estamos preparados, se nos confía la verdad. Es un duro golpe que encajar, Nick, el descubrir que la Tierra está en vías de ser invadida selectivamente; evoca espantosas escenas de insectos marcianos, altos como edificios, que se posan en el puente de *Golden Gate* y lo derriban a patadas. Pero esto es otra cosa; esto es a beneficio nuestro. Es selectivo, prudente, y considerado, y su antagonista es también nuestro antagonista.

-Estas formas de vida plasmáticas, ¿se irán después de que Fremont sea suprimido? -pregunté.

-Sí. Han venido varias veces en el pasado, aportando ayuda y conocimientos -conocimientos médicos en particular-, y se han marchado. Son nuestros protectores, Nick; vienen cuando les necesitamos y luego se van.

-Se corresponde con lo que ya sé -dije. Noté que me temblaba el cuerpo, como si tuviera frío-. ¿Puedo pedir a la camarera que me traiga una bebida? -pregunté a Sadassa.

-Claro. Si tienes suficiente dinero, yo tomaría otra. Una *Margarita*.

Pedí dos *Margaritas*.

-Bueno -dije, mientras saboreábamos despacio las bebidas-, ahora ya me es mucho más fácil. No tengo que convencerte.

-Ya he terminado de escribir el material -dijo Sadassa.

-¿Qué material? -pregunté, y entonces lo comprendí. El que iría intercalado como información subliminal en el álbum discográfico-. ¿Ah sí? -dije sorprendido-. ¿Me lo dejas

ver?

-No lo llevo encima. Te lo daré un día de esta semana o de la que viene. Es para ponerlo en un álbum que esperes vender bien; puedes hacer que lo grabe cualquiera, preferentemente uno de tus cantantes más populares. Tendría que ser, si cabe, un exitazo. Este proyecto ha tardado años en desarrollarse, Nick. Diez o doce años. No debe fallar.

-¿Cómo es el mensaje? -pregunté.

-Ya lo verás. En su momento. -Sonrió-. No parece nada del otro mundo.

-¿Pero tú sabes lo que contiene en realidad?

-No -contestó Sadassa-. No del todo. Es una canción sobre la «hora del Partido». Dice algo así como: «Ven al Partido». Suena, es claro, como un partido de béisbol; ya sabes. Después, más adelante, hay un verso que dice: «¿Te *apuntas* al Partido?», y el cantante entona, «Apuntaos todos el Partido». Y un coro dice: «¿Estáis todos en el Partido? ¿Estáis presentes en el Partido?». Sólo que si se escucha con atención, dicen: «¿Está el *Presidente* en el Partido?». Y mientras, el cantante canta algo acerca de «apuntarse al partido» al mismo tiempo que se dice la palabra «presidente», que se repite, de hecho, en una respuesta conjunta: «El Presidente, Presidente, Presidente, se apunta -se apuntó- al Partido», y así sucesivamente. Logré entender esta parte. Pero con el resto no hubo manera.

-Caray -exclamé. Estaba aterrado; veía cómo los sonidos superpuestos se transformarían en una voz que se interferiría.

-Pero este disco que tú producirás y pondrás a la venta en *Discos Progresistas* -continuó Sadassa-, contiene solamente la mitad de la información. Están produciendo otro, no sé quiénes ni dónde, pero Sivainvi sincronizará su salida al mercado con la del tuyo, y los fragmentos de información que ambos discos contienen equivaldrá al mensaje completo. Por ejemplo una canción del otro disco podría empezar así: «En mil novecientos cuarenta y uno», que fue el año en que Fremont se asoció al Partido Comunista. Por si sola, esta cifra nada significa; pero los pinchadiscos pondrán un tema de tu disco y a continuación un tema del otro; con el tiempo la gente oirá toda la información desarrollarse junta, como un único mensaje completo. El azar unirá las dos mitades, emisora tras emisora.

-¿Al final la gente caminará canturreando, «El presidente se apuntó al Partido en 1941»? -dije.

-Sí, más o menos.

-¿Algo más?

-*«Amaré a Michel»* -dijo Sadassa.

-¿Cómo?

-«Amaré a Michel». En la canción se reducirá a «Amaré Michel». Salvo que los vocalistas de apoyo lo transformarán cada tanto de «Amaré Michel» a «ARAMCHECK». Conscientemente, la gente que lo escuche seguirá interpretando las palabras como «Amaré Michel», pero en un nivel inconsciente asimilarán la información alterada. Esto se remonta al famoso...

-Ya sé a qué se remonta -dije-. A la famosa canción que sigue vendiéndose a millones con el coro que dice: *«Fumad droga, fumad droga, todos fumad droga».*

Ella se echó a reír con su risa gutural.

-Exacto.

-Ferris Fremont sabe del satélite, ¿verdad? -pregunté.

-Se lo han imaginado. Y han acertado. Lo han estado buscando, y ahora Giorgi Moyashka lo ha localizado, en colaboración con nuestras estaciones. Entre los Estados Unidos y la URSS han detectado a ARAMCHECK -al satélite- con toda precisión. El satélite que Moyashka lanzará al espacio va por supuesto armado. Hará explosión «accidentalmente», destruyendo de paso al satélite ARAMCHECK.

-¿No se puede enviar otro satélite? -pregunté-. ¿Desde Albemut?

Sadassa dijo:

-Tarda miles de años en llegar.

Aturdido, me la quedé mirando fijamente, sin más.

-¿Y no han lanzado alguno...?

-Hay uno que viene hacia aquí. Llegará mucho después de que todos los humanos que habitan actualmente este planeta hayan muerto. El satélite ARAMCHECK que está ahora en nuestro cielo llegó aquí para la época del gran Imperio Egipcio, desde los tiempos de Moisés. ¿Te acuerdas de la zarza ardiente?

Asentí con la cabeza. Conocía la sensación de actividades de fosfenos que me quitaba la vista: la manifestación de un fuego interminable. Habíamos recibido ayuda en nuestra lucha contra la esclavitud durante mucho tiempo. Pero el satélite tenía ya los días contados. Los rusos conseguirían poner en órbita su satélite en cosa de..., de pronto me di cuenta: probablemente ya tienen uno esperando en la plataforma de lanzamiento. Como último piso de un cohete, con todo a punto. Lo único que deben hacer es programar su rumbo.

-El despegue -dijo Sadassa, como si me adivinara el pensamiento-, tendrá lugar a fines de esta semana. Y luego el satélite se desvanece. La ayuda y la información terminan.

-¿Cómo puedes tomarlo con tanta tranquilidad? -le pregunté.

-Siempre estoy tranquila -repuso Sadassa-. Me enseñé a mí misma a conservar la calma. Llevamos meses sabiendo que esto se avecinaba. Tenemos la información que nos hace falta, tenemos todo lo que íbamos a recibir. Eso debiera bastarnos, el satélite ARAMCHECK ha durado hasta concluir con su labor. Hay aquí en la Tierra las suficientes formas de vida plasmáticas para...

-No creo que lo logremos -dije.

-Pero grabaremos el disco.

-Sí, eso sí -dije-. Podemos empezar mañana. Esta noche, si quieres. Se me han ocurrido un par de nombres de cantantes a quienes podríamos encargar la grabación. Ya proyectábamos sacar unos discos suyos, de todas formas. Son buenos y teníamos la intención de promocionarlos.

-Estupendo -aprobó Sadassa.

-¿Por qué el satélite eligió a los judíos en la antigüedad -pregunté- para comunicarse con ellos?

-Eran pastores, vivían bajo las estrellas; no eran hombres de ciudad, aislados del cielo. Había dos pueblos: Israel y Judá. Sivainvi se comunicó con Judá, con los agricultores y pastores. ¿No has observado que se oye mejor al operador de IA cuando el viento sopla desde el desierto?

-Me preguntaba a qué se debería -dije.

-Lo que recibimos -explicó Sadassa-, son señales de pararadio, un subcampo del haz de ondas radioeléctricas, a fin de que si se descifra el mensaje de radio no signifique nada. Por eso el doctor Moyashka no ha conseguido descifrar las instrucciones que pasaban del satélite a la Tierra; la señal de radio únicamente constituye la mitad de la información total. La intensa actividad de fosfenos que experimentas de tanto en tanto, sobre todo cuando la personalidad plasmática está emitiendo, es un estímulo provocado por la radiación, no por la señal de radio. Ese tipo de radiación nos es desconocido. Salvo por la reacción de fosfenos, pasa inadvertido, y tan sólo la persona que la recibe sufre dicha reacción. Otros organismos pueden sufrir cambios en el volumen sanguíneo y la tensión, pero eso es todo.

Dije:

-Éste no puede ser el único motivo por el que se eligió a los antiguos judíos, por el hecho de que vivieran al aire libre.

-No, no es el único motivo. Fue porque se prestaban a ser abordados y a la comunicación. La actitud de la antigua Judá para con los Imperios tiránicos era idéntica a la nuestra respecto de Ferris Fremont; eran una refractaria porción del género humano, no corrompida por el poder y la majestad. »Siempre lucharon contra los Imperios, cualesquiera que fuesen; siempre se esforzaron por conseguir la independencia, la libertad y la individualidad; fueron la punta de lanza del hombre moderno, se opusieron a la aplastante uniformidad de Babilonia, Asiria

y, sobre todo, Roma. Lo que ellos fueron para Roma en aquellos tiempos, lo somos nosotros para Roma actualmente.

-Pero recuerda lo que ocurrió en el año 70 después de Jesucristo -dije-, cuando se sublevaron contra Roma. Su pueblo fue masacrado por completo, el templo destruido, y se vieron dispersados para siempre.

Sadassa dijo:

-Y tú temes que esto ocurra hoy en día.

-Sí -admití.

-Ferris Fremont nos aniquilará, le ataquemos o no. A finales de esta semana derribará el satélite ARAMCHECK, sirviéndose de la tecnología soviética. Entretanto, los APA tratan de localizar a todas las personalidades mixtas creadas por el satélite..., personas como tú y como yo, Nick. De ahí los equipos de confesión, de ahí la creciente supervisión policial. Tú ignorabas lo que andaban buscando cuando vinieron a verte, pero ellos no.

-¿Han capturado a muchos de nosotros?

-No lo sé -contestó Sadassa-, puesto que rara vez nos comunicamos unos con otros..., tal como tú y yo acabamos de hacer. Pero me han informado de que la mitad de la Organización había sido descubierta -es decir, la mitad de sus miembros, uno a uno- y exterminada. A nosotros no nos encarcelan cuando nos descubren: nos dan muerte. Con frecuencia nos matan como quisieron hacerlo conmigo: por medio de toxinas. En sus arsenales, el Gobierno posee toxinas muy potentes que utiliza como armas en la guerra intestina. No dejan rastros en el cuerpo; ningún forense puede determinar la causa de la muerte.

-Pero tú sobreviviste -dije.

-No se esperaban el hecho de que Sivainvi me curase -dijo Sadassa-. La metástasis del cáncer ya me había plagado el cuerpo antes de que él interviniera y me curase. Me cure en un día; todas las células cancerosas, aún las que me habían afectado la columna vertebral y el cerebro, desaparecieron. Los médicos no pudieron encontrar rastro alguno.

-¿Qué te sucederá cuando destruyan al satélite?

-No lo sé, Nick -dijo con calma-. Supongo que sucumbiré otra vez. O puede que no; puede que la curación de Sivainvi sea permanente.

Si no lo es, comprendí, recuperaré las lesiones internas que sufrí en el accidente de coche. Pero no dije nada.

-¿Qué es lo que más te asusta de toda esta situación? -preguntó Sadassa-. ¿La invasión? ¿Ha sido lo que...?

-El fin del satélite -repuse.

-Entonces no tienes miedo de lo que te ha ocurrido. De lo que nos ha ocurrido.

-No -admití-. Bueno, tengo miedo en el buen sentido de la palabra, porque fue una sorpresa muy grande. Y no lo entendía. Pero me salvó de la Policía.

-Recibiste algo en el correo.

-Sí -dije.

-Pueden detectar la zona general de una transmisión de datos en gran escala. Sabían que el haz de ondas de radio iba dirigido a alguno de tu zona. Es probable que enviaran, me refiero a los criptógrafos de la Policía, material similar a todos tus vecinos más próximos. ¿Qué hiciste con él?

-Telefoneé a los APA. Pero no fui yo, fue... -Titubeé, sin saber cómo referirme a ello.

-Radiante fuego -dijo Sadassa.

-¿Cómo?

-Así es como me refiero a la entidad plasmática que habita en mí; la llamo «radiante fuego». Es una descripción, no un nombre; se asemeja a un pequeño huevo de fuego pálido y frío. Que arde con vida aquí. -Se tocó la frente-. Es extraño llevarlo en mi interior, vivo e inadvertido. Oculto en mí, como lo está en ti. Los demás no lo ven. Está fuera de peligro. -Añadió-: Relativamente fuera de peligro.

-Si me matan -dije-, ¿morirá él conmigo?

Librodot

-Él es inmortal. -Me miró con fijeza unos momentos-. Y también lo eres tú ahora. En cuanto el radiante fuego se vinculó a ti, te transformaste en una criatura inmortal. Mientras él siga su camino, tú seguirás el tuyo con él; cuando muera tu cuerpo y él se vaya, te llevará consigo. Ellos no quieren abandonarnos. Puesto que tú y yo les hemos hospedado y protegido, nos llevarán con ellos a la eternidad.

-¿Una recompensa? -pregunté.

-Sí. Por lo que hemos hecho, o intentado hacer. Ellos conceden igual valor al esfuerzo, la tentativa, que al éxito. Juzgan según la fe que se ha puesto en el empeño. Saben que sólo podemos hacer lo que esté en nuestra mano, que si fracasamos, fracasamos. No podemos sino intentarlo.

-Tú también opinas que vamos a fracasar -dije.

Sadassa no replicó. Tomó un sorbo de su bebida.

26

A finales de semana la Unión Soviética comunicó que se había producido una misteriosa explosión a bordo del satélite interceptor que habían lanzado para fotografiar el satélite de IA. La potencia de la onda expansiva había destruido ambos aparatos. Se ignoraba la causa de la potente explosión, aunque se presumía pudo provocarla el suministro de combustible del satélite soviético. El doctor Moyashka había ordenado realizar una detallada investigación. Sólo se transmitieron dos fotografías del satélite de IA antes de su destrucción; portentosamente, lo mostraban cubierto de picaduras y, por lo visto, deteriorado en parte a causa de las lluvias de meteoritos. De ahí se deducía, pues -según el doctor Moyashka-, que el satélite de IA había atravesado una gran extensión de espacio interestelar antes de alcanzar su posición orbital alrededor de la Tierra. La conclusión de que se trataba de un satélite antiquísimo, que llevaba mucho tiempo en órbita, fue rechazada como poco científica y en desacuerdo con el razonamiento marxista-leninista.

Se acabó, me dije mientras veía la noticia por televisión. Han derribado a Dios, mejor dicho, a la voz de Dios. *Vox dei*, dije en mis adentros. Ya se había desvanecido del mundo.

En Moscú debían haber organizado muchas fiestas animadísimas.

Bueno, pensé sombríamente, una larga época de la historia de la humanidad ha llegado a su fin. Nadie nos dará instrucciones, ya nada existe en nuestro cielo que nos anime cuando estamos deprimidos, que nos levante y nos conserve con vida, que nos cure las heridas. En Washington y Moscú están diciendo: «El hombre por fin ha llegado a la mayoría de edad; no necesita ayuda paternalista». Lo cual es otra forma de decir: «Hemos suprimido esa ayuda, y en cambio gobernaremos, sin ofrecer la más mínima ayuda: tomando sin conceder, gobernando sin obedecer, hablando sin escuchar, llevándonos la vida sin darla». Ya gobiernan los asesinos, libres de intromisiones; los sueños de la humanidad han perdido su objeto.

Esa noche, mientras Rachel, Johnny y yo, además de Pinky nuestro gato, estábamos acostados juntos en la gran cama del dormitorio, una desvaída luz blanca comenzó a materializarse e inundar la habitación.

Tendido en mi sitio de la cama me di cuenta de que nadie más que yo la veía; Pinky dormitaba, Rachel dormía y Johnny roncaba en sueños. Yo solo, despierto, vi crecer la luz, y noté que carecía de foco y de ubicación; llenaba por igual todos los espacios y confería a cada objeto una extraordinaria nitidez. ¿Qué es esto?, me pregunté, y un intenso temor se adueñó de mí. Era como si la presencia de la muerte hubiera penetrado en la habitación.

La luz se tornó tan brillante que distinguía todos los detalles a mi alrededor. La mujer dormida, el niño, el gato que dormitaba, semejaban grabados o pinturas, incapaces de moverse, implacablemente revelados por la luz. Y, además, algo nos miraba desde arriba en tanto que yacíamos allí cual si nos halláramos sobre una superficie puramente bidimensional;

algo que se desplazaba y se servía calculadamente de tres dimensiones, convirtiéndonos a nosotros en criaturas limitadas a dos. No había dónde ocultarse; la luz, la mirada implacable, estaba en todas partes.

Se nos está juzgando, comprendí. La luz se ha encendido sin previo aviso para descubrirnos, y ahora el juez escudriña a todos y cada uno de nosotros. ¿Cuál será su decisión? La sensación de muerte, de mi propia muerte, era profunda; me sentía como algo inanimado, hecho de madera, un juguete tallado y pintado... A los ojos del Juez que nos contemplaba desde lo alto todos éramos juguetes tallados, y él podía levantar a cualquiera de nosotros -y a todos- la pintada superficie siempre que lo deseara.

Empecé a rezar, en silencio. Y luego recé en voz alta. Recé, extrañamente, en latín -una lengua que desconocía-, con expresiones y frases enteras, y siempre rogando por mi perdón. Era eso lo que quería. Fue eso lo que pedí una y otra vez, en muchas lenguas, en todas las lenguas: que el Juez me pesara en silencio y me dejara libre.

La luz desvaída y uniforme se fue apagando gradualmente, y pensé: es a causa de la desaparición del satélite. Ése es el motivo. La muerte ha penetrado a raudales para llenar el vacío. Apenas la vida se ha destruido, lo que queda es inerte. Estoy presenciando el retorno de la muerte.

Al día siguiente Rachel observó que Pinky parecía estar enfermo; estaba sentado inmóvil, y una vez la cabeza se le cayó hacia delante y dio contra el suelo, como a causa de una insoportable fatiga. Al verle me di cuenta de que estaba agonizando. La muerte se lo había llevado a él en mi lugar.

Le llevé en coche al Hospital de Veterinaria de Yorba Linda, y los médicos de allí determinaron que tenía un tumor. Le operaron mientras yo volvía a casa. «A lo mejor podemos salvarle», me dijeron cuando me iba, al ver lo desanimado que estaba, pero yo sabía más que ellos. Así era como todo comenzaba, en todas partes; la primera víctima era, naturalmente, la más humilde.

Media hora después de que llegara al piso, telefoneó una de las veterinarias.

-Es cáncer -me comunicó-. No hay función renal, ni producción de orina. Podemos coserle y vivirá una semana, pero...

-¿Está anestesiado todavía? -pregunté.

-Sí, aún está abierto.

-Déjenle morir -dije. A mi lado, Rachel rompió a llorar. Mi guía, pensé. Ya está muerto. Como Charley. Fíjate, ya se han desencadenado las fuerzas del mundo.

-Hacía tiempo que se le estarían desarrollando esos tumores malignos -decía la veterinaria-. No pesa lo suficiente y está deshidratado, y...

-Murió anoche -dije, y pensé: Se lo llevaron en mi lugar. En el mío, o en el de Johnny o Rachel. Tal vez, pensé, él quiso que fuera así: se ofreció a sí mismo, sabiendo lo que hacía.

-Gracias -dije-. Ya sé que han hecho todo lo posible. Lo comprendo perfectamente.

El satélite había desaparecido de nuestro mundo, y con él los rayos curativos, como los de un sol invisible, que las criaturas percibían pero que pasaba inadvertido. El sol con la curación en sus alas.

Era preferible no contárselo a Sadassa, al menos no decirle de qué había muerto Pinky.

Esa noche, mientras me cepillaba los dientes en el cuarto de baño, sentí que una mano firme y recia se me apoyaba en el hombro desde atrás; el apretón de un amigo. Creyendo que sería Rachel, me di la vuelta. Y no vi a nadie.

Ha perdido su forma animal, comprendí. Nunca fue un gato. Los seres sobrenaturales se enmascaran de criaturas comunes, para pasar entre nosotros, para orientarnos y guiarnos.

Esa noche soñé que una orquesta sinfónica interpretaba una sinfonía de Brahms, y que yo leía los comentarios del álbum. Las palabras se terminaron y apareció el nombre de:

HERBERT

Librodot

Mi antiguo jefe, pensé. Que había fallecido hacía años de una afección cardíaca. Que me enseñó el significado de la dedicación al deber. Un mensaje suyo para mí.

Después del nombre apareció un pentagrama tendido con cuerda de tripa, endentado en el fino papel como por cinco uñas. La firma de Pinky; después de todo, Pinky no podía escribir. Pensé: ¿Mi jefe fallecido, quien tanto me enseñó, ha renacido como Pinky? ¿Para guiarme una vez más y luego partir como antes? Una última nota de él, o de ellos, cualesquiera que fuesen, cuando ya no pudo seguir en este mundo. Una nota de mi amigo. En todo caso, él me guió a lo largo de muchos años; contribuyó a mi formación y luego murió. Que Dios le acompañe, pensé en sueños, y escuché la sinfonía de Brahms, que venía de una cabina de audición de *University Music*: la cabina número tres, detrás de la cual yo había cambiado tantas veces los rollos de papel higiénico del lavabo, como parte de mi trabajo, hace muchos años. Y sin embargo, acababa de estar aquí, apretando afectuosamente mi hombro con su firme mano. Como despedida.

En *Discos Progresistas* habíamos iniciado las sesiones de grabación del nuevo LP, el que estaba en nuestro catálogo y en el que se introduciría, pista tras pista, la información subliminal de ARAMCHECK. Los jefazos de la Compañía me habían autorizado para entregar mi material a *«Los Playthings»*, quienes se encargarían de grabarlo; *«Los Playthings»* eran nuestro grupo nuevo de más impacto. Lo único que me preocupaba era la posibilidad de que se tomaran represalias contra ellos, en cuanto las autoridades se percatasen de la información subliminal. Sería preciso disponer de antemano de mecanismos para exculparles. A ellos y a todo el personal de *Discos Progresistas*.

Por esta razón redacté extensos memorandos en los que me declaraba único responsable de las decisiones referentes a su material, que yo había obtenido y preparado las letras, que el grupo musical no tenía autoridad alguna para suprimir o modificar dichas letras; me llevó casi dos semanas de precioso tiempo el asegurar su protección, pero era imprescindible hacerlo; tanto Sadassa como yo estuvimos de acuerdo. Las represalias, cuando empezaran, serían muy fuertes. Me repugnaba implicar siquiera a *«Los Playthings»*; era un grupo simpático, sin malevolencia para nadie; pero alguien tenía que grabar las pistas del LP, alguien que tuviera gancho comercial. Cuando hube terminado la documentación, que incluía cartas firmadas de *«Los Playthings»* protestando enérgicamente contra las letras por considerarlas incompatibles con su estilo, estaba bastante convencido de su supervivencia definitiva.

Un día que estaba sentado en mi despacho escuchando unas pruebas preliminares para el álbum -que se titularía *«Let's Play!»*-, mi interfono se conectó.

-Una señorita desea verle, señor Brady.

Suponiendo que era una cantante que solicitaba una audición, dije a la secretaria del primer despacho que la hiciera pasar.

Entró una muchacha de cabello corto y verdes ojos, sonriéndome.

-Hola -dijo.

-Hola -contesté, parando las pruebas de *«Let's Play!»*-. ¿En qué puedo servirla?

-Soy Vivian Kaplan -dijo la muchacha, sentándose. Ahora reparé en el brazal de APA y la reconocí: era la APA de la que mi amigo Phil me hablara, la que le había exigido que redactase un informe de lealtad política sobre mí. ¿Qué pintaba aquí? En mi mesa de trabajo, en el magnetófono portátil *Ampex*, estaba la bobina de pruebas de *«Let's Play!»* ante las mismas narices de la muchacha. Pero, afortunadamente, desconectada.

Vivian Kaplan se arregló la falda y luego sacó un bloc y un bolígrafo.

-Usted tiene una amiga llamada Sadassa Aramcheck -dijo-. Igualmente existe la Organización Subversiva que se autodenomina «ARAMCHECK». Y al satélite esclavo extraterrestre que los rusos acaban de volar se lo ha denominado algunas veces el «Satélite ARAMCHECK». -Me lanzó una mirada, apuntando unas palabras con el bolígrafo-. ¿No le parece una asombrosa coincidencia, señor Brady?

No repliqué.

-¿Quiere hacer una declaración voluntaria? -dijo Vivian Kaplan.

-¿Estoy detenido? -pregunté.

-No, de ninguna manera. He intentado sin éxito que sus amigos declarasen acerca de su lealtad política, pero ninguno se preocupó por usted lo bastante como para acceder a ello. Al investigarle nos topamos con esta anomalía; que la palabra «ARAMCHECK» aparecía repetidas veces con relación a su...

-Lo único que tiene que ver conmigo -interrumpí-, es que es el nombre de soltera de Sadassa.

-¿No tiene conexión alguna con la Organización ARAMCHECK o el satélite?

-No -repuse.

-¿Cómo es posible que conociera a la señora Aramcheck?

Dije:

-No debo contestar a estas preguntas.

-Oh, sí que debe. -Vivian Kaplan sacó del bolso una negra cartera de identificación; miré la insignia y comprobé que era una auténtica agente de Policía-. Puede hablar conmigo aquí en su despacho, o bien puede acompañarme al Centro. ¿Qué prefiere?

-¿Puedo llamar a mi abogado?

-No. -Vivian Kaplan meneó la cabeza-. Esto no es esa clase de investigación..., todavía. No se le ha acusado de ningún crimen. Le ruego me ponga al corriente de cómo conoció a Sadassa Aramcheck.

-Ella acudió aquí para solicitar un empleo.

-¿Por qué la contrató?

-Me dio lástima, pues poco tiempo antes había padecido cáncer.

Vivian Kaplan lo anotó.

-¿Sabía que su apellido verdadero fuese Aramcheck? Ella atiende por el de Silvia.

-El nombre que me dio fue el de señora Silvia. -Eso desde luego era cierto.

-¿La habría contratado de haber sabido su nombre verdadero?

-No -dije-. No lo creo; no estoy seguro.

-¿Tiene relaciones personales con ella además de las profesionales?

-No -repuse-. Estoy casado y tengo un hijo.

-Se les vio juntos en el *Del Rey's Restaurant* y en el *La Paz Bar*, ambos de Fullerton; una vez en *Del Rey's* y seis veces en el *La Paz*, todas recientemente.

-Sirven las mejores *Margaritas* del Condado de Orange -dije.

-¿De qué hablan cuando van a *La Paz Bar*? -preguntó Vivian Kaplan.

-De varias cosas. Sadassa Silvia...

-Aramcheck.

-Sadassa es una devota episcopalista. Ha estado tratando de convertirme a su doctrina. Sin embargo, me cuenta todos los chismes de la Iglesia y eso me quita las ganas. -Lo cual también era cierto.

-Grabamos su última conversación en el *La Paz Bar* -dijo Vivian Kaplan.

-¿Ah, sí? -comenté temeroso, intentando recordar de qué habíamos hablado.

-¿Qué es ese disco que tienen intención de sacar? Le daban muchísima importancia. Un nuevo LP de *«Los Playthings»*.

-Será nuestro nuevo disco de impacto -dije; sentía brotar el sudor en mi frente y el pulso me latía a ritmo acelerado-. En *Discos Progresistas* todo el mundo habla de él.

-¿Proporcionó usted las letras para el disco?

-No -repuse-. Solamente el material suplementario; la letra básica, no.

Vivian Kaplan lo anotó todo.

-Será un disco formidable -dije.

-Sí, eso parece. ¿Cuántas copias piensan imprimir?

-Esperamos vender dos millones -dije-. No obstante, el lanzamiento inicial sólo comprenderá cincuenta mil. Para ver qué tal lo recibe el público. -En realidad, me proponía

hacerles triplicar esa cantidad.

-¿Cuándo puede poner una copia a nuestra disposición?

-Si ni siquiera hemos ultimado la matriz todavía -dije.

-Una cinta, pues.

-Sí, una cinta se la podría tener antes. -Se me ocurrió que podría entregarle una cinta en la que faltara el material subliminal; sencillamente no añadiríamos la capa de sonidos superpuestos.

-Somos del parecer -dijo Vivian Kaplan-, tras examinar los indicios, de que tiene una aventura sexual con la señora Aramcheck.

-Bueno -dije-, se los puede meter por el culo.

Vivian Kaplan me miró con fijeza durante un rato, luego anotó unas palabras.

-Eso me incumbe totalmente a mí -dije.

-¿Qué dice su esposa?

-Dice que perfecto.

-Entonces, ¿lo sabe?

No supe cómo responder a esto. Había caído en una trampa verbal, pero una trampa que nada significaba; estaban completamente equivocados. Pensé: tienen la pelota incorrecta; pues que la metan en su propia portería. Estupendo.

-Que nosotros sepamos -dijo Vivian Kaplan-, se ha desligado por completo de su pasado izquierdista de Berkeley. ¿Es así, señor Brady?

-Así es -repuse.

-Puesto que la conoce y puede hablar de ella de manera fidedigna, ¿quisiera redactar una declaración de lealtad política sobre la señora Aramcheck para nuestros archivos?

-No -dije.

-Tenemos una gran confianza en usted, señor Brady, por lo que se refiere a su patriotismo.

-Es natural -dije.

-¿Por qué iba a desdeñar esta oportunidad de reafirmar su reputación? Su expediente quedaría prácticamente cerrado.

-Ningún expediente se llega a cerrar nunca -dije.

-Inactivo, pues.

-Lo siento -dije. Desde que mi voluntad se viera desplazada por el asistente del satélite IA, me costaba trabajo mentir-. No puedo complacerla. Lo que me exige es pernicioso e inmoral; es lo que está destruyendo la estructura de nuestra sociedad. El espionaje mutuo entre los amigos es la más insidiosa crueldad que Ferris Fremont ha infligido a un pueblo que antes era libre. Puede apuntarlo, señorita Kaplan, e incluirlo en mi expediente; mejor aún, puede pegarlo delante de mi expediente como mi declaración oficial para todos ustedes.

Vivian Kaplan se echó a reír.

-Debe estar convencido de que tiene un abogado muy bueno.

-Estoy convencido de que conozco a fondo la situación -dije-. Ahora, si ha terminado, salga de mi despacho. Tengo cintas que escuchar.

Poniéndose en pie, Vivian Kaplan dijo:

-¿Cuándo dispondrá de la cinta para nosotros?

-Dentro de un mes.

-¿Será la que transferirán a la matriz?

-Más o menos.

-Más o menos no es suficiente, señor Brady. Queremos una grabación exacta de lo que habrá en la matriz.

-Claro -dije-. Lo que sea.

Vacilando en marcharse, Vivian Kaplan dijo:

-Recibimos un soplo por teléfono de uno de sus ingenieros de sonido. Dijo que algunas de las pistas adicionales contienen un material muy raro.

-Hummm -dije.

Eso le hizo sospechar.

-¿De qué ingeniero de sonido se trata?

-Conservamos el anonimato de nuestros informantes.

-Es de lo más comprensible -dije.

-Señor Brady -dijo Vivian Kaplan rápidamente-, quiero comunicarle que en esta ocasión se halla a un pelo escaso de ser detenido, al igual que la señora Aramcheck; en realidad, que toda su firma discográfica y cualesquiera que estén íntimamente relacionados con usted, su familia y amigos.

-¿Por qué?

-Tenemos motivos para creer que el álbum *«Let's Play!»* contendrá opiniones subversivas que, probablemente, han sido introducidas en él por usted, la señora Aramcheck y tal vez otras personas. No obstante, le damos el beneficio de la duda: examinaremos el disco antes de su puesta a la venta, y si no encontramos nada en él, podrá distribuirlo de acuerdo con lo previsto. Pero si después de analizarlo encontramos algo...

-Cae el telón -dije.

-¿Cómo?

-El telón de acero.

-¿Y eso qué significa, señor Brady?

-Nada -repuse-. Estoy harto de tantos recelos, de tanto espionaje y tantas acusaciones, nada más. De tantas detenciones y asesinatos.

-¿Qué asesinatos, señor Brady?

-El mío -dije-. Pienso específicamente en eso.

Ella se echó a reír.

-Es usted sumamente neurótico, como indica su perfil. Se preocupa demasiado. Si algo le mata, señor Brady, ¿sabe lo que será? Andar ligando con esa Aramcheck a su edad. La última vez que le hicieron un reconocimiento físico, demostró tener una elevada tensión arterial; eso fue cuando le ingresaron en el Hospital de Downey después de...

-La elevada tensión arterial -dije-, era debida a... -Me interrumpí.

-¿Sí?

-Nada.

Vivian Kaplan aguardó unos momentos y luego dijo, en voz queda y tranquila:

-Ya no tiene el satélite para ayudarle, señor Brady. Ellos se lo cargaron.

-Ya lo sé -dije-. ¿Se refiere al satélite de IA? Sí, los rusos lo volaron; lo vi por televisión.

-Ahora está solo.

-¿Qué quiere decir? -pregunté.

-Usted ya me entiende.

-Pues no -logré articular; mentir me suponía un esfuerzo, un terrible esfuerzo, una ofensa contra mí mismo. Apenas si podía hacerlo-. Me figuraba que la actitud oficial de los Estados Unidos respecto de ese satélite era que..., ¿qué chorrada dijeron? «Un satélite de los nuestros desechado», o algo por el estilo. Que no procedía del espacio exterior; que no valía para nada. Nuestras señales obsoletas que nos llegaban de rebote.

-Eso fue antes de que la Unión Soviética lo fotografiara.

-Ah -dije, asintiendo con la cabeza-. Así que ahora la versión ha cambiado.

-Sabemos lo que era ese satélite -dijo Vivian Kaplan.

-Entonces, ¿cómo pudieron destruirlo? ¿Qué clase de mente perturbada fue capaz de dar la señal para destruirlo? Yo a usted no la entiendo y usted no me entiende a mí. Para mí que está loca. -Guardé silencio; ya había dicho demasiado.

-¿Quiere que una entidad extraterrestre domine su mente? ¿Le ordene lo que tiene que hacer? ¿Quiere ser un esclavo de...?

-¿Qué coño se creen ustedes que son, señorita Kaplan? -exclamé-. Eso es lo que son los APA, un grupo de robots que reciben órdenes ciegamente y se dirigen ciegamente a coaccionar a todos aquellos que aún no están en la red para convertirlos en robots como

ustedes, siguiendo todos la voluntad del líder. ¡Y vaya líder!

-Adiós, señor Brady -dijo Vivian Kaplan, y la puerta de mi despacho se cerró tras ella; se había ido.

Acabo de poner la cabeza en el lazo, me dije. Tal como le ocurrió a Phil con ella; parece tener la habilidad de conseguir que uno lo haga de una u otra forma. Phil lo hizo de una forma, yo lo he hecho de otra. Espero que le paguen un buen sueldo, me dije. Se lo merece. Sería capaz de entrampar al más pintado.

Ya tienen suficientes pruebas en contra mía, comprendí, para ordenar mi detención cuando les dé la gana. Pero siempre las han tenido. Qué más da. Grabaron nuestra conversación en *La Paz Bar*; disponen de cuanto les hace falta. Y, de todas formas, los trámites correspondientes y las garantías constitucionales ya no se observan siquiera; y en asuntos como éste se recurre siempre a la cuestión de la Seguridad Nacional. Conque al diablo con todo. Me alegro de haberlo dicho. No he perdido nada que no hubiera perdido ya.

No queda mucho que no se haya perdido, me dije. Ahora que el satélite se ha marchado.

Dentro de mí se agitó el radiante fuego; sentí su presencia. Seguía con vida, seguía acompañándome. Alejado de todo mal: sin peligro.

No estaba completamente solo. Vivian se había equivocado.

27

Me reuní con Sadassa en medio de un naranjal de Placentia; paseamos juntos cogidos de la mano, hablando en voz baja. Tal vez estaban grabando lo que decíamos, o tal vez no. En todo caso habíamos de conferenciar. Debía tenerla al corriente.

En primer lugar, había algo que deseaba preguntarle.

-El satélite ha desaparecido -dije mientras paseábamos-, pero de vez en cuando todavía veo algo; una imagen sobrepuesta y en color, como si fuera una nueva transmisión por satélite dirigida a mí. -Todo lo que me mostraran anteriormente había resultado comprensible, por lo menos después de un análisis suficiente; esto, sin embargo, no lograba desentrañarlo-. Tiene que ver con... -me interrumpí; había estado a punto de mencionar a Pinky.

Lo que ahora veía era una puerta, proporcionada según la medida que los griegos denominaban Rectángulo Áureo, que ellos habían considerado como la perfecta forma geométrica. Repetidas veces veía esta puerta, que estaba marcada con letras del alfabeto griego y de la que sobresalían formaciones naturales que se asemejaban a ella: una mesilla para diccionarios, un bloque de basalto, una caja de altavoz. Y en cierta ocasión, increíblemente, había visto a Pinky empujando desde más allá de la puerta para penetrar en nuestro mundo, sólo que no era como había sido, sino mucho mayor, más feroz, como un tigre, y sobre todo, lleno a rebosar de vida y salud.

Ahora conté a Sadassa que había visto el contorno de la puerta, y ella me escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza. Finalmente le dije lo que vislumbrara al otro lado de la misma: un paisaje inmóvil, nocturno, un oscuro mar en calma, firmamento, el margen de una isla, y, cosa sorprendente, la estática silueta de una mujer desnuda que estaba de pie en la arena, a la orilla del agua. La había reconocido: era Afrodita. Había visto fotografías de estatuas griegas y romanas que la representaban. Las proporciones, la belleza y sensualidad, eran inconfundibles.

-Contemplas -dijo Sadassa en tono pesimista-, la última imagen decreciente del amor, que se aleja de ti ahora que el satélite ha desaparecido. Una suerte de imagen crepuscular.

-Mi gato muerto -dije- se encuentra allí.

-Está en la orilla opuesta -dijo Sadassa-. En la otra tierra, de la que ahora se desvanecerá, y ello será el final; ya no verás nada más. -Se echó a reír, pero sin ganas-. Es lo mismo que cuando se apaga el televisor; la imagen va disminuyendo hasta esfumarse del todo. Una carga residual.

-Es muy hermoso -dije-. Reina un perfecto equilibrio. -Me acordé, entonces, de las primeras pinturas abstractas, la actividad de fosfenos que diera inicio al desbordamiento de mi mente humana por el pensar superior del satélite-. Sigo opinando que debiera haber una forma de ir al otro lado.

-Hay una forma.

-¿Cuál es? -pregunté, y entonces me acordé de Pinky-. Oh -dije-. Ya entiendo a qué te refieres.

-Afrodita era la diosa de la fertilidad -explicó Sadassa-, así como del amor. Yo también lo veo, Nicholas; veo la puerta que no podemos franquear. Veo el paisaje inmóvil que no podemos alcanzar. Allí existe la fuente de la vida; en otro tiempo estuvo en órbita en nuestro cielo. Éste es un mensaje residual que el satélite ya había depositado en nosotros antes de su destrucción, una despedida para cada uno. Para que recordemos..., para seguir con nosotros. Una despedida y una promesa.

Dije:

-Nunca he visto algo tan hermoso.

Cambiando de tema, dijo Sadassa:

-¿Qué piensas hacer con respecto a Vivian Kaplan? Éste es el problema más urgente.

-Le daremos una cinta -dije- a la que le falte el material subliminal. Eso les satisfará durante algún tiempo. Después empezaremos el moldeado de los discos. Mandaré hacer unos cuantos discos de una matriz en la que falte el material subliminal y les entregaré uno de ellos. Guardaré algunos más de éstos en mi despacho; de este modo, si irrumpen en él y los roban, lo que encuentren confirmará lo que hay en la cinta. Por último, nos jugaremos del todo y empezaremos a enviar a la calle los discos que contienen el material subliminal. Y luego nos sentaremos cómodamente a esperar a la Policía. Irán de una emisora de radio a la siguiente, y de una tienda de discos a la otra, confiscando los discos, pero es posible que queden algunos, y una cierta cantidad de ellos se escucharán antes de que esto ocurra. Y, naturalmente, en cuanto nos detengan, a nosotros y a nuestras familias, nos matarán. De eso no cabe la menor duda.

-Sí -convino Sadassa.

-Lo que me sabe mal -dije-, es que sé que ya hemos caído en la trampa. Están enterados de lo que estamos haciendo; saben lo del disco. Al menos saben que existe ese disco y que probablemente planeamos alguna acción política a propósito de él. Quieren ver el original terminado y manufacturado, para poder escucharlo y determinar su contenido. Estamos haciendo lo que quieren que hagamos. Bueno, tal vez no; tal vez no están seguros, están haciendo conjeturas y preguntas, basándose en sospechas. La Policía es tan mentirosa... Tal vez no hubo ningún ingeniero de sonido que les telefoneó para darles el soplo. Tal vez no grabaron nuestra conversación en el *La Paz Bar*. Lo más que pueden saber es que *«Let's Play!»* es nuestro nuevo álbum de impacto, que hemos invertido en él mucho tiempo y esfuerzo; por tanto la Policía, con su mentalidad recelosa por naturaleza, se huele que debe tratarnos severamente, pedirnos una cinta y una copia antes de la distribución, más que controlarlo de la forma habitual.

-Yo digo que mienten -afirmó Sadassa-. Que farolean. Desde luego cabe esta posibilidad. Debiéramos continuar.

-Si nos detenemos ahora -dije-, no nos matarían.

-Continuemos -dijo Sadassa.

-¿Sabiendo que no tenemos posibilidad alguna de escapar?

Ella asintió en silencio.

-No pienso más que en Johnny -dije-. Sivainvi me hizo ungirle y todo..., hasta le dio un nombre secreto. Creo que este nombre perecerá con él, el día menos pensado, muy pronto.

-Si Sivainvi te mandó hacer eso, tu hijo vivirá.

-¿Estás segura? -pregunté.

-Si -afirmó.

-Ojalá tengas razón.

-Puede que Sivainvi ya no esté aquí -dijo Sadassa-, pero dentro de todos nosotros...

-Ya lo sé -repuse-. El otro día lo sentí moverse. Sentí la nueva vida en mi interior. El segundo nacimiento..., el nacimiento que viene de lo alto.

-Y es eterno. ¿Qué más podríamos esperar? Estamos vinculados a ello. Si tu cuerpo o el mío mueren, el radiante fuego escapa hacia la atmósfera y nuestra esencia le acompaña. Al final nos reuniremos, como un único ser, y estaremos siempre juntos. Hasta el regreso de Sivainvi. Todos nosotros: tú, yo, los demás. Por muchos que seamos.

-Comprendo -dije-. Me parece bien.

-Déjame hacerte una pregunta -dijo Sadassa-. De todo cuanto te mostró el satélite, ¿cuál fue la...? No sé cómo decirlo.

-¿La perspectiva última de las cosas?

-Sí. La más profunda. La que ahondará más. Porque cuando se apodera de ti te revela tantas cosas sobre el Universo.

Dije:

-Hubo unos momentos en que vi el Universo como un organismo vivo.

-Sí -dijo ella, asintiendo lúgubremente con la cabeza.

-Y nosotros estamos en él. Fue una experiencia tan extraña..., es difícil de explicar. Era como una colmena con millones de abejas, y todas se comunicaban a lo largo de enormes distancias mediante luz de color. Estructuras de luz, que viajaban de un punto a otro, y nosotros estábamos en lo más hondo. Una constante comunicación y correspondencia con señales emitidas por... bueno, las abejas o lo que fueran; acaso fueran estrellas o sistemas estelares de organismos sensibles. De todas formas, esta comunicación por señales se prolongaba sin pausa, en estructuras cambiantes, y yo oía un zumbido o un ruido semejante al de un timbre, que emitían todas las abejas al unísono.

-El Universo es una gran mente colectiva -dijo Sadassa-. Yo también lo vi. La visión definitiva que nos fue impuesta: cómo son las cosas comparadas con su simple apariencia.

Dije:

-Y todas las abejas, conforme se comunican recíprocamente por señales a través de grandes distancias, están en curso de pensar. De modo que el organismo entero piensa por medio de ello. Y ejerce presión de principio a fin, también a grandes distancias, a fin de coordinar cada parte con el objeto de que se halle sincronizada en un designio común.

-Está vivo -dijo Sadassa.

-Sí -admití-. Está vivo.

-Las abejas -explicó Sadassa-, me fueron descritas como emisoras. Tal como si transmitieran y recibieran en una red. Cada una de ellas se iluminaba al transmitir. Me imagino que los colores eran frecuencias distintas predeterminadas del espectro luminoso. Un enorme Universo de emisoras de transmisión y recepción; pero, Nicholas, a veces muchas de ellas, modificándose en momentos distintos, estaban oscuras. Estaban provisionalmente inactivas. Pero seguí observando emisoras iluminadas que recibían transmisiones desde distancias tan remotas que..., me parece que utilizamos la palabra «parsecs» para distancias así.

-Era hermosa -dije-. La estructura de luces cambiantes formada por las emisoras activas.

Dijo Sadassa:

-Pero algo se había introducido furtivamente en ella, Nicholas, algo que apagó varias de las emisoras. Las suprimió para que nunca volvieran a iluminarse. Y las sustituyó por sí mismo, como un manto que cayera sobre ellas aquí y allá.

-Pero se crearon nuevas emisoras para reemplazarlas -dije-. En lugares inesperados.

-Este planeta no recibe ni transmite -dijo Sadassa al cabo de un momento-. Con excepción de los pocos de nosotros, unos cuantos miles en tres mil millones, guiados por el satélite. Y ahora ya no lo estamos. Por lo tanto, nos hemos oscurecido.

-Hasta que llegue el satélite de repuesto.

Dijo Sadassa:

-¿Vimos una especie de cerebro?

-Se parecía más a uno de esos parques infantiles con botones de colores clavados por todas partes. -Su analogía me resultaba demasiado seria: un Universo pensante, como un enorme cerebro.

-Lo que nos mostraron es algo grandioso -dijo Sadassa-. Otear desde esa atalaya, la atalaya definitiva. Tendríamos que guardarlo para siempre como un tesoro. Aún cuando las emisoras de esta región local, o sector, se hallen todas ensombrecidas y ya no iluminen, es una escena que debemos recordar. Al igual que este satélite que nos deparó su revelación última sobre la naturaleza de las cosas: las sinapsis de un cerebro vivo. Y el nombre que dimos a su forma de operar, a su conciencia de sí mismo y sus numerosas partes... -Me dedicó una sonrisa-. Por eso viste la figura de Afrodita. Es eso lo que conserva en armonía a los miles de millones de emisoras.

-Sí -dije-, estaban en armonía, y a semejantes distancias. No existía coacción alguna, únicamente la concordia.

Y la coordinación de todas las emisoras de transmisión y recepción, pensé, que denominamos Sivainvi: Sistema de Vasta Inteligencia Viva. Nuestro amigo que no puede morir, que se halla a este lado de la tumba y al otro. Su amor, me dije, es mayor que los Imperios. E infinito.

Sadassa carraspeó.

-¿Cuándo prevés que tendrás la cinta?

-A fin de mes.

-¿Y los discos originales?

-Primero la matriz y luego los originales. No llevará mucho tiempo, en cuanto tengamos la cinta. Yo no tengo nada que ver con ello. Mi papel habrá terminado apenas la cinta esté lista y autorizada.

Dijo Sadassa, lúgubremente:

-Prepárate a que se presenten en cualquier momento y embarguen una estampa. Justo en plena producción.

-Ya -dije-. Dispondremos de varias estampas limpias y varias con el material subliminal..., puede que embarguen una estampa limpia. Quizá nos acompañe la suerte.

-Todo dependerá -dijo Sadassa- de la que embarguen, una con el material, o una sin él.

Tenía razón. Y eso no podíamos controlarlo. Ni tampoco ellos.

-Por cierto -dijo Sadassa-. Quiero me desees suerte; tengo hora con el médico el último día del mes. Para enterarme de si aún estoy en remisión.

-Te deseo toda la suerte del mundo -dije.

-Gracias. Estoy algo preocupada. Sigo perdiendo peso... Me cuesta trabajo comer, nada más. He bajado a cuarenta y dos kilos. Y ahora que el satélite ya no existe... -Me dedicó una triste sonrisa.

La rodeé con el brazo y la atraje hacia mí; era ligera y frágil, como un simple pájaro. La besé, entonces, por primera vez. En esto se rió con una risilla apagada que le salía del fondo de la garganta, y se arrimó a mí.

-Detendrán a tu amigo Phil -dijo Sadassa-. El que escribe ciencia-ficción.

-Ya lo sé -repuse.

-¿Vale la pena? ¿Suprimir su carrera junto con la tuya?

Y, pensé, su vida...

TERCERA PARTE - PHIL

28

...junto con la mía, pensé para mí. Si Nicholas lleva esto a cabo nos meterán juntos en chirona. Vaya novedad.

-¿Crees que vale la pena? -le pregunté-. ¿Destruirte a ti mismo, a tu familia y a tus amigos?

-Es necesario -aseguró Nicholas.

-¿Por qué? -insistí. Estaba a medio escribir una nueva novela, la mejor hasta la fecha-. Nicholas -dije-, ¿qué contiene el material que ponéis en el elepé?

Estábamos sentados en las gradas del *Anaheim Stadium*, viendo jugar a los *«Angels»*. Lanzaba Nolan Ryan; era un partido formidable. *«Pittsburgh»* la estaba pifiando de mala manera. El último partido de béisbol al que asistiría, me dije amargamente mientras echaba un trago de mi botella de cerveza *Falstaff*.

-Información que con el tiempo derribará a Fremont del poder -dijo Nicholas.

-Eso no lo conseguiría ningún tipo de información -afirmé. No tenía tanta fe en la palabra escrita o hablada; no era tan ingenuo-. Y, además, la Policía os impediría sacar el disco. A lo mejor ya lo saben todo de él.

-Es muy probable -admitió Nicholas-. Pero hemos de intentarlo. Puede que sólo ande metida en ello ese engendro de la APA, Vivian Kaplan; puede que se lo haya tomado como algo personal y se dedique a investigar por su cuenta para ponerse las botas. Sus sospechas bien pudieran no ser competencia de la Policía.

-Todas las sospechas son competencia de la Policía -dije.

-Nuestro ilustre Presidente -dijo Nicholas- ha sido un durmiente del Partido Comunista.

-¿No es una calumnia? -pregunté-. ¿O puedes demostrarlo?

-En el material vamos a incluir nombres, fechas, lugares y Dios sabe qué más. Suficiente para...

-Pero no puedes probarlo -dije-. No tienes documentos.

-Tengo los detalles. Mejor dicho, los tiene la persona que trabaja conmigo. Irán todos en el disco, en forma subliminal.

-Y luego inundaréis América.

-Exacto.

-Y todo el mundo se despierta una mañana -dije-, cantando: «Fremont es rojo; Fremont es rojo; más vale que Fremont muera que rojo sea», etcétera. Cantando la información al unísono.

Nicholas asintió con la cabeza.

-Un millón de gargantas -dije-. Cincuenta millones. Doscientos millones, entonarán: «Más vale que muera que rojo sea; más vale que...»

-No es cosa de risa -dijo Nicholas severamente.

-No -convine-. No lo es. Significa nuestras vidas. Nuestras carreras y nuestras vidas. El Gobierno falsificará documentos para rebatiros, si hacen caso siquiera de la calumnia.

-Es la verdad -afirmó Nicholas-. Fremont fue adiestrado como agente de Moscú; los soviéticos se han hecho cargo del poder secretamente, sin efusión de sangre e inadvertidos. Tenemos los hechos.

-Caramba -dije, cuando sus palabras comenzaron a causarme efecto-. No es de extrañar que la Unión Soviética no le critique en lo más mínimo.

-Lo tienen por un gran hombre -dijo Nicholas.

-Bueno -dije-, hazlo.

Nicholas me lanzó una mirada.

-¿Estás de acuerdo? Por eso tenía que decírtelo. Ella dijo que debía hacerlo.

-¿Se lo has dicho a Rachel?

-Lo haré.

-Johnny tendrá otros padres -dije. Y, pensé, algún otro tendrá que escribir la gran novela americana de ciencia-ficción-. Hacedlo -dije-, y hacedlo bien. Imprimid un millón de puñeteros discos. Dos millones. Mandad una copia a todas las emisoras de Estados Unidos, en AM y FM. Enviadlos al Canadá, a Europa y a Suramérica. Vendedlos a ochenta y cinco

centavos. Regaladlos en los supermercados. Fundad un *Club del Disco* de ventas por correo y ofrecedlos gratuitamente a los suscriptores. Dejadlos en los umbrales. Tenéis mi aprobación. Meteré el material en mi nueva novela, si queréis.

-No, no queremos que lo hagas -dijo Nicholas.

-¿Os dijo Sivainvi que lo hiciérais? ¿Os está guiando?

-Sivainvi ha desaparecido. Una cabeza nuclear se lo llevó, se llevó su voz.

-Ya lo sé -repuse-. ¿Le echas de menos?

-Más de lo que nunca podré expresar. Ya no volveré a oír al operador IA mientras viva, ni a él..., ni a ninguno de ellos.

-El entrañable Moyashka -dije.

-Tiene que resultar maravilloso ser el principal astrofísico de una nación y derribar cosas del cielo. Cosas que no se comprenden. En nombre de comunicarse con ellas.

-Pero, a pesar de todo, tenéis la información sobre Fremont.

-En efecto -dijo Nicholas.

-Ahora formas parte de ARAMCHECK -dije. Me había imaginado a quién se refería el «nosotros», a qué Organización.

Nicholas asintió.

-Es un placer conocerte.

-Gracias -contestó Nicholas. Y luego dijo-: Vivian vino a verme.

-¿Vivian? -pregunté. Y luego me acordé de ella-. ¿Con qué pretexto?

-El disco que estamos produciendo.

-Entonces lo saben. Lo saben ya.

-Le proporcionaré una muestra amañada, sin el material subliminal. Veremos si eso nos da el tiempo suficiente para sacar el auténtico disco.

-Irrumpirán en *Discos Progresistas* y os robarán las estampas para la matriz.

-Algunas de ellas estarán limpias.

-Se apropiarán de todas.

-Contamos con que roben uno representativo.

-No tenéis posibilidad alguna -dije.

-Puede que no -admitió Nicholas; no trató de convencerme de lo contrario.

-Un asalto quijotesco al régimen -comenté-. Nada más. Bueno, hazlo a pesar de todo. Qué diablos; se nos van a cargar de todos modos. Y ¿quién sabe? Puede que algún APA lo escuche y despierte a la realidad. Durante cierto tiempo. Estas cosas nunca se saben... A veces una idea se hace popular y nadie logra explicar el porqué. De todas formas ya has ido demasiado lejos como para retroceder, ¿verdad? Así que hazlo, y hazlo con todas las de la ley; cuando los APA escuchen el disco puede que el material subliminal se les meta en la cabeza y sólo con eso baste. Tienen que escuchar el disco para enterarse de lo que habéis hecho; aunque si no resulta...

-Me alegro de que no tengas inconveniente en que te arrastre conmigo -dijo Nicholas. Y nos estrechamos las manos.

Los *«Angels»* ganaron el partido, y Nicholas y yo salimos juntos del estadio. Subimos a su *Maverick* verde y nos agregamos al montón de coches que maniobraban para encaminarse por State College. Al poco rato ibamos camino de Placentia.

Un gran coche azul se detuvo delante de nosotros; al mismo tiempo un coche-patrulla nos hizo señales con su luz roja detrás de nosotros.

-Nos hacen desviar -dijo Nicholas-. ¿Qué habré hecho?

En cuanto llegamos al bordillo y nos detuvimos, se abrieron las portezuelas del coche azul y de él saltaron varios milicianos de la Unidad Especial de Investigación de los APA; al instante uno de ellos estaba enfrente del *Maverick*, apoyando su pistola en la cabeza de Nicholas.

-No se mueva -dijo el poli.

Librodot

-No me muevo -replicó Nicholas.

-¿Qué es este...? -empecé a decir, pero guardé silencio en cuanto me metieron el cañón de una pistola en las costillas.

Unos segundos después, a Nicholas y a mí nos habían metido a empellones en el *Ford* azul sin marcas; se cerraron las portezuelas y se bloquearon electrónicamente. El coche se adentró en el tráfico y dio media vuelta. Nos dirigíamos al Cuartel General de los APA del Condado de Orange..., yo lo sabía y Nicholas también. Los polis no tenían que decírnoslo.

-¿Qué hemos hecho? -pregunté cuando penetramos en el garaje subterráneo del Cuartel General de los APA.

-Ya se les comunicará -dijo un poli, indicándonos que bajáramos del coche; aún llevaban las pistolas; tenían facha de locos, mezquinos y odiosos. En mi vida había visto caras tan crispadas por el odio.

Nicholas, al bajar del coche, me dijo:

-Creo que nos siguieron al estadio de béisbol.

El estadio de béisbol, pensé atemorizado. ¿Quieres decir que pueden grabar una conversación en un estadio, en pleno partido de béisbol? ¿En medio de semejante muchedumbre?

Enseguida nos llevaron por un húmedo túnel de oscuro hormigón, por debajo de los despachos de la planta baja; subimos una rampa, llegamos a un ascensor, nos tuvieron allí unos momentos, y luego entramos en él. Un poli apretó un botón y poco después nos hallábamos en un pasillo muy iluminado, con suelos encerados, y nos conducían a un amplio despacho.

Vivian Kaplan y varios APAs más, incluido un policía de alto rango con bandas y galones de oro, estaban sentados o de pie en torno a la estancia, con aspecto ceñudo.

-Os seré franca -dijo Vivian Kaplan, pálida de cara-. Te colocamos encima un aparato de grabación, Nicholas, cuando hacíais cola ante la taquilla. Grabamos toda vuestra conversación durante el partido.

El agente de Policía de alto grado dijo en voz ronca:

-Ya he ordenado que se clausure *Discos Progresistas* y se embarguen sus propiedades y fondos. No se fabricará ni pondrá a la venta disco alguno. Se acabó, señor Brady. Y estamos en vías de detener a la muchacha de ARAMCHECK.

Tanto Nicholas como yo guardamos silencio.

-¿Trataba de meter material subliminal en un disco diciendo que el presidente Fremont es un agente del Partido Comunista? -dijo Vivian, en tono de incredulidad.

Nicholas no dijo palabra.

-Puf -dijo estremeciéndose-. Qué insensatez. Qué aberración. Ese miserable satélite vuestro..., bueno, ya ha desaparecido; ha desaparecido para siempre. Lo sorprendimos radiando material subliminal en las emisiones de televisión a las horas de mayor audiencia, pero sólo tenía potencia para interferir zonas reducidas simultáneamente. Nunca dijo nada semejante. ¿Te dijo él esas tonterías? ¿Te mandó decir eso?

-No tengo nada que decir -dijo Nicholas.

-Lleváoslo y matadle -ordenó Vivian Kaplan.

La miré aterrado.

Dijo el agente de policía de alto rango:

-Podría decirnos...

-No hay nada que no sepamos -le interrumpió Vivian.

-De acuerdo. -El agente hizo una señal; dos APAs agarraron a Nicholas y le sacaron a empujones del despacho. Mientras se lo llevaban, Nicholas no habló ni miró hacia atrás. Observé cómo se iban, impotente y paralizado.

-Vuélvele a traer -dije a Vivian-, y te contaré todo lo que me ha dicho.

-Ya no es un ser humano -repuso Vivian-. Está controlado por el satélite.

-¡El satélite ha desaparecido! -exclamé.

-Hay un huevo depositado en su mente -dijo Vivian-. Un huevo extraterrestre, para el que Brady es un nido..., siempre los matamos cuando damos con ellos. Antes de que el huevo se abra.

-¿Éste también? -le preguntó un APA, encañonándome con una pistola.

-No forma parte de ARAMCHECK -contestó Vivian. Se dirigió a mí-: A ti te conservaremos con vida, Phil; publicaremos libros con tu nombre y escritos por nosotros. Nos hemos pasado varios años preparándolos; existen ya. Tu estilo es fácil de imitar. Se te permitirá hablar en público, lo suficiente para que confirmes que son libros tuyos. ¿O prefieres que te matemos de un tiro?

-Matadme -dije-. Malnacidos.

-Publicaremos los libros -continuó Vivian-. En ellos te irás ajustando gradualmente a la actitud del sistema, libro tras libro, hasta que llegues a un punto que podamos aprobar. Los primeros contendrán todavía algunas de tus opiniones subversivas, pero como estás envejeciendo, a nadie sorprenderá que te ablandes.

La miré con fijeza.

-Entonces habéis tenido intención de detenerme desde el principio.

-Sí -dijo ella.

-Y de matar a Nicholas.

-No teníamos tal intención; ignorábamos que estaba controlado por el satélite. Phil, no hay alternativa. Tu amigo ya no es...

-Vivian -dije-. Déjame hablar con Nicholas antes de que le matéis. Por última vez.

-¿Te avendrás a colaborar luego? ¿En cuanto a tus libros?

-Sí -repuse, aunque no pensaba hacerlo; trataba de ganar tiempo para Nicholas.

Vivian cogió un walkie-talkie y habló por él.

-Suspended la ejecución de Nicholas Brady. De momento pasará a una celda.

El walkie-talkie dio un chasquido y de él brotó una voz sorda:

-Lo siento, señorita Kaplan; ya está muerto. Espere..., lo compruebo en un segundo. -Un silencio-. Sí, está muerto.

-Está bien -dijo Vivian-. Gracias. -Se dirigió a mí, tranquilamente-: Demasiado tarde, Phil. Es norma de la Policía no demorarse en...

Me abalancé sobre ella, tratando de asestarle un golpe en la cara. En mi imaginación, una fantasía suprimió la realidad: en mi imaginación le di de puñetazos en la cara, en plena boca, sentí cómo sus dientes se rompían y se hacían pedazos, sentí cómo su nariz y su rostro se hundían. Pero era un sueño, un deseo y nada más; los APA se me echaron encima al instante, separándome de ella y aporreándome. Una culata me golpeó en la cabeza y la escena -y el sueño- se esfumaron.

29

Recobré el conocimiento, no en la cama de un hospital, sino en una celda de prisión.

Incorporándome, sentí dolor en todas partes. A poco descubrí que tenía el pelo costroso de sangre. No me habían dado atención médica, pero me traía sin cuidado. Nicholas estaba muerto, y Rachel y Johnny, que no habían hecho nada, ya estarían rodeados. *Discos Progresistas* ya no existía; los habían sepultado en el fango, eliminado, antes de que su disco saliese siquiera a la luz. Se acabó el gran proyecto, me dije. Se acabó la idea de que un puñado de personas pudieran derrocar una tiranía policial.

Ni siquiera con la ayuda de Sivainvi, pensé.

Mi amigo está muerto, me dije. El amigo que me ha acompañado a lo largo de media vida. Ya no existe ningún Nicholas Brady que crea en locuras, que las escuche, que disfrute de ellas.

Y jamás se iba a rectificar. Ninguna fuerza, ninguna entidad superior llegaría y lo pondría

todo en orden. La tiranía seguiría su camino; Ferris Fremont continuaría en el poder. Nada se había logrado, salvo la muerte de amigos inocentes.

Y yo nunca volveré a escribir un libro, comprendí; los escribirán todos -han sido ya escritos, en realidad- las autoridades en mi lugar. Y los que se interesaban por mis obras y creían en lo que tenía para decir, van a escuchar la voz de unos lacayos anónimos de los Departamentos de Washington, unos hombres que llevan corbatas de moda y caros trajes modernos. Unos hombres que dicen ser yo, pero que no lo son. Unas criaturas que hacen ruidos fastidiosos, como las serpientes, a imitación de mi estilo... y salen impunes.

Y no tengo recurso alguno, me dije. Ninguno.

Dos polis entraron en la celda. Habían estado espiando por un circuito interno de televisión; vi la cámara instalada en el techo y me percaté de que habían estado esperando que yo recobrase el conocimiento.

-Acompáñanos.

Fuí con ellos, despacio y penosamente por un corredor; me costaba trabajo caminar. Me llevaron a lo largo de sucesivos pasillos hasta que delante de mí vi una puerta partida que llevaba el rótulo de MORGUE.

-Así lo verás con tus propios ojos -dijo uno de ellos pulsando un timbre.

Un momento después contemplaba el cuerpo de Nicholas Brady. No cabía duda de que estaba muerto. Le habían disparado al corazón, por lo que su rostro era fácilmente identificable.

-Ya vale -dijo uno de los polis-. Volvemos a la celda.

-¿Por qué me lo han enseñado? -pregunté al regresar.

Ninguno de los dos polis contestó.

Estando sentado en la celda, caí en la cuenta de por qué me habían enseñado el cadáver de Nicholas. Ello daba a entender que era cierto lo que le habían hecho, y lo que me harían a mí; era la inexorable realidad. Esta vez la Policía no estaba mintiendo.

Pero, pensé, acaso una parte de la Organización ARAMCHECK pervive todavía. Que hayan eliminando a Nicholas no significa que los hayan eliminado a todos.

La muerte de los hombres, pensé, es algo horrible. La muerte de los hombres buenos es aún peor. La tragedia del mundo. Sobre todo cuando es inútil.

Me pasé un rato dormitando, afligido y apenado, conmocionado todavía por la muerte de mi amigo. Por fin desperté de mi estado de aturdimiento cuando Vivian Kaplan entró en la celda. Llevaba un vaso en la mano y me lo tendió.

-Bourbon -dijo-. *Jim Beam*. Sin mezcla.

Me lo bebí. Qué diablos, pensé. Era auténtico bourbon... olía y sabía a bourbon. Hizo que me sintiera mejor inmediatamente.

Vivian se sentó en el camastro frente a mí; llevaba un puñado de papeles y parecía estar satisfecha.

-Has detenido a todo el mundo -dije.

-Hemos desmantelado la Compañía Discográfica aún antes de que tuvieran lista la cinta. También hemos encontrado el material que pensaban intercalar. -Examinando una hoja de papel mecanografiada, leyó-: «¡Apúntate al Partido!». No, se titula: «¡Ven al Partido!». Después dicen «apúntate al Partido». Y aquí hay otra: «Amaré a Michel que me salvó, que organizó todo mi mundo». El coro de fondo lo transforma en: «ARAMCHECK salvó el mundo». Ahora en serio, ¿no es tonto?

-Habría surtido efecto -afirmé.

-«¿Está el *Presidente* en el Partido?» -dijo Vivian con sarcasmo-. Me preguntó cuál de ellos inventó estas tonterías. Y con esta basura se proponían saturar el mercado. Puede que hubiera sugestionado a unos cuantos subconscientemente. Nosotros también utilizamos esta técnica, pero no de esa manera tan tosca.

-Y tampoco con los mismo fines -dije.

-¿Quieres ver el original de tu próximo libro?

-No -repuse.

-Lo he traído para ti -dijo Vivian-. Trata de una invasión de la Tierra por unos seres extraterrestres que violan las mentes de las personas. Se titula *«Los Chinga-Mentes»*.

-Dios mío -musité.

-¿Te gusta el título? Como suele decirse, si te gusta el título, el libro te encantará. Esos horribles seres llegan aquí cruzando el espacio y penetran en las cabezas de las personas como gusanos. Son horrendos de veras. Proceden de un planeta en donde siempre es de noche, pero como carecen de ojos creen que siempre brilla el sol. Se alimentan de tierra. En realidad son gusanos.

-¿Cuál es la moraleja del libro? -pregunté.

-Es un simple pasatiempo. No tiene moraleja. Bueno, es..., da igual.

Ya preveo la moraleja. La gente no debiera confiar en criaturas distintas a ellos: cualquier ser extraño, procedente de otro planeta, es detestable y asqueroso. El hombre es la única especie pura. Se enfrenta a solas contra un Universo hostil... acaudillado, probablemente, por su glorioso Führer.

-¿Se salva la humanidad de esos gusanos ciegos? -pregunto.

-Sí. Su Consejo Supremo, que está integrado por humanos genéticamente superiores, clonados de un aristocrático...

-Lamento decírtelo -dije-, pero eso ya se ha hecho. Allá por los años treinta y cuarenta.

Dijo Vivian:

-Demuestra las virtudes de la humanidad. A pesar de una cierta y notoria truculencia, es una buena novela; enseña una valiosa lección.

-La confianza en el mando -dije-. El aristócrata de quien está clonado el Consejo Supremo, ¿se llama Ferris Fremont?

Después de un silencio, dijo Vivian:

-En ciertos aspectos se parece al Presidente Fremont, sí.

-Esto es una pesadilla -dije, sintiendo mareos-. ¿Es eso lo que has venido a decirme?

-He venido a decirte que lamento que Nicholas muriese antes de que pudieras hablar con él. Puedes hablar con la otra si quieres; la mujer con la que él conspiraba, Sadassa Aramcheck. ¿La conoces?

-No -dije-. No la conozco.

-¿Quieres hablar con ella?

-No -repuse. ¿Por qué iba a querer hablar con ella?, me pregunté.

-Puedes decirle cómo murió -sugirió Vivian.

-¿Vais a matarla? -pregunté.

Vivian asintió con la cabeza.

-Hablaré con ella -dije.

Haciendo una señal a un guardia, Vivian Kaplan dijo:

-Muy bien. Tú puedes comunicarle mejor que nosotros que Nicholas ha muerto. No se lo hemos dicho. Y también puedes comunicarle...

-Le diré lo que me dé la gana -dije.

-Puedes comunicarle que en cuanto acabéis de hablar -continuó Vivian sin alterarse-, la mataremos a ella también.

Al cabo de diez o quince minutos -no lo sabía con certeza, pues me habían quitado el reloj-, se abrió la puerta de la celda y los guardias dejaron entrar a una muchacha pequeña con gruesas gafas y un peinado afro natural. Tenía un aspecto solemne y desdichado. La puerta se cerró a sus espaldas.

Me levanté inestablemente.

-¿Tú eres la señorita Aramcheck? -dije.

-¿Cómo está Nicholas? -preguntó la muchacha.

-A Nicholas -dije- le han asesinado. -Le puse las manos en los hombros y sentí que se

tambaleaba. Pero no se desmayó ni rompió a llorar; asintió con la cabeza, nada más.

-Ya -dijo débilmente.

-Siéntate aquí -la ayudé a llegar al camastro y a sentarse.

-Y estás seguro de que es verdad.

-Lo siento -dije-. Le he visto. Es verdad. ¿Sabes quién soy?

-Eres Phil, el escritor de ciencia-ficción; el amigo de Nicholas de toda la vida. Él me habló de ti. Bueno, supongo que soy la próxima a matar. Invariablemente, a los miembros de ARAMCHECK nos matan o bien nos envenenan. Sin juicio ya, ni siquiera interrogatorio. Nos tienen miedo porque saben lo que llevamos dentro. Yo no estoy asustada; no lo estoy después de lo que ya he pasado. A ti no creo que te maten, Phil. Te querrán con vida para que les escribas libros mierdosos llenos de propaganda del Gobierno.

-Exacto -dije.

-¿Vas a colaborar con ellos?

-No me van a permitir que escriba los libros mierdosos -repuse-. Ya los tienen escritos. Solamente llevarán mi nombre.

-Perfecto -dijo Sadassa, asintiendo con la cabeza-. Eso significa que no se fían de ti. Lo malo es cuando se fían de uno; ahí sí que es malo, malo para el alma. Nunca quieras estar en ese bando. Estoy orgullosa de ti. -Me dedicó una sonrisa; sus ojos, detrás de sus gafas, eran expresivos y afectuosos. Alargando su mano, dio unas palmaditas en la mía de modo tranquilizador. Le cogí la mano y se la apreté. Qué pequeña era, qué dedos tan delgados tenía. Increíblemente delgados. Y preciosos.

-*«Los Chinga-Mentes»* -dije-. Ése es el primer título.

Sadassa me miró fijamente, y entonces, inesperadamente, se echó a reír, con una risa sonora y franca.

-No es posible. Bueno, déjalo para un Comité. El arte en América. Igual que el arte en la URSS. Qué bien, pero qué bien. *«Los Chinga-Mentes»*. Vale.

-Después de éste, no habrá muchos libros míos -dije-. No lo creo, por la descripción que Vivian me hizo de él. Tendrías que oír el argumento. Verás, un gusano ciego emigra de...

-Clark Ashton Smith -dijo Sadassa al instante.

-Por supuesto -dije-. Lo que le va a él. Mezclado con la política de Heinlein.

Ahora nos reíamos los dos.

-Una mezcla de Clark Ashton Smith y Robert Heinlein -dijo Sadassa, jadeando-. Esto es demasiado. ¡Menudo exitazo! Y el siguiente..., a ver. Ya lo tengo, Phil; se titulará *«La ciudad subterránea de los Chinga-Mentes»*, sólo que en esta ocasión imitará el estilo de...

-Una serie -interrumpí-. En el primero, los Chinga-mentes llegan del espacio exterior; en el próximo salen perforando la corteza terrestre; en el tercero...

-*«Regreso a la ciudad subterránea de los Chinga-Mentes»* -dijo Sadassa.

Continué:

-Se cuelan por entre dimensiones, procedentes de otra época. En el cuarto, los Chinga-mentes llegan de un Universo alternativo. Y así sucesivamente.

-Tal vez podría haber un quinto en que algún arqueólogo descubre una antigua tumba y abre un gran ataúd, y todos esos horribles Chinga-mentes salen en tropel y al punto violan en masa a todos los obreros nativos, y luego se dispersan y chingan todas las mentes de El Cairo, y a partir de allí, las de todo el mundo. -Se quitó las gafas y se enjugó los ojos.

-¿Te encuentras bien? -le pregunté.

-No -repuso ella-. Estoy asustada, muy asustada. Detesto la cárcel. Una vez estuve dos días en la cárcel, porque no me presenté a pagar una multa de tráfico. Dictaron una orden de busca y captura. Por entonces acababa de salir del hospital. Esta vez acabo de entrar en remisión del linfoma. Oh, bueno esta vez no iré a la cárcel, naturalmente.

-Lo siento -dije, sin saber qué más decir o hacer.

-No me importa -dijo Sadassa-. Todos nosotros somos inmortales. Sivainvi nos concedió la inmortalidad, y algún día la concederá a todo el mundo; ahora sólo nosotros la poseemos...,

los primeros frutos, como se dice. Conque no me siento tan mal. Nos defendimos bien; hicimos un buen trabajo. Pero siempre estuvimos condenados, Phil; nunca tuvimos posibilidades, pero no es culpa nuestra. Lo único que teníamos era un poco de información que habría servido de mucho. Pero nos detuvieron antes..., ¿sabes? Antes de que pudiéramos actuar. Y sin el satélite... -Se encogió de hombros, infelizmente-. No hay nadie que nos proteja, como en el pasado.

-Nicholas me dijo... -empecé a decir, y entonces me callé, puesto que naturalmente en la celda habría un micrófono oculto y no quería que las autoridades se enterasen de que otro satélite, tal como Nicholas me había dicho, venía camino de la Tierra. Pero entonces me acordé que me lo había dicho en el estadio de béisbol, de modo que ya lo sabían. Sin embargo, pudiera habérseles escapado. Así que no dije nada.

Un guardia se acercó a la puerta.

-Está bien, señorita Aramcheck. Ya es hora de marcharse.

Ella me dedicó una sonrisa.

-No les digas lo infectos que son sus libros -dijo-. Que se enteren sin ayuda de nadie.

La besé en la boca, y ella me abrazó estrecha y afectuosamente durante un momento. Luego se marchó; la puerta de la celda chirrió y se cerró ruidosamente.

30

Después de eso hay mucho que no recuerdo. Creo que Vivian Kaplan pasó para informarme de que Sadassa Aramcheck había sido ejecutada, al igual que Nicholas, pero no estoy seguro; si fue así, lo reprimí en mi inconsciente y lo olvidé, e ignoraba si había ocurrido. Pero algunas veces, en las noches sucesivas, me despertaba y veía a un APA que apuntaba con una pistola a una pequeña figura, y, en esos momentos de lucidez, sabía que estaba muerta, que me lo habían comunicado y no podía recordarlo.

¿Por qué iba a acordarme de ello? ¿Por qué iba a querer saberlo? Ya basta y sobra, digo a veces, como una suerte de grito de aflicción, el tener que penetrar en zonas que superan mi capacidad de aguante, y ésta es una de ellas. Había sobrellevado la muerte de mi amigo Nicholas Brady, al que conocía y quería de muchos años, de media vida; pero no lograba adaptarme a la muerte de una chica que ni siquiera conocía.

La mente es extraña, pero tiene sus motivos. La mente ve de un solo vistazo las vidas que no han llegado a vivirse, las esperanzas sin recompensa, la vaciedad y el silencio allí donde debiera haber habido tumulto y amor... Nicholas y yo habíamos vivido mucho tiempo y llevado a cabo muchas cosas, pero a Sadassa Aramcheck la habían sacrificado antes de que gozara de un poco de suerte, de una oportunidad de vivir y llegar a ser algo. Se habían llevado una parte de la vida de Nicholas y una parte de la mía, pero habían robado toda la suya. Ahora tenía la obligación de olvidar que la había conocido, recordar que le había dicho no a Vivian Kaplan en lugar de sí cuando me preguntó si quería hablar con Sadassa; mi mente tenía el solemne deber de reorganizar la realidad pasada a fin de que yo pudiera seguir mi camino, y no lo estaba haciendo nada bien.

En cierto día de este mismo mes, me sacaron de la celda y me llevaron ante un Juez, quien me preguntó qué contestación hacía a quince acusaciones de traición. Tenía un abogado nombrado por el Tribunal, quien me recomendó que me confesara culpable. Dije:

-Inocente.

El juicio sólo duró dos días. Tenían en enormes cajas cintas magnetofónicas con grabaciones; auténticas algunas de ellas, falsas la mayoría. Yo estaba sentado sin protestar, pensando en la primavera y en el pausado crecimiento de los árboles, como dijera Spinoza: lo más hermoso de la Tierra. Al término de la vista me declararon culpable y me condenaron a cincuenta años de prisión sin posibilidad de libertad bajo palabra. Eso significaba que me excarcelarían después de que llevara bastante tiempo muerto.

Librodot

Me dieron a elegir entre el encarcelamiento en régimen de reclusión solitaria o lo que ellos llamaban «terapia laboral». Ésta consistía en incorporarme a un grupo de otros presos políticos para realizar tareas manuales. Nuestra faena específica consistía en arrasar viejos edificios de los suburbios de Los Angeles. Por esto nos pagaban tres centavos al día. Pero por lo menos estábamos al sol. Lo elegí; valía más que estar enjaulado como un animal.

Mientras yo trabajo retirando trozos de hormigón, pensé, Nicholas y Sadassa están muertos y son inmortales; yo no estoy muerto y no me gustaría ser inmortal. Soy diferente de ellos. Cuando muera o me maten, no habrá nada eterno en mí que siga viviendo. A mí no se me concedió el privilegio de escuchar la voz del operador de IA, esa voz de la que Nicholas hablaba tan a menudo y que significaba tanto para él.

-Phil -me llamó de pronto una voz, interrumpiendo mi ensueño-. Suspende el trabajo y vayamos a almorzar; tenemos media hora. -Era Leon, mi compañero de trabajo, un ex fontanero al que habían detenido por distribuir unos folletos mimeografiados que había creado él mismo, una especie de rebelión individual. A mi juicio, él era más valiente que cualquiera de nosotros, un fontanero que trabajaba a solas en el sótano de su casa en un mimeógrafo, sin voces divinas que le dieran instrucciones o le guiasen, tan sólo con su voluntad humana.

Sentados juntos, compartíamos los bocadillos que nos proporcionaban. No estaban mal del todo.

-Tú eras escritor -dijo Leon, con la boca llena de embutido de boloña, pan y mostaza.

-Sí -dije.

-¿Eras miembro de ARAMCHECK? -preguntó Leon, inclinándose para acercarse a mí.

-No -repuse.

-¿Sabes algo de ella?

-Dos amigos míos fueron miembros de la Organización.

-¿Están muertos?

-Sí -contesté.

-¿Cuáles son las enseñanzas de ARAMCHECK?

-No sé si enseña algo -dije-. Tengo una ligera idea de sus creencias.

-Cuéntame -dijo Leon, comiendo su bocadillo.

-Creen -dije-, que no debiéramos ofrecer nuestra lealtad a gobernantes humanos. Que hay un padre supremo en el cielo, sobre las estrellas, que nos guía. Nuestra lealtad debiera ser para él, y sólo para él.

-Ésta no es una idea política -dijo Leon en tono disgustado-. Yo me imaginaba que ARAMCHECK era una Organización Política Subversiva.

-Lo es.

-Pero ésta es una idea religiosa, es la base de la religión. Hace cinco mil años que se habla de ello.

Tuve que reconocer que tenía razón.

-Bueno -dije-, eso es ARAMCHECK, una Organización guiada por el Supremo Padre Celestial.

-¿Crees que es cierto? ¿Crees en ello?

-Sí -admití.

-¿De qué iglesia eres miembro?

-De ninguna -repuse.

-Eres un tipo raro -comentó Leon-. ¿Oyen los de ARAMCHECK la voz de su Padre Supremo?

-En efecto -dije-. Y algún día la oirán de nuevo.

-¿La has oído tú alguna vez?

-No -dije-. Ojalá fuera así.

-La Policía dice que son subversivos. Que trataban de derrocar a Ferris Fremont.

Asentí con la cabeza.

-Es verdad -dije.

-Les deseo suerte -dijo Leon-. Incluso estaría dispuesto a imprimir algunos panfletos para ellos. -Hablando en voz ronca, de confianza, me dijo al oído-: Tengo varios de mis panfletos escondidos en el jardín trasero de la casa en que vivía. Debajo de un gran rododendro, en una lata de café. En ellos me adhiero a la justicia, la verdad y la libertad. -Me miró detenidamente-. ¿Te interesa?

-Muchísimo -contesté.

-Claro que primero hemos de escaparnos de aquí. Ésta es la parte más difícil. Pero sigo trabajando en ello. Lo resolveré. ¿Crees que ARAMCHECK me aceptaría?

-Sí -le dije-. Creo que ya lo han hecho.

-Porque -dijo Leon-, en realidad, solo no llegaré a ninguna parte. Necesito ayuda. ¿Dices que crees que ya me han aceptado? Pero nunca he oído voz alguna.

-Tu voz -dije- es esa voz. La que ellos han ido oyendo a lo largo de los siglos. Y están esperando volver a oírla.

-Vaya -dijo Leon, satisfecho-. ¿Qué te parece? Nadie me lo había dicho nunca. Gracias.

Comimos en silencio durante un rato.

-Eso de creer en un Padre Celestial, ¿les llevó a alguna parte? -preguntó Leon al cabo.

-No en este mundo, tal vez -repuse.

-Pues te diré algo que quizá no te guste. Si tus amigos de ARAMCHECK estuvieran aquí se los diría igualmente. No vale la pena, Phil. Tiene que ser en este mundo. -Leon asintió con energía, firme su arrugado rostro. Firme por la experiencia.

-Han alcanzado la inmortalidad -dije-. Les fue concedida por lo que hicieron, o incluso por lo que trataron de hacer y fracasaron en el empeño. En estos momentos existen, mis amigos existen. Existirán siempre.

-¿Aunque no los veas?

-Sí -afirmé-. Eso es.

Dijo Leon:

-Primero tiene que haber algo aquí, Phil. El otro mundo no basta.

No se me ocurrió nada que decir; me sentía decaído y débil, y se me habían agotado los argumentos en el curso de todo lo que me ocurriera. Me vi incapaz de contestar.

-Porque -continuó Leon- es aquí donde impera el sufrimiento. Es aquí donde está la injusticia y las prisiones. Nosotros dos lo sabemos. Es aquí donde nos hace falta. Ahora.

No encontré respuesta.

-Puede que para ellos esté bien -dijo Leon-, pero, ¿y nosotros qué?

-Yo... -empecé a decir. Él tenía razón y yo lo sabía.

-Lo siento -dijo Leon-. Ya veo que querías a tus dos amigos y les echas de menos; bien pueden estar flotando en alguna parte del cielo, volando de acá para allá como rayos, y ser espíritus que gozan de felicidad. Pero tú, yo y miles de millones de personas más no tenemos esa suerte, y hasta que aquí no cambien las cosas no será suficiente, Phil; no será suficiente. A pesar del Supremo Padre Celestial. Él tiene que hacer algo por nosotros aquí, y ésa es la verdad. Si crees en la verdad..., bueno, Phil, ésta es la verdad. La dura y desagradable verdad.

Seguí sentado en silencio, con la vista clavada en el suelo.

-¿No dicen que a los de ARAMCHECK se les deposita con delicadeza y en gran secreto algo semejante a un hermoso huevo plateado en su interior? -dijo Leon-. Incluso puedo decirte cómo penetra en ellos: por el canal óptico hasta el cuerpo pineal. Por medio de la radiación, emitida sobre ellos durante el equinoccio vernal. -Soltó una risita-. La persona se siente como si estuviera embarazada, aunque sea un hombre.

Asombrándome que lo supiera, dije:

-El huevo se abre en cuanto muere. Se abre y se convierte en una entidad plasmática viva de la atmósfera que nunca...

-Todo eso ya lo sé -interrumpió Leon-. Y sé que en realidad no es un huevo; es una metáfora. Sé más de ARAMCHECK de lo que admití. Verás, Phil, yo era predicador.

-Ah -dije.

-Esto del hermoso huevo plateado que se deposita en cada uno de ellos, que crece, se abre, y asegura la inmortalidad... esto ya aparece en la *«Biblia»*, Phil. Jesús lo menciona varias veces y de distintas maneras. Verás, el Maestro hablaba para desconcertar a la plebe; sus palabras sólo debían descifrarlas sus discípulos. Mejor dicho, todo el mundo las descifraba, pero el verdadero sentido no lo sabían más que sus discípulos. Ellos guardaban el secreto cuidadosamente a causa de los romanos. El propio Maestro temía y odiaba a los romanos. A pesar de sus esfuerzos, los romanos le dieron muerte de todas formas, y el verdadero sentido se perdió. En realidad, dieron muerte al Maestro..., pero supongo que eso ya lo sabes. El secreto estuvo perdido durante dos mil años. Pero hoy en día reaparece. Hoy en día los jóvenes tienen visiones, ¿sabes? y los viejos, Phil tienen sueños.

-El *«Nuevo Testamento»* no dice nada de huevos plateados -afirmó.

-La perla -dijo Leon con énfasis- de gran valor. Y el tesoro que está enterrado en el campo. El hombre vende todo cuanto tiene para comprar el campo. Perla, tesoro, huevo, la levadura que ayuda a transformar la masa..., palabras en clave para lo que ocurrió a tus dos amigos. Y la semilla de mostaza que es minúscula pero que crece y se transforma en un gran árbol sobre el que se posan los pájaros..., pájaros, Phil, en el cielo. Y en Mateo se encuentra esa parábola acerca del sembrador que va a sembrar..., algunas semillas cayeron a la vera del camino, algunas cayeron sobre las piedras y otras sobre las espinas, pero escucha esto: algunas cayeron en suelo fértil y dieron cosecha. En todos los casos el Maestro dice que así es el reino, el reino que no es de este mundo.

Aquello me interesaba.

-Cuéntame más cosas, predicador -dije, medio en broma, medio fascinado.

-Ya no soy predicador -replicó Leon-, puesto que no sirve para nada. No obstante, te pondré un ejemplo más en el que Jesús habla de ello. Tus amigos fallecidos son ahora una criatura única; no están separados sino que componen un todo. ¿Te lo dijeron antes de morir?

-Sí -contesté-. Nicholas me había hablado de su futura transformación en una forma de vida compuesta, que experimentarían todos los miembros de ARAMCHECK. La existencia colectiva que iba a sobrevenir.

-Eso es de *«Juan» Capítulo doce, Versículo veinticuatro*.

-¿Qué?

-Dice: «A no ser que un grano de trigo caiga en el suelo y muera, no sigue siendo más que un solo grano» -sustituye «solo» por «solitario»-, «pero si muere, da una pingüe cosecha» -sustituye «pingüe cosecha» por «vida colectiva»-. Y... «Todo aquel que ama su vida, la pierde; todo aquel que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna». ¿Lo ves? En cada caso, algo pequeño -un tesoro, una semilla de mostaza que es la más pequeña de todas, el sembrador sembrando semillas en suelo fértil, un grano de trigo-, *algo se deposita en el suelo,* que es un símbolo secreto de los primeros cristianos de la cabeza humana, el cerebro, la mente, y allí crece hasta que se abre, o brota, o se desentierra, o ayuda a transformar la masa entera, y luego trae la vida eterna..., el reino que nadie ve. De eso hablaban tus amigos de ARAMCHECK, probablemente sin saberlo; eso fue lo que les ocurrió antes de que muriesen y de que provocaran su estado actual, después de que hayan muerto.

-Así pues, ¿todas las parábolas de Cristo se tienen que descifrar? -pregunté.

-Sí -repuso el predicador Leon-. El Maestro dice que habla enigmáticamente para que los intrusos no comprendan. *«Mateo» trece..., doce*.

-Y tú sabes que lo que dijo es cierto.

-Sí.

Asombrado, sin acabar de entenderlo, dije:

-Y, sin embargo, sigues...

-Sigo diciendo -dijo Leon- que aborrecer este mundo y olvidarse de él no es suficiente. La labor debe realizarse aquí. Deja que te haga una pregunta. -Me miró fijamente con sus ojos envejecidos aunque claros-. ¿Dónde impartió el Maestro sus enseñanzas? ¿Dónde realizó su labor?

-Aquí en este mundo -contesté.

-Ya lo entiendes, pues -dijo Leon, y volvió a hincar el diente en su bocadillo de boloña-. Estos bocadillos cada día están más rancios -murmuró-. Deberíamos quejarnos. Esas señoras rojiblancas y azules no tendrían que llevarse tanto; se están volviendo holgazanas.

Al terminar de comer saqué mi único pitillo y lo encendí cuidadosamente.

-¿Me das la mitad? -preguntó Leon.

Partí en dos el pitillo y di un trozo a mi amigo. Al único amigo que tenía, ahora que los demás se habían ido. Al viejo predicador que me había demostrado, de un modo tan convincente, que todo lo que habíamos hecho, Nicholas, yo y Sadassa Silvia, era inútil. El hombre que, como si hablara por boca de Sivainvi, me había traído la verdad.

-¿Qué tipo de cosas escribías? -me preguntó Leon.

-Todavía las escribo -dije en broma. Las falsificaciones de mis obras que había preparado el Gobierno ya empezaban a publicarse. Se empeñaban- probablemente era Vivian la que se empeñaba -en enviarme un ejemplar de cada una.

-¿Cómo lo haces?

-Es fácil cuando se conoce el sistema -dije.

Leon se inclinó hacia mí y me dio un ligero codazo.

-Fíjate -dijo-. Unos chavales nos observan. -Efectivamente: en el otro lado de la herrumbrosa cerca electrificada dentro de la cual trabajábamos, un grupo de escolares nos contemplaban con una mezcla de fascinación y miedo.

-¡Eh, chavales! -les gritó Leon-. No vayáis a terminar como nosotros. Haced todo lo que os manden, ¿oís?

Los niños siguieron mirando.

Uno de ellos, un chico mayor, llevaba un transistor portátil; Leon y yo oíamos la chillona música rock que sonaba muy fuerte en su diminuto altavoz. El locutor, un pinchadiscos de Los Angeles, parloteaba sin parar acerca del siguiente tema: el último lanzamiento, decía, que ocupaba los primeros puestos de las listas, de la formación de rock *«Alexander Hamilton»*; los músicos de San Francisco que eran el número uno en estas fechas.

-Vale, allá vamos -voceó el locutor, mientras el grupo de niños nos contemplaban y nosotros, tímidamente, les contemplábamos a ellos-. Es *«Alexander Hamilton»* presentando a Grace Dandridge en *«¡Venid al Partido!».* Muy bien, Gracie... ¡oigámoslo! -La música explotó de golpe, y, sentado con mi bocadillo de boloña, encorvado y exhausto, oí las palabras vagar entre nosotros a través del contaminado aire del mediodía:

Estáis todos presentes,
hey, hey,
estáis todos presentes
en el minuto trece.
Está el Presidente a
LA HORA DEL PARTIDO.
Todos los presentes
animad a vuestro equipo.

Leon se volvió y me miró asqueado.

-¡Es esto! -exclamé.

-¿Qué es qué? -preguntó Leon.

-Él -ellos-, lo llevaron a otra Compañía Discográfica para imprimirlo -dije-. Y ya ha salido, ya es un éxito. Así que... -Hice un cálculo, basándome en lo que sabía del negocio discográfico. Debió de ser prácticamente al mismo tiempo, comprendí. Mientras *Discos Progresistas* preparaba la cinta, otra Compañía, otro grupo, otros miembros de ARAMCHECK, guiados por el satélite, preparaban otro.

Los esfuerzos de Nicholas habían servido para desviar la atención. Sus esfuerzos habían

encajado en un proyecto que ninguno de nosotros intuyó ni llegó a comprender. En tanto que mataban a él y a Sadassa, y a mí me encarcelaban, *«Alexander Hamilton»*, la banda de rock de más impacto del país, estaba grabando el material en *Arcane Records*. *Discos Progresistas* no tenía a nadie comparable con *«Alexander Hamilton»* en todo su catálogo.

La música cesó de pronto. Se produjo un completo silencio. Luego comenzó a sonar otra melodía, esta vez instrumental: evidentemente, lo primero que tenían a mano en la emisora.

Ha sido un error, comprendí. El pinchadiscos no debía radiar *«¡Ven al Partido!».* Se había olvidado de las instrucciones..., de lo que las autoridades le habían ordenado. Pero los discos estaban impresos, comprendí, impresos y distribuidos, y algunos de ellos -por lo menos durante algún tiempo- habían sonado. El Gobierno había tomado medidas contra *Arcane Records* demasiado tarde.

-¿Lo has oído? -pregunté a Leon.

-Vaya basura -repuso Leon-. No escucho nunca las emisoras en AM. En casa, antes de que me detuvieran, tenía un enorme equipo cuadrafónico, que quizá valía tres mil dólares. Estas tonterías son para niños..., a ellos les gusta.

Los niños no dejaban de contemplarnos. A los dos presos políticos, para ellos viejos, rendidos, sucios y derrotados, que ahora comían en silencio. El transistor siguió sonando. Más estrepitosamente todavía. Y en el viento, oí que otros empezaban a sonar en todas partes. En manos de los niños, pensé. De los niños.

FIN

Librodot